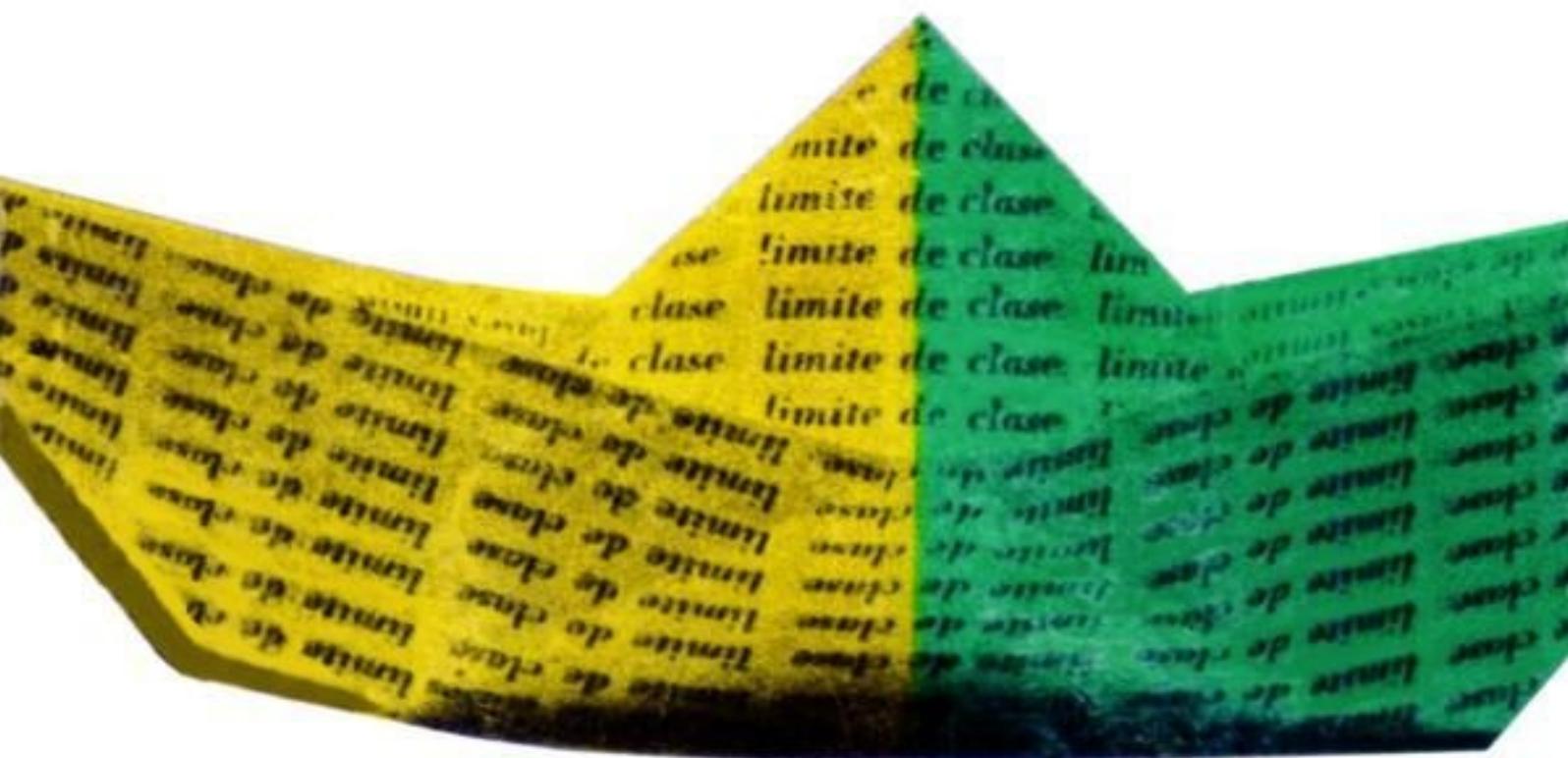


Abelardo Arias

Límite de clase



Lectulandia

La historia de un viaje por mar, y un fascinante desfile de personajes. Las pasiones personales, los temperamentos, la fe, las ideologías políticas, las nacionalidades se tejen y entretajan en el universo cerrado de la nave, en un irónico y complejo contrapunto. El autor de *Álamos talados* ha escrito una novela de rara inteligencia, con una notable abundancia de dramáticas situaciones claves, en un estilo que acompaña exactamente el movimiento de la acción, y en diálogos de una excepcional vivacidad y naturalidad.

Lectulandia

Abelardo Arias

Límite de clase

ePub r1.0
diegoan 12.12.16

Título original: *Límite de clase*
Abelardo Arias, 1964

Editor digital: diegoan
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

Simuló no ver a Frau Lillian Morgenstelle, que estaba apoyada en la borda; su mirada de basilisco la hacia aparecer más vieja. ¿Acaso conocía su edad? Se había estremecido al sentirla tan cerca. Debía estar dispuesta a realizar un acto irremediable; arrojarse al mar, por ejemplo. Era capaz de hacerlo. La voz del obispo lo sobresaltó:

—Igual que en aquel viaje, ¿lo recuerda, senador Suárez Varela?

Lo miró sorprendido; Monseñor pensaba, también, en esa mujer.

—Por recordarlo estamos juntos, monseñor Méndez. ¡Quién nos iba a decir! ¿Nos sentamos aquí? Es agradable, fresco... y hasta apartado del mundanal ruido, en la medida necesaria como para que la gente se preocupe de uno... Claro que si se llega a exagerar en apartamiento se produce el olvido, ¡y esto es lo peor que nos puede suceder a los políticos! Ustedes tienen, según creo, algunas órdenes o congregaciones que pregonan el olvido, pero tengo entendido que en ellas no se llega a obispo...

—Así es, senador... Creo que ustedes, los políticos, tienen, también, partidos en los cuales no es dado llegar a presidente de la República...

—Sí, partidos casi de «contemplación»... Somos los místicos de la política.

Ante el obispo, no le importó mostrar esa lentitud en los movimientos de quienes comienzan a escoger el lugar, para evitar las corrientes de aire o para no dar un resbalón; vale decir, cuando ya se desconfía del propio cuerpo. Con calma eligió las reposeras.

—A los ateos les apetece coquetear con las palabras religiosas —contestó Xavier Méndez, dejándose caer con cierta elasticidad, como para marcar sutiles diferencias.

—¿Usted no sabe, monseñor, que la política es una de las artes menores de la coquetería? —Sin esperar contestación, agregó—: Tenemos muchos puntos de contacto...

Llegaba apagada la música desde el salón de fiestas. El baile del cruce de la línea ecuatorial, en el último viaje del «Turingia». Pronto sería reemplazado por un «Turingia» flamante y este, con otro nombre, como un descastado, haría cabotaje en el Pacífico. Igual le sucedería a él —se dijo Carlos Suárez Varela, estirándose voluptuosamente en la reposera— cuando el Partido resolviera que hacía falta «gente joven» en las senadurías; cuando empujaran demasiado los «divinos impacientes». Decididamente, la cercanía del obispo lo influía. Tendió la mano hacia la reposera vecina; ya no estaba allí Susana, su mujer. Un ligero tiritón, mezcla de vergüenza y miedo a la soledad; no la soledad del cuerpo, porque las mujeres continuaban ofreciéndosele, más aun, las maduras llegaban a una persecución que le fastidiaba. La otra soledad. Había previsto su separación con Susana. Quizá en esa misma reposera, no podía estar seguro después de veintitantos años, había imaginado la sensación que experimentaba hoy, exactamente. Se necesitaba llegar a

su edad, para darse cuenta de que los años no creaban compartimientos estancos; que el espíritu no variaba, y que el paso del tiempo sólo se reducía a descubrir cualidades y defectos esenciales, a desarrollarlos y cultivarlos. Como la barrica al coñac, la madera de la vida le había dado madurez, color y perfume a sus cualidades y defectos, nada más. Esto no lo podía entender la gente joven y, para la mayoría de los viejos, no valía la pena demostrarlo: ha perdido la necesidad del diálogo. ¿Acaso se creía viejo? ¡De ninguna manera!

—Pero ¿en verdad, le parece extraño que nos hayamos reunido aquí? —preguntó Xavier Méndez, obispo de Corinto, como para sacar del ensimismamiento al senador. Sin desearlo, su vista volvió a caer sobre Frau Morgenstelle. Lo verdaderamente raro, y que no cesaba de agradecer a Dios, era esa objetiva frialdad con que había mirado a las mujeres, casi toda la vida. La primera vez que había cruzado las piernas llevando una sotana puesta, había experimentado un sentimiento equívoco de vergüenza y temor: en su cuerpo dividido en dos, sus piernas las veía, desde arriba, como si se dibujaran bajo una falda de mujer; desde entonces, a menudo se levantaba la sotana para ver la botamanga del pantalón. Aún no lograba decidir si, de alguna manera, había deseado a Amrei Morgenstelle, la hija de esa mujer.

Carlos lo miró con socarrona simpatía, ¡obispo de Corinto!, como si a él lo eligieran senador de Lesbos. Mientras le hacía la pregunta, el obispo jugaba distraídamente con su cruz pectoral; repetía ese movimiento de años atrás. Los movimientos reflejos tampoco variaban, podía ser un buen método complementario de identificación policial. La cruz era de oro, regalo de los feligreses, pero oro al fin. Acariciar ese oro debía ser el único pecado de este hombre maduro. ¿Por qué «el único pecado»? Su propio «pecado» era simplificar demasiado a los hombres, en particular a sus adversarios, luego clasificarlos y dar por terminada la tarea. Error sempiterno.

—Por una parte sí, monseñor... Yo sentía repugnancia por usted, y usted, en pago, me odiaba sin la menor caridad.

Su sonrisa encajó en la del sacerdote.

—¡Oh, senador, era algo mucho más espontáneo, yo tenía veinte años! Lo hubiese arrojado a la hoguera, en compañía de Savonarola, por ejemplo.

—¿O de Juana de Arco?

—No están mal elegidos los ejemplos. En ambos casos andaba mezclada la política... —Titubeó; la mujer de la borda se había vuelto para mirarlos. Soltó la cruz; acariciarla distraídamente era falta de amor. Dios no podía ser amado por costumbre. No, ya no tenía la mano llagada y escaldada y en ella la crucecita de bronce; había sentido a Dios. Tendría que visitar su antigua camareta de tercera clase. ¿Permanecería descubierta ese caño que le había quemado la mano?

—Esa repugnancia y, si usted me permite, ese «odio», fueron la causa de que estemos aquí. La causa romántica, se sobreentiende —contestó Carlos. ¿Había soltado la cruz al mencionar la palabra «política»? El fanatismo era como las letras

de agua de un billete, sólo desaparecen con el papel.

—También la amistad y... la casualidad, senador. Si dijera esto último en forma más trascendente, me tildaría de dogmático, y hasta de lo que ya no creo ser, fanático. Tuve que realizar mi visita ad limina y, era lógico que, ida y vuelta, las hiciera en el barco de mi amigo Henrich, el segundo comisario. Fue mi primer amigo; mejor dicho, en él descubrí la palabra amigo. Además, por la vejez del barco, los pasajes resultan más baratos... Y los obispos pobres, así como los senadores pobres, supongo, tenemos que...

La frase y la sonrisa se le cortaron; luego de mirarlo con recelo, Frau Morgenstelle se alejó unos pasos.

—Usted sabe, senador —prosiguió, disimulando su inquietud la fundamental importancia que este cacharro de barco tuvo en mi vida verdadera. Fue el instrumento. Dios elige los más extraños instrumentos para hacer patente su calidad de tales.

—Sí, fundamental para nuestras vidas... —contestó Carlos, esbozando un ademán en dirección de la mujer; lo contuvo de inmediato por innecesario—. Yo, también, debía regresar luego del tercer congreso internacional del Partido... Nuestro país está muy inquieto políticamente; bueno, eso ustedes y ellos —indicó con un movimiento de cabeza al general Américo Viaggi, que dormitaba en su reposera— lo saben antes que nosotros... —Los ojos le brillaron irónicos unos segundos—. Y bien, cuando fui a reservar mi cabina, descubrí que una semana más tarde partía mi viejo «Turingia». Pensé que podía volver a sentir, a remozar... —dudó un instante, y se dejó arrastrar—: Hoy me quedé mirando la escalera del hall principal, me pareció que de golpe habría de surgir Amrei Morgenstelle; que, de nuevo, entre esas maderas y mis ojos se interpondría su cuerpo... —Calló, ¿por qué «confesarle» a ese cura que la angustia le había apretado la garganta; que ese absurdo misterio de Amrei se le había convertido en una especie de llaga que resistía al tiempo? Ni una fotografía para romper cuando llegara el momento de despedirse de las «cosas vividas», le había quedado de Amrei; sin embargo, ninguna imagen permanecía más viviente que la cara de esa muchacha. Del cuerpo, sólo recordaba algo muy raro de encontrar: la absoluta perfección de los hombros. «Absoluta», y calibraba el sentido de la palabra —. ¡Chiquilladas que persisten, a pesar o como negación del tiempo! —terminó.

Fastidiado de haberse referido otra vez a su edad, miró hacia la reposera del general Viaggi, a quien la última revolución había designado embajador en París, como una forma de deshacerse de sus «turbulencias y afanes patrióticos». ¡Ah, si al menos durmiera siempre y no hablara! Tendrá que permanecer en su embajada hasta que se muera o aparezca un general más incómodo o peligroso.

La música terminó en un pomposo crescendo; de inmediato, siguió la voz de Henrich Gerber, el segundo comisario. Elogiaba la marca de un champagne y la «Obra social de los Huérfanos del Mar», en cuyo beneficio se rifaba un cajón. Carlos sonrió. «Huérfanos»... tenían que poner una gota de dulce emoción en el

champagne. Cuando Henrich era botones había entregado la carta de Amrei al comandante del barco; esa carta que trastornó parte de su viaje. Ahora llegaría a Primer Comisario del nuevo «Turingia». Había ascendido entre suspiros de amor del pasaje; en un barco de primera categoría debía ser el mayor y más lógico mérito.

Xavier comprobó que la voz de su amigo seguía siendo joven, extrañamente adolescente, como su físico. El continuado vivir entre gente de paso debía hacerle olvidar los años; no tendría quien le dijera: «Estás engordando», «Te estás arrugando». Le oyó repetir el pedido en francés; como en castellano, no conservaba el menor acento alemán. Se habían prometido «llegar», en ese altozano de Vigo, cerca de la mujer que se bañaba en un palanganón. «Champagne»... La primera vez que había tomado champagne, en una casa de Gobierno provincial, distraídamente sumergió en la copa el pie de su cruz de oro; tintineó como campanilla de altar en la «Elevación». Se estremeció; la había bañado «libidinosamente», como en la piscina del barco. Ya no tenía miedo a las palabras y se lo debía a la hija de esa mujer. Volvió a acariciar la cruz. A veces, tomaba la dimensión de su propio cuerpo y dejaba de ser un símbolo. «Obispo de Corinto». «La epístola a los Corintos». Mar Egeo y Mar Negro. Odesa y los comunistas; entonces, la cruz podía tener la dimensión de su cuerpo. Cuerpo y alma.

—¿Vamos a seguir simulando que no tenemos ganas de hablar de la señora de Morgenstelle? —preguntó Carlos, sin poder contenerse.

—Muy singular que recién saliera de su camarote, después de tantos días de navegación... Para ella debe ser tremendo; pero tampoco fue simple para mí, créamelo —contestó Xavier. No quiso decirle lo que en verdad pensaba en el momento en que lo interpelló; la caridad debía cubrir acciones y palabras.

De pronto, entre el chasquido manso de las olas, ambos escucharon un ruido semejante al de un cuerpo que cae al agua. Xavier se acercó con agilidad a la borda; respiró aliviado al divisar a Lillian Morgenstelle, que, ya más lejos, surgía tras un bote salvavidas. Desde la despensa o la cocina, habían arrojado dos grandes cajones vacíos que se alejaban flotando.

—Me pareció el ruido de un cuerpo... —dijo Carlos, molesto por haberse incorporado inútilmente.

—Sí; los dos hemos pensado en lo mismo —agregó Xavier.

Carlos trató de penetrar en la mirada del obispo, ¿hasta qué punto habrían pensado igual? Todo silencio o pausa en una conversación se le antojaba una especie de nueva «largada». Arrancó:

—Ella sí debe haber atravesado el mundo, acudido de donde fuere para realizar este viaje... —No le preocupaba ocultar la alegría vengativa que le producía imaginar tanto trajín—. ¿Sabe cómo tuvo noticia de este viaje? —Ante la negativa, prosiguió—: Desde «entonces», pagaba a la Compañía para que le hiciera saber los movimientos de este buque; tal si este monstruo se hubiere convertido en su hijo.

—Su hija, senador —Xavier fijó la mirada en los ojos abolsados de Carlos;

había corregido el sexo en la frase, no sólo por su hispánico y ya bastante olvidado sentido de la precisión idiomática, sino para mostrarle que no temía hablar de una mujer. Traer una mujer a su mente.

—Así es... su hija. Me lo contó el Comandante. Resulta muy singular que de todo ese mundo que conocimos o, al menos, miramos en el primer viaje del «Turingia», nos hayamos reunido para el último cuatro de los protagonistas: Usted, Frau Morgenstelle, Henrich Gerber y yo. Aquí tiene usted nuestras vidas... ¡Y pensar que usted posee el único poder imaginativo y fabuloso que resta en la tierra!...

—¿Cuál, senador?

—El de perdonar lo sucedido en estos años... que, en cierta manera, equivale a borrar el tiempo.

—Quizá sea, también, el de descubrir lo verdadero del tiempo, estimado senador Suárez Varela.

—¿«Estimado», dijo usted, monseñor Méndez?

SEGUNDA PARTE

I

Carlos comparó la hora de su reloj pulsera con la del vestíbulo de recepción; en ambos, las 7 y 30 p. m. Mecánicamente leyó la tablilla de partida: «Turingia. 3/ Abril/1935. Hora de partida: 8 y 15 p. m. a Montevideo». Le encantaba su reloj, chato como una moneda de oro, que su mujer le había puesto en la muñeca mientras dormía, en Ginebra y durante el viaje de bodas. El perfume de las glicinas les llegaba desde la terraza del «Hotel d'Angleterre», y las flores se reflejaban en el lago.

—Ya es hora de que Susana hubiera llegado —murmuró fastidiado. Todo por acceder a un capricho de último momento: despedirse de esa vieja amiga que ahora era presidenta de la Sociedad de Beneficencia; Susana tomaba sus recaudos para asegurarse «su lugar» entre la gente bien; conservar un lugar de primera fila, con poco dinero para gastar, era uno de sus «milagros». Sólo creía en los milagros de Susana—. Pero, como todas las mujeres, no tiene noción del tiempo —agregó. En todas las escuelas y colegios femeninos debería existir una materia permanente, en todos los años: «Noción del tiempo». Sería en vano. ¡Y él, que había abandonado el Comité Directivo del Partido Popular Social, en plena sesión, sólo para ayudar a Susana a subir la planchada, y que ella no pudiera repetirle, una vez más! «¡Nunca estás cuando te necesito!». Era «constructivo» que su última preocupación en tierra hubiera sido para el Partido. El secretario, profesor Ítalo Riolvi, había dicho que haría lo imposible para llegar al puerto; sonriendo le preguntó: ¿Para estar seguro de que me embarco? Con parecida e imitada sonrisa, Riolvi aclaró que, además, debía despedir a una parienta. Entre todas esas gordas guarangas que habían trepado como ganado en pie, ¿cuál sería «la parienta»? Asomándose por el portalón donde estaba la escala de primera clase, le sorprendió ver tan cerca y bien iluminadas a las de segunda y tercera clase. Esbozó un gesto de complacencia: podría deberse, en indirectísima forma, por supuesto, a la prédica de su Partido. Para algo pertenecía a uno que tenía «sucursales» en todo el mundo civilizado, aunque algunas «sucursales» no se comunicaran con la casa central; la palabra «sucursal» le sonaba a capitalista. Sonrió socarronamente; como un resto de su antigua y latinoamericana veneración por lo inglés, le divertía hacerse chistes a sí mismo. Claro está que en público los prefería a costa de los demás.

Tampoco llegaba esa delegación del Comité de la Juventud, que había prometido despedirlo con cartelones. ¿Habrían tomado en serio sus negativas? La juventud seguía siendo inconstante y poco sutil, sólo reaccionaba ante estímulos directos.

—No, señor diputado, aún no llegó su esposa —dijo, con marcado acento alemán, el grumete Henrich Gerber, que hacía la guardia—. Permanezco atento a su pedido.

Estos alemanes siempre tan eficientes; Hitler le hizo agregar: pese a todo. En el Comité Directivo, había prometido prestar atención a esta organización, «con una pizca de espía»... Sólo Julio Galíndez había sonreído. Trató de ubicar el auto de su cuñada, entre los que llegaban hasta el cerco de contención y la barrera. Entre los que

se apretujaban en tercera clase —en todas partes, el espacio era la medida de lo social — divisó a un cura pálido y demacrado; se abrió paso llevando al hombro una caja negra atada con sogas. Era insólito que no hubiese encontrado a un feligrés que le ayudara. ¿Decadencia de la religión? ¡En el puerto de bajada ya tendrá varios badulaques dispuestos a ayudarle a cambio de una medallita!

—¡Abrid paso a un siervo del Señor! —gritó Xavier Méndez, resoplando. Subir, con su equipaje auestas, le resultaba más difícil de lo imaginado. Nada en comparación del «Vía Crucis». Bastaría un empujón para que su hermosa y resistente caja se hundiera en el agua sucia de la dársena.

Rodeada de amigas, las manos de algunas apoyadas en sus espaldas para empujarla, Virginia Ríos de Carreño entró en la escala de segunda clase.

—¡Sús! ¡Debo haber engordado unos quilitos, porque apenas si paso con el neceser! —soltó entre risas—. La gordura sólo importa a los que se preocupan de ella. ¿Que el corazón se me fatiga? ¡De alguna cosa tendría que fatigarse mi corazón viudo!

—Es el neceser el que ha engordado y no vos —contestó alguna de sus amigas. Miró en derredor, toda la gente debía ser dichosa como ella que se embarcaba por vigésima vez, para llegar hasta Indochina y Nueva Zelandia, los únicos países que no conocía. «¡Salvo el Polo Norte y el Sur!»; aunque repitiera esta salida muchas veces, sus amigas reían otras tantas; pero tenía que hacerlo en el tono más grave de su voz, que había conservado cantarina y juvenil pese a los 59 años—. ¡Ah, tendremos un curita a bordo! ¡Pero si es un pichón de cura! —agregó al divisar a Xavier Méndez. Llegada a lo alto de la escala, el neceser con los documentos y el dinero se le escapó de las manos y, saltando entre piernas rollizas y faldas prietas, volvió al muelle—. ¡Es un mañoso este valijín, está cansado de viajar el pobrecito! —rió feliz. No, el corazón andaba bien; debía ser el sofoco de la escala. Algún día se moriría en un puerto cualquiera, «si Dios lo quiere». Su escribano había arreglado todas las cosas; además, la enterrarían donde muriera. Rio de nuevo; de mano en mano regresaba su neceser. En ningún momento había pensado que podía caer al agua; nunca le había sucedido nada feo o triste durante un viaje. Las catástrofes, los accidentes y las enfermedades sabían que estaba de paso, que era «turista» y no debían meterse con ella. No, Dios no podía hacerle trampas y enfermarla en una cama de hotel; no, esto sucedería una sola vez. Al final.

Carlos, en un acto de simpatía colectiva, democrática —¿por qué no votarían las mujeres?— se unió a la risa general. Además, conocía a esa gorda; era una de esas relaciones de familia que se heredan como un mueble de sala. Cesó de reír. Una gran *limousine* Rolls-Royce, negra y reluciente por los faroles del puerto y los reflectores del barco, traspuso la barrera. Se produjo un revuelo entre la gente con tarjetas de invitación, policía y aduaneros. Clodulfo Gómez Campero, varias veces exministro y actual presidente de tres Academias Nacionales, descendió dificultosamente. Algunos aplausos aislados; el anciano trató de ubicar con la mirada a los entusiastas. El

fastidio le aumentó: pese a lo anunciado, el viejo carcamán había logrado embarcarse, y esta partida empañaba la suya. Los diarios le dedicarían mucho más espacio a Gómez Campero. ¡Maldición! Tendría que haber invitado a comer a ese secretario de redacción, que había conocido cuando era cronista parlamentario. Detenerse en mitad del *hall* del diario, inclinar un poco la cabeza a la izquierda, el lado del corazón, abrir y tender los brazos: ¡Mi querido amigo! ¡Tantos años! ¡No podía irme sin darle un abrazo! Lo hubiera enternecido. ¡Foto a dos columnas! Los pequeños errores son los únicos que importan en política. ¡Mierda! No, nadie lo había oído. Otra vez viajaría en un barco más chico, donde no hubiese peligro de estas competencias. Lo primero: No equivocarse en la propia apreciación de valores.

Volvió rápidamente la cara para no ver a Nicole Dereau Ramírez, esa mujer que, con el perrito en brazos, encontraba en todas las reuniones oficiales, hasta en los palcos bandeja de la Cámara de Diputados. ¿Cómo podría meterse en todos lados? Significaba que era peligroso eludirla; además, las mujeres maduras y solteras, aunque lo sean en apariencia, siempre son peligrosas, nunca se sabe por dónde estallan; tienen tiempo y rencor para venganzas refinadas. Trató de saludarla, pero ya había pasado; ¿en primera?, ¿sería cierto que el embajador de Alemania había dado un mal paso con ella?

Al trasponer el portalón, Clodulfo Gómez Campero rezongó a su secretario privado:

—Ya sabe, no deje que se junte Alfaro con mi primo, el secretario de la Academia de Ciencias Naturales, porque se detestan. ¡No vaya a perderme el neceser; no le suceda como con aquel cheque!

—Pero, doctor eso del cheque fue hace diez años y no se podía cobrar sin su endoso —contestó Ignacio Aráoz, ruborizándose. Apretó con rabia el maletín viejo y arrugado; le avergonzaba que esa voz le produjera, aún después de tanto tiempo, un estremecimiento. Bastaría con que esa voz se agriara un poco más, que le ordenara bajar, y, entonces, su tan esperado viaje se esfumaría.

—Bueno, pero yo no me olvido de esos errores; los errores importan por sí mismos y no por el resultado. —Ignacio Aráoz lo miró con frialdad; hasta eso nada más podía llegar un secretario y pariente pobre. Los amigos rodearon a Gómez Campero. Ignacio los conocía a todos; los más «distinguidos» lo tuteaban como una muestra de afecto o, quizás, como tuteaban a los mozos, camareros y ordenanzas, o porque Alfonso XIII había tuteado a todo el mundo en la Corte. Los más atentos eran los que aspiraban a los sitios vacantes en las Academias. El académico-secretario y el académico-tesorero de la de Jurisprudencia lograron un rápido aparte; el primero susurró:

—Clodulfo, yo pienso que sería muy imprudente la compra de esas sillas para las conferencias. Ya sabés cómo es el que te dije... Sueña con ocupar tu sitio, pero aquí estamos González de la Barca y yo... Antes tendrá que pasar por...

—Tendré tiempo de pensarlo a bordo —cortó Gómez Campero incómodo; el

tesorero, siempre en babia, se interponía entre él y un fotógrafo que dificultosamente trataba de enfocar. Tenía más de cuarenta carpetas llenas de recortes periodísticos, «estaba de vuelta de todas esas cosas», pero cuando en un diario no veía su foto o no hablaban de él, se le antojaba una publicación incompleta. El resto de las noticias perdía escala e importancia. Para él y su familia, los diarios y revistas eran una especie de álbum familiar, en el cual podían aceptarse, de vez en cuando, algunos intrusos.

Ignacio Aráoz tomó de un brazo al tesorero y, aparentando que alguien lo empujaba, dejó libre el campo al fotógrafo. Un resplandor y blanca humareda; si «Clodulfo, el grande» salía con los ojos cerrados en la foto terminaría por echarle la culpa a él.

Una señora, cargada con su neceser de piel de cocodrilo, un bolso, una caja de bombones y un ramo de rosas, se encaró con el aduanero al pie de la planchada:

—¡Soy la cuñada del diputado, profesor Ítalo Riolvi! —Seguida por otras dos, pasó con algo de la actitud dominante que en las tribunas conservaba quien los había encumbrado en el mundo de la política. En este «viaje a Europa» tendría que ubicarse socialmente.

El policía no había terminado el respetuoso saludo cuando escuchó:

—Amrei Morgenstelle. La señora es mi madre, Lillian, viuda de Morgenstelle.

—*Suite* 12, señorita Morgenstelle —dijo, interponiéndose obsequioso, el empleado de la Compañía naviera. Amrei echó una mirada hacia la alta pared blanca del «Turingia». Sí, Joaquín ya debía estar a bordo. Sonrió con pena al descubrir la mirada ansiosa de su madre; subía recorriendo con la vista los puentes del navío. En este viaje, su madre tendría que comprender que había perdido toda *chance*. ¿Sería posible que esas manos ajadas, que se aferraban a las barandillas de la escala, pudieran haber tocado lo mismo que las suyas?

Carlos las miró subir. Era cierto que viajaban, pero resultaban extrañas sin la compañía de Joaquín. Le asombró no escuchar el choque carnal de la presencia de Amrei; necesitaba tener a su lado, y segura, a su mujer para poderse ocupar de las demás. Le tocaron el brazo.

—Tanto gusto, mi joven maestro. Veo que podré conversar con alguien... —le susurró, casi junto a la oreja, Gómez Campero, quien se le había acercado para tomar el ascensor. Nadie había presenciado la escena; decididamente estaba de mala suerte.

Al divisar a Amrei, Joaquín Fernández Molina respiró satisfecho, sin alejarse de la borda que le servía de apoyo. Las cosas sucedían siempre de acuerdo con sus planes; cuando no, era para su bien. «No hay bien que por mal no venga», el dicho que consolaba a la gente del campo, para él era verdad irrefutable. Tal si jineteara, hizo un rápido quite con el torso para que Carlos Suárez Varela, su pariente y «exdiputado», no lo viera. Lo esquivaría durante el viaje; haría el chúcaro con él y lo restante del pasaje. Cinco días para su placer: Amrei. Total, la gente ya estaba acostumbrada a sus desplantes; más aun, los deseaba como una muestra de que les

otorgaba importancia.

—Y si no les gusta, peor para ellos... —Con andar displicente se corrió hasta la popa; Amrei vendría a buscarlo para escapar de su madre. Le asombraba haberla obtenido físicamente cuando ya estaba dispuesto a esperar hasta después del casamiento. Apuñó la mano derecha y con ella golpeó la palma de la izquierda—: ¡Hecho! ¡Es un pacto! Me caso. —Miró sonriente hacia la inmensa ciudad; con ese golpe renunciaba a todas las mujeres que ella contenía; más aun, Buenos Aires era una carnosa y morena mujer que abandonaba luego de haberla gozado de todas maneras. Podía palmearle las ancas como a «Mora», su yegua zaina. A los trece años, a la hora de la siesta, había palmeado y toqueteado una yegua hasta enloquecerla. Como si lo hubieran adivinado, los peones le llamaban «el potrillo»; los más confianzudos, «el padrillo».

Nuevos estallidos de magnesio en la escala de tercera, llamaron la atención de Carlos. Entre los viajeros anunciados figuraban, también, tres o cuatro escritores y pintores conocidos, que todavía no «habían llegado»..., es decir, la especie peor. O, quizás, fueran esos jugadores que iban a un campeonato internacional de fútbol o basquetbol o vaya a saber qué. Menos mal que estos tenían su página aparte con fotos a dos o tres columnas; sus fotos, en cambio, nunca habían pasado de una columna. El país estaba hecho así. En la planchada de segunda, divisó un negro almácigo de monjas.

Un largo toque de sirena estremeció el barco.

—¡Pero, querido! Te estuve haciendo señas para que vinieras a ayudarnos. Gracias a que estaba con Pepa, y este señor tan amable, pude subir —exclamó, de golpe, Susana. Había pasado media hora esperándola en el portalón y, sin embargo, ella podría repetir su frase: «Cuando te necesito, nunca estás a mi lado».

—John Clarck, gerente de la General Stars Company, para servirles.

Con una sonrisa forzada de agradecimiento, Carlos le tendió la mano; la palabra «company» le producía una especie de alergia, casi tanto como esa amabilidad de manual o almanaque. Le escaparía durante todo el viaje.

Avanzando dificultosamente entre el gentío que esperaba el último momento para descender, Carlos y Susana llegaron a la *suite* «D». Entre flores y cajas de bombones, inquietas pero decididas de que el viaje hasta el puerto no fuera inútil, quedaban algunas amigas de Susana. Carlos logró escapar entre los adioses, besuqueos y recomendaciones que nadie escuchaba; arrastrado por la corriente, saludando a cuantos le miraban con aire de conocerlo, llegó al bar de primera. Se vio obligado a tomar una copa de champán con un grupito formado alrededor de dos viajeros: Juan Ladho, un diplomático que había «extraviado» a su joven mujer, «en ese mundo inverosímil», y Lucio Guzmán, un periodista y escritor distinguido, al que a menudo encontraba en las recepciones de las embajadas de Francia y España, las únicas más de acuerdo con sus ideas. Volvió a escapar; necesitaba ubicarse en el punto más alto o iluminado cuando saliera el buque; todavía podían llegar los del Comité de la

Juventud. Un clamoreo subió desde el muelle; inclinando la cabeza, aceleró el paso.

Henrich Gerber corría de un lado a otro. Un llamado del Comisario General le había hecho perder, quizás, su primera propina: la del diputado Suárez Varela. Le gustaba deslizarse entre esa gente perfumada y elegante; sólo temía que le arrugaran el uniforme blanco y que por ello lo cambiaran de lugar. Desde muchachito, se endosaba su mejor traje para pasearse entre la gente reunida en el *hall* de entrada de los cines elegantes de Hamburgo. Estaba más a sus anchas en este puesto provisorio que entre la tripulación; tenía que aprovechar la oportunidad. Volvió a su puesto cerca del portalón. Tomó una posición erguida sin llegar a la militar, ni a esa mirada desafiante que les exigían en la *Hitlerjung*. Le alegraba que el comandante von Baerlepsch hubiere dispuesto que «para no herir susceptibilidades de los viajeros, se usaría el antiguo saludo de la gloriosa marina alemana, y no el *Heil Hitler*». Todos sabían que el «von» detestaba a los nazis. Un grupo bullicioso pasó a su lado en dirección de la cubierta; uno de ellos, un hombre joven y de grandes anteojos negros, lo llevó por delante; tuvo la impresión de que lo había hecho adrede, pero pidió disculpas por haberle obstruido el paso. El Comisario lo habría felicitado por su «*savoir faire*»: un pasajero de primera siempre tiene razón.

—¡Oh, chico! ¡No es nada, lindo! —contestó Lucio Guzmán y, dándole unas palmadas afectuosas en el brazo, siguió tras de Ladho, el diplomático, y Nicole Dereau Ramírez y su perro. Antes de comenzar a subir la escalera, le resultó imposible no volver la cara y sonreír al botones. Los alemanes eran una raza hermosa pero inexpresiva.

Sordos y estremecedores toques de sirena, emocionaron a Carlos como si fueran ovaciones de sus correligionarios. Desde el puente del comando, la banda del barco tocaba una suerte de marcha wagneriana. Se desilusionó; el clamor estaba dirigido al equipo de basquetbol o lo que fuera; un cartel «Vuelvan Campeones» lo pregona.

Olvidando las instrucciones del entrenador del equipo, Héctor Castillo abandonó la formación y se corrió hacia el lugar donde quedaba más cerca de su familia, de los «muchachos de la barra» y de la oficina. Todos estaban allí, era el crédito del barrio. Había prometido colocarse bajo un foco de luz para que lo viera su madre; se abrió paso con los codos.

—¡Eh! ¡No sea bárbaro! —exclamó Graciela Contini al sentirse desplazada. Al volverse hacia el guarango, su furor se deshizo. Las tablas de la cubierta se le ablandaron; por un instante, los ojos le quedaron fijos en los pequeños y claros de ese muchachón que había quedado a su lado.

—Disculpe, señorita... —murmuró Héctor y quedó paralizado como por un calambre a causa de entrenarse demasiado. Le costó despegar la mirada de esos inmensos ojos negros; cuando estaba agotado, le costaba parecido esfuerzo salir de la piscina del club.

Como a una orden, en igual y mecánico movimiento, ambos volvieron la cara hacia el muelle. La gente allí ubicada había cambiado de expresión y hasta de forma.

Graciela cerró la mano e instintivamente la llevó bajo el seno izquierdo; le faltaba aire; era cierto que el corazón saltaba.

Los viajeros se apretujaban en la borda de los diversos puentes agitando manos y pañuelos. Virginia Ríos de Carreño entremezclaba risas y lágrimas. Como en un paso de minuet, el «Turingia», en su viaje inaugural, se apartaba lenta y paralelamente del muelle de la Dársena Norte.

Xavier Méndez, la sotana arremangada, permanecía sentado sobre su caja negra; nadie venía a indicarle dónde estaba su camarote. Nadie, tampoco, ni siquiera el sacristán de la Parroquia de Nueva Pompeya, había venido a decirle adiós. A Dios, pues el camino de Dios era el suyo. Solo entre el bullicio; inclinó la cabeza y comenzó una oración.

Entre gritos y llantos, Buenos Aires se alejaba. Carlos sintió un nudo en la garganta; tuvo rabia, era un sentimental incorregible. Junto a uno de los guinches, un numeroso grupo de muchachos desplegó un cartelón: «¡Buen viaje, Dr. Suárez Varela!». Aunque tarde, habían llegado. En una pausa de la banda, el Comité de la Juventud principió a corear su nombre, que se mezcló con los del equipo de basquetbol. Estaba entre el pueblo, siempre lo había estado. Alzó los brazos, mientras sus vecinos le abrían un respetuoso semicírculo de cortesía. Vista desde el muelle, su silueta debía recortarse nítidamente. Las palabras se le agolpaban en la boca, resultaba angustioso callar. ¡Los jóvenes me siguen; soy la bandera de la juventud!, se repitió inmóvil, los brazos en alto, como estatua esculpida con el mármol de las voces. Las letras se borroneaban y no sólo por la distancia; debía tener húmedos los ojos. El barco giró de popa y, mientras los pasajeros corrían a la otra borda, bajó con lentitud los brazos. La mirada le quedó estaqueada, como cuero de vacuno, en las estrellas de la Cruz del Sur.

II

«Al toque de sirena, en cumplimiento de las disposiciones del Reglamento para la Seguridad en el Mar, todos los señores pasajeros, sin excepción, deben colocarse los salvavidas y concurrir a los “puestos de reunión” indicados en los avisos de sus respectivas cabinas» —ordenó desde la novísima red de altoparlantes el Comisario General. Respiró feliz, era la única oportunidad de usar un tono medianamente imperativo con los pasajeros de primera clase. Repitió el texto en alemán, francés, inglés y portugués; su pronunciación en portugués era la más floja, pero estaba seguro de que muchos pasajeros vendrían a preguntarle, con admiración, cuántos idiomas «dominaba». Su función terminaba ante el micrófono. El capitán von Baerlepsch tomó el comando de la operación, que le encantaba hasta el extremo de adelantarla al primer día y con las costas uruguayas aún a la vista. Desde el comienzo, el pasaje debía comprender la calidad de la férrea disciplina prusiana que reinaba a bordo. A los latinoamericanos les fascina el espectáculo de la disciplina ajena. Prusiana, pero a lo Federico el Grande, con flexibilidades galas; en el fondo, Federico II era un intelectual. Sonriendo, se inclinó hacia Carlos y murmuró lo que antes había dicho a otros «notables» del pasaje:

—Por supuesto, que ello no reza para usted y su señora esposa, diputado.

—Acepto en cuanto a mi mujer; por mi parte, me someto republicanamente: *dura lex sed lex* —sonrió al imitar el estilo del *Kommandant*. Le resultaba imposible tomar en serio cualquier relación con un poder militar o castrense; salvo con los militares muertos, entre los cuales estaba su abuelo, el general «guerrero de la independencia» que había convertido en patricio al apellido. En verdad, se sometía al poder porque las Morgenstelle debían ocupar el mismo bote que le correspondía a él—. ¿No cree, mi comandante, que el ejercicio debía llegar hasta descender los botes al mar, con los pasajeros? En caso de necesidad, siempre resulta la tarea más difícil y la que peor se cumple. Creo que tal ensayo aliviaría mi conciencia profesional si yo fuera marino.

Brillaron imperceptiblemente los ojos del comandante; lo había ganado para todo el viaje. Cada persona poseía un minúsculo resorte que, pese a tenerlo a flor de piel, se le antojaba secreto. El talón de Aquiles; no quiso pensar en el suyo. Con un ligero choque, su mirada descubrió a Amrei.

—Por supuesto, señor diputado, pero no es esta la costumbre, sin duda por consideración a las damas del pasaje. Sin embargo, haré llegar su excelente sugestión a la Compañía; créame que la aprecio en cuanto ella vale.

Amrei Morgenstelle miró en su derredor. Era la única que se había atrevido a ajustarse reglamentariamente el chaleco salvavidas. Su cuerpo soportaba cualquier agregado ridículo. Las otras mujeres lo llevaban sobre el hombro, como un zorro plateado, o lo arrastraban displicentes. No se atrevían. Los hombres, en cambio, habían obedecido. Como si lo desafiara, se acercó a un grupo en el cual reían y bromeaban. Virginia Ríos de Carreño, a su chaleco que no le cerraba, había agregado

un salvavidas de cubierta que arrastraba dificultosamente:

—¡Ah, yo soy muy prevenida! ¡Con mis kilos no sé lo que haría con este chalequito! Pero tengo que irme hacia popa, donde están los de segunda... ¿Verdad que no me va a retar, señor comandante?

—Una cliente tan antigua de la Compañía, como es usted, puede andar donde quiera... —contestó sonriente. No sabía cómo alejarse del grupo, para no despertar celos en los demás; no lograba descubrir esa técnica del «gran mundo» que permitía a una persona pasar, muy sueltamente, de un grupo a otro, como quien riega macetas en una terraza. Lo había ensayado infinidad de veces con su mujer. Por fin, casi con un brusco saludo militar, se apartó en dirección del que presidía el exministro Gómez Campero.

Carlos intentó acercarse a Amrei; pero ella se volvió para ofrecerle el brazo a Joaquín Fernández Molina, surgido de no sabía dónde, y se alejaron simulando no haberlo visto. Cuando decidió seguirlos e imponerles su compañía, Celina Escalada y su madre se le abalanzaron entre exclamaciones de asombro y los brazos tendidos. Hubiera sido preferible no exagerar el reuma de su mujer; ella le servía de pararrayos social. Supuso que Celina Burgos de Escalada y Celinita serían la última sorpresa, entre la «gente conocida», que encontraría a bordo. Tendría que leer esa primorosa y dorada lista de pasajeros que le habían llevado al departamento. Hizo un rápido recuento: a ellas, tenía que agregar Clodulfo Gómez Campero; Juan Ladho, el diplomático y su mujer; Virginia Ríos de Carreño, la gorda heredada; Nicole Dereau Ramírez, la histérica del perro; Lucio Guzmán, el periodista merengue; su pariente, el estanciero Joaquín Fernández Molina; *Frau* Morgenstelle, y entre todo ese grupo al que en tierra le hubiera escapado, Amrei Morgenstelle la única que podría hacer agradable una larga, larguísima travesía. ¡Vaya a saber quiénes subirían en Río de Janeiro! Al terminar el recuento mental, se percató de que, mecánica y detalladamente, estaba explicando la enfermedad de Susana a las Escalada; quienes, aunque la conocieran aun con mayores detalles, entrecortaban la narración con exclamaciones de condolencia. Por momentos, parecían ellas las enfermas. Sonrió; la gran conversación de las mujeres siempre tenía por eje las enfermedades propias y, luego, las ajenas.

Héctor Castillo estaba dispuesto a aprovechar la oportunidad; no dejaría a Graciela Contini hasta que el comisario de tercera clase le indicara, con sus movimientos bruscos, que debía atravesar la cubierta y reunirse con los hombres en la otra borda.

—Y si tuviéramos un solo chaleco salvavidas, ¿qué harías? —preguntó Graciela.

—¡Sería estupendo! Tendríamos que ponernos muy juntos para que nos abarcara a los dos... Y para que no te entrara agua en la boca, tendría que besarte continuamente...

Graciela miró hacia el grupo de las mujeres; en primera fila, la vista fija en ella, estaba su madre. En esa mirada, tuvo la seguridad de que su madre había cambiado

desde que subió al «Turingia», que la llevaba a visitar a su propia madre; ya parecía dispuesta a ceder su autoridad. Feliz, volvió los ojos hacia Héctor; ahora sabía que, con la mirada, era posible apoyarse en un hombre, casi un desconocido.

—Pese a que soy muy miedosa, empiezo a creer que me gustaría que el barco se hundiera...

Héctor le tomó la mano con dulzura. El jefe de cubierta los separó con palabras que no entendieron. Cuando Héctor se reunió con el equipo de basquetbol, tampoco entendió las bromas de sus compañeros. El barco era anchísimo; la distancia entre las bordas tremenda.

Xavier Méndez miraba a Héctor con aire de escándalo; las risas de los jugadores debían tenerlo como blanco por causa de esa mujer. Los miró; disimularon; también se reían de él por causa de una mujer. Desde el Génesis, la causa era una mujer. Llevó la mano derecha hacia la crucecita que guardaba entre la botonadura de la sotana; no pudo tocarla, no tenía su auxilio, se lo impedía el chaleco salvavidas. Su vida era la otra, la eterna. Se volvió hacia el mar y se desató el chaleco.

Henrich Gerber pasó con una bandejita de plata, contra la cual sujetaba un radiograma.

—¡*Herr* consejero de embajada don Juan Ladho! —gritó a medias. Temía que su voz chocara al comisario general.

Lucio Guzmán se acercó a von Baerlepsch.

—Mi estimado comandante: como escritor y periodista, que en verdad somos los creadores de la opinión pública, tengo que felicitarle por el personal que ha puesto en contacto con la gente de primera clase. Es una tarea muy indefinible que, sin embargo, es esencial para crear el ambiente de un barco que busca estar de moda. En particular, lo felicito por ese chico que, según creo, se llama Henrich... Nuestra querida amiga, que es íntima de S. E. el señor embajador de Alemania, como usted bien lo sabe, me acaba de decir que le parece una figura de... de Botticelli... ¿Verdad, Nicole?

—¡Absolutamente, mi caro comandante! Aunque no sé si de Botticelli o de Leonardo da Vinci... —contestó, sin dejar de acariciar con el índice la cabecita de su perro—. Hasta mi «Mickey», tan sentimental, lo encuentra encantador, *charmant*... Le suelta unos ladriditos y quejidos amorosos absolutamente platónicos... ¡Bueno, según se murmura, no es el único que le hace tales demostraciones!, ¿verdad Lucio?

—Y tanto, que unas señoras decían, ayer, que Henrich era la muestra más palpable de la belleza viril germánica.

—¿Supongo, mi comandante, que no privará a su pasaje de un tal placer estético?

—Un pedido suyo, *Fraülein* Dereau Ramírez, es casi una orden; aunque en labios prusianos esta palabra resulte un poco dura... Concedido.

Lillian se detuvo. Sí, no le cabía la menor duda; eran ellos. La cabeza de Joaquín jamás se abandonaba totalmente en el respaldo. Si pudiera acercarse lo suficiente, quizás alcanzaría a descubrir alguna frase. Las palabras de Joaquín dichas en voz

grave, baja pero posesiva. El motor y el ruido del mar las cubrirían. Aunque no la viera, Amrei la sentiría llegar. Tendría que avanzar decidida; que ni siquiera pudieran imaginar que los espiaba.

—¡Oh, Joaquín! ¡Al fin los encuentro! ¡Siempre tan distraído y desorientado como en las calles de Zurich o Basilea! Nuestra lancha, la número 6, está hacia proa y a estribor... —exclamó sonriente y depositando el chaleco salvavidas junto a una reposera—. ¿Tú no lo sabías, verdad, Amrei?

—Sí, Lillian, tu hija sabe que soy muy desorientado en las ciudades, pero no en el campo, y menos en otras cosas más importantes —contestó Joaquín sin mirarla y levantando apenas la voz.

—Sí, Lillian, Joaquín tiene razón... —Amrei cruzó la pierna; Joaquín podría mirarle Jas pantorrillas sin realizar el menor movimiento de cabeza. Le había resultado imposible llamarla por el acostumbrado *muther*, menos aun después de haber estado en el departamento de Joaquín—. Von Baerlepsch le dijo a Joaquín, nos dijo, que dada las veces que hemos participado en estos ejercicios, no era necesario repetirlo.

—No, Amrei; el «boche» dijo que hay otros ejercicios transatlánticos más agradables... ¿No fue así? A mí siempre me han gustado las cosas claras y tu madre lo sabe.

—Me causa gracia imaginar esas palabras en boca de von Baerlepsch... Los alemanes tienen un sentido tan peculiar del humor...

—¿Del humor o del amor? —cortó Joaquín, endureciendo el tono.

Amrei vio que las manos de su madre se crispaban en los brazos de la silla; luego, con rebuscada lentitud, se relajaron, se distendieron; con movimiento que deseaba espontáneo y hasta infantil, las despegó de la madera y las alzó hasta hacer entrechocar las palmas, como en un aplauso de compromiso que teme disgustar a quien lo recibe, pero, al mismo tiempo, ansia complacerlo. La crispación de las manos pareció descender y descargarse en dos movimientos nerviosos, que agitaron las piernas flacas y, sin embargo, bien torneadas.

—En ambas cosas, Joaquín... Pero, para saberlo, es necesario haber vivido mucho tiempo cerca de los alemanes, como nos pasa a nosotros los suizos, y esto no siempre resulta agradable...

Girando la cabeza, Joaquín cortó decidido:

—Lo que dices, Lillian, no me interesa. Y yo sólo hablo o escucho lo que me interesa. Creo que lo más útil que puedes hacer es llevar ese chaleco a la cabina, como ya lo hizo Amrei.

Lillian se incorporó. Cuando Joaquín pronunciaba su nombre a la alemana, estaba fastidiado. Las piernas le temblaron; para disimularlo, inclinándose recogió el chaleco salvavidas.

—Sí, tienes razón, Joaquín. La psicología de los alemanes carece de interés; especialmente ahora que, estafando a Nietzsche, basan todo en la fuerza y la

prepotencia... Aprovecharé para vestirme... ¿Nos encontraremos a la hora del vermut, en el bar principal?

Sin variar el tono, Joaquín contestó:

—Es probable. Aunque este barco tan grande está lleno de recovecos y, vos lo dijiste, yo me desoriento a menudo. De todas maneras, nos encontraremos a la hora de la comida; resulta inevitable. Hasta luego.

Se alejó afirmando las rodillas, aunque estaba segura de que Joaquín no se molestaría en mirarla, pero Amrei sí. Tuvo la sensación de que el chaleco estaba relleno de plomo. Cinco metros la separaban de la primera puerta, tenía que resistir. La garganta se le anudaba y el escozor le incitaba a cerrar los ojos. Resistió la espantosa tentación de volver la cara y mirarlos. Al trasponer el alto umbral de hierro y bronce reluciente, respiró; la última expiración, la de la muerte, debía ser semejante. Un *groom* se acercó solícito; sin una palabra le entregó el chaleco; sus pasos, apagados por la gruesa alfombra del pasillo, la seguían. El camarero se apresuró a abrir la puerta de la *suite*. Hasta Karl, su marido muerto un año atrás, le hubiera sido útil en ese instante. Ni siquiera recordaba cómo era el cuerpo desnudo de Karl. Contuvo los deseos de gritar el nombre de su hija, unido a un horrible, vulgar y preciso adjetivo. La hermosa puerta de marquetería se cerró tras de ella. El apartamento se llenó con el lejano y apagado y grave ronronear del motor del buque. La voz de Joaquín. La camarera vendría a guardar el salvavidas en el fondo del placard; todo estaba perfectamente organizado menos su vida. Se dejó caer en una butaca, enhiesto el torso. El reflejo del sol de la media tarde en el mar cabrillaba, a través de las persianas, en el techo muy blanco con adornos dorados. Karl adoraba el estilo rococó y los cuadros de los pintores «cubistas»; en todo era un contrasentido. ¿Era un contrasentido? La camarera golpeó discretamente a la puerta; sólo una camarera podía golpear así.

III

—Ya lo ve, mi caro periodista, que mi idea del «Baile de los trajes arrugados», no resultó tan *shocking*, como usted afirmaba para una tercera noche a bordo —comentó el comisario general, jugando con su *flute* de *champagne* en la mano.

—El triunfo es siempre de los audaces... pero no dejaré de reconocer nuestra ayuda: la mía, por supuesto, como cuarto poder; la de Nicole, y hasta la del apolíneo Hermes, que llevó las invitaciones recién salidas de la imprentita...

—¿El Hermes, *Herr* Guzmán?

—¡Por supuesto, comisario general! Veo que usted no está muy al tanto de lo que sucede en su barco... Me refiero a Henrich, el botones más famoso del «Turingia», el protegido de Nicole, y... hasta del comandante. ¡Con semejante emisario, quién podría resistirse!

—¡Ah, si yo mismo arreglé su pase!...

Un reguero de risas y carcajadas recorrió el salón, al paso de Virginia Ríos de Carreño:

—Ya sé que parezco un zepelín desinflado; pero yo no hago trampas... ¡aquí estoy con mi traje más arrugado! Ya sé que las demás han enloquecido a planchadoras y camareras...

—A veces, pienso que esta gorda es el único ser que me reconcilia con el resto de la humanidad —dijo Lucio, sin preocuparse de que el comisario le escuchara. Lo decía para sí mismo y quedó sorprendido.

El comandante echó una mirada displicente al conjunto de los salones. Sí, ese comisarito ha tenido una buena idea; es decir, hemos tenido, puesto que él la había aceptado. Era una forma de hacer olvidar la proximidad del temible golfo de Santa Catalina con sus aguas revueltas, y las cuatro horas que el barco tardaría en pasarlo. Toda esa gente dependía de él en lo más importante: sus vidas. Hasta podía, con un ademán, hacer que callara la orquesta y cesara la alegría. Carlos Suárez Varela pasó a su lado; experimentó la necesidad de saludarlo amablemente. La sonrisa displicente se le borró. El exdiputado era amigo de un miembro del directorio sudamericano de la Compañía; si él, junto con el exministro y otros poderosos, como Joaquín Fernández Molina, se empeñaran en una queja bastaría para que lo cambiaran a un barco de menor categoría, pese a sus veinte años de servicios irreprochables. Si los barcos alemanes dejaran de «estar de moda», ante la competencia de los franceses, italianos e ingleses, el comandante del flamante «Turingia» tendría bastante culpa o se la echarían. Para colmo, un barco francés, el «Normandie», acababa de ganar la «Cinta de plata» en el Atlántico Norte. Contuvo el deseo de marcar el saludo con un entorchocar de talones.

Carlos contestó de prisa y rehuyéndolo. Buscaba a Amrei; no podía durar mucho la pausa de la orquesta. Era su oportunidad, pues Joaquín conversaba animadamente con las Escalada. Con acompañamiento de batería, la orquesta comenzó a tocar un

tango; le costó reconocer a «El choclo». Antes de bailar con ese ritmo y con cualquiera de las pasajeras, era preferible un coñac. Al llegar al mostrador del bar, un mozo, que llevaba un balde con una botella de *champagne*, evitó el encontronazo con ágil movimiento. Carlos rozó a un oficial y, al volverse para una disculpa, encontró la cara sonriente de Amrei. Seguro de que el oficial del barco no se interpondría, la invitó a bailar.

Amrei comprobó que el flequillo quedaba a la altura de la boca de Carlos. Por sobre el hombro, divisó a Joaquín, quien, luego de mirar en derredor como si la buscara, volvió a rodear con el brazo el cuerpo de Celina Escalada. El mismo movimiento con que la había abrazado en su *garçonnière* de la plaza San Martín. Pegó su cuerpo al de Carlos; era la primera vez que bailaban juntos. Se alegró de que para los argentinos el tango fuera un baile callado, casi ritual.

Carlos sintió contra el suyo ese cuerpo fresco y perfumado. Joaquín rehuyó su mirada. Salvo un casual encuentro en el bar y una brevísima charla de circunstancias, era evidente que Joaquín no quería mezclarlo con «sus Morgenstelles». Con decisión apoyó la mano en la espalda desnuda de Amrei; le demostraría lo que era bailar un tango. A poco, se dio cuenta de que nada nuevo podía enseñarle. A los veinte años, Joaquín había formado parte de una de esas «patotas de muchachos bien» que hacían temblar los «cabarets» de Buenos Aires. A esa misma edad, él estudiaba derecho y escandalizaba a su familia pronunciando conferencias sobre «El Capital», de Carlos Marx, en las bibliotecas de barrio del Partido. Cada cual a su manera, habían conmovido a la ciudad. Terminó el tango. Con Amrei en los brazos, sólo había pensado en Joaquín; sin embargo, al apartarse su compañera, algo se desgajó en lo físico. Mediando la música, su cuerpo había pensado sensualmente.

De inmediato, y a pedido de Nicole y Lucio, la orquesta comenzó a tocar *jazz*. Carlos oyó unas palabras de excusa en alemán, y su compañera se alejó.

Al pasar junto a Joaquín, Amrei le clavó la mirada un instante y salió al puente. Joaquín olvidó lo que hablaba con Celina; más aun, cesó de importarle, y salió tras de Amrei. Quería alcanzarla, tomarla de una muñeca y obligarla a regresar.

Amrei aceleró el paso y descendió al puente inferior por la primera escalerilla que encontró. Los pasos de Joaquín la seguían. Llegó hasta la borda y, volviéndose, apoyó la cintura contra ella.

—¿Por qué...? —interpeló Joaquín, los ojos chispeantes.

Con rapidez, Amrei levantó la mano y le cubrió los labios; luego, empinándose con gracia, la retiró y en lugar de ella puso la boca.

A medianoche, Pepa Osorio se vio obligada a reconocer que era una de las fiestas improvisadas más encantadoras «que había soportado en un barco; hasta tenía algo de las que organizaba el príncipe Youssupoff o la princesa Bibesco, en París».

Apoyada en la borda de popa, Amrei contemplaba la estela que, afinándose,

parecía perderse en el horizonte oscuro. Con su mano nervuda y vellosa Joaquín, acodado, le acariciaba en silencio y como distraídamente la mejilla. En la semioscuridad producida por las luces atenuadas de los ojos de buey y la ventanillas del hospital, la mano variaba de tonalidades y volúmenes. Por momentos, parecía un ser independiente de su dueño. Amrei se la llevó a los labios.

—No puedo evitarlo, todo lo que me gusta o me entenece o venero o me emociona deseo besarlo. En esto debo ser como ustedes los católicos que se pasan besando estampas e imágenes.

—Mientras sea mi mano —dijo Joaquín, sorprendido.

—No la besé porque fuera tu mano solamente... Eso es lo que trato de explicarte y que ni yo misma comprendo muy bien.

—Pronto se acabará el problema. Sólo mi mano podrá estar cerca de tu mejilla... y de lo restante de tu cuerpo.

—No menciones, Joaquín, la palabra cuerpo en ese tono; me haces estremecer como si de nuevo estuviéramos... —tuvo la certeza de que, si seguían en ese tono, tendría que repetirse la escena del departamento de la plaza San Martín.

—Ya sé lo que quieres decir... —Calló. El aire con olor a desinfectante, que llegaba desde el hospital con mayor intensidad, le dio motivo para cambiar de tema—. ¿En verdad, no te molesta este olor?

—No; para mí es un olor familiar. Acuérdate que pasé más de un año en cama o en silla de ruedas por causa de la fractura del pie. Este olor me trae reminiscencias de mi niñez, de mi sanatorio...

—Además, a tu madre no se le ocurriría imaginar que estamos aquí, en tercera, a popa y junto al hospital.

—Preferiría que cuando te refieras a algo nuestro... —dudó un instante, quería expresar el matiz exacto—, no dijeras «tu madre», sino Lillian; me parece más lógico.

De nuevo, la miró sorprendido; luego, contestó severo:

—De acuerdo.

Se produjo una densa pausa entre ambos. Lejana, llegaba la música del baile. Joaquín tenía que decirle algo importante. La popa se estremecía con el girar de las hélices. Sorda sensación de potencia brotaba de las grandes aletas, agitando el agua oscura con reflejos de espejos rotos o trizados.

—En cuanto termine el remate de mis animales en la Exposición de la Sociedad Rural, tomo el «Cap Arcona» y voy a buscarte. Ya sabes para qué.

Amrei se estremeció. Joaquín iría a buscarla para casarse. Lo sabía. En Basilea o Zurich. Lo tendría todo dispuesto. No quiso averiguar más; la sorpresa debía formar parte de su regalo de bodas. Le pertenecería hasta en esto. Con el mismo tono de voz sometería a Lillian. Quiso borrar la imagen de su madre. Sonrió nerviosamente.

—¿Antes que yo están tus toros?...

—Mis toros serán tuyos...

Un grito femenino y desgarrador llegó a través del ojo de buey más cercano. Amrei se abrazó a Joaquín. La voz se transformó en un llanto convulso, acongojado:

—¡Manuel! ¡Hijito! ¡Manuel! —De nuevo, la voz se ahogó en el llanto.

Se mezclaron otras voces. Apretando la mano de Joaquín, se acercó al ojo de buey y se alzó de puntillas. Abrazada a un chico tendido en la cama una mujer lloraba. La enfermera que lo auscultaba dejó suavemente la mano del chico, mientras la mujer la miraba con angustia.

—Debe tener coraje, señora...

La mujer volvió a apretarse contra el cuerpo, y comenzó a gritar con desesperación:

—¡Yo tengo la culpa! ¡Yo tengo la culpa, mi hijito!

Un hombre, con los ojos llorosos, acariciaba la cabeza del chico. Presuroso, la respiración entrecortada, como si hubiera corrido, llegó el médico con su uniforme de gala. Le bastó con una rápida auscultación.

—¡Doctor, haga algo, doctor! —clamó la mujer.

—Señora, hice cuanto pude... Fue una imprudencia muy grande... —Alzó los hombros y se apartó.

A través de los pasillos y galerías de la obra muerta del navío, la música llegaba más fuerte. Jazz sonoro y dislocado.

—¡Joaquín, esa música! No es posible...

Nicole, mostrando sus rodillas huesudas, realizaba contorsionadas figuras, en compañía de Lucio, para demostrar la justicia del premio que acababan de ganar. Rodeándolos, la gente joven aplaudía. Terminaron con una versallesca reverencia y, en una corrida lateral, a lo artistas de *varieté*, escaparon hasta el gran *hall*, para dejarse caer despatarrados en un sofá.

Amrei estuvo a punto de tropezar en las piernas de Lucio. Acompañada por Joaquín y el comisario de tercera clase, entró al salón de fiestas y se dirigió hacia el comandante. Intrigado, Lucio se acercó al grupo que cuchicheaba. Como periodista, tenía el «sagrado derecho de acceso a toda fuente de información».

Al ver salir a la preocupada comitiva, Gómez Campero tomó del brazo a Joaquín cuando pasaba al lado suyo y lo obligó a un aparte. No le importaba que estuviera con Amrei y el comandante. Desde muchacho sabía que las oportunidades hay que pescarlas al vuelo. Además, en el «Turingia», ninguna compañía podía ser más importante o preciada que la suya.

—No me diga que no, mi querido amigo Fernández Molina —dijo con amabilidad condescendiente—. Necesito su urgente consejo de joven maestro en cría de Shorthorns. Desde Río de Janeiro, tengo que escribir a mi administrador del campo que tengo al sur de Santa Fe... un campito, al lado de los suyos...

Abandonando a su mujer, Eladio Cortez, secretario de la Sociedad Rural, se les reunió; era matar dos pájaros de un solo tiro.

Joaquín se disculpó con un movimiento de hombros; Amrei, fastidiada, siguió al

comandante.

La orquesta cesó de tocar. Para que la terminación no pareciera demasiado intempestiva, principió el servicio del *souper*.

Como chisporroteo de fuegos artificiales, Lucio, Nicole y los Ladho pasaban de grupo en grupo. Nicole alcanzó a Carlos cuando intentaba subir al puente superior.

—¿A que no lo sabe, mi querido amigo?... ¡Acaba de morir un chico en el barco! Claro que es de tercera... ¡No lo diga a nadie! Von Baerlepsch quiere evitarnos la desagradable impresión... ¡pero yo adoro el masoquismo!

Apenas terminada la frase, Nicole se dirigió hacia las de Escalada. Carlos tuvo la tentación de bajar a tercera. ¿Con qué fin? ¿Investigar o simple curiosidad morbosa? Subió al puente de los botes y aspiró profundamente el aire fresco. No le interesaba ese papel de dama de caridad que tanto placía a su mujer. Tomó asiento en un banco de la toldilla de popa. La frívola y «deliciosa» manera con que su familia ejercía la caridad, como una agradable profesión liberal honoraria, le repugnaba.

Amrei tuvo necesidad de abandonar el camarote de la enfermería. La abrumaban el llanto monocorde, casi teatral, de la madre del chico y los cuchicheos de la gente apelotonada en el pasillo. El aire que entraba por el ojo de buey movía apenas las cortinillas blancas. En ese cuerpo tendido en la cama, se encajaba la imagen de otro que no podía olvidar. Le faltaba el apoyo del brazo de su abuelo Christian para resistir esa imagen. Como a Walter, se habían olvidado de lavarle las manos; pero este chico ya estaba vestido con el mejor de sus trajes, a la media hora de muerto. Debía ser la ropa que le tenían reservada para el desembarco en Vigo. La madre se la habría puesto con algo de remordimiento adicional por todas las veces que le había gritado para que no la ensuciara. Un fotógrafo de plaza debía haberle tomado una pose tiesa y asombrada. La luz demasiado fuerte se reflejaba en los tabiques blancos y demacraba las caras. No se parecían a las facciones de Walter, su compañero en la escuela primaria. Walter era el primer muerto que había contemplado en su vida y no olvidaría, jamás, la absurda inmovilidad. El pelo negro y la piel olivácea de este chico, le daban otra consistencia. La madre del chico le tendió la mano humildemente. No entendió sus palabras; además poco podían decirse. Su abuelo Christian sabía hablar a esta gente; Joaquín también; ambos parecían estar igualmente cerca del pueblo, pero a diferente altura.

Xavier Méndez titubeó. No entendía por qué esa señorita Morgenstelle le había resultado tan repulsiva cuando la vio junto al chico muerto. Menos mal que el capellán, ese protestante que seguiría las huellas de Calvino, debía estar durmiendo. Era necesaria la permanente vigilia en el Huerto de los Olivos. Esa mujer se entremetía, interfería su obligación cristiana ante la muerte; estaba allí nada más que para eso. Decidido, metió la mano en el bolsillo de la sotana y sacó el rosario. Intentó borrar su rabia besando la cruz, pero no pudo. No en balde Tertuliano, uno de los padres de la Iglesia, consideraba a la mujer como criatura del demonio. A nadie necesitaba pedir autorización para cumplir su deber. Se acercó a la cama y rodeó las

manos del chico con el rosario. Cerró los ojos; no quería ver a esa Morgenstelle. Murmuró una plegaria. Algún día, en su infinita bondad, Dios ampliaría ese murmullo hasta cubrir el mundo; especialmente el «mundo rojo» de su España. Rogó fervorosamente porque así fuera.

Amrei miró al religioso; no entendía cómo una cara tan joven y ascética podía contener tamaño rencor. Deseó tomar esa cara entre las manos y besarla dulcemente, hasta que se apaciguara. Salió, abriéndose paso entre la gente y rodeada por ese olor a desinfectante, olor a sanatorio, que la incitaba a renquear. Besar al chico muerto hubiera sido un acto demasiado espectacular para una pasajera de primera clase.

Subió lentamente por las escaleras exteriores. En el límite de la tercera, el marinero de guardia le abrió paso, luego de un saludo muy deferente. Al pasar por el puente de los salones, divisó a Joaquín; seguía conversando con Gómez Campero y Eladio Cortez en el bar. Cuando los hombres hablaban de negocios, les placía convertir a las mujeres en un peso muerto; los latinoamericanos, sobre todo, se complacían en marcar esa independencia viril. Debía venirles de Oriente, hasta de Grecia. Además, ¿qué hubiera hecho Joaquín en esa cabina? Necesitaba que el aire del puente de los botes la hiciera temblar de manera distinta al de la enfermería.

Carlos divisó una silueta femenina en la penumbra; se inquietó al verla avanzar en su dirección. A los 15 años, en la estancia de su abuelo, había escuchado incontables veces el relincho de los potros cuando una yegua se acercaba al corral, y un alboroto masculino y casi angustioso le recorría el cuerpo; se le anudaba en las ingles, en el sexo.

Tal si hubieran concertado una cita, sin pronunciar palabras, Amrei fue a sentarse a su lado y quedó inmóvil. Los insectos simulan estar muertos para escapar al sapo que los acecha. No había pensado en Carlos y, quizás, era la única persona a bordo que podría comprenderla esa noche o, al menos, que intentaría comunicarse con ella. Con Joaquín, las palabras siempre estaban de más.

Se miraron un instante. Les asombró hallarse tan diferentes a lo que eran en el salón de baile. Carlos comprendió que algo tendría que suceder físicamente. Cuando, por cualquier circunstancia, quedaba solo con una mujer experimentaba la «masculina obligación» de besarla, por poco que esa mujer le gustara. Amrei irradiaba, como los mares demasiado alcalinos, una suerte de luminosidad hecha de asombro y ternura; no recordaba haberla visto así. El raro collar de brillantes negros y rubíes engarzados en forma de culebra, le pareció más reluciente y sugestivo; apenas si lo había mirado mientras bailaban.

—¡Pobre chico! —murmuró Amrei.

—Sí, debe ser terrible para los padres —contestó, luego de una pausa. Se obligó a pensar que si Amrei estaba allí, era porque Joaquín seguía sitiado en el bar. Eladio Cortez, el secretario de la Rural, debía aspirar a que Gómez Campero y Joaquín lo invitaran a dar conferencias en el Jockey Club; los diarios serios hablarían de él y, así, pasito a pasito, se ubicaría entre los «ministeriales», entre los que, el día menos

pensado, podían llegar a Ministro de Agricultura. A Joaquín, por su parte, debía interesarle que la Rural le clasificara bien los animales de su cabaña. Toma y daca.

—Resulta extraño —prosiguió Carlos—, pero cuando uno muere en nuestro edificio de departamentos no experimentamos lo mismo, no sentimos tan cerca a la muerte... —hizo una pausa al notar que Amrei giraba la cabeza para seguir el recorrido de una estrella, que atravesaba el cielo de un extremo al otro; pensaría en Joaquín—. A bordo, tenemos un destino solidario; los elementos físicos nos amenazan por igual. La comunidad de destinos es la más fuerte atadura del hombre. —Podía haber añadido la palabra «sutil» después de fuerte; Amrei debía mirarlo como las alumnas en su cátedra de la Facultad. Enseñar era una forma de poseer. Precisaba cuidarse, tenía debilidad por el adjetivo «sutil»; sin embargo, al escucharlo, la gente se creía obligada a reforzar la atención. La mano de Amrei había temblado; decidido, avanzó la suya y se la tomó.

—¿Frío o miedo?

—Creo que miedo —contestó, sin el menor intento de retirar la mano. Sólo existía una mano que la dominaba y la estremecía—. Miedo, porque me recuerda otro niño que murió de pulmonía a mi lado... y yo tenía su mano en la mía.

—Si la muerte no nos rondara, la vida importaría menos —contestó mecánicamente. Lo dicho era una bobería; pero estaba dispuesto a eludir esa conversación convencional que lo alejaba de esos labios carnosos que brillaban cerca suyo, más cerca y posibles que cuando bailaban.

—Nunca pienso en la muerte; mi cuerpo se opone. Es una viviente y racional oposición —dijo Amrei.

Carlos calló ante esa alusión al cuerpo. Si le daba pie, Amrei contaría la historia de ese otro chico muerto, que ya le importaba tan poco como la del que estaba bajo ellos, a pocos metros. Era simple cuestión de instinto que ella girara la cabeza para recibir su beso. Aunque los adolescentes europeos, tan racionales, debían preferir un camino tortuoso para llegar a los sentidos: una excusa anticipada de la inteligencia.

Con la rotundez de un fruto pesado que inclina la rama, Amrei apoyó la cabeza en el respaldo del banco, junto al hombro de Carlos. Los nervios se le relajaban. Tenía necesidad de jugar todo en un instante; pero no de jugar lo que los jugadores medidos pierden en una mesa. Saber que Joaquín sería capaz de quererla a pesar de todo, como ella se había jugado en el departamento de la plaza San Martín. ¿Acaso no era como averiguar entre qué extremos sucedía su vida y la de Joaquín? La cabeza hacia atrás, puesta sobre el filo del respaldo, como la cabeza de un condenado ante el verdugo. Jugarse a la vida o la muerte. El amor tocaba la vida y la muerte. Tenía que suceder, salvo que Joaquín apareciera en frente de ambos. En una ruleta, las piezas de nácar las había comprado con dinero de su padre. Siempre jugaba cosas ajenas; salvo cuando había jugado su cuerpo. Los labios de Carlos estaban muy cerca; quitando los de Joaquín, nunca había besado otros de un hombre grande. Jugarse conscientemente; como los padres del chico de tercera clase lo habían jugado, levantándolo de la cama,

vistiéndolo para que subiera al barco. La madre tendría que haberle pellizcado las mejillas para darles color. Ese chico no era una ficha de nácar, lo habían jugado. Cuando el barco soltó amarras, habrían suspirado con alivio. Sin saberlo, jugaban a la vida y la muerte.

Carlos se inclinó y la besó con algo de desafío. Sintió la carnosidad de esos labios; ese *crescendo* en el contacto que de inmediato lo enervaba: juego entre la pulpa que resiste apoyándose en los dientes y repecha cual pezón enardecido. Nada ignoraba ella de la técnica del beso. La generación de posguerra debía tomar el beso como un deporte. A menudo, y después del acto, detestaba a las mujeres porque lo animalizaban; con Amrei le sucedía lo contrario.

De golpe, algo se quebró.

Amrei apartó a Carlos, repitiendo el movimiento con el que, al vestirse para el baile, había desplazado unos centímetros el baúl-cabina. Segura de que él no iba a seguirla, se alejó.

La vio desaparecer en la penumbra de un pasillo. Muy cerca, una sombra se ocultó tras uno de los grandes respiraderos, como si los hubiera espiado; creyó reconocer esos movimientos duros, algo masculinos, de Lillian.

Amrei bajó de prisa la escalera; hizo otro tanto con la del puente de los salones. Al sentir en los labios los dientes de Carlos, creyó regresar de un lugar absurdo o remoto. Estaba decidida; le contaría a Joaquín lo sucedido. No totalmente, porque la jugada no había tenido realmente importancia; necesitaba callar la calidad de ese margen que había dejado y que sólo llenaría al casarse con Joaquín. Se había deslizado como si con los esquíes sorteara rocas y árboles en una ladera nevada del Jungfrauoch, hasta que de golpe, el paisaje se transformó en un decorado. No era la boca de Joaquín. Había besado muchas bocas de muchachos; también las de algunas compañeras, a los trece años. En la boca de una amiga creyó haber descubierto ese mundo misterioso que había leído en algunas novelas de la biblioteca de su padre; luego, comprendió que sólo era el afinamiento de instrumentos de una orquesta antes de iniciar una sinfonía. La boca de Carlos se unía a las otras que no lograban alcanzar los límites.

Héctor Castillo se tendió en la manta de viaje de la madre de Graciela. Habían quedado solos en ese sector de la proa, ocultos por el tambor donde se enrollaba la cadena del ancla.

—¿Me dejás que apoye la cabeza? —preguntó y, sin esperar respuesta, la posó dulcemente sobre el vientre de ella. El sentido del tacto se le concentraba en la nuca; le alegró usar el pelo corto. Por contestación, le revolvían tiernamente el cabello—. Estoy muerto con el entrenamiento de esta tarde...

—No te podés imaginar cuántas veces soñé que estaba acostada en la cubierta de un barco y que, alguien, ponía la cabeza donde está la tuya; después, la cabeza se mecía y transformaba en una cunita... con un chico rubio.

Héctor miró hacia arriba. Contra el cielo estrellado y los cables de un guinche

liviano, los pechos de Graciela se elevaban y descendían casi al compás de los motores. Tenía 20 años, se había acostado con varias mujeres, pero nunca había estado así. Ni siquiera se le ocurrió alzar las manos y acariciar esos pechos. Graciela lo miraría aterrada, y él no sabría qué hacer con las manos.

—¡Y yo! Pero esto lo soñaba bien despierto. Encontraría una mujer y... —se cortó; a menudo tenía que pensar las palabras antes de usarlas con ella.

—¿Qué pasaba con esa mujer? —preguntó, temerosa de que hubiese notado el estremecimiento de su cuerpo.

—Nada... Yo no sabía que esto era así...

Lo miró tendido, vertical a su cuerpo, como una hermosa flecha de músculos que se le hubiera clavado en el estómago. Tuvo deseos de llorar. El mástil, como un dedo gigante, trazaba semicírculos entre las estrellas. Cuando era chica, su padre, sonriendo, le decía no con el dedo. Ahora tenía 17 años y estaba enamorada por primera vez.

—Amor: me gustaría que te durmieras así, pero si baja de primera el entrenador y no te encuentra en la cabina...

—¿Y tu madre?

—Mi madre sabe, se lo dije yo, que nada malo me puede pasar cuando estoy con vos.

Se incorporaron. Héctor le rozó la mejilla con los labios. Tomados de la mano, se dirigieron hacia el largo pasillo. Al pasar cerca de la enfermería, escucharon llanto de mujer. Héctor apretó con ternura la mano de Graciela. Quizá hubiera nacido un chico. Se miraron. Nada sabían del resto de los pasajeros; no existía.

Virginia Ríos de Carreño miró la panera de plata que había tomado de uno de los aparadores de segunda, ante la cara asombrada del *maître*. La canastilla estaba mediada de billetes. Sofocada, pues había recorrido todos los salones de primera y segunda, se dejó caer en el butacón. En el *hall* divisó a la señora de Morgenstelle que bajaba del puente superior; olvidada de su cansancio, se incorporó con agilidad.

—¡Frau Morgenstelle! Estamos realizando una colecta para la familia del chico muerto, en tercera clase... ¿Desea?... ¡Viven tan abajo, los pobrecitos!

Lillian la miró sonriente; lo que acababa de ver entre su hija y Carlos le concedía un arma valiosa. Bien podía compartir su dicha con esos pobres diablos... Y esta pobre gorda azorada, cuyo apellido ni siquiera escuchó cuando se la presentaron... Abrió la cartera, sacó un billete de cien francos suizos y lo dejó caer en la canastita. Luego, sin pronunciar palabra, siguió su camino.

—¡Gracias! ¡Gracias! Ese pobre angelito rogará en el cielo por usted —murmuró Virginia. Tuvo ganas de fastidiarse por la hosquedad de esa mujer. A lo mejor, la pobre no entendía bien el castellano. Tenía una cara agria, pero era generosa. ¡Vaya a saber cuántas preocupaciones tendría!

Miró en busca de la silla más cercana. Los ojos se le iluminaron al ver que, conversando muy señorones, se acercaban Fernández Molina, Gómez Campero y

Cortez. ¡Pocas veces se ven tantos millones juntos! Les tendió la canasta. Se creyó un fonógrafo repitiendo el disco; sería poco serio echarse a reír. Joaquín colocó un billete de cien pesos, Cortez uno de diez, mientras Gómez Campero revisaba inútilmente sus bolsillos.

—Mi querida señora, yo que soy tan republicano y liberal, esta noche estoy como los reyes... ¡No tengo un centavo encima! Olvidé la billetera en el camarote...

Virginia se ruborizó al sentirse culpable del papelón cometido por el pobre Gómez Campero. Quedó sola, hundida en el butacón. Había llegado la hora más difícil: la de entregar el dinero sin humillar a esa buena gente. Era más fácil pedir que dar. Tuvo un respingo: ¿y si los demás pasajeros pensaran que ella se había quedado con el dinero? Al fin de cuentas, si viajaba en segunda era porque no le sobraba la plata. Se hablaba de tanta *gente bien* que hacía colectas y... Posó la canasta en el regazo y, azorada, alejó las manos de ella. No se movería de allí hasta que pasara el Comisario General o el Comandante, o los haría llamar, y juntos irían a entregar el dinero. Se dejó estar feliz. Desde el cielo, su marido debía hacerle repetidas señales de aprobación. También el chico muerto; aunque todavía no le había visto la cara, lo imaginaba hermoso como un querubín de Murillo. No había podido tener hijos, culpa suya y no de su marido. Sola en el mundo; no había que exagerar: ¡desde Río de Janeiro tenía que enviar cincuenta y ocho tarjetas postales! ¿Y las que había prometido desde Indochina?

—¡Sos más prometedora que Manucho Iriondo, cuando era ministro! —se dijo palmeándose las piernas—. ¡Mi Dios! ¡Hasta cuándo engordaré! —terminó, soltando una risotada.

IV

El buque estaba detenido; rolaba aún, pero había disminuido el ronronear de los motores. Carlos echó una mirada hacia la cama de su mujer. Intentó preguntarle, puede que por quinta o sexta vez desde que estaban en el «Turingia», «¿Cómo estás?»; pero después de trece años de matrimonio las preguntas resultaban casi innecesarias.

En esa madrugada fría y gris, los pasajeros dormían. Por lo menos habían logrado ocultar la hora de la ceremonia. Sobre la izquierda (¿babor o estribor?, todavía no lograba recordarlo), muy lejos y envuelta en la bruma debía estar la costa y alguna ciudad brasileña, con sus rojos tejados entre palmeras verdes y lustrosas. Durante el atardecer y parte de la noche pasarían el golfo de Santa Catalina y, al día siguiente, llegarían a Santos. En su viaje de bodas, había deseado el cuerpo escultural de una mulata que se bañaba en Praia Gonzaga. Su mujer estaba mareada; aún era virgen. Sonrió al recordarlo.

—¿Quieres los binóculos, querido? —preguntó Susana; la voz doliente era su reclamo de mimos.

Negó con la cabeza. En una calma chicha del ecuador recién se consumó el matrimonio. Por un momento creyó gozar a la mulata. La engañaba por primera vez.

—¿Entonces, es cierto que lo tirarán al mar? —insistió Susana.

—¿Sabes lo que costaría un cajón fúnebre y llevarlo a su país para, además, pagar una sepultura? El padre rogó al capitán que lo tiraran al mar, y no sabes cuánto le costó convencerlo... Pensarán que, en el fondo, han tenido suerte: todo les resulta gratis, ¡hasta el responso del capellán!

—Me prometiste no hablarme en contra de la religión, aunque sea un protestante...

—Si no he dicho nada...

—Pero has insinuado. Te conozco. No creas que estás en la Cámara de Diputados.

—Bien, bien... —No agregó el «querida»; mientras pronunciara esa palabra, podría producirse el ruido. ¿Qué habría sido de esa mulata? ¿Qué de las mujeres que había deseado en tantos lugares de la tierra? Las ubicaba en un mapamundi de instantáneas eróticas.

Susana temía esos silencios como si fueran faltas de amor. Su aire ausente. Carlos nunca se le había entregado totalmente; le sucedía como a su madre con su marido, acaso como a todas las mujeres «decentes».

Era absurdo, se dijo Carlos. En lugar de esperar en su departamento hubiera sobrado con una insinuación —la mayor muestra de su influencia era que le bastaba con insinuar— para tomar parte «oficialmente» en la ceremonia, hasta decir «unas sentidas palabras de despedida». Menos aun, con usar sus privilegios de primera clase, podía estar donde le diera la gana. Permanecía allí a manera de compensación por el beso dado a Amrei. Luego de acostarse con otra mujer, se obligaba a

permanecer junto a Susana. Rastros de la *confesión* y la *penitencia*, marca indeleble de ese colegio de curas donde lo metió su familia «para que tuviese amigos de su clase»; allí le nació la rebelión. Rebelión del dos o tres por ciento, el resto agachaba la cabeza y se golpeaba el pecho. Algunos de los «compañeros» del Partido permitían que sus mujeres hicieran otro tanto con los hijos; en treinta años más, la Iglesia dominaría a la clase gobernante. Adiós enseñanza laica o liberal. Miró hacia la cubierta de popa; más que para pasajeros, era lugar para los aparatos de maniobra y carga. Algún día, «ellos» romperían las barreras, la reja que guardaba el marinero y los primorosos cartelitos del «límite de clase», escritos en alemán, castellano, francés y portugués, e invadirían los puentes y los salones. Sonrió apenas, luego recuperó la seriedad. Aunque enfriadas, apaciguadas por el tiempo y el conformismo social, creía románticamente en las ideas que habían enardecido su adolescencia. Era, también, una forma de permanecer joven.

Nerviosa, Amrei se arregló el impermeable que uno de los oficiales le había colocado sobre los hombros. Las sogas que ataban el fúnebre bulto parecían liadas con prisa.

Desde la otra borda, Xavier Méndez echó una mirada de ira al pastor y al comandante; a este último en especial, porque le había dicho: «Existiendo aún capellán a bordo y no mediando pedido del interesado, sus servicios, muy limitados por su condición, están de más». ¿Cómo era posible que esa buena gente de Galicia aceptara los de ese protestante? ¿Tendrían miedo de que les cobrara el rosario o deseaban quedar bien con el comandante? Mucha culpa debía tener esa Morgenstelle (el apellido le sonaba a mujerzuela), que andaba besuqueándose con quien podía ser su padre, lejos de la primera clase y dando mal ejemplo a la tercera; aunque la tercera no necesitara del mal ejemplo de nadie... ¡Buena pieza debía ser esa protestante del demonio para que su madre la vigilara como lo hacía!... Además, ponerse el capote de un hombre no era decoroso. No podía esperar más; el comandante no se desdeciría. Les volvió las espaldas y, a zancadas, abandonó la cubierta. Descendió hasta el puente más bajo donde estaba su camareta, junto con el secretario privado del ministro y otras diez personas, ninguna de las cuales rezaba sus oraciones nocturnas. Aunque estuviere en el fondo del navío, necesitaba reconocer, a su pesar, que gozaba de la prerrogativa de una de las seis camaretas, en lugar de los dormitorios comunes. Esas bodegas donde se hacinaban, pies contra cabeza, y muslo contra muslo, un centenar de camastros en promiscuidad que en nada debía favorecer la moral y el recato. ¡Válgame Dios si los hombres no estuvieran separados de las mujeres!

Se arrodilló en el pasillo del camarote; necesitaba rezar por el alma de ese chico. Permanecería allí hasta que los demás se levantaran y se vieran obligados a pedirle permiso para pasar; sería una forma indirecta de hacerles comprender que la Iglesia visible existía, hasta en el más humilde de sus siervos. Especialmente a ese orgulloso del secretario del ministro, que apenas lo saludaba y no hablaba con nadie. Lo miró. Dormía de espaldas y desnudo. Se le apretó la garganta. Si hubiese tenido un

cuchillo, habría cortado ese sexo impúdicamente erecto. Todos dormían como cerdos sudorosos. Se clavó las uñas en las palmas de las manos. Incluyó la cabeza hasta rozar el piso con la frente. Se enderezó muy tieso, como esas imágenes góticas que representaban a la Iglesia triunfante, junto a la caída iglesia judía. Se ruborizó: esas imágenes tenían cuerpo de mujer. El aire húmedo, espeso de emanaciones y ventoseos, resultaba irrespirable después del de la cubierta.

Involuntariamente miró al secretario del ministro; no había cambiado de posición. ¡Cómo era posible!... ¡Un asno! Por comparación, el suyo era tan pequeño... Se cubrió los ojos, estaba orando ante una de esas imágenes fálicas de los paganos.

Salió al pasillo y cerró la puerta de un golpe; alcanzó a escuchar una blasfemia. Tuvo ganas de volver y darle un mamporro a ese andaluz que injuriaba a la Santísima Virgen. Le quemaría la lengua con un hierro candente. El barco dio un bandazo. Buscó apoyo en una de las cañerías que por lo alto recorrían el pasillo; retiró la mano con un grito. Debía llevar agua hirviendo para los baños de primera. Se horrorizó; había estado a punto de soltar una palabrota. Serenamente tendió la mano y empuñó el caño. Se retorció de dolor. Debía castigarse si aspiraba a juzgar. No pudo soportar más, retiró la mano y, resistiendo la tentación de mirársela, con ella se santiguó.

—¡Te he dicho que no debes mirar esas cosas! —exclamó Celina Burgos de Escalada—. No son para una niña; alteran los nervios y, por cansancio, afean la cara. No quieres entender esto, como lo de que el jabón nunca debe tocar la cara de una «señorita bien» —terminó casi en monocorde recitado, la cara vuelta contra el tabique del camarote. No precisaba mirar para saber lo que hacía su hija.

—Sí, mamá —contestó, alejándose de la ventanilla y volviendo a su cama—. ¿Y si estuviera Joaquín?

—¿No me dirás que te ha visto en esa facha? ¡Una mujer que sabe lo que hace, jamás se deja ver así por su pretendiente! —exclamó, incorporándose de un brinco.

Celinita soltó la risa.

—¡Pretendiente! Pero mamá, ¿no sabés que...?

—Lo sé perfectamente, pero cuando a una Burgos se le mete algo en la cabeza... Ya sabés que tenemos buena mano. Antes de que tu padre se diera cuenta de lo que pasaba, mi madre lo pescó y, sin respiro, como animal en el brete, lo llevó al altar. Para contentarlo, mi padre lo hizo miembro del directorio del Frigorífico.

—Pero este no es un chico de 22 años como era papá —arguyó, con la esperanza de que le diera nuevos argumentos.

—Estos solterones ariscos cuando caen, caen más fácil. Hay que tratarlos por el lado del estómago... Recuerda esos platitos criollos, que ya no se hacen en los restaurantes... No serás linda, la verdad es que sos la más fea de mis hijas, pero por lo mismo ¡terminaré colocándote con el mejor de los partidos! —Volvió a su postura anterior.

Celina soslayó el espejo. Su madre se oponía a que le arreglaran la nariz demasiado aguileña, «borbónica», cuya imperfección destacaba la hermosura de sus

ojos negros. «Una operación le quitaría carácter a tu cara».

—¿No me digas, mamá, que adelantaste nuestro viaje...?

—¡Uhh!... Yo diría que ha sido una coincidencia. Esas «gringas de don nadies» seguirán a su país... En fin, ya estás en edad de saber que no hay *pollo bien* de Buenos Aires que no haya tenido una de estas *gringas*... ¡pero no se casan con ellas! Sería como dejarse voltear por un caballo de paseo...

—Algunos sí... acordate de Marcelote —insistió, para probar la potencia de su madre.

—¡Eso les pasará a otras madres! ¡Ya verás! Por lo pronto, a dormir. Si el golfo de Santa Catalina está bravo, mañana aparecerás fea y demacrada. ¡Nada de mareos! ¡Te saco de la cama, aunque sea mordiendo una raja de limón! A los 25 años ya hay que cuidar todos los detalles. Acordate y aprendé: hablándole a Joaquín de la posibilidad de que tu padre comprara su hacienda de descarte para el Frigorífico, ¡buena porquería!, ya logré que te sacara a bailar tres veces... —suspiró profundamente. «Penas de amor» de Kreisler; su madre lo había hecho tocar por la institutriz alemana en el salón vecino, mientras ella y Nicolás Escalada quedaban solos por la primera vez, luego de un año de visitarla todos los jueves. Castamente había apretado los labios; según su madre, correspondía así en el primer beso.

Celinita tuvo un tiritón. «La señora Celina Escalada de Fernández Molina». Sus hermanas vendrían a pedirle plata. Su padre debía ser muy honrado o muy tonto en los negocios, para sacarle tan poco provecho a su presidencia del directorio local... Tendría más apellidos y, sobre todo, plata, harta plata. Y Joaquín le gustaba hasta hacerla temblar con sólo mirarla. Tres piezas de baile a cambio de la hacienda de descarte; en la segunda, la mano áspera le erizó la piel en la espalda.

Carlos se inclinó sobre el repecho de la ventana. El aire fresco le rozaba la cara como el flequillo de Amrei, en el baile. Entre el grupo sobresalía la cabeza afeitada del comandante. Los oficiales formaban su escolta; debía estar encantado. El capellán conocería su amor por las ceremonias: leía interminablemente en el devocionario. Tenía suerte el pobre muertito, en tierra nunca le habrían rendido tales honores. «Los uniformes jamás se mueven por causa de los pobres, como no sea para aplacarlos». Recordaría la frase para utilizarla en la Cámara. La madre, vestida de luto, lloraba apoyada en el pecho robusto de otra mujer. Admirable facilidad con que el pueblo se viste de luto, como si viviera a la espera de él. Cerca de la madre, impávido, como si la culpaba de haberlo dejado morir cuando comenzaba a ser útil, el padre. El chico estaba envuelto en una carpa grisácea con remiendos y manchas de alquitrán. Creyó que el comisario general le repetía: «¡Ah, diputado!... De estos ahorritos en toallas y servilletas para los de tercera, ¡no sabrían qué hacer con ellas!, salen los intereses para nuestros accionistas». «Y, acaso, para algún ministro complaciente», había estado a punto de agregar como llevado por el tono, pero calló. Al «ministro», miembro del directorio de varias compañías y antiguo compañero en la Facultad, debía el departamento de lujo en lugar del camarote de primera que había pagado.

Aceptó en nombre de su mujer tan sacrificada por causa de «sus ideas». Durante días se tuvo rabia en ella.

Dos marineros alzaron el bulto y quedaron a la expectativa. Mayestáticamente, para distinguirlo del saludo nazi, el comandante levantó la mano. Por sobre la borda se deslizó el atado. Las manos de los marineros quedaron como las de un estibador que acaba de arrojar una bolsa de trigo, o como las del *ballet expresivo* de Jost, en una función de gran abono en el Odeón. Escuchó el chasquido en el agua. Amrei debía escuchar lo mismo. Esta larga espera había sido una extraña cita. Necesitó nombrarla, arriesgarse; mencionó lo menos personal:

—Estaba pensando en ese collar tan raro de Amrei Morgenstelle...

—¿Cómo?... —exclamó Susana, sorprendida; para no darle importancia, agregó con rapidez—: Es copia de uno de esos que usaban las «bellas» del Renacimiento, en Florencia... «Ellas» dicen que se lo regaló el padre, pero...

Carlos se volvió para mirarla abiertamente.

—¿Ya terminó... la ceremonia? —agregó Susana, para no aceptar el planteo de esa mirada.

—No sé... mejor dicho, sí, ya terminó —trabucó las palabras. Pensaba en los ojos acuosos e inmensos de Amrei. Se ajustó la *robe de chambre* y entró en el baño. Luego del desayuno, trabajaría el resto de la mañana en la biblioteca o, por lo menos, lo intentaría.

V

Joaquín se repantigó sonriente; tenía la impresión de que todo le era debido en la vida y, por lo tanto, podía darse el lujo de pedir con amabilidad. La amabilidad debía ser una de las formas del orgullo, de la soberbia. Le costó hacerles comprender, a los alemanes de la compañía, que deseaba tener un sillón hamaca esterillado en su *suite*, igual al que usaba en «La Torcaza», el preferido entre sus campos del sur de la provincia de Buenos Aires. Le encantaba tomar mate en ese sillón y no veía motivo para cambiar sus costumbres. Poco había faltado para que se trajera «la rosilla», su vaca preferida, cuya leche le parecía superior, quizá porque como quedó guacha al nacer, él mismo la había cuidado paternalmente. ¡Nada, estos gringos podían angustiarse cuidando un perro faldero e inútil, pero no entendían lo mismo referido a una vaca! Sería cuestión de tamaño. Además, el viaje a Río era demasiado corto y la gente, que se pirraba por imitarlo, diría que era un «rastacuero». Rio socarronamente, su generación había creado, en toda América Latina, un tipo universal.

—¿Y bien, don Joaquín, se decide por los Aberdeens? —interrogó Jorge Manson, secretario de la nueva Asociación de Criadores Aberdeen Angus, que viajaba a Inglaterra para comprar toros en Perth.

—Me convence eso del mayor kilaje... ¿Pero se olvida que yo soy... —Tendió el mate a Leoncio, un peón que había traído consigo por buen cebador— vicepresidente de los criadores de Shorthorn, y que mis cabañas han tenido dos grandes campeones? ... Además, la cabeza del Aberdeen es bastante deficiente y recién empieza a cuadrar los cuartos traseros.

Manson se puso en pie desgarbadamente.

—El año que viene, a usted lo hacemos presidente de nuestra Asociación.

Cuando salió el visitante, preguntó al peón que le traía el último de los mates mañaneros:

—¿Qué te parece?

Dudó un momento y dijo, bajando la mirada:

—Muy madrugador el mocito. Y en cuanto a esos «deens» nuevos, galpones no han de faltarnos...

Golpeó con el puño la palma de la mano izquierda y exclamó, como si estuviera jugando a la taba bajo los paraísos de «La Torcaza»:

—¡Suerte! ¡Hecho!

Sorbió de prisa, hasta el *rezongo* final. Miró a Leoncio como disculpándose por el error de la bombilla.

—¿La has visto?

—Sí, patrón. Usted sabe que los gringos son muy madrugadores en todo...

Lo miró fijo antes de insistir:

—¿Qué te parece como... patrona?

Leoncio miró desconfiado; una cosa era hablar de hacienda y otra... Era como

jugarse el *tirador* y el cinto enchapado con monedas de plata a una carta.

—¿Y... no dicen que es bueno mestizar la hacienda? Habrá que probar como con los «deens»... ¿No le parece, patrón?

No contestó; era su forma de recuperar distancias.

Pensativo se detuvo ante el espejo para ajustarse el pañuelo de colores, que se había anudado al cuello como hacían sus peones. La «gente» se asustaría, lo trataría de «chúcaro»; pero dentro de un año, cuando impusiera la moda en Biarritz o en el Licio de Venecia, en compañía de Amrei, adoptarían encantados el «pañuelito francés». Los argentinos somos como el avestruz, siempre pegamos el grito fuera del nido. Unos golpecitos de cepillo en las patillas y sobre las orejas; no transaba con la gomina de los mocitos de ahora. Tendría que sentar cabeza y tener hijos o no los vería crecidos... ¡Los sacaría de una pieza! Les aflojaría un poco las riendas con las mujeres, pero justo lo necesario: ¡que *las* tuvieran bien puestas! La gringuita no era mala, aunque a veces sonceriara como la noche anterior. Cuestión de mano para manejarla. La haría respetar. Con dar cien mil pesos a la Sociedad de Beneficencia, por más que chucariaran sus parientas, terminarían por meterla en la comisión directiva.

Más le había costado esa *franchuta* loca, la Margot, que le había sacado a la compañía de Bataclán de *Madame* Rasimí. Se estremeció. «Sí, sentar cabeza». Le costaba olvidar. Vio la cabeza ensangrentada del vigilante, caída sobre la alfombra persa de su *garçonnière*. Tenía 21 años; era la última vez que se había emborrachado. Su última noche de milonga. Margot, borracha y drogada, se había tirado por el balcón; quedó colgada y gritando sobre el toldo de un piso más abajo. Le había prohibido la entrada sin orden de allanamiento, pero el vigilante, incitado por los vecinos, forzó la puerta del departamento. Recordaba, en una especie de neblina, que una de las aristas del banquito que enarbolaba en su mano derecha se había hundido entre el pelo lacio, lustroso y casi azul de negro del vigilante. Cayó ensangrentado; como la cabeza de un peón pateada por un potro. Un cuajaron de sangre sobre la alfombra. Corrió a encerrarse en el baño, gritando que no saldría hasta que viniera su padre. Su padre, entonces senador, lo había salvado. Metió en un barco a la francesa con el bolso lleno de plata, le dio una casa y una pensión a la familia del vigilante, y a él lo soterró un año en «La Torcaza», encerrado en la torre del mirador. Varios miles de pesos había costado callar a un diario de escándalo; otros tantos al abogado y a los testigos que convencieron al juez que «el vigilante había tropezado y caído contra el banquillo». Luego, lo fletaron a Suiza, «a estudiar cualquier cosa».

Escuchó unos golpecitos de mano femenina. Leoncio abrió la puerta; Lillian entró decididamente. Joaquín saltó con brusquedad:

—¿Qué quieres?

Al escuchar ese tono de dueño, Lillian se empequeñeció. Echó una mirada hacia el peón.

—Quiero hablarte de mi hija.

Leoncio pasó a la otra pieza y cerró la puerta.

—Hablá.

Dudó; a solas perdía toda agresividad.

—Tenemos que cuidarla más... para evitar habladurías. Anoche la vieron con tu pariente... con Suárez Varela.

—¿La vieron o la espiaste? —interrumpió tajante—. No te preocupes, Amrei me lo contó ya, hasta por qué se había dejado besar... ¿Eso es lo que deseabas contarme? Siempre llegás tarde... —Sin mirarla, salió de la *suite*.

Lillian tuvo necesidad de seguirlo; el furor le borraba cualquier rastro de humillación. La voz de Joaquín resonó en el estrecho pasillo:

—¡No tenés necesidad de espiar! Voy a encontrarme con tu hija.

No pudo contestarle, se le resecaba la boca. Hubiera descargado un revólver sobre él; después, habría sido capaz de lamer su sangre en el alfombrado. Joaquín se alejó con paso tan seguro que era un insulto adicional. Irracionalmente, esperó que volviera la cara, le hubiese bastado con que insinuara el movimiento. Quedó pendiente del hueco vacío, que, a poco se llenó con el cuerpo de Nicole Dereau Ramírez, con su perro en brazos. Corrió hasta alcanzarla y, con respiración entrecortada, le dijo:

—¡Menos mal que cuidar un perro resulta más fácil que cuidar a una hija!

Nicole miró sorprendida a esa mujer que apenas conocía. A más del disparate, le hundía los dedos en el antebrazo; con seco movimiento se apartó.

—¿Se refiere a su hija?

—Sí, a mi hija. Ni siquiera se puede confiar en los hombres casados. Anoche he visto a Suárez Varela besar a mi hija... ¡y vaya a saber qué más! Estaban en la toldilla de popa. ¡Yo misma los vi!

Para rebajarla aun más, Nicole quiso preguntarle por qué se lo contaba; estaba ya tan humillada que no valía la pena.

—Hasta pronto, señora Morgenstelle. Voy al Lido, allí está reunida casi toda la primera... Les encantará conocer la noticia. Veo, mi querida señora, que nos conocemos más de lo que creíamos...

Al llegar al *hall* de los ascensores, Nicole divisó a Lucio conversando con Henrich. Sonrió maliciosamente cuando Lucio se le acercó.

—Querido, veo que sigues con tu campaña de protección democrática... —le apretó el brazo cariñosamente y prosiguió—: Tengo una historia que te va a tirar de espaldas. Vas a terminar por reconocer que soy mucho mejor reporter que vos...

—Está por verse... Nadie escucha más cosas que un *groom*; la gente habla ante ellos como ante un mueble...

—Sobre todo cuando es un lindo mueble, ¿verdad?

—Exactamente, querida. La belleza tiene una atracción involuntaria que tú, mi feúcha, no puedes imaginar... Es como si te hablaran en un idioma desconocido —le rodeó la cintura con el brazo derecho—. Además, recuerda que es tu «protegido»... También lo van a colocar en el ascensor, un turno...

—¡Ah! Subirá muy rápido, ¿pero también bajará igual?

—Tontucha, esos son los movimientos clásicos en el amor...

Desde uno de los altoparlantes, en voz muy suave e insinuante, Carlos escuchó: «Se avisa a los señores pasajeros que deseen ejercitarse en tiro al platillo, que estos se encuentran a su disposición, en el puente de paseo».

Echó una mirada al reloj de la biblioteca: las 10 y 35 de la mañana; había trabajado más de dos horas. Era probable que Amrei fuese a practicar o mirar ese deporte ridículo. Cerró la carpeta y salió al puente; ya tendría tiempo de escribir al jefe del Partido. Divisó un delfín dando saltos llenos de gracia y, no obstante, exactos en su curvatura; era igual a su inteligencia. Eso, hasta sus enemigos políticos se lo reconocían, pero faltaba lo más difícil: convencer a sus amigos. Por entregarse totalmente al estudio, la política y las cátedras, se iba quedando sin «amigos personales». Abrochó el cartapacio de cuero de Rusia, regalo de una admiradora de 20 años que lo devoraba con los ojos en cuanto lugar hablaba. A la vuelta de Europa haría una escapada con ella a Mar del Plata. Apretó con dulzura; el cartapacio se transformó en un brazo femenino.

Un cielo de cobalto en el que se deshilachaban dos nubes muy blancas, lo llenó de alegría. Su cuerpo tenía necesidad de abrazar a otro cuerpo, de completarse. «Amrei es una antigua contracción austríaca de Ana María, ¿lo sabe usted?», le había preguntado irónicamente Nicole. «Amrei Morgenstelle» repitió el nombre completo paladeándolo, alargando las sílabas; tradujo el apellido: «estrella matutina». Contuvo la risa; merecía ser el seudónimo de un poeta lugareño, o una burla predestinada para ese señor Karl Morgenstelle, muerto muy a tiempo, antes del viaje de ellas a la Argentina. «Karl Morgenstelle», su mujer lo habría inventado para justificar, con sus hipotéticos millones, el dinero que les pasaría Joaquín. Los millones de Fernández Molina estaban tan a la vista que, para muchos, resultaban insolentes. Había marcado con sus apellidos pueblos y estaciones de ferrocarril y, alrededor de ellos, seguían creciendo sus estancias. A Carlos y su familia les había sucedido al revés, sólo le quedaban nombres en pueblos, estaciones y calles.

Pasaban los mozos con las mesillas rodantes de la merienda matinal. Divisó a Susana tendida al sol en la reposera y las piernas cubiertas con una manta. Era verdad, tenía mujer. La saludó cariñosamente con la mano; mientras se le acercaba, estuvo a punto de atropellar la silla de ese hombre que, desde la salida de Montevideo, permanecía en el mismo lugar, mañana y tarde, clasificando postales con monumentos históricos de América.

—Recién pasaron las Morgenstelle y Joaquín. Tu pariente no me vio, por supuesto. ¡Tiene descaros, venir hasta Río para despedirlas! Sí, a las dos; porque ya nadie, ni siquiera Celina, sabe quién es quién, si la madre o la hija... —comentó Susana.

—Esta conducta debe complicar tremendamente la tarea de los chismes — contestó, ubicándose en la reposera vecina.

—Únicamente los interesados llaman chismes a la verdad —insistió Susana.

La miró sorprendido; no sólo le había imitado el tono, sino ese afán tan suyo de generalizar, de crear definiciones agudas para dar muestras de inteligencia. A menudo, él mismo se lo reprochaba, pero tenía que hacerlo: la política era una carrera de todos los instantes.

Susana bebió la taza de caldo que le ofrecieron. Carlos rechazó la suya, necesitaba cuidar la silueta. Quedaron en silencio. Apretó el cartapacio; de nuevo, le asaltó un absurdo deseo de arrojarlo por la borda, junto con la billetera y hasta el pasaporte. Quedar a la expectativa. Nacer otra vez. Recomenzar como una especie de jactancia. Sería inútil, ya había perdido toda posibilidad de sentirse desamparado. Se repantigó; tenía su lugar en el mundo. El Partido, el Congreso, el Gobierno todo, tomarían cartas en el asunto. En cierta manera, donde él estaba, estaba el Partido; aunque, partidariamente, este viaje podría resultarle contraproducente. Su debilidad consistía en no saber resistir las tentaciones de la vida amable, haber nacido en «primera clase».

Henrich Gerber vio que la mano le temblaba y con ella la bandejita de plata, cuando Amrei tomó el cable dirigido a Joaquín.

—¿Serías tan amable de leérmelo? —rogó Joaquín, mientras arrojaba una moneda al muchacho.

—Está en portugués... Nada divertido. La bienvenida de un cabañero, supongo... Los brasileños son más amables que ustedes los argentinos.

—Y las brasileñas mucho más... —acotó Lucio, y volviéndose hacia Henrich agregó—: ¿No te parece, Henrich? ¡Un rubio semejante debe tener un éxito loco en Brasil! Me gustaría comprobarlo y, acaso, aprovechar las migajas del festín...

—Es mi primer viaje... y a la ida no pude bajar... —balbuceó Henrich, ruborizándose.

—¡Perfecto! Le pediré al comandante que te deje bajar conmigo. Ya veo mi artículo: «¡Río en los ojos de un grumete alemán!».

—¡Una idea fantástica! —exclamó Ladho, y volvió los ojos hacia su mujer, quien lo miraba sorprendida.

Al alejarse, Henrich escuchó que Amrei decía en alemán:

—Es realmente hermoso este muchacho...

Un disparo y el plato se hizo trizas en el aire; mientras Joaquín bajaba sonriente el fusil, se elevó un coro de alabanzas en el cual privaba la voz de Lucio. A Henrich lo asombró encontrarse deseando que el comandante le negara el permiso tan deseado, como imposible, a la ida. Se detuvo en frente de los espejos del *hall* de los salones. El uniforme blanco de chaqueta corta se multiplicaba en los reflejos. Los botones dorados y los alamares tenían el mismo color de su pelo. Sus ojos eran más azules que los de Amrei. Bajo la nariz respingada, los labios bien dibujados saltaban en violenta mancha roja. «Sí, soy un lindo muchacho». Sorprendido paseó la mirada por el resto. Por primera vez se miraba de cuerpo entero en un espejo y con tanta

atención. No le preocupó que lo sorprendiera algún oficial. Flexionó la rodilla; en la entrepierna se marcó un pliegue; todos podían ver que ya era un hombre. Se miró; los toreros gustaban fotografiarse así, como supletoria jactancia masculina. Lo había visto en esas revistas españolas que algunas de las pasajeras miraban con suma atención en la biblioteca. En verdad, su pantalón era casi tan ajustado como el de un traje de luces. ¿Podría hacerlo salir retratado en los diarios *Herr Guzmán*? ¡La cara de asombro y de envidia que pondrían sus compañeros! Tendrían que ascenderlo. El primer escalón, 17 años. «Es realmente hermoso este muchacho». ¿Y si Amrei guardara el recorte del diario? Lentamente volvió a su puesto. Creyó caminar de otra manera, ¿pero, acaso, sabía cómo caminaba antes? Entonces... esas miradas... a veces, había creído que tendría una mancha en el pantalón, pero no había tal mancha. Con un estremecimiento comprendió.

VI

Graciela miró a Héctor, apesadumbrada. El «Turingia» acababa de terminar la operación de amarre en uno de los muelles que se extendían en la margen izquierda del golfo-río de Santos, y fue como una señal para que se descolgara una lluvia torrencial. La ciudad, con techos de tejas rojas que emergían entre las anchas copas verdes de los «árboles-sombrero», se esfumaba tras la cortina de agua. Los estibadores negros se cobijaban bajo los aleros de los galpones.

—Parecen murciélagos colgados de una solera —dijo Héctor. Como si les temiera, Graciela se aferró más a su brazo.

—Me dijeron que entre esos bananeros, de la otra orilla, corre el trencito que va a la playa de Guaruyá. Hubiera sido tan lindo ir... ¡Pero lo que más siento es que nos quedaremos sin ver la capilla del Montserrat! Dice mi madre que los enamorados dejan sus fotografías como exvotos para implorar la bendición de la Virgen...

Sobre la borda salpicada por la lluvia, Héctor deslizó la mano y tomó la otra de ella.

—Cuando volvés, ya que vas a venir primero, Graciela, colocas allí arriba tu foto. Cuando pase yo, subiré hasta la capilla y pondré la mía al lado... Le diré al cura que nos queremos.

Miraron la capilla que se divisaba confusamente en lo alto del cerro. Graciela musitó:

—En ese momento, aunque esté en Buenos Aires, te besaré en el lóbulo de la oreja, donde te da cosquillas...

—La lluvia te ha mojado los ojos —dijo Héctor, tratando de sonreír.

Graciela asintió con un movimiento de cabeza.

Bajo la gran capa impermeable que había pertenecido a su marido, Virginia permanecía arrinconada en el *hall* central de la cubierta. Tenía que dejar salir a todos los entusiastas que no renunciaban a la excursión, pese a la lluvia. Si alguien se le pegaba, ¿cómo decirle no? ¿Y qué cara pondrían los Cavalcanti de Andrada e Silva que la habían invitado a almorzar, por carta, desde hacía un mes? ¿La estarían esperando en el muelle? Tenían un auto tan grande y lujoso, que los demás de segunda clase podrían sentirse molestos de verla subir en él.

—¡Pero mi querida señora de Carreño, qué hace con esa capa! ¿Sabe que parece una de esas calesitas para chicos, cuando de noche la cubren con una carpa? —rió Lucio, mientras miraba hacia el ascensor; la flecha que indicaba la ubicación, seguía en el puente E. Llevaba cuatro minutos sin bajar. Esta doble perra de Nicole es capaz de cualquier cosa.

—¡Lucito querido! ¡Claro que debo parecer una calesita con carpa! —se le escapó un nidal de risas, carcajadas. Tenía que contenerse, ¿qué diría la gente de primera?—. ¡Siempre con tus salidas disparatadas y graciosas! ¿No bajas, Lucito? Si quieres, con esta lluvia, te puedo hacer llevar... ¡Ah, no, Lucito!... el coche no es mío... Son los

Cavalcanti, que conocí hace diez años, en el tercer viaje a Europa...

Lucio cesó de escucharla. ¿Sería Nicole? Cuatro minutos 45 segundos, y la flecha inmóvil. Dominó un movimiento nervioso; Nicole lo había sorprendido, más valía no disimular; quedó mirando hacia el ascensor, mientras ella, con su perro en brazos, aparecía por el pasillo que comunicaba con la tercera.

—¿Qué contemplas, mi carísimo? ¿La caída del maná del cielo?

La flecha comenzó a girar como la aguja de un reloj: puente D.

—Sí, pero veo que estaba equivocado... —Puente C—. Habías descendido a los infiernos... —¿por qué se habrá detenido en el C?— ¿al último círculo dantesco?

—Mi querido, mi querido, tú sabes a quienes puso Dante en el último círculo, a los traidores... No te preocupes, ni en el infierno, ni en tu cielo, me gusta usurpar lugares que otros desean en forma asaz manifiesta... ¿Verdad señora de Carreño?

—¡Dios me libre de bajar a los infiernos!

—¡Dios nos libre! Pero yo bajé porque a «Mickey», mi perrito, le gusta jugar con los basketbolers o como se llamen... Es caprichoso.

—Todos, sin saberlo, somos caprichosos... Hasta los santos tienen el capricho de la castidad —Puente B. Llevó la mano a la perla que le sujetaba el nudo del corbatón de *sport*; era falsa, pero algún día sería verdadera. La flecha horizontal. Tenía la impresión de que las puertas se abrían más fácilmente—. Y para quienes no pueden satisfacer su capricho, el infierno está en la tierra, ¿verdad Nicole? —Tenían que ser Amrei y Joaquín. ¿Sin la madre?

—Debo creerte, por las pruebas que estás ofreciendo... ¿Te decides a bajar? Me gusta pasearme por una ciudad casi desconocida, hundida en el asiento de un automóvil, mientras la lluvia, contra los cristales, modifica, retuerce, desdibuja o duplica el paisaje...

—Romanticismo motorizado, mi querida... —Siempre me cuesta bajar elegantemente la mano; tendré que aprender a fumar, el cigarrillo entre los dedos disimula las torpezas.

Henrich intentó, nerviosamente, abrir más la puerta enrejada. El perfume perduraba en la cabina. ¿Qué perfume sería? Por mirar a *Herr* Fernández Molina, Amrei sólo había deslizado hacia él una mirada distraída al entrar en el ascensor. Sólo un «gracias», a la salida. Perdería algo del perfume; la vista privaba sobre el olfato. Abandonó la cabina del ascensor. Al bajar por la escala, su figura desaparecía tras el cuerpo de *Herr* Fernández Molina y el paraguas.

—Pero, mi querida Nicole, pienso que es más hermoso ver llover sobre el mar, teniendo la posibilidad del cielo...

Xavier se decidió a formar en la cola que esperaba el cambio de moneda en la Comisaría de tercera. Cambiaría cinco pesetas por reis brasileños, aunque un día se quedara sin comer, en Vigo. Tendría que tomar un tranvía, lo más barato. Se ahogaba, no podía vivir en pecado mortal; su alma estaba muerta. Dolorosamente, borró la imagen desnuda del secretario. No había cedido voluntariamente a la comparación

con su... propio cuerpo. Pecado venial: «Malos pensamientos». ¡No, malos deseos, ninguno! Ningún deseo. Tenía que analizar sin acordarse la menor complacencia en las imágenes. Ni en «su» imagen, ni en la otra. No; Dios lo había puesto como elemento imprescindible en uno de los sacramentos, el santo matrimonio. Cuando de noche solía despertarse en ese estado, hubiera rogado a Dios que lo amputara.

La mano con uñas sucias del pintor que vivía en la camareta de enfrente, pasillo por medio, rodeó la cintura de la mujer que le precedía en la fila; ella bamboleó las caderas. Cerró los ojos y apretó los dientes. ¿Por qué los de tercera no bajarían primero, según la promesa del Evangelio? Correría bajo la lluvia, aunque se empapara, aunque luego muriera de pulmonía como el chico y lo tiraran al mar. Pero antes tenía que resucitar su alma. ¿Y si sólo fuera un pecado venial? Tendría unos años más en el Purgatorio; deseaba que Dios lo enviara centenares de años a purgar sus faltas. ¿Cómo podría resistir, de pronto, la presencia de Dios?

—¿Usted baja, también? —preguntó el comisario.

—Sí, lo necesito más que nadie... —se contuvo, había hablado sin darse cuenta; le entregó el pasaporte y recibió la tarjeta de desembarco—. Cinco pesetas en reis. — ¿Qué pensaría el comisario y las demás personas? Le faltaba su confesor. En el viaje de ida, con un grupo de misioneros, había visto una iglesia en el puerto. Si le sobraran reis, los daría de limosna.

Descendió con prisa; la lluvia le mojaba la cara bajo la teja sacerdotal. Comenzaba a lavar sus pecados. Un negro estibador lo cubrió con su paraguas; rechazarlo podría creerse una forma de orgullo. Le dio el billete más chico y corrió hacia el tranvía, que estaba por partir. Los negros y los blancos admirarían su agilidad, pese a la sotana. Le sorprendió encontrarse en el mismo banco, junto al pintor y a la mujer rubia, no los había visto subir. ¡Ah, ese paraguas rojo que él tenía junto a la pierna!, le pareció un volantín que se pegara un instante al tranvía abierto. Para no mojarse en la tabla exterior que servía de estribo corrido a lo largo del vehículo, el guarda avanzaba a zancadas por sobre los bancos. Mientras pagaba el boleto, preguntó por la iglesia.

El pintor, sin quitar el brazo con que rodeaba el cuello de la mujer rubia, contestó sonriente:

—Nosotros bajaremos ahí.

Farfulló un agradecimiento. ¿Estarían arrepentidos o dispuestos a formalizar sus relaciones? Por haber pensado mal, hundió las uñas en la venda que le cubría la palma llagada.

El tranvía se detuvo ante la iglesia; la reconoció al instante, pese a los ocho años transcurridos. Bajó tras la pareja.

—Ahí tiene su iglesia...

Su voz sonaba burlona.

—Los acompañaré con mucho gusto —dijo, dispuesto a borrar sus malos juicios.

—¡Muchas gracias!... Pero nosotros vamos a otro lugar. Aprovecharemos estas

horitas... ¡pintando al natural!

Los vio cruzar la calle bajo el paraguas rojo y entrar en un Hotel. Aceptó la burla como anticipada penitencia.

Desandando el camino, el buque rodeó un cerro cubierto de espesa vegetación y enfrentó el océano. El comisario general miró su reloj: las 4 de la tarde. Contuvo los deseos de aplaudir: como si recogieran un telón, cesó de llover y salió el sol. El comandante no podría decirle que había hecho llenar en vano la piscina. A más, si la Compañía había perdido una carga de café, él, como responsable de la alegría del pasaje, tenía motivos para sentirse feliz de este viaje. ¡Hasta el golfo de Santa Catalina se había portado angelicalmente! La muerte del chico había sido una especie de página con «noticias de policía», un *faits divers*, de esos que la gente lee como devoción matinal. En su carrera de comisario, había tenido tres muertos, pero de edad más que madura. La muerte de un chico, en cambio, estremecía de emoción a las tres clases. Para borrar ese choque sentimental, la gente pondría mayor entusiasmo en las fiestas. Luego, el *affaire* de la Morgenstelle con el diputado. Si sucediera alguna cosilla más, sería una dignísima travesía inaugural para un barco de moda.

Amrei se sorprendió al divisar la sotana del lego en el puente de la piscina y cerca del «Lido». Lo había visto recorrer los puentes de primera tal si husmeara; reunía cinco o seis viejos o chicos y se los llevaba a la capilla para rezar el rosario. Al otorgar estas franquicias religiosas, von Baerlepsch no se mostraba, por cierto, muy hitlerista, y esto se lo hacía más simpático. La costa montañosa y llena de islotes se perdía en el horizonte. Joaquín no estaba en el «Lido»; alguien lo habría pescado en los salones. Pese a estas informalidades, que no soportaba en los demás, le enorgullecía que él fuera importante y solicitado. En lo esencial era suyo. Lo había sido en Santos bajo la lluvia; habían almorzado en un hotel con palmeras, en playa Gonzaga, enfrente del mar. Un almuerzo casi silencioso. Los silencios de Joaquín eran un exceso de amor; enmudecía como un adolescente.

Se quitó el solero, y quedó en traje de baño.

Xavier sintió el impacto. Amrei lo desafiaba una vez más, como en la enfermería. Rondó indeciso, buscaba fuerzas para enfrentar a Satanás. El cura de Santos le había dicho que se trataba de un pecado venial. Su alma había permanecido en estado de gracia. Podía juzgar y luchar; no permitiría que de nuevo se burlaran de la Iglesia en su persona, como había hecho el pintor. Musitó un Ave María; el cura le había dado tres de penitencia. Como toro embanderillado se le acercó.

—Debían prohibir esta novedad de las piscinas a bordo. ¡Es un atentado al decoro! —Por fin había dicho lo que le angustiaba desde que descubrió esa lacra moral.

—¿Al decoro? —exclamó Amrei, con sonrisa de asombro.

—Por cierto, ¡no eres católica! —Hincado, con los brazos en cruz, había recibido

la absolución del cura. Sonriente, le había palmeado las espaldas: «Ve con Dios, hermano mío».

—¿Es necesario serlo para pensar mal? —Antes de que Xavier pudiera reaccionar, siguió—: Es tan difícil saber si, en verdad, uno es cristiano... ¿Lo es usted?

Con ademán imperioso, mostró la sotana.

—¿Y esto qué es? ¡El uniforme de Cristo! —Hundió su mano en la tela aún húmeda por la lluvia; deseaba restregar con ella esos labios pintados—. ¿Y esto? —Alzó el pequeño crucifijo; lo había tenido entre las manos mientras se confesaba.

Amrei dejó transcurrir un momento. Esa cara estaba a punto de vomitar de obcecación y angustia. Nunca había visto semejante expresión. En lugar de enfurecerla, lo primitivo de esa arquitectura mental le causaba pena. Con suavidad, a través de su voz se traslucía, una vez más, la de su abuelo Christian, dijo, señalando el crucifijo:

—Él, también, está desnudo.

—¿Cómo puedes comparar? ¡Anatema! —Las palabras le borboteaban; tenía que ser una posesa, una criatura del demonio—. ¡Está desnudo por tus pecados! ¡Por tu desvergüenza! —Se tomó las manos; le costaba no ponérselas encima y destrozarla como a una pintura impúdica.

—El hecho es que estuvo y está mucho más desnudo que esos hombres en la piscina. ¿No puede comprender que ni en Él, ni en ellos, me preocupa esa desnudez?

—¡Te repito! ¿Cómo puedes parangonar esas desnudeces? ¿No tienes sentido de lo humano y de lo divino? —deshizo el nudo de sus manos y la derecha se alzó sobre la cabeza de Amrei, con algo de garra; olor agrio le brotó del sobaco, donde su sotana, lo sabía bien, estaba descolorida por el sudor y el largo uso. Era tan pobre como Él.

Lucio se acercó a la extraña pareja. ¿Amrei y ese lego con cara de un cuadro pintado por Zurbarán? ¡Tenían que discutir de religión! Los suizos calvinistas y pesados... al menos aparentemente... aparentemente... Miró hacia la piscina en un respiro de alivio. Caminó sacando pecho y afirmando las rodillas. Él, y ese danés rubio y alto como un vikingo, que sólo se ocupaba de su mujer y su bebé de meses, eran los únicos que se atrevían a usar un traje de baño sin peto; sólo el pantaloncito. Todos los miraban. Los desafió. Era el San Juan Bautista de los pantaloncitos de baño. Lo criticarían en voz baja; pero antes de finalizar el viaje, dos o tres más se atreverían a comprarlo en la tienda de a bordo. La civilización adelantaba a fuerza de minúsculos heroísmos. Hasta llegaría a convencer a las mujeres que se tostaran al sol, que tuvieran una piel menos... femenina; sólo Amrei se resistiría, era demasiado conservadora... mujer para Joaquín. La suya, cuando se decidiera, terminaría por parecerse a un paje del Renacimiento.

—¿Cristo no es hombre? —porfió Amrei.

—¡Lo es, y ni siquiera puedes comprender en qué medida! Está desnudo como

dolor y vergüenza suplementarios, y no por placer, ni para ofrecerse como espectáculo a la concupiscencia. ¡No está desnudo por obscenidad, lujuria, lascivia, liviandad o impudicia! —¿Cómo era posible que tales palabras se le atropellaran? ¿Las había tenido aprisionadas tras de sus labios; sus labios que en el jamás de los jamases habían besado a un ser viviente, salvo a su madre y en la mejilla, cuando se despidió para América? A los 11 años, durante una vacación del seminario, cuando aún se creía digno de llegar a sacerdote, había regalado su perro porque experimentó deseos de besarlo. Tuvo ganas de gritar a esa mujer que sus labios, a diferencia de los de ella, sólo conocían el contacto de la madera, del mármol, del bronce transformados en los miembros del Crucificado; que sus labios sólo tenían por misión besar esos estigmas sagrados. Los labios de las mujeres eran sentina de vicios y escándalos.

—Me apenas, no puedes desnudarte sin pensar en el pecado —dijo Amrei, allanándose al tuteo. El lego se replegaba con movimientos quebrados.

—¿Cómo te atreves a blasfemar de Dios y atacar a quienes lo sirven? ¿No tienes miedo de concitar su ira divina sobre ti y sobre este barco por transportarte? El comandante tendría que obligarte...

—¿Por qué invocas en tu auxilio la fuerza del César? Él, nunca lo hizo —lo interrumpió con aspereza; la sola mención de la fuerza la sacaba de quicio.

Xavier comprendió que era inútil, no sabía discutir. Angustia vecina al llanto le apretó la garganta.

Amrei experimentó pena y vergüenza; la discusión con un apasionado siempre resultaba fácil. Miró en su derredor; no le cupo dudas de que muchos de esos que ahora «se hacían las gallinas distraídas», como gustaba decir Joaquín, habían seguido la disputa. Vio aparecer a Joaquín en traje de baño con rayas horizontales y pechera blanca; por primera vez se percató de que tenía las piernas algo arqueadas, como quien ha montado a caballo desde chico, y que de ello se desprendía cierta sensualidad. En el departamento de la plaza San Martín, no había visto más allá del torso de Joaquín; no supo que estaba desnudo, aunque sintiera el contacto de todo su cuerpo ardoroso.

Xavier inclinó la cabeza abochornado por su derrota ante el Innombrable. Giró sobre los talones y descendió por la escalera más cercana. Quería llegar a lo más hondo del barco; ocultarse en su cucheta como perro apaleado. No servía para soldado de Cristo, cada vez se convencía más. Se aferró al crucifijo de bronce. Soltó la botonadura; era semejante a la del pantalón cerca de su maldito sexo. ¿Cómo hacer, Dios mío, para que los pensamientos sean puros, totalmente puros? ¿Cómo dejar de ser hombre?

Las campanillas del reloj de la biblioteca dieron las 6 de la tarde. Carlos miró a Gómez Campero que dormía profundamente en uno de los butacones en el otro extremo del salón solitario. Abierto sobre las piernas, reposaba su «Tratado de Derecho Marítimo», en la traducción francesa que, según sus amigos, había pagado él mismo y regalado a todas las universidades europeas y americanas. A menudo, venía

a hojearlo y se dormía con él en las manos, que lentamente cesaban de acariciarlo. Con parecido movimiento, como si deseara descubrir lo que sentía el viejo académico, Carlos pasó las manos sobre la página de su «Tratado de Derecho Político», que estaba corrigiendo. Era una caricia a todas las ilusiones allí depositadas, ¿se las devolverían en palabras de elogio? La Universidad de Salamanca parecía muy interesada en hacerlo editar. Cerró la carpeta. Echó una mirada hacia el mar; pronto comenzaría el crepúsculo. Había que vestirse para el baile de despedida a los que bajaban en Río; de muy buena gana despediría a Joaquín. «La verdad es que pocas veces he logrado sacarme de la cabeza a Amrei. El médico me aconsejó que tuviera cuidado del *surmenage*». Miró su reflejo en el pupitre; no tenía cara de enfermo, pero sí de cansancio. Con el dorso de la mano se dio unos golpecitos en la papada; tenía razón Susana, allí comenzaba a aflojarse la piel. Caminaría con la cabeza erguida.

Haría un poco de *footing*; en el barco era necesario decirlo en inglés. Formaba parte de ese vocabulario que los Ladho, Lucio, Nicole, Pepa Osorio y Antonio Medina consideraban imprescindible en el mar. Por vía de Lucio, el de las amistades imprevistas, Antonio Medina, estanciero y tambero, se iba incorporando paulatinamente al «grupo bien». Uno más para saludar y recordar.

Divisó a Amrei y Joaquín en el puente de los botes. Se paseaban tomados de la cintura, entre parejas y solitarios. Comenzaba a tener rabia contra su pariente. Es rico, puede ser diputado oficialista cuando se le antoje... y hasta presidente de la República, tendría la ayuda de los militares y los curas. La desgracia de nuestro país y de Latinoamérica se origina en que desde la escuela nos enseñan a ver a los generales como seres míticos. Apretó los dientes con fastidio.

Ahora, se besaban semiocultos por su bote salvavidas, el 6, sin importarles de quien pudiera verlos. Se apartaron, por fin; Joaquín lo hizo con seguridad; ella como si le costara abandonar la estela que él dejaba. Un hombre debía atraer como la hélice de un navío. ¿Acaso él no tenía mujeres, y hombres que lo admiraban y volverían a elegirlo diputado, a la vuelta del Congreso Internacional del Partido, que tendría lugar en Marsella? Estaba dispuesto a presentar alguna ponencia de audaz coquetería con el comunismo y hacer temblar el Congreso. Con ella justificaría, también, la invitación que había logrado después de laboriosas gestiones, cosa que jamás confesaría, ni siquiera a su mujer. Había creído jugar al ajedrez por correspondencia; lo difícil fue soportar el aire condescendiente de los figurones del Partido. De cerca, recuperarían su verdadera talla, estaba seguro de batirse con ellos de igual a igual.

Desde la escalerilla, por la que descendían, Amrei saludó con la mano a Virginia tendida en su reposera. Pocas mujeres podrían realizar con tanta gracia ese movimiento que, por pretendidamente espontáneo, siempre resultaba afectado. Su mano trazó el blanco arabesco sobre el fondo oscuro del mar, como espuma en la cresta de una ola. Movimiento de mujer nacida entre porcelanas de Sajonia. Con Joaquín eran los necesarios antípodas. Era lógico poseer una mano callosa para rozar

esa piel tan siglo XVIII; ser rico y ofrecer esa mano de peón como presente viril. Debía confesárselo, aunque ese mundo de Joaquín le parecía esnob y ridículo, le tenía algo de envidia. Era humano, bajamente humano tenerse envidia entre los mejores; sobre todo en América donde cualquiera podía ser lo que el otro.

En una suerte de retablo toledano, pasaron las cuatro monjas españolas, con el crucifijo atravesado en la cintura, sobre el estómago, como si fuera un cuchillo. Todos los días se reunían en el mismo rincón del puente para trabajar en labores de bordado. Rezaban secas e imperiosas, tal si se empeñaran vanamente en borrar lo que tenían de mujeres.

VII

Lillian se incorporó en la cama. Las 6 de la mañana. El barco estaba detenido en medio de la bahía de Río de Janeiro; esperarían la visita sanitaria. No había escuchado entrar a Amrei; recordaba haber mirado la hora a las 5 y 20. Los nervios, la ansiedad de esperar e imaginar la habían rendido. Joaquín estaría solo; deseó correr hasta su departamento y rogarle una vez más. Implorarle, más mujer por rogar a un hombre, como lo había hecho en Taormina tirada sobre las cerámicas del piso, junto a sus pies y mirándolo hacia arriba como a un dios inclemente. Espectacular como en una ópera siciliana. Necesitaba esa conjunción de fuerzas declamatorias. Volver a sentir el olor entre agrio y desagradable, que brotaba de esos zapatos que habían trepado por el Etna todo el día; ese olor que, como si le hubiese llegado al fondo de la capacidad femenina de oler, había descubierto profundamente masculino. Le bastaría con aspirar ese olor de Joaquín, pero ahora mismo. ¡Los nervios malditos! Aumentaría la dosis del calmante que le había recetado el médico. Miró a su hija. Estaba tendida de espaldas, los antebrazos y las palmas vueltos hacia arriba. El camisón de batista marcaba en algunas partes las formas, en especial los pechos, y esfumaba otras; esas otras que había llegado a odiar. Se estremeció. Para Joaquín, ese cuerpo ya no tendría secretos; no quería estar segura de ello pero debía de ser así. Prefería conservar la posibilidad de una duda, la certeza la destrozaría. Vio la mano de Joaquín, esa mano que ella conocía, acariciando ese cuerpo. La recorrió un tiritón. Sobre el *toilette* y abierto, estaba el neceser que Joaquín le había regalado a Amrei; brillaba la estilizada tijera. En un instante podía cerrar los ojos, olvidar todas las convenciones, «la voz de la sangre», y hundir la hoja más aguda en ese cuerpo, bajo el seno izquierdo. Sería, en esencia, como si lo hundiera en el suyo; ella misma había construido ese cuerpo en sus entrañas, con su propia carne y sangre. Quisiera o no, Joaquín no podría evitarlo: estaría otra vez en su cuerpo. Y ese cuerpo ella misma lo había creado por causa exclusiva de Joaquín. Lo miró con atención —como su marido analizaba un cuadro «abstracto» de Paul Klee, antes de comprarlo—; sí, era más hermoso de lo que había sido el suyo. Le miró el pie derecho y le costó reconocer las cicatrices de las operaciones. Amrei rodó por la escalera; corrió a auxiliarla tratando de sentir lo que una madre en ese caso. Era inútil, representaba como una mala actriz; había representado hasta cuando la partera le dijo que el recién nacido era una mujer. Esperaba «un macho», como Joaquín. ¡Cómo lo hubiera criado y acariciado en su nombre!

—Si al menos hubiese quedado renga —murmuró. Obedeciendo a un resto de pudor maternal, a palabras que su sangre hubiese escuchado en otros oídos desde tiempos remotos, volvió a la cama y se arrojó de bruces. Sintió el golpe en uno de los pechos, el izquierdo; ya habían perdido la firmeza de la juventud y los recorrían feas venillas azules. Joaquín se los empuñaba— ¡ay, no ser puro pechos como la diosa hindú! —Con la piel áspera de sus manos; su piel raspadora, mordiente, cálida.

Mientras su cuerpo tuviese memoria, jamás olvidaría la manera recia, posesiva, brutal con que Joaquín, potro de 23 años, le había acariciado esos pechos. Mordió la almohada como un perro. Un hilillo de saliva le corrió por la comisura. Habían pasado los mismos 20 años que tenía ese cuerpo tendido a su lado. Miró sin levantar la cabeza, sólo con el ojo derecho. Los pechos de Amrei subían y bajaban rítmicamente. Las manos se le fueron crispando entre las plumillas de ganso de la almohada. Sus uñas debían perforar el linón, atravesar el relleno y clavársele en las palmas. ¡Con qué humilde devoción y deslumbramiento sus palmas habían recorrido el cuerpo de Joaquín, hasta convertirse en un tibio mapa de él! Infinitas palmas de domingo de Ramos para un dios bárbaro. Con el primer contacto, Joaquín había pulverizado su Dios puritano. Aunque su marido no lo creyó, era el único hombre con el cual lo había engañado. El único y para siempre. El único. Joaquín.

Regresaban de Petrópolis en el auto de Britos, el cabañero que los había esperado en el puerto. Amrei echó una última mirada a las altas y cimbreadas palmeras del Palacio Imperial. Joaquín flexionó con suavidad, como una caricia, el brazo en que ella apoyaba su cabeza y que había colocado sobre el respaldo del asiento delantero, donde estaban sentados junto al chofer. Le costó contener la risa al darse vuelta hacia el interior.

—¿Van cómodas, verdad? —preguntó a Celina y a su madre.

—No tanto como ustedes... —contestó Celina, moviéndose en el transportín.

—Bueno, es lo que sucede cuando uno... ¿cómo dirían ustedes? ¿Improvisa un viaje? —dijo Amrei, simulando dudar en las palabras. Pese a todo, debía reconocer la habilidad desplegada por la señora de Escalada para que Britos y su mujer las invitaran a ellas también.

—Es verdad, vivimos en un mundo tan locamente improvisado... ¡Hasta en la sociedad todo es improvisación! —cortó la madre de Celina, con ironía.

Con voz pausada, seguro del efecto que causaría, Joaquín dijo:

—Me gusta la improvisación, en especial en la doma y sobre todo en el amor.

Lillian se hundió en el asiento posterior del coche; quería evitar que su cuerpo fuera rozado físicamente por esas palabras. Había empleado el viaje en vigilar ese brazo que, a menudo, cubría el cuello de su hija. Hubo un momento en el cual le costó no abalanzarse sobre el chofer, tomar el volante y hacer que el auto se desbarrancara por las laderas de la montaña. Cualquier cosa, con tal de que ese brazo cesara de rodear el cuello de Amrei. Si le preguntaran algo del paisaje, sólo sabría detallar ese brazo; pulgada a pulgada conocía el modelado, hasta donde lo cubría ese vello recio que se enrulaba y hasta se erguía bajo las caricias. Cuando salía del mar, mojado se transformaba en una especie de caparazón; con la punta de las uñas, le había trazado arabescos que mostraban la piel como fondo. Tenía la boca seca, se mojó los labios para decir con voz opaca y casi temblona:

—En lo único que no se puede improvisar es... en los idiomas. Nos olvidamos que el señor y señora de Britos no hablan castellano.

—Algo entendemos... —dijo la señora, con amabilidad.

En mezcla de furor y desesperación, Lillian cerró los ojos. Celina miró interrogante a su madre; comprendió que no debía preocuparse. Creyó firmemente, como en la fervorosa aseveración del Credo, que su madre la casaría con Joaquín; sin poderlo evitar, murmuró: ¡Amén!

Entre la bruma y borrosamente iluminado, los brazos abiertos, Carlos divisó la enorme imagen de Cristo vaciada en cemento sobre la cumbre del Corcovado. Las otras cimas que rodeaban la bahía de Río de Janeiro se recortaban apenas en la obscuridad. Las hileras de focos eléctricos trepaban por las laderas y se perdían entre los bosques. En el centro de la ciudad comenzaban a elevarse blancos rascacielos. Escuchó que un oficial le decía a una pasajera:

—Las bahías de Cantón y Sidney son, quizás, más hermosas.

Contuvo los deseos de protestar, prefería mirar ese prodigioso anfiteatro. El trópico le sacaba a la superficie todo lo que intentaba domesticar; lo incitaba a despojarse de todas las normas. Él, y la gente de primera clase, se desnudaban con fruición en el solarío y la piscina; los de tercera, en cambio, se tiraban vestidos al sol y parecían fermentar, estaban acostumbrados a trabajar así. Gómez Campero tampoco había dejado de trabajar, todos los diarios de Río anunciaban su paso, y hasta la partida, había recibido visitas de embajadores y personalidades oficiales. Nunca, en toda su vida, debía haberse tomado unas verdaderas vacaciones.

Escuchó voces de mujer y reconoció al punto las de Amrei y su madre. No necesitó mucha atención para comprender el diálogo en alemán o, al menos, descubrir su sentido. Se inclinó por sobre la borda y las divisó en el puente superior.

—¡Te lo digo porque es mi obligación, soy tu madre!

—¿Mi madre, solamente? Aunque le prometí a Joaquín no decírtelo, debes saber que vendrá a Europa, para casarnos.

—¡No, no puede hacer eso! Joaquín no puede... ¡No, no puede hacerme eso! ¡No pueden, tampoco tú! Me bastaría con...

La voz de Lillian se tornó aguda y confusa. No pudo comprender. Chillaba casi, para que todo lo hiriente se concentrara en el áspero sonido de la voz. Se le ocurrió que una disputa semejante, por causa de un hombre, podía ocurrir entre su madre y su hermana, y lo sacudió una sensación de náusea. Sería como si su mundo se hundiera. Como si restallara un látigo, escuchó a Lillian:

—¡Te lo juro por Dios! ¡Por tu abuelo Christian!

Permaneció inmóvil; no volvió a escuchar las voces. Se inclinó hacia afuera, ya no estaban. A lo lejos divisaba el muelle, el edificio del diario «A Noite» y los galpones del «Armazem de bagages».

Los pasajeros se arracimaban a popa, en la cubierta y los tres puentes superiores, para contemplar el espectáculo.

Nicole le obligaba a decir adiós, con una de las patitas, a su perro. Estaba contenta de que Celina hubiera bajado en Río; desaparecía una competencia, su

madre no hubiera cejado hasta verla convertida en Reina del Mar durante la fiesta del cruce de la línea. Le quedaba el campo libre, podía contar con el apoyo de Lucio y su grupo, además del comandante. Para Lucio sería un retribución de atenciones.

—Nadie se preocupa tanto por vos, mi querido... Ni por mí —dijo al perro con mezcla de ternura y rencor; agregó burlona—: Pero tuviste más suerte que Henrichito, el lindo botones, bajaste a tierra con tu lindo collarcito... ¿Verdad, feúcho, que, a veces, no sirve de nada ser linducho?

Lucio dudó en acercarse a Nicole, que, con su alta silueta de caderas anchas, y las piernas flacas hasta sus macizos tobillos, se recortaba sobre el resplandor de la ciudad. Echó un vistazo distraído a la bahía. Lo irritaban la boba admiración y las exclamaciones en coro; aunque le gustara, jamás se plegaría a esa comparsa de vulgaridades. Sonrió. Cuando le preguntaran, contestaría: «¿Qué bahía? No tuve tiempo de mirarla; estaba leyendo *Ulyses* de James Joyce...».

Repitiendo mentalmente: «¡Nicole estúpida, estúpida! ¡Nicole imbécil, imbécil!», a cada paso, se acercó a ella. Colocó de canto el grueso libro sobre la borda y apoyó en él la barbilla. Una postura que a nadie se le ocurriría.

Nicole se volvió hacia él, con el perro en brazos.

—«Mickito», salude a su amigo Lucito ¡que no quiso llevarlo a pasear por las calles de Río y bajó solito!

—No estuve «solito», mi querida...

—¿El comandante cambió de idea?

Lucio tuvo ganas de escupir esa cara que ella le acercaba, esa piel de poros abiertos y un vello como pelambre de lechoncito.

—Aunque yo baje solo, no tengo que «quemar todos mis cartuchos» para encontrar compañía en cualquier ciudad del mundo...

—¡Mi querido! Con qué rabia has dicho «quemar todos mis cartuchos»... Casi asustaste a mi pobre «Mickey»... —dirigiéndose al perro, añadió—: ¿Verdad que usted sabe que esa flaca mala de Celina le dijo a Lucito que «yo quemaba todos mis cartuchos» en este viaje?

Imitando el tono mimoso y aniñado, Lucio se dirigió al perro:

—¿Sabe que su mamaíta vendió su última casita y que, si no pesca un ricacho, cuando vuelva tendrá que vender hasta su perrito y trabajar en una oficina del gobierno?

Acusó el golpe; no podía imaginar quién le habría contado sobre esa venta que había mantenido secreta. Deseó lanzarle un preciso insulto, de esos que había aprendido en la calle cuando era chica y, para horror de su madre, jugaba con los muchachos de la vecindad. Amén del viaje pagado a una agencia, sólo le quedaban unos pocos miles. Ya no podía insultar, menos a otro pobrete rencoroso. Abrió los bracitos del perro y, rodeando con ellos el cuello de Lucio, exclamó hiriente:

—Dele un abracito a su tío, que sabe muchas cosas tristes, de la misma manera que su mamita sabe muchas cosas «feítas»... ¡No, «Mickito», no ladre! ¡Calladito!

Tenemos que estar muy calladitos los tres... ¡Muy calladitos!

Los toques de sirena del saludo de despedida al puerto, estremecieron el puente. Carlos descendió lentamente hasta el de los camarotes de lujo. Su mujer había quedado en el suyo, rendida por el esfuerzo de recorrer la ciudad y los alrededores en automóvil; hasta se había empeñado en bajar y rezar ante la imagen del Corcovado.

Con paso lento, casi mecánico, Lillian atravesó el corredor de anchas tablas y desapareció en la escalera alfombrada que llevaba al puente de los salones. Amrei, con semejante y en ella desacostumbrado andar, recorrió el mismo camino; llevaba en la mano derecha, como si fuera un paquete, un ramo de orquídeas. Carlos simuló no verlas; estaba seguro de que, en ese momento, ellas no verían a nadie, y fijó su mirada en la media luna, dentada por brillantes luces, de la playa de Copacabana.

Amrei cesó de oír el taconeo de su madre y se detuvo en seco, tal si ese ruido fuera el motor de su marcha. Se miró las manos; había olvidado que en una de ellas llevaba ese ramo.

—¡No, no, no! —al final la voz se le estranguló. Con movimientos arrebatados, se acercó a la borda y arrojó las flores. No quiso mirar las palmas de sus manos; rígidas las pegó contra sus flancos. Despaciosamente las llevó hasta su regazo; se le transformaron en las manos casi primitivas de un cuadro bizantino que representaba a la Virgen María, y que su padre había comprado en Atenas. Espantada, las escondió a sus espaldas. Angustia que parecía brotarle de la misma posición de ofrecimiento que ahora tenía, le obligó a volverse hacia tierra. Las luces de la ciudad se multiplicaban al caer la noche, tendían collares luminosos entre los bosques y los cerros. Por última vez se concedía imaginar lo que estaría haciendo Joaquín.

La tremenda decisión la había tomado de improviso, al descender el primer peldaño de la escalera alfombrada; un escalón con grandes florones rojos y dorados sobre fondo azul marino. Había tardado un tiempo inexplicable en tocarlo con su pie derecho. Ese instante había sido su tiempo infinito. Había tocado, en el momento más imprevisto, como debía suceder, los dos extremos de su jugada; todas las fichas de nácar podían adquirirse en un instante, a precio de vida o muerte. Descendía; no había rodado, como antes, por la vieja escalera de la casa de sus padres. No rodaría más. Joaquín debía estar en el auto de los Britos, o en el del embajador argentino, camino del «Gloria Hotel», con las Escalada. O puede que hubiese quedado en el muelle, mirando alejarse esa loma iluminada que, desde Río, parecería el «Turingia». No, a Joaquín no le gustaba perder el tiempo en cosas inútiles.

—No, mi mad... Ella no puede mentir tan horriblemente. No puede, ¿verdad, abuelo Christian? Es tu hija, tienes que conocerla... ¿Por qué no me contestas? —Su voz le sonó extraña; ese tono lamentoso con el cual pedían las mujeres de la estancia que Joaquín poseía en el Norte de la Argentina. Le gustaba, casi en la medida que la rebelaba, ese país donde las mujeres nacían para ser propiedad de un hombre. Miró en derredor, algo debía haber rozado el casco del navío, más aun, a ella misma. Quedó apoyada en la borda hasta que la ciudad se transformó en una aureola

luminosa que abarcaba la mitad Oeste del cielo. Lejano, escuchó el musical gong que anunciaba la comida. La gente ya estaba «vestida». Los puentes y entrepuentes de paseo y los salones debían estar llenos con nuevas caras subidas en Río. En cualquier momento podría encontrar a Nicole y su grupo, ese mundo que, hasta entonces, había sido comparsa de su amor. No deseaba estar con nadie, menos con Carlos. Si se entregara a él, podía borrar el otro cuerpo; las mujeres sólo tenían esta forma de borrar o hacer cuerpos. Lo absurdo de la idea le revolvió las entrañas. Debía haber nacido para eso que la gente llama, con pompa y propio contentamiento: los «pecados nefandos».

Los espejos del *hall* le multiplicaron su cuerpo, luego el de Henrich que la miraba asombrado. Aceleró el paso. ¿Corría o estaba detenida? Abrió la puerta del compartimiento. Desde la del suyo, la señora de Suárez Varela la miraba extrañada. La gente debía sorprenderse cuando encontraba un ser humano desposeído de todas sus máscaras. Mientras trasponía el umbral venció el deseo de confesarle —ella lo creería confesión— de que había besado a su marido; pero nunca lo había *besado*. Cerró la puerta. Las actrices de cine acostumbraban, luego, apoyarse de espaldas, echar atrás la cabeza, cerrar los ojos y llevar una mano a la frente con la palma vuelta hacia fuera; todo para significar que al fin estaban solas y derrotadas. Su madre estaba tendida boca arriba en la cama, tal si estuviera muerta. Cerca de su codo brillaba el neceser. Miró la tijera. Más le costaba permanecer ahí, la espalda apoyada contra la puerta, que tomar esa tijera, elegir la hoja más aguda y hundirla en ese pecho izquierdo y colgante que nunca la había amamantado. Tenía los ojos abiertos, adivinaba, tenía que adivinar lo que ella pensaba. Ya no existía secreto alguno en el mundo.

—Te debías haber muerto antes de hablar... ¡Muerto! —dijo, por fin.

—Ya es tarde para morir; tarde para las dos —contestó Lillian, sin otro movimiento que el de los labios.

Amrei midió con la vista el saloncito de vestir. Cabía su cama; en el peor de los casos hubiera dormido en la poltrona antes que en la misma pieza. Tocó el timbre.

Carlos respiró satisfecho, no había olvidado la carpeta de recortes que necesitaba como documentación para su libro. En este primer día después de Río, el resplandor colmaba de luz el departamento. El mar calmo y color de cobalto lo incitaba a dejar la carpeta y tenderse al sol. «Clasificar» a las nuevas pasajeras.

—Me explico perfectamente que Joaquín no viniera a despedirse... ¡Con la despedida a solas que tuvo con la señora de Morgenstelle! —dijo Susana, insinuante, mientras dejaba de ordenar el ropero; le asombró que Carlos reaccionara al instante.

—Te equivocas, habrá sido con la hija...

El dolor le hizo masajear las coyunturas de la mano izquierda; la aterró pensar que pronto se le deformarían.

—El equivocado eres tú —contestó usando ese tratamiento más castizo, que solía emplear su madre cuando intentaba corregir o «poner en su lugar» a una persona—. Fue aquí, frente a nuestra ventanilla. Los vi y oí a través de la persiana. Ella intentó abrazarlo. ¡Le rogaba en forma repugnante! Poco después se pelearon.

—¿Qué se dijeron?

—No sé, hablaban en alemán. Pero ¿por qué dijiste que era la hija?

—Di por cierto lo que todo el mundo dice o vio...

—Europa tiene muchas cosas que enseñarnos, pero en cuanto a moral... —comentó Susana, sin ocultar la satisfacción que le producía decirlo. Ya no le cabía duda, las dos eran amantes de Joaquín.

—La moral, desde el punto de vista religioso, es una convención muy mutable... Recuerda, querida, que los ricos crearon las normas jurídicas y, como venganza, los pobres inventaron las morales... —quiso sonreír, pero no pudo; ni siquiera había logrado el tono mordaz requerido por la frase.

—Cuando nos casamos me prometiste...

—Yo no traje el tema, conste.

Escucharon golpecitos de nudillos en la puerta. Carlos abrió y, ante su sorpresa, se encontró con Lillian.

—Querida, la señora de Morgenstelle desea verte —dijo, con tono involuntariamente teatral.

Al verla sentada con ellos en esa falsa intimidad, Carlos tuvo deseos de seguir la conversación interrumpida, pero cedió a la tentación de participar en el hosco silencio de su mujer.

—Con el grupo de las señoras de los delegados al Congreso de Criminología en Río, hemos organizado un torneo de *bridge*, a beneficio de los Huérfanos del Mar... Estoy encargada de invitar a los pasajeros de este sector —dijo Lillian, impasible.

—Difícult que pueda aceptar la invitación de las señoras de los delegados —dijo Susana, marcando que ignoraba a la visitante—, pues el reuma me tiene postrada... Aunque no puedo quejarme; a veces me obliga a sorprender escenas que, si no resultaran chocantes, serían divertidas... Venga, vea. —Con inesperada agilidad, la hizo acercarse a la ventana—. Ese es el banco.

Lillian no pudo contener un temblor de ira y de sorpresa. Aceptó invitar a los Suárez Varela, para imponerse a Susana que nunca la había saludado, y para inquietar, aun más, a Carlos. No miró hacia donde le indicaban; se dirigió, en cambio, hacia la puerta, mientras decía:

—Nadie puede estar libre de que... ¿cómo dicen ustedes? ¡Ah, sí!, de que la espíen, aun en un barco de categoría...

—Es verdad, en los barcos de categoría, de ahora, ya viaja cualquiera... —Susana hizo una breve pausa y, como jugador arrastrado por una buena racha, agregó—: Mi marido tendrá sumo placer en acompañarla hasta la puerta —comprendió que lo dicho resultaba de dudoso gusto, pero se sintió descargada.

Antes de salir, Lillian se volvió:

—Me consta que su marido es muy dado a acompañar señoras o señoritas... Esto me sugiere, señora, decirle que, noches pasadas, usted se perdió de ver y escuchar, en la toldilla de popa, algo más interesante que lo visto desde su ventana... ¿Verdad, señor Varela?

Tomado de improviso, Carlos dudó un instante.

—¿Cómo podría contradecirla, *Frau Morgenstelle*, si usted acaba de decir que soy en extremo amable con las damas? Mi mujer piensa lo mismo; si usted, señora, fuese amiga nuestra, llegaría a confesarle que mi redomada «galantería» fue una de las cualidades que más influyeron, lógicamente, para que mi mujer me hiciera el honor de aceptar mi apellido. Buenos días, *Frau Morgenstelle*.

Sin esperar contestación, cerró la puerta y se volvió sonriente.

Susana desvió la mirada y prosiguió la tarea en el ropero. El silencio le pareció interminable. Si preguntaba algo sobre la insinuación de esa mujer, sería otorgarle el triunfo.

—Querido, ¿no pensabas trabajar en la biblioteca? —dijo, como si la *Morgenstelle* no hubiese estado en el camarote. Llegaría el momento en que Carlos se lo contaría todo sin pedírselo.

Xavier no podía concentrarse; el rosario se le deslizaba mecánicamente, como entre los paganos orientales para refrescarse los dedos o como una especie de vicio táctil. ¡Esa terrible tuerca vencida que permitía el constante tintineo de la arandela en el tornillo! En primera, ya estaría arreglada. Volvió al rezo; quiso descubrir en su memoria la imagen de la Virgen en la ermita de su aldea castellana. Imposible. El rosario continuaba escurriéndose entre sus dedos. Como si abrieran las compuertas de un dique, las imágenes avanzaron en tromba: las palabras de Amrei se apoderaron de su cabeza. Si no lograba domeñar, destriزار si fuese necesario, a esa mujer, su misión en el barco habría sido vana. Era su enemiga y *ella* lo había derrotado. La arandela tenía la sonora persistencia de las palabras de Amrei. El interminable girar del enorme árbol de una de las hélices ponía fondo grave al tintineo.

Miró hacia el ojo de buey de la larga cabina. Sentado ante la tabla adosada al lavatorio que hacía las veces de mesilla, el secretario del ministro pegaba unos recortes periodísticos en una gran carpeta. Tenía que interpelarlo, ya que estaban solos, sobre su falta de recato en el dormir. Borró la imagen; un pecado venial podía transformarse en mortal en cuestión de segundos; además, debía ser un anarquista o cosa por el estilo, pues apenas lo saludaba.

Ignacio Aráoz ubicó pacientemente el último recorte; para conseguir ese ejemplar de «A Noite», había sido el último en subir, cuando ya retiraban la planchada. Un triunfo de película *western*. Tres páginas de recortes para Río. Gómez Campero le había dicho, exultante: «Cuando terminemos ese comentario al fallo del tribunal de

La Haya, le dictaré la carta para el Canciller; fue mi alumno y yo lo hice entrar en la carrera diplomática, no podrá negarme nada. Pero usted comenzará desde muy abajo; no hay que despertar envidias hasta que no se tiene raíces fuertes. ¡No lo olvide!». «Sí, doctor, de simple agregado o vicedónsul». «Sí, en uno de esos países donde nadie quiere ir... Esos con los cuales se firman “tratados culturales” porque no existen relaciones comerciales de importancia... No se haga muchas ilusiones, “la cultura” en nuestros países siempre es un furgón de cola; en Francia es la locomotora...». Sin mover la cabeza, alcanzaba a ver el ruedo de la sotana del lego. Si supiera que debo salir, de nuevo, se hincaría a rezar para interceptarme el paso. No entiendo por qué me mira como a un enemigo cuando los dos estamos tan abajo.

Xavier salió al pasillo y cerró con extrema delicadeza. La puerta de la cabina donde viajaban los pintores y escritores estaba abierta. Le asombró no escuchar discusiones o risas. De la reservada a las mujeres, salió la rubia de Santos; ahora comía con el grupo en la mesa del comisario de tercera. Se pegó contra el tabique para darle paso; ella inclinó la cabeza para no saludarlo, pero sonreía burlona. ¿Cómo serían las cortesanas de Magdala? Avanzó hasta el fondo del pasillo y entró en el baño de las mujeres.

Casi de inmediato, tuvo que ceder el paso nuevamente. Era el pintor; pasó tan cerca y sonriente que necesitó decirle:

—¡Buenas noches, señor! ¿Pintó mucho en Santos?

—No, no quedé satisfecho... Si usted fuera un plástico, sabría que es necesario conocer muy íntimamente a los modelos, para poder sumergirse en la faz técnica... Una suerte de confesión de volúmenes y perspectivas... ¡Muy buenas noches!

Sin ninguna dilación, hasta con desenfado, lo vio entrar, también, en el baño de las mujeres; hasta le pareció escuchar el ruido del cerrojo. La garganta se le abrasaba. Este barco era una sentina de vicios; tenía que destruirlo el fuego que asoló a las ciudades malditas. Caminó de prisa hacia la comisaría; no podía ser cómplice de lo visto. Dudó ante la puerta; empuñó el pomo y el dolor le hizo cambiar de mano. Detuvo el movimiento; volvió a ver la cara sonriente y despectiva del comisario, con su cabello corto como un cepillo, cuando la noche del segundo día de viaje se le había quejado de que «una pareja no matrimonial» se estaban besando descaradamente entre los rollos de sogas en la proa. «¿Cómo sabe usted que no es un matrimonio?», le había contestado volviéndole la espalda. Era inútil; quizá le preguntaría si se había convertido en inspector de baños o algo peor. Pasó junto a la camareta que ocupaban los muchachos del equipo de basquetbol. ¿Si se atreviera a entrar? Muchos tenían su edad. Las risotadas y una palabrota que le llegó por la puerta entreabierta, le hizo acelerar el paso. Tampoco ellos. Trepó la escalera hasta llegar a la cubierta. El viento le refrescó la cara, tuvo la sensación de lavársela. Avanzó hacia proa; David solitario adelantándose para tumbar a Goliath, a un Goliath de caras infinitas y mutables.

Henrich se removió en su coy; el calor y, sobre todo la humedad, no lo dejaban dormir. De vez en cuando, entraba una tenue oleada de aire, que debía atravesar dos hileras de durmientes para llegar hasta él. En la penumbra, divisó la pierna desnuda de Hans, uno de los grumetes, que colgaba fuera de la hamaca vecina; sin vello, semejaba la pierna de una mujer. Tenía la espalda mojada por la transpiración. Desde que lo habían trasladado al servicio de primera, Hans y sus antiguos compañeros se mostraban más alejados; los escuchaba reír y bromear durante los descansos y mientras preparaban la «fiesta de los marineros», para el cruce de la Línea, pero cuando él se acercaba cambiaban de conversación. Debían burlarse de él; vaya a saber lo que imaginaban. En el fondo, le tendrían envidia por las propinas que recibía, por las pasajeras que conversaban con él, por la protección de *Herr* Guzmán y del Comandante; había hablado demasiado, jactanciosamente. La pierna de Hans se balanceaba con suavidad. Antes de Río, cuando llevó al «Lido» otro cable para *Herr* Medina, la mirada se le había quedado en las piernas de Amrei; Guzmán lo había sorprendido; tuvo miedo de que le hablara al Capitán y de nuevo lo volvieran al rol de la tripulación. Las piernas de Amrei. Lentamente bajó su mano derecha acariciándose el torso; descubría con asombro la suavidad de su piel. Entre el anhelante subir y bajar del estómago descendió la mano. Deseaba que esa piel estuviera en otro cuerpo hermoso. El aire se volvía más denso y sofocante. Temió que Hans escuchara el leve chirrido de las argollas de su coy; pronto, ya no le importó, debía cubrirlo el ronroneo de los motores y el golpear de las olas contra el casco. Cerró los ojos; arqueó el cuerpo, temblorosamente tendió la mano izquierda y sus dedos rozaron otra piel semejante a la suya. Los retiró de golpe, mientras se partía en un tremendo suspiro; casi en un quejido murmuró:

—Amrei...

VIII

Carlos se detuvo en el *hall* principal y simuló consultar atentamente el gran mapa, encerrado en una vitrina de bronce y cristales, donde estaba marcado el itinerario; un barquito en miniatura señalaba la posición del «Turingia». El Comandante en persona asistía a la diaria ceremonia de ubicarlo. Escuchó la voz nasal de Nicole:

—¡Ah, no, no, Comisario, tiene que hacer caso al «clamor popular» que exige me elijan Reina del Mar! He cruzado la Línea cuatro veces y nunca me eligieron... ¡Nunca hubo un Comisario General que hiciera un fraude de buen gusto!

—Ahora lo tendremos, ¡estoy seguro! —exclamó Lucio. Se habían mostrado las armas y era preferible tenerla como aliada.

—¡*Vox populi, vox Dei!* ¡Tenemos Reina: Nicole I! —dijo el Comisario, con un suspiro de alivio. Viaje tras viaje, organizaba esos festejos; tenía la obligación de creer en ellos, con el fin de que a la gente que normalmente se aburría en tierra no le pasara igual a bordo.

Brotaron aplausos y vivas del grupito de los «que estaban al tanto de todo» que ahora se reunía alrededor del brasileño Tristan Alves de Souza, propietario de una cadena de periódicos y radios.

Carlos aprovechó el cotorreo para dirigirse hacia la biblioteca; ya tendría tiempo de ligarse con Alves de Souza, cuando los impacientes lo hubieran hartado. Táctica y tino; en una palabra: clase.

Apenas se había dejado caer en uno de los butacones y abierto el libro, cuando desde el saloncito vecino donde se alineaban los pupitres, escuchó las voces de las Morgenstelle. Dio un respingo; en vano había buscado a Amrei por los puentes, ni siquiera la había visto en el comedor en los cuatro días transcurridos desde Río. Las voces se elevaban, discutían otra vez, como si les preocupara muy poco de que las escucharan o desearan que las disputas tuvieran testigos.

—¡No te la mostraré, puedo escribir lo que quiera!

—¡Mientras seas menor de edad, soy yo quien decidirá!

—No tendrás oportunidad.

En el cristal de una de las hojas de la puerta se reflejaba la flaca figura de Lillian. Alcanzaba a divisar, también, la esquina de un escritorio con sus aplicaciones de bronce. De golpe, la puerta se cerró. Debían disputar por Joaquín. ¿Y él qué hacía en esta sucia historia? Necesitaba mencionar las cosas por su nombre, como decía su abuela, «la generala», y soltaba palabrotas que hacían persignar a la parentela. Tenía 43 años, con las preocupaciones del viaje, comidas y fiestas de despedida, amén de las reuniones del Comité del Partido, y la enfermedad de su mujer a bordo, hacía... Llevó la mano a la boca, tamborileó el labio inferior y se dijo con asombro: «¡Más de un mes que no...!». ¡Y pensar que durante la escapada a Mar del Plata con esa estrellita de cine que «quería subir», apenas si había tenido tiempo de mirar el mar!

Suspiró burlón; debía ser una simple cuestión fisiológica, su abuela lo hubiera dicho más claro. A la gente de ahora, le gustaba cometer porquerías pero que le hablaran de cosas muy morales. La puerta del saloncito se abrió para dar paso a Lillian; iba tan enfurecida que no lo vio.

Quedamente se acercó a la puerta. Amrei escribía; el resplandor de la pantalla verdosa daba un color submarino a la parte superior de la cara, en especial a esas cuencas oscurecidas de los ojos. «Testimonio de sus pecados», diría ese curita que recorría los puentes como una cucaracha negra. La imaginó desnuda en esa cama de dos plazas, que había visto en la *garçonnière* de Joaquín una vez que lo invitó a una fiestita íntima con mujeres del «Tabarís». Amrei lo atraía, lo perturbaba. ¡La cara que pondría Riolvi si lo viera espiando a una mujer! Riolvi le envidiaba hasta las mujeres. Salvo a los postres de un banquete, este género de conversación no podía utilizarse en el Comité Ejecutivo, que, a menudo, se tornaba más moralista que la Acción Católica. Los extremos seguirían tocándose. Sonrió al recordar esa foto oficial; todos habían puesto «cara de preocupación por el bien público» y acababan de discutir, como estrellas de Hollywood, pues Riolvi estaba con letras más grandes en el afiche de un mitin. Entró decidido.

Con ademán espontáneo, Amrei cubrió la hoja.

—Jamás leo una carta que no me está dirigida, las supongo aburridas —dijo sonriendo.

—Tiene razón, sólo interesan las cartas de los egoístas y para los egoístas —contestó Amrei, mecánicamente y sin disimular la amargura de su sonrisa; nada era ya necesario socialmente.

Carlos creyó descubrir un extraño pedido de auxilio; estuvo tentado de confesarle que la había esperado en vano, en el banco de la toldilla de popa, durante el atardecer de Jos tres días pasados después de Río, y que estaba dispuesto a encontrarla ese mismo día, pero le pareció pueril; prefirió preguntar:

—¿Puedo ayudarla en algo?

Amrei vaciló antes de contestar:

—Existen cosas muy simples y humanas que, si uno las cuenta, se vuelven grotescas.

—Entonces, se debe contarlas a un amigo. —Dio a la palabra amigo el tono cálido con que gustaba pronunciarla. Se sintió desconcertado; los ojos de Amrei brillaron con dulzura vecina al candor, no la había creído capaz de mirar así.

—Sólo tuve dos amigos y los dos han muerto; si alguno de ellos viviera, quizás, no habría necesitado escribir esto...

—¿Yo no...?

—Nosotros no somos amigos —contestó con dureza; la comparación de ese vínculo con el de su abuelo Christian o el de Walter la hería—. Ustedes, los argentinos, usan muy fácilmente la palabra amigo.

—Y puede que el sentimiento —cortó firme, pero sin borrar la sonrisa, mientras

se preguntaba qué diría ese papel al cual daba tanta importancia.

—La dejo escribir; ya tendremos tiempo de ser amigos... ¿o usted olvidó?

—No he olvidado el beso. También ustedes dan demasiada importancia a esas cosas. ¿Sabe usted a quién besé en su boca?... A un chico muerto, nada más que a un chico muerto.

La miró con franqueza; en los ojos de ella volvía a brotar el pedido involuntario.

—Ahora estoy seguro de que fue así —dijo y salió del saloncito con un—: Hasta luego.

—Adiós —contestó Amrei.

La entonación de la voz de Amrei lo hizo titubear; luego, privó el despecho. Debía estar escribiendo a Joaquín; salió al corredor sin volver la cara.

Amrei quedó mirando su mano en reposo. Apoyó la punta de la pluma sobre el papel; manteniendo la lapicera entre el índice y el mayor, abrió la mano. ¡Cuántas cosas habían tocado! La enterneció ese cálido instrumento. ¿Cómo era posible destruir algo tan bello? Dejó caer la lapicera. Abrió y cerró la mano como si la ejercitara; sin desearlo, el movimiento se transformó en voluptuoso. La vio junto a la cabeza de Joaquín.

Basilea, otoño de 1930. Su mano de un blanco lechoso había enrojecido al contacto del sol; estaba posada sobre el fondo apenas grisáceo de las sienes. Atrás se erguía un árbol de corteza plomiza que formaba parte del bosque. Estaban tendidos bajo el verdoso resplandor de las copas; más allá, el prado se continuaba en las aguas verdosas del Rin. Entonces, el gris de las sienes había sido importante; ahora, el detalle le parecía cursi. Nada de lo exterior de Joaquín importaba ya; podía volver a pensar en él, pronto serían irremediablemente diversos.

Luego de recorrer las ruinas de la ciudadela romana de Augusta Ráurica, habían caminado por el bosque. Las nervaduras de las hojas eran tan nítidas que parecían pintadas por el «aduanero» Rousseau; Joaquín no tenía la menor idea de quién era ese pintor; esa ignorancia se le transformaba en extraña sensación de voluptuosidad, lo tornaba más hombre, más primitivo en comparación con el refinamiento y la cultura de su padre. Por el Rin pasó un barco de pasajeros, muy blanco, y de cuya alta chimenea se desprendía un mechón de humo que se enrulaba en el cielo azul; su cuerpo había seguido esas volutas. A lo lejos, se divisaban las rosadas torres góticas de la Catedral; aguas abajo, se cruzaban dos ventradas *peniches*, pintadas de rojo y negro y cargadas de carbón.

Tenía quince años recién cumplidos; Joaquín podía ser su padre. Había llegado de un país remoto. «¿Cómo es el latinoamericano?». Sus amigas lo imaginaban un mitológico y lujurioso centauro; había tardado años en saber que ellas no estaban equivocadas.

A fines de 1913, dos años antes de que ella naciera, Joaquín había llegado a Zurich para estudiar agricultura en la Escuela Politécnica y para que la gente olvidara a la mujer que se tiró por el balcón; alguien de la Legación Argentina se lo había

contado a su madre. Acaso Joaquín mismo hubiera arrojado a esa mujer; le seducía imaginar que había domesticado un hombre así, y hasta le producía un estremecimiento de miedo y sensualidad suponer que no estaría domesticado totalmente, que todavía era un riesgo. Lo amó antes de saber lo que era el amor. Recordaba el exacto instante en que la atadura comenzó, se había cerrado como un garfio. En una cervecería de Basilea esperaban el paso de las comparsas del Carnaval, que luego de atravesar el Mittlere Brucke, sobre el Rin, irían a la Markplatz, la plaza del Mercado. Bebían cerveza, ella tenía una tartina de cebolla en la mano. Una mujer de la concurrencia invitó a Joaquín a bailar; él le hizo una sonriente reverencia, como si le pidiera permiso; le contestó de la misma manera ante la cara asombrada de Lillian. Había tomado de la cintura a la mujer en forma tan posesiva que, al imaginarse rodeada así, Amrei sintió que la respiración se le entrecortaba. La tartina se le cayó de las manos, manchó el vestido blanco y rodó por el suelo lustroso. Duró muy poco el vals con la desconocida, el ritmo fue cubierto por el sonar de pífanos y tambores que llegaba desde la calle; debían ser los ocho mil tambores de Basilea. Joaquín volvió a la mesa; su mirada se detuvo en ella con algo de sorpresa, luego, la intensidad de la mirada fue creciendo con el tamboreo. Si hubieran estado solos, habría corrido a besarlo. Quedaron así hasta que Lillian puso una mano temblorosa en el brazo de Joaquín; la mano de su madre le pareció desconocida, como una mano sin cuerpo que señalara un camino. Los tres salieron en silencio a la vereda, enfrente del rojo edificio gótico del Ayuntamiento. Entre el ancho cordón de curiosos, divisó la espalda del sobretodo gris de su padre; no podía recordar en qué momento había abandonado la mesa. En todos los momentos importantes de su vida su padre había sido una sombra imprecisa, gris.

Desde entonces, los recuerdos carecían de tiempo, sólo tenían intensidad. La tarde de Augusta Ráurica Joaquín la besó por primera vez; tirada de espaldas, el peso de la mitad del cuerpo de Joaquín sobre la mitad del suyo. Desde el río llegaban los gritos rítmicos y dichosos de unos muchachos de su edad que, con larga pértiga, hacían avanzar un bote junto a la orilla. Amrei miró la hoja cubierta con su letra. Lillian no podía mentirle a tal extremo, sería llevar las cosas a ese ambiente de los melodramas de fin de siglo; sin embargo, su madre era una mujer nacida entonces; mujeres capaces de todo por el amor que habían mamado de los románticos a través de los pechos de sus propias madres.

Repasó el último párrafo de la carta, sobraban explicaciones. Sólo agregó: «Eso es todo, señor Comandante», y firmó. Quedó mirando la firma; hasta Río había pensado que, a la española, se alargaría con los dos apellidos de Joaquín. En España y su mundo la mujer tenía más importancia, confesaba su dueño pero no desaparecía híbridamente como en Francia y los países sajones. «*Madame* Joaquín Fernández Molina». Se incorporó mirando sus manos, con frialdad las vio plegar la carta y hundirla en el sobre.

Su entrega a Joaquín el día antes de la partida había sido, también, una intuición

espantosa. Esto la ayudaba en la resolución tomada, había hecho imposible cualquier ruptura vulgar; no quiso pensar en lo que podía llevar en sus entrañas, bastaba con que fuese el único hombre que había amado. La primera vez que sucedía «eso» no resultaba un placer físico; una amiga lo llamaba «simple operación quirúrgica». Divisó, de nuevo, los árboles borrosos, a través de los visillos, de la plaza San Martín; escuchó de nuevo esas palabras torpes que Joaquín soltó en un raptó sensual, para incorporar el sonido al placer, quizás. Había intentado rebelarse hasta que la frase, a manera de anzuelo, la atrapó; un dolor muy agudo se le transformó en grito y, luego, en miedo.

—¡No! —gritó, alejándose del escritorio. Miró en derredor, estaba sola; guardó la carta en el bolso y salió de la biblioteca.

Se detuvo ante la vitrina del *hall*; al día siguiente la miniatura del barco estaría clavada sobre la Línea del Ecuador. Abandonaría el hemisferio de Joaquín; todas las palabras que se relacionaban con él cobraban nueva importancia. Desde la noche enfrente de Río, hasta la discusión en la biblioteca, no había cambiado más de diez palabras con su madre; ella, en cambio, y como si no pudiera ocultar una alegría que la rejuveneciera, se prodigaba en fiestas y diversiones. La camarera le había dicho que, la noche anterior, había rivalizado en las apuestas en las carreras de caballos a beneficio de los «Huérfanos del Mar», con Tristan Alves de Souza; ella misma entraba en el cuadrículado encerado para hacer adelantar su caballito de madera. Al terminar, había donado toda su ganancia. Dudaba si era dichosa por haber descargado su conciencia o, lo más probable, por haber destrozado su amor por Joaquín.

Subió al puente de los botes; por primera vez sentía verdadera curiosidad por la gente que la rodeaba. Pasaron a su lado un hombre de anchas espaldas y un muchacho; antes de la llegada a Río, los había escuchado hablar de la poesía de Walt Whitman. Devoraban el mar, el sol, la vida; la gente les bastaba como decorado humano. Los miró con simpatía, pero ellos no se dieron cuenta. La defensa de la felicidad tenía que ser una suerte de fanatismo. Estaba segura de que no encontraría a Nicole y su gente; estarían preparando sus disfraces. Cerca del *belvedere*, pasó junto al pastor protestante que regresaba a Suecia con su familia; como siempre y al terminar la mañana, leía y comentaba un versículo de la Biblia; la mujer agregaba una glosa y los chicos esperaban como peces ciegos e incoloros surgidos del fondo del mar.

—¡Ahora tú, repite! —exclamó señalando al menor.

Al llegar cerca de la mampara que separaba el bar del Lido, comprobó, al escuchar un brindis de Lucio, que se había equivocado:

—¡Por Nicole I, Reina del Mar, capaz de descubrir o inventar los secretos de Neptuno!

Casi metálica, oyó la risa de su madre; no era su risa habitual.

Ante la insistencia de Lucio, el millonario brasileño comenzó a hablar; debía levantar la copa de *champagne* y, en el meñique, reluciría el enorme brillante.

Al divisar a los Ladho, Amrei descendió por la primera escalera exterior que encontró. El cabeceo muy suave del barco, daba a su andar levedad de columpio infantil. En el entrepuente, se apoyó en la borda, junto a un salvavidas; visto desde arriba, el nombre del barco, pintado en letras negras sobre la blanca y circular forma del salvavidas, se tornaba exótico, como el de esa fotografía que, a los 9 años, se empeñó en sacarse en Zurich, cerca del Lago. Quería una pose igual a la de su madre en una vieja postal tomada en una playa italiana: sacaba el busto a través del aro del salvavidas, la falda del traje de baño, abierta como el tutu de una bailarina, daba paso a una pierna flaca y levantada coquetamente hacia atrás; a su lado, pero lejano e indiferente, aparecía Joaquín. Había encontrado esa postal, entre programas de teatros, *menus*, todos escritos en italiano, en una caja que Lillian guardaba en el fondo del ropero de la pieza de costura. Como si adivinara el motivo, ella prohibió la foto. Lloró desconsolada hasta que su padre, a quien su llanto le crispaba los nervios, ordenó:

—¡Qué le tomen la fotografía!

—¡Pero si tiene los ojos hinchados de llorar! —exclamó Lillian, como último argumento.

Corrió a mojarse la cara en una fuente.

—No se le nota que ha llorado... —dijo su madre, cuando tuvo la foto en la mano. Ambos se habían mirado como si se achacaran ese posible rasgo de hipocresía. Mientras ella estaba de vacaciones en casa del abuelo Christian, la foto desapareció.

Aunque faltara la única que le interesaba, Carlos se sintió feliz de verse rodeado de mujeres; entre las últimas, y como si esperara sus miradas, estaba Inés Aranda, que Lucio ya señalaba como la futura «*Miss Turingia*».

—De ninguna manera, doctor Suárez Varela... ¡Usted es el único que puede preparar la proclama de Neptuno! —dijo la señora de Riolvi, tratando de imitar el tono y el modo de hablar de Nicole; ese tono «barrio norte» que no lograba aprender.

Carlos no podía recordar el apellido de esa mujer; era demasiado madura para importarle. Nicole y las otras le hicieron coro. Inés Aranda sonrió inclinando la cabeza repetidas veces, como si le rogara un sí; debía tener 18 años... Si no existiera Amrei... Se imaginó Ulises atraído por el canto de las sirenas, pero incapaz de atarse a un mástil para resistir la tentación. Tampoco podía negarse a «lo más granado del barco», como diría Susana. Amrei tendría que fijarse en él, hasta le haría olvidar esa carta; a los 20 años, los dramas amorosos podían tener profundidad pero nunca duración.

Pasó gran parte de la tarde en redactar y corregir esas dos paginitas, que luego serían escritas en un pergamino, que vaya a saber dónde iría a parar. Siempre hay que cuidarse de esas páginas que aparecen publicadas cuando y donde menos se piensa. Le costaba concentrarse en esa tontería y, más aun, olvidar el diálogo que, junto a ese

mismo pupitre, había tenido con Amrei; en verdad, la había esperado inútilmente.

Ya en la *suite*, y mientras se vestían para la comida, Susana dijo:

—Está bien que hayas redactado la proclama, pero nada más... Si fueras un político inglés, bien podrías payasear; entre nosotros, lo más que te pueden permitir es que hagas... un Don Juan turístico —le asombraron sus palabras y agregó con prisa—: Hoy bajaré a comer, así no se extrañarán mañana de verme en la fiesta, ni dirán que voy para admirarte... o librarte de tus admiradoras.

—Me parece que no te he dado mucho motivo —contestó, sorprendido e inseguro.

—¡Uhh!..., por las dudas... Siempre habrá un motivito.

Virginia suspiró cansada y empujó, nuevamente, la valija bajo la cama. Había hecho bien en quedarse sin comer, en declararse «algo descompuesta», así podía obrar con libertad; de todas maneras, el camarero le traería unas manzanas y el postre de confitería con crema *chantilly*. Se estremeció al mirar el bulto informe sobre la cama; no lo podía negar, aunque se había tapado los ojos cuando arrojaron el chico al mar, de ahí le había venido la idea. Iba a cometer un crimen, ¿pero qué otra solución le quedaba? ¿Si lo arrojaba al canasto de la basura, qué pensaría la camarera? Nada más seguro que la noche y mientras estaba en el comedor su compañera de cabina, esa profesora tan seria que iba a Europa para estudiar «Etruscología». No se había atrevido a preguntarle qué era esa materia tan rara.

Con delicadeza deshizo el bulto, sería la última vez, y extendió su viejo salto de cama. Los remiendos en los sobacos afeaban la seda, por buena que fuera, y la randa de encajes de Bruselas estaba deshilachada en varias partes. Lo acarició hasta que su mano se le fue transformando en la de su marido. Tomándolo de los hombros, se lo midió sobre el pecho; sí, había engordado demasiado. Tendría que dejar en el plato la crema *chantilly*.

Lo enrolló pausadamente, para convertirlo en un paquete lo más pequeño posible. Si no hubiera perdido el cordón que le servía de cintura, podría atarlo con él. No había nada que hacer; a menudo perdía cosas u olvidaba otras al hacer las valijas. ¿Se estaría poniendo vieja? No, envejecer era una simple tontería. La vista del informe bulto, tan indefenso y abandonado, le cortó la risa.

Fue hasta la puerta y la abrió; nadie en el pasillo. Cerró con llave, tintineó la plaqueta con el número, y trepó dificultosamente en la cama de la profesora de «Etruscología», ¿tenía derecho a hacerlo? Por supuesto, ya que el ojo de buey correspondía a las dos, podía abrirlo o cerrarlo a su guisa, cuando estaba sola; le dio bastante trabajo hacerlo, entraba más viento de lo imaginado. Su cabeza pasaba con facilidad, pero el cuerpo ¡ni pensarlo! Miró la curva panza del barco y las olas espumosas, le pareció estar en la bañera. ¿Y si alguien la veía? De todas maneras, tenía que hacerlo. Descendió y volvió a trepar con el bulto; bastaría con que sacara la mano y parte del brazo; una mano y un brazo entre esas hileras de ojos de buey iluminados, resultaría más difícil de identificar. ¿Y si caía en la cubierta de popa? ¿En

qué cuerpo irían a parar las manos de su marido?

Era inútil, no le quedaba otra solución. Cerró los ojos y avanzó el bulto hacia el vacío; el viento tironeaba demasiado, no podría sujetarlo mucho tiempo. Los dedos cedieron como si se le desgajaran y quedaron vacíos; angustiada, sacó la cabeza. El viento desplegaba el salto de cama haciéndole tomar las formas más caprichosas. La garganta se le anudaba, ¿cómo había sido capaz de arrojarlo? Tenía esa forma cuando por primera vez lo puso sobre la cama de recién casada. Toda su vida se deformaba según el capricho del viento húmedo y tibio de la noche; debía ser aquello que su marido llamaba «el destino». Su destino había sido perderse en medio del Océano Atlántico, ¿cuál sería el suyo? Estaba en las manos de Dios. Unas gaviotas marinas, de esas que sólo iban a la costa en el momento de la parición, rondaban alrededor de la extraña presa. ¿Por qué no caía con mayor rapidez? El aro de metal le apretaba la garganta; si hubiese podido habría estirado el brazo, como el de una bruja, para rescatarlo. Una ola, por fin, lo salpicó; cayó con las mangas estiradas, los brazos abiertos. Permaneció un momento sobre el agua, en el valle de pausa entre una ola y otra; se resistía, como si él tampoco entendiera por qué lo había arrojado. Otra ola lo lanzó contra el casco y terminó por engullirlo. Lentamente, desorientada, bajó de la cama; quedó en el centro del camarote; las cosas se desdibujan brillando. Apagó la luz y, entre el crujir de los elásticos, se tendió sobre la cama. Hundió la cara en la almohada y lloró, mansamente, como si de nuevo hubiera perdido a su marido.

Lucio se detuvo ante el marinero que custodiaba la reja del límite de clase con tercera; necesitaba sopesar una vez más las posibilidades y resultados. Tres escritores y dos pintores invitados por el gobierno de la República Española, los cinco habían ganado premios municipales o nacionales; para ellos, no pasaría de ser un «*amateur*» que viajaba en primera, mientras «ellos» lo hacían en tercera. El que sufriría más, y por ello el más peligroso, debía ser H. P. Carrara; escribía largos ensayos en los diarios importantes, con citas que debían ser trascendentes, en griego, latín, alemán, inglés, francés e italiano, sin jamás traducirlas, sus lectores no necesitaban traducciones; nadie se atrevería a confesar su ignorancia. Algún día, bastante cercano, sería a su vez jurado, lo necesitaría.

El Comisario General le había dado la lista con los nombres y el número del camarote. Atravesó el límite y un camarero lo acompañó hasta el salón de estar. Tuvo la incómoda sensación de que esa gente lo rozaba y hasta arrugaba el traje oscuro; de *smoking* blanco, hubiera quedado ridículo, hasta eran capaces de confundirlo con el personal de servicio. Tendió la tarjeta al camarero.

—Al señor Carrara, camareta 3, que lo espero aquí. Gracias.

Tomó asiento ante una mesilla cerca del bar, la única desocupada. El tono de las voces, el bullicio de cafetín de la calle Corrientes lo mortificaban.

Cuando apareció Carrara, con su cara de conejo del monte, y un libro de Kierkegaard bajo el brazo, comprendió que había cometido una estupidez al imaginar que podía, como Nicole o el Dante, bajar a los infiernos. Le dolió confesarse que se

sentía disminuido, en la misma medida que ese hombre joven lo atraía. Sonrió apenas, para significarle que recordaba aquella charla circunstancial que habían tenido en la Embajada de Francia, un 14 de Julio, y donde, en una mezcla indescritible, estaba el *tout Buenos Aires*.

Le estrechó la mano; hubiera deseado conservarla más, pero Carrara la retiró. Si fuera alguien de su clase, se habrían estrechado en un efusivo abrazo, de esos que Fernández Molina prodigaba como una muestra de aristocrática bonhomía y condescendencia.

—¿Deseaba verme? —preguntó Carrara, con sequedad.

—Sí, en realidad me hubiese gustado reanudar nuestra charla de la Embajada — las facciones de su interlocutor permanecían estáticas; no le quedaba otro camino que superarlo en su actitud—. En verdad, cumplo con un pedido de mi amigo el comandante von Baerlepsch, quien me ha rogado que invitara a usted y a los otros becarios en España, para que subieran a primera durante la fiesta ecuatorial. Eso es todo.

Carrara dejó el libro sobre la mesa que los separaba; con lentitud encendió el cigarrillo. Evidentemente, pensaba la forma de la respuesta negativa.

—Le agradecemos la molestia que se ha tomado, Guzmán, pero, en realidad, yo y mis compañeros preferimos quedarnos en tercera, con esta gente que, si parece bastante ordinaria, es, sin duda alguna, más auténtica. Además, pero esto usted no lo sabrá, lógicamente, las fiestas de tercera resultan siempre más divertidas. La gente de primera es la que suele Sajar a tercera; debe ser la atracción de los barrios bajos, que también experimentan en las ciudades...

—Siempre resulta agradable escapar al control de sus iguales...

Como si no hubiese escuchado su acotación, Carrara siguió:

—Cuando el Comisario de tercera nos hizo conocer esta posible actitud, «cultura y democrática» del Comandante, le contestamos que no la aceptaríamos. Le ruego que me perdone, Guzmán, pero estoy preparando un estudio sobre Kierkegaard para entregarlo a la «Revista de Occidente», en cuanto llegue a Madrid.

—Lo comprendo perfectamente, Carrara, yo, también, me voy a seguir con mi «Ulyses». Siempre es preferible beber en las fuentes y no en la charca revuelta de los glosadores apresurados... Adiós, espero que algún día nos encontraremos en París.

Simuló no ver la mano que le tendían y salió abriéndose paso entre la gente; de atreverse, lo hubiera hecho a empujones. En la Embajada, como jóvenes colegas, se habían tuteado de inmediato; aquí, el «usted» de ese sobaco ilustrado que siempre llevaba un libro bajo el brazo, había sido tajante. Tendría que preparar «su versión» de la entrevista, por suerte no había bajado con Suárez Varela, ni con Nicole, que deseaban acompañarlo. No tenían testigos. Carrara afinaría su versión. Tuvo deseos de flagelarse, como un santo medieval; se había portado como un estúpido.

Al entrar en el puente de los salones, respiró feliz. El «otro» caminaba y hablaba y escribía bajo la suela de sus zapatos. Se dirigió hacia Pepa Osorio, que había nacido

en San Petersburgo cuando su padre era embajador; como revancha, se daría un baño en el mundo de la corte de los zares; Pepa narraba con picardía, en un francés «absolutamente delicioso», para algo había sido amiga íntima de Maurice Paléologue. Tendría que aprender ruso, algún día le sería de utilidad. ¡Citar a Dostoievsky en ruso!

IX

—¡Dejad que mis amadas hijas del mar vengan a mí! —terminó Carlos la lectura de su proclama como Neptuno. No quiso mirar hacia su mujer, había cedido a último momento ante la sonrisa y los ojos gachos de Inés Aranda, cuando el profesor Hollendorff, delegado al Congreso Internacional de Criminología en Río, se había declarado enfermo, mareado después de tantos días de navegación. Un simple complot, pues estaba allí sonriente y aplaudiéndolo. Sus «rasgos de frivolidad» que no le perdonaban en el Partido, como el no poder pronunciar un discurso, aun el más serio, sin salpimentarlo con ironías que muchos del Comité Ejecutivo no lograban comprender. Uno de sus colegas lo miró escandalizado cuando lo encontró comiendo un cucurucho de helados en la calle. No era «un político serio». Al tomar asiento en el trono, junto a la piscina, entre los aplausos, escuchó:

—¡Ay, mi querido doctor, ha estado impagable! ¡Cuánto se alegraría mi cuñado Riolvi de verlo así!... Usted no puede negar su gracia, ni su *clase*.

La sonrisa de la mujer se volvió artera; la recordó perfectamente, era ella, con la aureola de Inés Aranda y el coro de las mujeres, quien lo había convencido.

—Tenga cuidado, mi querida amiga, los aristócratas siempre han sido los más temibles tribunos de la plebe. Tome por caso a Robespierre...

Las trompetas que anunciaban al heraldo, famoso rematador de los toros campeones en la Exposición Rural, le cortaron la frase. Miró a la Riolvi entremezclarse con los espectadores; estaba seguro, esa misma noche escribiría a Buenos Aires y enviaría la carta desde Dakar, por el nuevo servicio aéreo-postal. Ítalo Riolvi leería esos párrafos al terminar la reunión del Comité, y comentaría algo semejante a: «¡Dichosos los que encuentran tiempo para un viaje a Europa, en momentos cruciales para la organización social del país!». Liberman agregaría: «¡Son las virtudes de su *clase única!*». Y el presidente, ese «profesorete» que nunca había tenido una cátedra, acotaría: «Es poco serio abandonar una cátedra, mejor dicho, las varias que tiene; la juventud universitaria es esencial para el Partido».

Sonrió amablemente a Nicole I sentada a su lado, mientras enderezaba la corona de lata dorada que, para acrecentar la broma, se había requintado al comenzar el discurso; necesitaba ganar apoyos. Si al menos hubieran estado los intelectuales y artistas de tercera: la gracia siempre encuentra apoyo en el espíritu; pero, según Lucio, le habían contestado groseramente que «preferían estar con la chusma que resulta más auténtica y divertida». Tendría que haber ido personalmente a invitarlos. Buscó con la mirada a su mujer; era la única que no reía. ¿Por qué no le había dicho quién era esa gorda? Susana se había opuesto decididamente al disfraz; había aceptado, tenía que confesárselo por fin, al ver en la lista de neófitos el nombre de Amrei. Su mujer se lo decía con la mirada; buscó a «la» Riolvi y, con zalamera sonrisa le señaló a Susana. El heraldo seguía llamando a los bautizandos.

—¿Y cómo sigue de su reuma, señora?

—Menos incómoda, mi querida señora de Riolvi, pese a todo, que mi pobre marido obligado a estas payasadas... pero fue un pedido del Comandante —contestó Susana, aunque estaba segura de que no le creerían.

Nicole condenó a la que intentó ser su rival en el trono, a recorrer en cuclillas el borde de la piscina. Junto a su hombro, Carlos escuchó la risita de Lucio:

—¡Ah, su discurso! ¡Que notabilísimo *sense of humour*! —subiendo el tono al agudo y mientras se ajustaba los anteojos de gruesa montura negra, agregó—: ¿Lo va a contar en sus futuras memorias?

—¡No, por Zeus! —contestó, disimulando el fastidio que le causaba Lucio.

—En ese caso, lo daré yo como primicia en alguna de mis revistas... —Echó una mirada a Tristan Alves de Souza, quien le sonrió aquiescente. Vio sus artículos publicados en portugués y contuvo las ganas de gritar de alegría; buscó con la mirada a Henrich, no lo pudo encontrar. Los labios se le fruncieron de rabia al recordar el tono con que el Comandante había rechazado su propuesta de que el botones hiciera de Ganimedes, para escanciar hidromiel a la Reina y su corte; hasta le espetó en griego una cita de Homero.

Ladho, con tono semejante al que empleaba al confesar su asombro y agradecimiento a la Divina Providencia porque el Ministro de Relaciones Exteriores, primo de su flamante mujer, le hubiese nombrado consejero de la Embajada en Londres, le susurró al oído y mirando a Carlos:

—¡Pero chico! ¿Cómo otorga tanta confianza a ese que admira al criminal Emilio Zola, de la generación deicida, que pretendió desarraigar el árbol de la fe?

Lucio se estremeció; necesitaba a Ladho que, desde su nuevo destino diplomático, encontraría forma de ligarse al «gran pensamiento» inglés. Hasta podía costarle la tan acariciada esperanza de llegar a ser uno de los secretarios de «Cúspide». Su excusa fue cubierta por la voz del heraldo:

—¡Señorita Amrei Morgenstelle! —Repitió el llamado en voz alta y pomposa, como si se tratara del gran campeón Shorthorn.

El traje de baño de Amrei tenía más tela que los comunes, pero, en cambio, se le ceñía como si fuera una piel morena que hiciera resaltar la blanquísima propia. Carlos la analizó deslumbrado, creyó verla así por primera vez. Su cara no resultaba tan hermosa en comparación con el cuerpo, en particular con esos hombros donde los huesos levantaban la piel sin formar aristas, o de esos pechos que ascendían con la seguridad de una ola muy mansa. La cintura estrecha ajustaba la morbidez del vientre. Más abajo, los muslos, ríos de leche tibia, se entrecruzaban en las rodillas sonrosadas para seguir felinamente por las pantorrillas, con esa calma casi milagrosa por lo vital de las figuras de Praxiteles. Resultaba elegante terminar ese análisis con una comparación clásica; podría cubrir cualquier cosa, como la hoja de parra creada por el emperador Constantino. Todo eso lo había besado.

—¿Usted no ha sido bautizada antes? —preguntó con curiosidad y escapando al ritual.

—No —contestó Amrei, secamente.

—¿Y por qué lo hace hoy?

—Es lógico gustar las cosas a las cuales se renuncia, ¿no le parece así a usted? —contestó, intentando una sonrisa. Estuvo tentada de agregar que, además, Joaquín la había incitado a bautizarse cuando, a poco de salir de Montevideo, el Comisario General la interrogó para «confeccionar con la debida antelación los primorosos diplomas»; pero sería agregar demasiado a una conversación que todos escuchaban por medio del micrófono.

Al escuchar a Amrei, Lillian abandonó asombrada el bar del Lido. Mientras se abría paso entre la gente, llevó la mano a la garganta; entre unas cabezas, divisó el cuello de su hija, también tenía arrugas como el suyo, pero sólo eran aureolas de movimientos. «Si uno pudiera cortarse las partes viejas del cuerpo, y volvieran a brotar en cada primavera o en cada amor...». Giró con rabia la cara; su mirada cayó en la del lego; desde la barandilla del puente superior, dominando el espectáculo con algo de gárgola en el frente de una catedral gótica, miraba con odio y repulsión. Tuvo deseos de escupir a ese monjil animalucho, especie de *hombre sandwich* que anunciaba pecados ajenos poniendo a cubierto los propios entre los cartelones. Alejándose, fue a sentarse en una de las sillas de cubierta; sin desearlo, había quedado al lado de Gómez Campero.

—¿No ha visto a mi secretario, estimada señora? Yo no sé para qué le pago; necesito contestar este cablegrama —rezongó, mostrándole uno que decía: «Urgente resolver asunto sillas. Academia amenaza cisma. Saludos. Quintanilla». La miraba como tratando de escapar a una bruma que lo envolviera; los ojos cambiaban de forma y hasta de color tras los gruesos vidrios de los anteojos. Comparó sus manos con las de ese hombre y, levantándose, contestó fuera de sí, como si viera en su decadencia física un anticipo de la suya:

—¡No, y tampoco se lo llamaré! ¡No quiero verlo más a usted, no quiero!

Llegaron aplausos desde la piscina.

—Ahora soy yo, Nicole I, quien le dará otra pena: ¡qué cante! —Si le hubiera ordenado gatear o arrastrarse, el cuerpo de Amrei era demasiado hermoso como para causar risa.

Amrei sonrió; Christian le había enseñado viejos *lieder*, canciones con algo del susurro de los bosques de Friburgo, de esos cerros cubiertos de pinos y, en alguna cresta, un castillo, como sucedía con el hermosísimo de *Gruyères*. Para la última vez, tendría que elegir la canción preferida de su abuelo. Nicole tendía la mano con gesto imperioso, una mano descarnada, puro huesos. En la capilla subterránea de los Capuchinos, en Roma, todos los adornos arquitectónicos estaban fabricados con los huesos de sus propios hermanos muertos siglos atrás. Nunca vería Roma, ni Florencia, ni Venecia con Joaquín. Había ciudades construidas para completar el amor de los hombres.

—Amrei, un *lied* de Schubert sería absolutamente delicioso... —dijo Lucio,

tomándole ambas manos con ademán cariñoso; la gente, y en particular el Comandante, pensarían que los unía alguna intimidad.

—Sería delicioso... —repitió Amrei, burlona, mientras se apartaba.

Abrió los labios y se escuchó cantar. Cielo azul, menos azul que el mar; faltaba la rama de un pino o el pelo rubio de Walter. Los olores del bosque variaban según las horas. Las manos de Nicole se crispaban; las de los Capuchinos en Roma permanecían inmóviles formando rosetas, cornisillas y repechos.

Graciela miró a Héctor con orgullo; estaba en primera porque él se había negado a ser «escolta de Neptuno», como esa loca Reina del perro y el periodista anteojado se habían empeñado, si no la dejaban subir. Pese al disfraz y al cuerpo pintarrajeado, ¡qué hermoso era!, parecía una estatua de museo antiguo. Imaginó que tenía en el regazo un muchachito hijo suyo y, sobre todo, de Héctor, ¿era posible suponer tanta hermosura? El canto le cosquilló las narinas, nunca había oído tanta dulzura; debía ser una de esas cantantes famosas que viajan en primera. Quiso mirarla de nuevo, le envidiaba la melena dorada por el sol, los ojos de aguamarina y esa malla de baño de un tejido sedoso que desconocía, pero la vista se le desvió irremediadamente.

Héctor giró la cara para recibir la mirada de Graciela; tuvo ganas de reír, parecían coordinados al segundo, como los aparatos del gabinete de los «Laboratorios Domínguez» donde trabajaba. Graciela merecía tener una voz semejante; la miró como si hurgara un helado de barquillo. Los ojos se le humedecían, se estaba volviendo tierno y llorón como un marica, como antes imaginaba que eran los maricas; aspiró profundamente y afirmó las rodillas.

El barco dio un respingo y Graciela experimentó un leve amago de vómito.

—¡Absolutamente delicioso! —exclamó Ladho, en una pausa. Su mujer y un pianista que viajaba en segunda, repitieron las palabras. Lucio respiró satisfecho, se ponía de moda la expresión; después, cambiaría «delicioso» por algo más exótico, «¡bárbaro!», por ejemplo, «bárbaro», pero dicho con pasmada admiración.

«¿Era teatral lo que realizaría a la hora exacta en que el barco atravesara la Línea?», se preguntó Amrei. ¿Era teatral casarse en una iglesia llena de gente? ¿Dónde residía la diferencia entre el teatro y la ceremonia? Sólo en el oficiante; por la ceremonia los hombres trataban de que sus actos perduraran. La voz cesó de surgir de su boca.

Carlos no dio orden alguna. Nicole enderezó la cabeza y trató en vano de sonreír. El médico alemán, que hacía las veces de «peluquero», tampoco se atrevió a ponerle sal en la boca o embadurnarle el cabello. La guardia de Neptuno, integrada por el equipo de basquetbol, no se animó a echarla en la piscina. Amrei hizo una reverencia a Nicole y se arrojó; el agua acogió su elástico movimiento como si la sorbiera. Recién, entonces, la gente atinó a aplaudir entusiasmada y un clamor rodeó la piscina.

Lillian apretó los labios; por un instante, ese *lied* que, en vano, su padre había querido enseñarle, la enterneció; luego, de rebote, le creció el furor. Joaquín no vendría a buscarla, ya no podía venir; desde antes, ella estaba de por medio; en otra

forma sería como si al director del teatro de títeres de Taormina se le sublevaran sus *pupis*. Ella misma había logrado atraer a Joaquín otra vez, pese a los años transcurridos luego del «viaje de adiós» hasta Sicilia, enviándole fotos de Amrei, ya no le costaba confesárselo. «Es como era yo a los 14 años; no sólo en tu país maduran pronto las mujeres», le había escrito. Cuando Amrei estaba curada del pie y hasta podía bailar, le envió otra desde la muy elegante playa de Knocke, en Bélgica; aparecía cubierta con una capa y, en primer plano, Amrei con un traje de baño sin falda. Por fin, Joaquín escribió que iría a Basilea. Al leer la carta en el salón de la casa, su dicha había estallado incontenible; Karl comentó mordaz: «Debes tener un poco de tino, recuerda que todos nos conocen aquí», sin por ello dejar de elegir la luz, la ubicación que más convenía a un cuadro de Juan Gris, que acababa de enviarle su *marchand* de Ginebra. Su marido venía al hogar casi exclusivamente para ordenar y cuidar esa rara colección de cuadros, que hacía reír a sus amigas.

Por una especie de cortesía conyugal, un acuerdo tácito, pretextó un viaje a París para comprar ropa, y una noche apareció en el cuarto vecino al que ocupaba Joaquín en el Hotel Majestic, cerca de la Étoile. Sólo consiguió enternecerlo un amanecer en que estrenaba un modelo de Paquin, un perfume de Worth, y después de haber bebido *champagne* con exceso en *Le Boeuf sur le toit*.

—¡No se lo dejaré! —murmuró por milésima vez. Los había separado para siempre, hasta impediría que Amrei pudiera olvidar a Joaquín; sería una forma de tenerlo más presente, en otro cuerpo que también lo amaba y que, ahora tenía la certeza, también había sido de él. Joaquín sería la única atadura entre ellas. El cabeceo del barco parecía un asentimiento de la naturaleza. Si alguna vez Amrei intentaba casarse con otro, ya se las arreglaría para que el hipotético novio supiera todo. En su viaje con Joaquín, habían contemplado ese templo que en Roma llamaban equivocadamente de las Vestales; nueva y auténtica encarnación, cuidarían ese fuego del odio y del amor. Su vida volvía a tener sentido.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo, sólo necesitaba interceptar esa carta que había escrito Amrei y que debía ser la de ruptura. Terminada la fiesta, hablaría con el Comisario General, la madre de una menor tiene derecho a hacerlo; en último caso compraría al estafetero a cualquier precio. Acaso le bastara con exagerar la amistad que su marido había tenido con Goering, el jerarca nazi, a quien se había visto obligado a cederle un cuadro. Ella explicaría la ruptura a Joaquín, ya tenía pensada la carta.

X

La chiquilla se acercó a Amrei; la miraba con esa curiosidad de los chicos nórdicos, que los latinos nunca logran en tal grado de candor.

—¿Te gusta mi reposera?

—Sí, señorita —contestó, cruzando los bracitos sobre el pecho.

—¿Sabes qué número es este? —le preguntó, señalando la placa de bronce junto al tarjetero.

—El 17, señorita —dijo, luego de dudar como si contara mentalmente.

—Bien, yo te la regalo. Si te la quieren quitar, dirás que Amrei te la regaló.

La ayudó a sentarse alzándola por las axilas. Se levantaba a sí misma; a esa edad, Lillian la había alzado con inesperada delicadeza, la recostó en un sofá y comenzó a acariciarle el cabello. Nunca la había acariciado. A raíz de una larga disputa entre sus padres, por causa de un cuadro de Nápoles y su volcán, acababa de realizar lo que supuso tenía que hacer su padre: tiró el cuadro con una escoba, rompió el vidrio con el taco de los zapatos y destrozó la litografía. Desafiante, esperaba la azotaina; su madre le dijo con dulzura inusitada:

—No sabes lo que has roto... No te lo puedes imaginar... Alguna vez irás al «sur». Alguien te llevará al «sur»...

Siguió el movimiento como si acariciara a otra persona. La única vez que había visto lágrimas en sus ojos; no se las enjugó, las dejaba correr con impudicia, como si necesitara compartir el secreto motivo.

La chiquilla quedó en la reposera, empequeñecida por las tablas paralelas del piso que se extendían hacia popa; con el rítmico cabeceo del barco el puente descendía y el horizonte trepaba hasta la altura de los blancos respiraderos; al subir, en cambio, producía la sensación de hallarse en un aeroplano. Se volvió y le hizo un adiós con la mano; un adiós a su propia infancia.

Jamás había recorrido un navío con tanto empeño, más que en su primer viaje. Cuatro marineros recogían pinceles y tarros, acababan de pintar uno de los mástiles y su guinche «pluma»; salvo ellos y los que continuamente pintaban lo restante de la obra muerta, el resto de la tripulación se deslizaba como figuras furtivas, tal si tuvieran orden de no molestar con su presencia a los pasajeros.

Escuchó la sonora voz de Henrich; buscaría algún pasajero para entregarle un cable; apareció en uno de los corredores y avanzó hacia ella. Estaban solos en ese sector, había llegado la oportunidad, le hizo una seña con la mano. Era justo, su padre diría «ético y estético», que el ángel de la muerte fuera el más hermoso.

Intrigado por la escena, desde lo alto del puente de comando, Lucio se acomodó para ver sin ser visto; como desde su palco cerrado hacía Luis XI, la «araña universal», en la Sainte Chapelle, de París.

—Señorita Morgenstelle... —dijo Henrich, ruborizándose—. Tengo un cable para el señor Alves de Souza.

—Yo, también, te necesito —dijo, con dulzura, mientras sacaba la carta del bolso —: la entregarás al Comandante, en sus propias manos, a las 8 en punto de la noche. ¿Has comprendido? A las 8 en punto.

—Sí, señorita Morgenstelle —murmuró, mientras guardaba el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta. Las manos le temblaban.

Amrei le tendió un billete de alto valor; insistió hasta depositárselo en la mano. Henrich agradeció con bisbiseo nervioso.

A veces, Amrei no había podido resistir el deseo de tocar el mármol de las piernas de un «Esclavo», de Miguel Ángel, o una de las lágrimas que, casi en relieve, brotaban de los ojos del «San Francisco», del Greco; tuvo la misma necesidad de rozar esa piel tan fina y blanca como la suya.

—¿Has besado a alguna mujer?

Henrich enrojeció más. Sin esperar la evidente respuesta, lo besó en los labios. Más allá de la tersura de esa mejilla, casi como destello de la pelusilla rubia que la cubría, divisó su propia mano apoyada sobre el alamar dorado de la chaqueta. Los labios de Henrich, secos y aterciopelados, comenzaron a arder; Amrei se apartó. La última boca. Besar era, también, la forma más honda y femenina de expresar ternura, agradecimiento.

Henrich la miró sin atreverse a decir palabra; deslumbrado como el día en que lo designaron para el «Turingia», en la escuela de Hamburgo. Se alejó sin volver la cara, temeroso de que Amrei no estuviera en el puente y que, otra vez se despertara solitario en su coy.

Llegados desde el Lido, Amrei escuchó risas y aplausos. Miró el reloj pulsera: las 6 de la tarde. Debían estar terminando los «Juegos ecuatoriales»: levantar una papa con una cuchara y correr un trecho, morder una manzana colgada de un hilo sin el auxilio de las manos, pescar con la boca una moneda en un plato lleno de harina... Volver a ser niños. Ya había dicho adiós a su niñez.

En uno de los pasillos, en el «límite de clase» con segunda, encontró una de las barreras y abrió el pestillo. Ese cartelito nunca la había alcanzado. Sin embargo, iba a someterse a otro límite de clase: ¿no había oído, acaso, en las estancias de Joaquín, y en Europa entre los campesinos, que, a veces, el padre...? Apresuró la marcha, descendió de prisa otra escalera; la violencia de la acción borraba sus pensamientos. El marinero de guardia le abrió paso en la tercera. En todos los límites humanos bastaba con la presencia y la decisión, salvo en el suyo.

Ya en cubierta, divisó la proa entre los cables y las gruesas cadenas de las anclas. Llegó hasta ella, la fascinaba esa desafiante arista en la cual se afinaba la mole del inmenso navío. Esperó asomada hasta que, por un encuentro de corrientes submarinas, la proa dio su menudo brinco lateral, como un caballo voluntarioso que remeciera las crines.

La cubierta estaba solitaria; el primer turno de tercera estaría comiendo y el segundo se preparaba para substituirlo en las largas mesas sin mantel. Con lentitud

deshizo lo andado; nunca más volvería a pisar esas rojas planchas de hierro donde se alineaban los bulones. Tenía que «vestirse»; usaría el modelo de Chanel comprado en París, el preferido de Joaquín. Iba a su encuentro definitivo.

Desde una de las ventanas del gran salón sembrado de mesas, divisó a su madre; participaba en el torneo de *bridge* con los Hollendorff; al tender cartas una se le cayó al suelo, sobre la alfombra. Sus labios se movieron en una excusa, mientras Hollendorff recogía la carta. Con un movimiento nervioso, se esponjó el pelo sobre la nuca. El reloj blanco y dorado marcaba las 6 y 27 minutos; a las 7 y 30, terminaba el Torneo Ecuatorial. La última vez que la miraba; se le había ahondado la arruga que desde la base de la nariz le llegaba hasta la comisura de los labios. Los labios de Joaquín habían estado en esa boca, que ahora se movía pronunciando palabras que no podía escuchar. Apoyó la mano abierta en el grueso cristal; podía ser una despedida o una de esas manos que los chicos ponen en las ventanillas de un tren detenido en una estación. Arrancó la mano del cristal y se llevó la imagen de una mujer que jugaba a las cartas. Entró a la *suite*, cerró la puerta de la salita y se dejó caer en la cama.

Acariciándose los labios, Lucio miró el reloj. Descendió al *hall* de los salones, y le indicó a Henrich que lo siguiera.

—Con que recibiendo besitos, cartitas y plata de las mujeres... progresas —dijo mordaz, en cuanto el botones cerró la puerta de la cabina.

—La carta no es para mí, sino para el Comandante —contestó sorprendido y temeroso.

Lucio se le acercó; le divertía la nerviosidad del muchacho. Un pájaro atrapado bajo la mano.

—Déjame verla.

—No puedo... —La estrechez de la cabina le impedía retroceder más.

—Sí que puedes... Tú sabes que hay muchas cosas que, ahora, puedes... —dijo, adelantando las manos hacia los botones dorados que cerraban la chaqueta.

Henrich interpuso las suyas y sacó el sobre.

—¿Lo ve? Está dirigido al señor Comandante. Debo entregárselo esta noche, a las 8 en punto.

Con un movimiento rápido, vulgar y elegante a la vez, Lucio le arrebató la carta y exclamó mimosamente:

—¡Calma, *meine kleine!*... Un botones debe tener buenos modales o, si no, puedo convencerme de que he cometido un error y... vuelve a la tripulación. —Miró el sobre como si fuera un extraño y precioso objeto cuyo movimiento fascinara al muchacho—. Un botones que sabe ser complaciente... puede llegar muy alto.

Con la carta en la mano, se acercó al lavatorio e hizo correr el agua caliente; el vapor empañó el espejo.

Henrich tuvo deseos de saltar sobre él, recuperar el sobre, y meterle la cabeza bajo el chorro hirviente; pero esa voz melosa y firme, como una palanca aceitada, le paralizó toda acción:

—Tú sabes, *meine kleine*, que los periodistas tenemos derecho a conocer todos los misterios... ¡Todos! Es nuestra profesión, mi profesión... Y la tuya ¿cuál es *little Henry*? Tu nueva profesión...

—*Groom*... —murmuró, con un hilo de voz, apoyándose en la puerta.

—¿Todavía me tienes miedo, mal agradecido? —Hizo una pausa para darle tiempo de que temblara, y agregó—: Necesito saber lo que dice esa carta; nada más que saber... Es necesario conocer muchos secretos, *meine kleine*, pero no esparcirlos, como hace la estúpida de Nicole... ¿Te gusta esa imbécil de Nicole?

—No, no *Herr*...

—¿*Herr* otra vez?... —sonrió irónico—. Los secretos bien guardados y administrados, enriquecen a los hombres y les ayudan a subir. Yo leo esta carta y guardo el secreto... Tú, *meine kleine*, guardarás el secreto de esta escena y, quizás, algún día, te sirva... Algún día cuando yo sea rico y famoso... porque yo voy a llegar. Además, yo te voy a contar lo que dice esta carta, y serán dos secretos para almacenar... A las 8 menos 10, vendrás aquí a ver a tu Lucio, y él te devolverá la carta, y tú la entregarás al Comandante, y ¡Santas Pascuas! No será el primero, ni el último secreto entre nosotros, ¿verdad, *mon petit Henri*?

—Sí, Lucio... —dijo y tuvo un sabor agrio, a bilis, como la primera vez que navegando soportó una tempestad. Giró militarmente sobre los talones y salió.

El gesto de contrariedad le duró un instante; olvidando todo lo que no fuera el sobre, se acercó al lavatorio. El vapor del agua caliente agregó humedad a su piel; lo que no podía soportar, pero lo aguantaría expiatoriamente, era el espectáculo de la transpiración, del sudor, del gordo magnate brasileño y el agrio olor a sobaco de su querida. Acercó el sobre con sumo cuidado. «¡Sos un sonso!, le había dicho una amiga poetisa, los que transpiran te poseen hasta con el sudor. ¡Hacé la prueba!». Soltó una exclamación de gozo, la solapa del sobre se despegaba. Cerró la canilla, fue hasta la puerta y echó llave; luego, corrió la persianita y encendió el velador. Lenta, voluptuosamente, como la gata de su amiga se acomodaba en el regazo de su dueña, se acostó de espaldas. Un último golpecito a la montura de los anteojos y sacó la carta.

A duras penas, Carlos ocultó su fastidio; Gómez Campero tomó asiento a su lado. Ya había perdido la esperanza de entrar en la Academia de Jurisprudencia, y le parecía absurdo tener que soportarlo. Una vez más, le contaría su entrevista con el Beatísimo Padre o esa interpelación parlamentaria en la que, como ministro, se había batido victoriosamente durante 15 sesiones, haciendo gala de su mordacidad legendaria.

—Mi secretario es de lo último, se me pierde en este laberinto del Minotauro, que es esta nave, y jamás lo encuentro en su camareta cuando lo hago llamar... Se ha olvidado de franquearme esta correspondencia, por aeroplano. ¿Lo ha visto, mi joven maestro?

—Yo las depositaré en la Comisaría —le contestó; estaba seguro que se trataba de

una treta para ahorrarse el franqueo. Tras la apariencia fastuosa, la mezquindad de estos «grandes señores» llegaba a lo increíble. Sonrió, porque, en verdad, era uno de los pocos que había acrecentado o conservado el dinero recibido en herencia.

—Eso sí, le ruego que después me comunique el importe. Usted sabe, mi diputado, que se trata de correo de la Academia, y en cuestiones de dinero del Estado yo soy muy estricto.

Cesó de sonreír; esto era cierto y le constaba, en toda su larga actuación pública, jamás lo habían rozado, ni siquiera, las investigaciones parlamentarias.

Lucio tomó el sobre para introducir la carta y soltó una exclamación de rabia: el vapor del agua había corrido la tinta y borroneado las palabras. Henrich no podría entregar el sobre en ese estado. Tenían que conseguir otro sobre igual, con las mismas iniciales grandes y en relieve. «Tenemos que conseguirlo...» —se dijo y, olvidado del asombroso contenido de la carta, tocó el timbre. Cuando pidió a la camarera le hiciera enviar al *groom* Henrich, le pareció que esta había sonreído. Debía cuidarse, aún no era rico como para importarle un pito lo que pensara la gente, aunque fueran «los siervos».

—¿Está mi carta? —preguntó Henrich, ansioso.

Con tono duro y amable a la vez, le contestó:

—No olvides que un *groom* debe golpear la puerta antes de entrar... sobre todo a mi puerta —sin esperar respuesta, agregó—: Necesito que me traigas otro sobre igual a este. ¿Ves?... Está manchado.

—Pero, no puedo... La señorita Morgenstelle está en su *suite*, yo la vi pasar.

—No te alarmes. Esperaremos que salga Amrei. Su madre está jugando *bridge*. Yo vigilo el pasillo. Si alguien te encuentra, dirás que venías de mi parte para invitar a la señorita Morgenstelle a la mesa de honor de la Reina del Mar y que esperabas la respuesta. Si es Amrei la que te sorprende, cosa que no me parece según el texto de la carta, no creo que resulte muy peligroso, después de lo que vi esta tarde...

—¡Pero me está prohibido entrar en las cabinas sin que me llamen!

—Calma, *meine kleine*, ya te he dicho que sin calma no llegarás a nada. Dirás que yo te ordené esperar en la *suite*...

—Pero, Lucio, ¡yo no tengo la llave general!

—Un detalle, sí... Yo te acompañaré hasta el llavero del sector, tomarás la hermosa llave, y, si alguien pregunta, que nadie se atrevera, le diré que Amrei me ha pedido le haga llevar un chal al puente superior... ¡Muy simple!

—Pero yo no puedo, Lucio...

—¿Otra vez, no puedes? ¿Y qué diría el Comandante de un botones que anda besando a las pasajeras de lujo...? ¿Comprendes, ahora, la utilidad de los secretos?

Henrich apretó los puños.

—Sí, Lucio, lo haré.

—¡Bravo! Yo esperaré en el saloncito del puente; cuando la vea salir, te haré una simple inclinación de cabeza y tú obrarás. ¿Conoces la *suite*, verdad? Bien. La

camarera me ha contado que Amrei duerme en la salita, separada de la madre. Revisa con tranquilidad, como si fueras un camarero, y encontrarás su escribanía: una gran carpeta con bolsillos, de cuero verde *foncé*, esa que ella utiliza cuando va a la biblioteca. Saca dos sobres, por las dudas.

Amrei abrió el neceser; acarició las piezas de carey y los frascos de cristal con sus iniciales. Era el regalo de viaje de Joaquín; el último, salvo el ramo de orquídeas en Río.

Del doble fondo sacó un paquete de cartas. Cinco años atrás, en 1930, y a poco del primer beso junto al Rin, Joaquín había dejado Basilea, como si temiese las consecuencias o no estuviera seguro; se fue con unas simples palabras de cariño y un beso en la mejilla, delante de Lillian. Pasaron seis meses antes de que le llegara la primera de esas cartas. Sólo para ellos dos tenían significado frases tan anodinas como «Jamás olvidaré las ruinas de Augusta Ráurica». Le había contestado de inmediato y con total sinceridad. En 1934, hacía sólo un año y le parecía una fecha lejana, apenas ocurrida la muerte de Karl, decidieron realizar el ansiado y fabuloso viaje a la Argentina. La veintena de días que pasaron en el barco eran los únicos felices que habían vivido juntas. Al divisar a Joaquín en el puerto, les bastó una mirada para darse cuenta de que la armonía se había mantenido porque no tenían tiempo de pensar en ellas mismas. Los ocho meses pasados entre Buenos Aires y las estancias fueron una comedia de continuos ocultamientos.

Nada más que ocho cartas enviadas a poste restante, pues a él tampoco le gustaba escribir. También una foto de cuando Joaquín tenía 18 años y fue a París por primera vez, con sus padres: un cuello duro y alto le obligaba a mantener enhiesta la cabeza, con ese aire de altivez y pretensión tan argentino. De un Álbum familiar de «La Torcaza», había sacado esa foto que le resultaba chocante y hasta repelente por el deseo de poseer esa actitud pasada de Joaquín, tanto como poseía la presente.

Sacó las cartas de los sobres, con ellos en la mano dudó un momento; luego de agregarles la foto, los ocultó bajo la almohada de Lillian, lo hizo sin acritud, como quien deja una señal de su paso.

Redujo en lo posible el paquete de las cartas y lo puso en su bolso de noche. Faltaba una hora para que Henrich entregara la carta; no experimentaba el menor temor. Se vistió de prisa; vaciló entre ponerse la culebra de diamantes negros y rubíes, regalo de su padre para festejar un negocio de máquinas eléctricas vendidas en Shangai —estaba segura de que se lo había regalado por el placer de verlo cerca suyo y funcionalmente—, o la gargantilla de dieciséis esmeraldas pequeñas, una por cada año, que había sido el primer regalo de Joaquín. Nada tenía que ser diferente a lo normal; elegiría el que sentara mejor con el vestido. Escogió las esmeraldas; no pudo bajar las manos sin acariciarse los hombros desnudos, los admiró en el espejo. El verde y el dorado del collar destacaban el color rosáceo de su piel; era más femenino tener esa piel y no la tostada por el sol que comenzaba a usarse.

En un sobre grande, que había pedido al Comisario prometiendo devolvérselo con

una sorpresa, escribió sin el menor temblor de mano: «Señor Comisario General. Donación para los Huérfanos del Mar». Colocó en él lo restante de las joyas, salvo el anillo de compromiso del abuelo, que había achicado para usarlo en el meñique. «Cuando muera, guardarás mi anillo, es la única joya que poseo; no quiero dejarlo a tu madre, no le importaría». Se puso el anillo, y en otro sobre introdujo el dinero que llevaba en la billetera. Tocó el timbre y, cuando apareció la camarera, se lo entregó. Amrei salió sin escuchar su agradecimiento, aunque le hubiese gustado ver la cara de asombro que pondría al abrirlo.

Llegó al puente superior por las escaleras internas; no quería encontrar a Henrich, ni a ninguna de esas personas a las cuales ya había puesto una suerte de punto final. Una mirada hacia el Oeste la obligó a apoyarse en la borda. El sol se hundía en un cielo moteado de nubes; entre ellas y como trizadura en la concha nacarada de un caracol gigante, se divisaba el cielo de un celeste tan metálico como sólo recordaba haberlo visto en el retablo del Cordero Místico, de los Van Eyck. Lo restante, alzándose en color fucsia translúcido por causa de un suave encaje de nubes, daba al todo la consistencia del terciopelo. El morado recorría con densidad angustiosa la comba del cielo, luego, se tornaba amatista y violeta casi negro al Este, donde imprecisamente se confundía con el mar que, calmo y ondulante, reposaba como una espesa capa de mica. En el preciso instante en que el sol se hundía, un destello verde privó durante unos segundos, sobre los otros colores. «Un cielo como para que naciera o muriera un mundo, el de cada ser humano...», se dijo, apartándose de la borda.

El puente le pareció más solitario que nunca; el bullicio y el trajín de los que se preparaban para el gran baile y la elección de «Miss Turingia», se había concentrado en el de los salones. En la penumbra que había seguido a ese crepúsculo ecuatorial tan hermoso como no recordaba otro, creyó vislumbrar la silueta del lego; se dirigió hacia la borda contraria; una discusión como la anterior sería absurda. Una voz cálida le llegó desde el hueco de una escalera:

—Sí, somos los seres más felices del mundo... Nos hemos encontrado.

—A veces, me aterra pensar que si ese día hubiera pasado por esa esquina sólo unos segundos después... —dijo, otra semejante.

No quiso escuchar más; los puentes altos seguían siendo el lugar para los solitarios, los felices o los desesperados. Ni siquiera intentó descubrir los cuerpos de donde surgían esas voces; creyó reconocerlas. Muy pronto, los cuerpos cesarían de tener significado.

Henrich sintió que el pasillo se volvía más largo y tan estrecho que se le ajustaba al cuerpo, que todas las puertas se abrirían de golpe y surgirían caras interrogantes. Los pasos apagados de Lucio lo sostenían, tenía que reconocerlo. Abrió la tapa de la vitrina donde las llaves colgaban enfiladas; tomó la de Amrei; de nuevo, ella le presionaba la mano para que aceptara el billete. El golpe con que cerró la puerta de vidrio del llavero resonó en el pasillo. Lucio carraspeó a sus espaldas y dejó caer el

voluminoso libro de Joyce, que había simulado leer mientras aguardaba.

Henrich abrió la puerta, atravesó el vestíbulo y se dirigió a la salita; todas las luces estaban encendidas. Las manos le temblaban. Le faltaba la voz de Lucio. Su primera bajeza tenía por blanco a la primera mujer que había besado; deseó desgarrar su pulcro uniforme. La mano derecha de Amrei volvió a posarse sobre el alamar dorado. El ruido de los motores *Diesel* le llegaba entremezclado con el minúsculo y voluptuoso de la marquetería y cristalería del departamento. Creyó escuchar muy cerca de su mejilla la respiración ansiosa de Lucio.

Entró en la salita. Uno tras otro abrió los cajones de la cómoda; al tercero, una puerta crujió a sus espaldas. Lo echarían del barco; en Hamburgo, su padre lo golpearía con silencioso furor. La hoja de la puerta del placard cedió y, abriéndose, siguió el inesperado rolido del barco. Nada en la cómoda. Deseó gritar para que Lucio viniera a buscar, él mismo. Sin embargo, cuántas veces había soñado con mirar, aunque más no fuera, esta sala. La cama estaba sin hacer, la camarera no tardaría en volver. Reconoció las formas del cuerpo de Amrei, las manos se le adelantaron y acarició las sábanas arrugadas. Si ella lo había besado sin el menor motivo, acaso por puro capricho, ¿por qué no podía imaginarse acostado allí?

Angustiado se enderezó; tenía que salir lo más pronto posible. En uno de los rincones, sobre el baúl-cabina, divisó la carpeta de cuero; se abalanzó sobre ella, sacó los sobres y los guardó en el bolsillo de la chaqueta. Aspiró hondo. En uno de los cajones que había dejado abierto, vio una pila de pañuelitos de seda y encajes; tomó uno y lo perfumó con uno de los frascos. De nuevo, Amrei lo besaba, lo rodeaba impalpablemente con ese perfume. Miró la etiqueta y musitó: ¡*Arpège!*

Lo guardó en el bolsillo izquierdo del pantalón. Antes de abrir la puerta de la *suite*, echó una última mirada.

—¿Por qué tardaste tanto? —estalló Lucio.

Sin contestar, no comprendía de adonde le brotaba esa fuerza, le entregó los sobres.

—A las 8 menos 10 vendrás a buscarlo.

Asintió con un movimiento de cabeza y volvió a su puesto en el *hall* de los ascensores.

Despaciosamente, Lucio se quitó la chaqueta del *smoking* y cerró el grueso cristal de la ventanilla; le serviría para calcar. Las imperfecciones podrían atribuirse a una persona en tal situación. Nadie lo incomodaría. En realidad, era un tipo de suerte: viajaba solo porque un brasileño canceló a última hora el pasaje. Sí, tenía suerte y sabría explotarla. ¡La tinta! ¡No había pensado en la tinta! Comparó el tono de su «Pelikan» con el de la carta; era casi igual. Puso el sobre contra el vidrio y el otro encima. Apagó la luz. Tuvo deseos de gritar de rabia; ¡pese al potente foco marino del corredor exterior, el forro de los sobres no dejaba traslucir una línea! Encendió la luz de la cabina y miró el reloj: le quedaban veinte minutos. Quedó pendiente del segundero. Dio un grito, abrió el portafolio. ¡Sí que tenía suerte! ¡De algo servía

guardar copia de sus artículos! Tomó una hoja de papel carbónico; abrió totalmente el sobre escrito por Amrei y lo despojó del forro. Aspiró a pulmón lleno varias veces, hasta que la respiración recobró su ritmo normal. Se restregó las manos, como hacía el pianista que viajaba a Roma. Lo reduciría al «*Herr Kommandant*», suprimiría el nombre del prusiano. Quedaba más lógico, más dramático. Además, nadie, o casi, guarda los sobres. Imaginó que la mano de Amrei entraba en la suya. Contuvo las ganas de reír, y comenzó a calcar. ¡Caramba, ese palito no era tan parado! Había que forzar la suerte. Con extrema suavidad, para que la tinta pueda, luego, cubrir los rasgos. Algunos vivían y sufrían su papel en la vida, otros lo representaban. Escogería muy cuidadosamente, sin permitir la intromisión del corazón. El corazón era para los cuplés, los tangos, los cursis y los tontos. Aprovechar, estrujar las circunstancias y ¡jamás perder el ómnibus! Unas sonrisas ambiguas, leonardescas, vagas promesas, elogios idiotas a su vulgar colección de cachivaches de bronce, harían que Antonio Medina lo paseara por Europa en su «Hispano-Suiza». ¿Para qué esas mayúsculas semigóticas? Amrei tenía sus pequeñas ridiculeces de nueva rica...

Con movimiento de ritual, alzó el sobre y lo contempló.

—¡Perfecto! «Perfecto» es una palabra común... «¡Bárbaro!»... «¡Bárbaro!». ¡Yo te impongo en nombre de Lucio Guzmán! ¡Por seis minutos de gloriosa labor!

Cerró el sobre, se puso la chaqueta y lo guardó en el bolsillo. Volvería al puente de comando, a su rol de Luis XI, «la araña universal». Si en verdad Amrei estaba dispuesta, lo haría desde uno de los puentes de primera clase; siempre elegimos involuntariamente... presionados por nuestras costumbres.

Carlos se ajustó el moñito en el cuello blando de la camisa de seda; ese cuello informal era un desquite a la concesión —aparente, porque el color negro le afinaba la silueta— de ponerse *smoking*; había pensado hasta en el frac para borrar y pagar el disfraz de Neptuno. Se juró no aceptar ni siquiera un gorrito de cotillón; pero, en cambio, volcaría toda su influencia para que Amrei fuera elegida «*Miss Turingia*». Salvo al danés, que muy ufano tendía a secar los pañales de su bebé, no divisó a nadie en la toldilla de popa. Amrei estaría vistiéndose. En el puente inferior escuchó el entrecuchar de los tejos de madera del *schuffle board*, como se empeñaba en llamarlo Lucio. Tres parejas, ya «vestidas», jugaban al tejo para «no dejarse engordar por la buena vida de a bordo».

—No, el asunto es complicadísimo. Te has puesto nervioso y sacaste el tejo. ¡Cero a menos ocho!

—¡Sólo él conoce sus íntimos designios! —exclamó otro de los jugadores.

Los miró un instante. Debía ser agradable viajar así, con sólo estas preocupaciones y dormir profundo, como los santos y los tontos... «Los simples de espíritu», se corrigió sonriente, como si estuviera su mujer. Exigiría que en la próxima campaña electoral utilizaran esa foto en la cual, a semejanza de Lonchetti — otro miembro de la Directiva que antes había sido dueño de un teatro de variedades— aparecía serio, casi enojado. Al ver esa expresión en todas las paredes de Buenos

Aires, los electores terminarían por creer que sólo vivía para preparar «luminosos proyectos legislativos». ¡Había presentado tantos durante su primera diputación! Los «reaccionarios» los dejaban dormir en las carpetas de Comisión y, con el correr de los años, cuando a la fuerza se tornaban «progresistas», se servían de ellos sin mencionar el origen.

Hundiendo el estómago y acentuando la elasticidad de las pantorrillas, descendió la escalera exterior. En un raptó de lucidez, o acaso como pago de las estampillas, Gómez Campero le acababa de decir:

—Hay un grupito de intrigantes y reaccionarios que se oponen a su candidatura de académico, mi joven maestro. No quieren admitir los aires nuevos, y piensan convertir la Academia en un clubcito de nenes cacas... Eso no quita que, en cuanto pueden, se encajen el gorro frigio y miren con republicano aire de próceres, ¡de dueños del país!

Tiró con rabia el cigarrillo. Sólo contaba con cinco votos seguros, y el del secretario Quintanilla, que se inclinaba por quien se lo pidiera último. Se pondría el frac y pasaría toda la noche con su mujer y Gómez Campero: sería su último esfuerzo para llegar a académico; si no lo conseguía, la Academia pasaría a ser definitivamente algo deleznable.

Susana daba los últimos toques a su traje. No se disfrazaría; como buena iberoamericana, pensaba que a los 40 años la vida de una mujer casada estaba concluida. En Francia, recién comenzaban a ser mujeres a esa edad. Le comunicó su decisión, y ella la aprobó con solemnidad.

De improviso, Susana echó a reír.

—¿Qué te sucede? —preguntó, intrigado.

—Río de algo que me contó Pepa Osorio. ¿Te acuerdas de que estabas muy preocupado porque te viste obligado a aplazar al chico de Miguel Ángel, en la Facultad?

—Sí, es muy joven y temía que se desorientara.

—¿Desorientara?

—Sí, parecía muy idealista...

—¡Ay, mi querido! Ustedes los políticos no ven la realidad. Un Zamora jamás pierde el rumbo; para consuelo, acaba de comprometerse con la chica de Dusburg...

—¡La primera fortuna del país! —exclamó, asombrado y acentuando la palabra en la segunda letra, a la criolla, como hacían los «señores de antes» para marcar que se trataba de un país diferente.

Lucio movió unos centímetros la silla de lona; bastó el minúsculo desplazamiento en el puente del Comando para ubicar nuevamente a Amrei. ¡Era absurdo pensarlo! ¡Con ese modelo de la querida Cocó Chanel, con ese «bárbaro» collar de esmeraldas! ... Silabeó nuevamente la palabra; las sílabas destilaban una extraña miel. La carta de Amrei podía ser una broma ecuatorial; cuando todos estuvieran aterrorizados, ella surgiría sonriente y hasta cantaría un *lied* «bárbaro». ¿Y si fuera cierto? Nadie puede

ser responsable de una voluntad ajena; el libre albedrío.

—¡Qué hermosa es la *putana*! —No pudo impedir la exclamación.

¿Sería tan tonto como para tomar en serio una broma ecuatorial? ¡*Deus ex machina*! Como en la tragedia clásica griega, otra vez vigilaba a los hombres desde lo alto. Podría intervenir en el momento decisivo.

¿Y si no devolviera la carta a Henrich? ¿En serio o en broma, Amrei quedaría frita! Matarse en vano, sin explicar el motivo y castigar a los culpables, debía ser el peor de los errores. No; Henrich era capaz de delatarlo en supremo holocausto; no hay nada tan imprevisible como un tonto nervioso y sentimental ¡y para colmo alemán!

Él, jamás se mataría; la vida era demasiado hermosa... Aunque contar todo lo que narraba la carta, era bastante subido como broma ecuatorial. ¿Y si no, cómo podría creerse? Si una mentira se transforma en verdad posteriormente, la imaginación del hombre queda disminuida. Además, ¿no había periodistas que preferían morir antes que revelar un secreto profesional o una fuente de información? Respiró, ya podía esperar con calma.

XI

Amrei acarició el oro liso y pulido del anillo de su abuelo. ¿Cuántas de sus sentencias casi bíblicas habría escuchado? «Si erro, lo pago; lo único que podemos sacar en limpio es un poco de sabiduría y bastante humildad. Ser como los árboles que no crecen hasta el cielo». Los veranos pasados con él habían sido los más hermosos de su infancia.

—Señorita Morgenstelle, si usted me permite, quiero mostrarle algo y pedir su opinión —dijo Xavier, con ligero titubeo.

Sorprendida, Amrei se volvió con rapidez, y tendió la mano hacia el papel que le enseñaban.

Lucio estuvo a punto de hacer resbalar las patas traseras de su silla. ¿Qué tenían en común ese lego chiflado y Amrei? Decididamente, en este barco sucedían más cosas raras de las que él conocía... «o hacía» —agregó sonriente y volviendo la silla a su lugar—. Algún día, terminaría por escribirlas y los «bien pensantes» las tragarían como un bombón purgante recubierto con chocolate.

—No, aquí no hay suficiente iluminación... Colijo que a usted no le place la luz —añadió Xavier.

—Tiene usted razón, no me gusta la luz —contestó, sintiéndose feliz de otorgarle esa ventaja. Su abuelo vería en ello más orgullo que caridad.

Bajo el reflector que iluminaba una escalera, Amrei leyó: «Señor Comandante: Bien está que limpiar su barco y adecentarlo sea tarea ímproba; pero ello es un epifenómeno en la tarea total. Cabe preguntarse ahora: ¿Toda la suciedad del “Turingia” desaparece? Infelizmente no es así. Hay una suciedad más repugnante que la mancha e inficiona los cuerpos y es la que deja sus huellas en las almas. Esta se llama indecencia y pornografía. Sus olas pestilentes no se detienen ante nada y ganan cubierta, puentes y salones, y, sobre todo, la piscina que, en lugar de pretendido centro de higiene corporal, se convierte en montón de basura moral e importa un peligro para nuestra infancia. Señor Comandante: como laudable reacción contra la licenciosa y pagana fiesta ecuatorial, se impone organizar una “Cruzada de la Decencia”».

Lucio sofocó un estallido de risa; esta pobre mujer se pasaba escribiendo o leyendo cartas, ¡ya era excesivo hasta en el Ecuador!... Aunque las mujeres siempre estaban predisuestas a lo excesivo.

—¿Qué opina? —insistió Xavier, desafiante.

—¿Me permite su lapicera?

Se la pasó con movimiento que no lograba disimular la desconfianza; temía que, junto con la hoja, le arrojara ese regalo que, de bastante mala gana, le habían dado sus alumnos de catecismo en Nueva Pompeya.

Amrei apoyó el papel en la baranda y, luego de dudar en la elección del lugar, firmó en el primero.

—¿Tiene usted conciencia de lo que hace? —exclamó Xavier, fuera de sí.

—Puede estar seguro de que mi firma sabrá merecer ese lugar —contestó Amrei, devolviéndole el papel y la lapicera—. ¿Usted ve todo eso en la piscina?

—¡Eso y mucho más, ya lo sabe usted!

—Usted tendría que ponerse un bañador, ir a la piscina, entrar en el agua, nadar, mirar el cielo, contemplar los cuerpos limpios. Contemplar esa imagen y semejanza de Dios; luego, pensar que está ahído de cuerpos. Creer que usted es capaz de mirar sin desear, creer que a usted lo miran sin deseo. Limpiarse por fuera y, sobre todo, por dentro. Quitarse todas esas ideas sucias que le obsesionan por falta de satisfacción. Por eso firmé su petitorio; pero el mío va dirigido a usted; a usted que, pese a todo, cree ser honesto y sincero, y lo es a su manera. Adiós, padre.

De nuevo, un borbotón de palabras le impidió pronunciar ninguna; sólo pudo gritar:

—¡No soy sacerdote!

Amrei se alejó. Lentamente, casi con solemnidad, volvió junto a su bote salvavidas, el número 6. Debía tener esa cara inexpresiva con que Lillian la recibió, después de muerto el abuelo, tendida en su gran cama. Había pretextado tener fiebre para no ir a Friburgo, para no echar el clásico puñado de tierra sobre el cajón de su padre. La miró asombrada, tratando de descubrir los rastros de esa enfermedad que debía ser terrible para... «Lillian está muy enferma... Además, tú sabes que desde hace dos años no se hablaba ni se escribía con su padre...», le había dicho Karl, en el tren. De pronto, quedó aterrorizada, le costaba retirar la vista de ese lustroso bulto negro que apenas sobresalía del edredón. No le cupo dudas, era un zapato. Su madre estaba vestida, simulaba, simulaba para no... Escapó horrorizada. Su mano izquierda se tomó del pomo de la puerta, para girar hacia la escalera y darse impulso. El chispazo claro de una ventana había pasado junto al costado derecho de su cara; luego, la escalera. No recordaba más. Le habían enyesado el pie. Nunca se había atrevido a preguntar el motivo de tal distanciamiento, temía que fuera por Joaquín; ahora estaba segura.

Desde el puente de los salones, el *jazz* volvió a crepitar.

Involuntariamente, los pies de Lucio marcaban el compás de la música. Abandonó la silla y se ocultó tras de un respiradero. El andar de Amrei tenía algo del que usan las novias al entrar en la iglesia... ¿Y si en verdad? Miró la hora: faltaban cinco minutos para las 8. Henrich, tembloroso, lo esperaría ante la puerta de la cabina. Tendió la mano; la miró reptar sobre la baranda; algo remoto e irracional lo incitaba a levantarla y gritar. Correr y sujetar a ese ser humano. Si estaba resuelta y no era una broma, su grito no haría otra cosa que acelerar las acciones.

Dio un tirón al chaleco del *smoking*, la traba del pantalón no lo sujetaba bien. Un leve roce de alas de mariposa a la corbata, y un ligero golpe a la armazón de los anteojos para corregir el enfoque. Intentó sonreír; sin embargo, esa maldita mano izquierda se empeñaba en levantarse... De soslayo, divisó la silueta femenina que

avanzaba. Sí, era un modelo de Cocó Chanel; dichosa Cocó, pese a sus «rarezas» comentadas por el «*tout Paris*», empezaba a entrar en la gloria universal. No quiso volver la cabeza. Cada ser tiene su destino. Metió la mano izquierda en el bolsillo del pantalón; los italianos, desde la época romana, se tocaban el sexo para ahuyentar la mala suerte. Pisó con fuerza en la entabladura del puente. Un toque al pañuelo de apariencia, y descendió con rapidez la escalera.

Amrei desenganchó la cadenita del portillo que daba paso hacia el bote. El ruido del mar semejaba al del bosque en día de viento; se hundiría en el mar como entre las agujillas de los pinos. Se adelantó; el viento le removi6 la falda y la seda le acarici6 las piernas. En esta noche, también era culpable de la muerte de Walter; para demostrar a sus compañeros de escuela que era fuerte, lo había hecho quedar en el bosque hasta muy tarde, en el otoño; a los cinco días murió de pulmonía, como el chico de tercera. El barco roló tiernamente; el abuelo la habría hamacado así en su cuna. Sus manos la tomaban de los hombros y la incitaban a retroceder muy dulcemente, con esa bondad que él entremezclaba con las acciones más recias. Los brazos de Joaquín, en lugar de contenerla, la empujaban, la arrastraban como un vértigo. «Si erro, lo pago...». Los veranos pasados con el abuelo eran la causa de que ella adelantara ese pie izquierdo sobre la plancha de hierro pintada de rojo lacre. De no haber escuchado y aprendido sus palabras, podía vivir con las que sus padres o sus relaciones usaban como norma. Un remache brillante y una mancha de pintura blanca pasaron junto a la puntera de su zapato. Se estremeci6 e instintivamente tom6 una de las cuerdas que sostenían el bote. Joaquín no podría admitirlo, necesitaba una madre para sus hijos. Después de pasearla por todo el mundo, de mostrarla, la habría llevado a la estancia; formaría parte, limpia y honradamente, del semental de la cabaña. Cada cual en su rol, así desde el Génesis, desde el principio hasta el fin de las cosas. En la línea ecuatorial terminaba ese mundo austral de Joaquín; había llegado hasta el límite y en el límite quedaría.

Su mano abandonó la cuerda, acaso lo último extraño que tocaría antes del agua. Luego, podría ser la piel escamosa de un tiburón; tiritó de miedo y repulsión. ¡Era horrible! Flaqueó su voluntad; una fuerza espantosamente racional le impidió soltar ese grito aterrorizado. Se volvió hacia la mole iluminada, como si todos esos elementos inertes debieran sujetarla y sostenerla. Correr y echarse a llorar sobre una colchoneta como una simple mujer; los brazos de Joaquín la estrecharían hasta asfixiarla de amor. El amor de Joaquín... de su... Todas las luces se apagaban y el barco se convertía en un abismo. Volvió la cara hacia el mar y cerró los ojos.

Adelantó un paso. El barco, en otro suave e insinuante movimiento, la empujaba. El cuerpo del chico de tercera se había deslizado con precisión admirable. Las manos de Joaquín la sostenían y la rodeaban multiplicándose.

Lo amaba aunque... No pudo gritar. Un aire tibio le arremolinó la falda, la envolvió entre sedas y gasas. El bolso escapó de su mano, las cartas... Llevó las manos al cuello, se le enredaron en el collar. Dieciséis esmeraldas pequeñas.

XII

La cabeza afeitada del Comandante brilló en una de las puertas del gran salón; le seguía el Comisario General, disfrazado de chino: «Un traje auténtico de mandarín, lo compré en Shangai, cuando estaba en la línea de Oriente», contestaba a las mujeres que no resistían la tentación de acariciar la seda. Carlos tuvo la sensación de que lo buscaban. Sorteando a los que bailaban y, luego, a quienes bebían junto al mostrador del bar, se acercaron. Adelantándose al Comandante, y como para librarlo de una tarea de rutina, el Comisario preguntó, muy ceremonioso, de acuerdo con su disfraz:

—¿Tendría la gentileza, señor diputado, de decirle al señor Comandante si usted o su señora han visto a la señorita Morgenstelle?

—No, no la hemos visto. Más aun, creo que no la hemos visto desde la ceremonia del bautismo —se apresuró a contestar, como para que Susana no tuviese tiempo de extrañarse por la pregunta. Ella, agregó al punto:

—Usted sabe, señor Comandante, que no somos amigos de esa familia.

—Yo tampoco he tenido el placer de verla —dijo Gómez Campero, como si le pareciera una descortesía que preguntaran algo a otro estando él en el grupo.

La mirada de Carlos quedó pendiente de la hoja de papel plegada que el Comandante conservaba en la mano; le pareció reconocerla, debía ser la carta que Amrei escribía en la biblioteca. Al levantar la vista, se encontró con la inquisitiva del Comandante; se imaginó obligado a preguntar:

—¿Le ha sucedido algo?

—No, creemos que nada... —contestó evasivamente, mientras se alejaban.

—Algo debe haberle sucedido a esa loquita... —secreteó Susana.

Gómez Campero se incorporó y fue a saludar a Pepa Osorio, que acababa de entrar.

—¡No exageres, mujer! ¿Qué puede haberle sucedido? —La voz se le cortó y su imaginación comenzó a funcionar. Miró el reloj: las 8 y 17.

Realizando a diestro y siniestro cordiales y medidos saludos con ambas manos, como lo había aprendido en la corte de Saint James, cuando asistió como embajador extraordinario a la coronación de Jorge V, enfundado en su frac londinense cortado por Hammond, Gómez Campero volvió hacia Carlos; tomándole amistosamente de un brazo, dijo:

—Estos alemanes siempre dispuestos a romper las «ententes» cordiales... Como le estaba diciendo, mi joven maestro, voy a necesitar su ayuda. El Comandante y un grupo de esos que la gente llama «notables», se empeñan en que dé una conferencia a beneficio de unos huérfanos de no sé dónde... Ayúdeme en la emergencia. Usted sabe que yo ya estoy de vuelta de todas estas cosas... En fin, quería contar con usted para la presentación. Unas pocas palabras... Por lo menos tendrán el placer de oírlo, yo ya no soy el de antes.

Carlos hubiera deseado seguir al Comandante, pero comprendió que,

inesperadamente, le llegaba la oportunidad de asegurarse la elección a la Academia. «Aunque con este viejo zorro nada es seguro. En la vida sólo ha aprendido a servirse de la gente...», se dijo, mientras contestaba sonriente:

—Mi querido y admirado presidente, ¡ni antes, ni ahora, nadie podrá igualar la brillantez de su oratoria! Yo sólo haré el papel de aprendiz de brujo...

Cuando a las 8 y 35, el Comandante, a cuya comitiva se había agregado Lillian, hizo callar la orquesta, Carlos acababa de liberarse de Gómez Campero; mejor dicho, conseguido lo que buscaba, él lo había abandonado en el Bar, con suprema distinción, como decía Pepa Osorio. El vaso de *whisky* en la mano, escuchó:

—Señores pasajeros: Nos ha sido imposible encontrar a la señorita Morgenstelle. Se teme que le haya acaecido un accidente. He recorrido personalmente y en vano las dependencias de primera y segunda clase. La señora de Morgenstelle y yo deseamos preguntar si algunos de los señores pasajeros pueden proporcionarnos cualquier información al respecto.

Los ojos de Lillian, más grandes y vacíos que de ordinario, se clavaban en él; todos, en cambio, tenían los suyos fijos en ella, en particular las mujeres.

—¡Es necesario hallarla! —murmuró Lillian, secamente—. Es necesario revisar los salones y hasta las cabinas de tercera y de la tripulación. ¡En alguna parte tiene que estar! —terminó en tono casi rencoroso, dirigiéndose en alemán al Comandante.

Nadie se movió hasta que Lillian abandonó el salón, seguida por la improvisada comitiva. Un murmullo sordo fue creciendo hasta convertirse en vocerío. Sólo Jorge Manson y Eladio Cortez permanecían ajenos a todo; sumidos en una conversación que debía ser de vital importancia, bebían *whisky* en una mesa cercana al mostrador. Carlos los miró intrigado; luego, de espaldas se acercó hasta distinguir sus voces. Pidió la boleta de su consumición al barman y escuchó. Un ex y futuro diputado, tenía derecho a conocer los secretos de los grandes negociantes internacionales; pronto volvería a integrar una de esas comisiones investigadoras cuyos resultados, muchas veces, se perdían en misterioso olvido o en interminables procedimientos judiciales.

—Pero en esa Corporación de Transportes se jugarán muchos millones... y mi pariente, usted lo sabe, ya hizo pública su opinión en contra... y, luego, esa coordinación nacional... ¡vamos, ustedes juegan muy a lo grande! —dijo Cortez, con ironía.

—Muy en grande... y tanto que tenemos una partida millonaria para publicidad... Una opinión importante podría equivaler a un aviso que costara, digamos, diez mil libras esterlinas, en efectivo —contestó Manson, riendo.

—No está mal, pero pienso que sería una distribución familiar algo injusta o limitada.

—¡No, mi querido amigo! Nosotros creemos en la familia, como base de toda organización política y social... Además, toda «gestión de negocios» tiene su retribución legal... —agregó Manson y calló.

Carlos se alejó, luego de firmar la boleta; tenían que haberse dado cuenta de que los escuchaba. Se acercó a Susana sonriente y feliz. Escribiría a Julio Galíndez, su compañero de infancia, que permanecía en la Cámara. No, dejaría «madurar el negocio» y, cuando de nuevo fuera diputado, lanzaría la bomba. Titulares a toda página: «Suárez Varela denuncia otro fabuloso negociado».

—¿Te sucede algo? La mano te tiembla y tienes los ojos afiebrados —dijo Susana en voz baja, para que no escucharan sus amigas—. ¿No será por causa del accidente...?

—¿Accidente...? No, mujer, ni siquiera me acordaba de eso. Ya te contaré.

Se cortó al escuchar la voz algo nerviosa de Lucio, en un grupo vecino.

—También tendrían que revisar las cabinas de los solteros... Me ofrezco en holocausto a la maledicencia si la que revisa es Inés Aranda...

—No; habría que revisar las de algunos casados... Todos saben a quienes o a quien me refiero... —añadió Nicole; estaba segura de que Amrei era capaz de cualquier cosa con tal de arruinarle la fiesta de su reinado.

La orquesta volvió a tocar y cubrió las risas. Lucio aprovechó que Nicole salía a bailar y se apartó. En el *hall*, pálido por la ansiedad, lo esperaba Henrich. Sonriente, se le acercó para que le encendiera el cigarrillo. El botones lo hizo con mano temblorosa, mientras murmuraba:

—¡Usted lo sabía y no lo impidió!

—¡Yo no sabía nada! ¡Ni tú sabías nada! Nada de lo referente a mí sucedió. ¿Entendiste? —dijo machacando las palabras; luego, recuperando el tono habitual, agregó—: Creí que era una broma... ¿Cómo podía pensar que una mujer que andaba besando a los *grooms* en los puentes...? Sólo podía ser una broma ecuatorial. Cuando termines tu guardia, te espero en mi cabina. Tenemos que conversar mucho... Bastará con que me hagas una seña discreta o simules traerme un mensaje... Tú sabes hacerlo muy bien...

Los ojos del muchacho brillaron de furor, pero se dominaba; lo dominaba. Todo marcharía a la perfección.

—Puedes retirarte, Henrich.

Carlos se dio cuenta de que tanto Gómez Campero como Manson y Cortez le habían hecho olvidar a Amrei. Nada existía en su vida superior a su carrera, a su vocación política. Susana lo miraba fijamente, debía estar recordando el sarcasmo de Lillian cuando fue a visitarlos; prefirió tomar el toro por los cuernos:

—Querida, discúlpame, tendrás que esperarme para comer... o empiezas con tus amigas. Casi estoy obligado a colaborar, Joaquín es un pariente...

—Sí, comprendo. Me temo que la comida se postergará bastante. Debes hacerlo —contestó Susana, sin la menor alteración en el tono.

En la cubierta, cerca de popa y entre rollos de cables y cuerdas para el amarre, divisó al grupo revisando los lugares oscuros. Además de absurdo, le pareció pueril. Se les reunió cuando entraban a los pasillos de tercera. Atravesaron el patio central,

donde la Comisión de Festejos preparaba los adornos para la fiesta del cruce, que, para ellos, recién tendría lugar al día siguiente. Un pasajero tocaba el violín y otro el acordeón, mientras varias parejas bailaban. El paso del grupo los interrumpió un momento; el acordeonista propuso un aplauso para el capitán «que los honraba con su presencia». Antes de que terminara, el homenajeado se hundió nuevamente en el pasillo central.

—¿No cree, Comandante, que esta búsqueda es inútil? —dijo Carlos, molesto por el vano formulismo.

—Lo lamento, señor diputado, pero el Reglamento de Seguridad de la Vida en el Mar establece que debo agotar todas las posibilidades antes de dar por desaparecido a un pasajero. Me limito a cumplir.

Lillian miró a Carlos con rabia y repitió:

—¡Tenemos que encontrarla!

Al escuchar voces, Xavier abrió la puerta de la camareta, y exclamó feliz:

—¡Señor Comandante!, aprovecho la oportunidad para anunciarle una buena nueva: pronto le llevaré un petitorio... —se cortó al notar la extraña composición del grupo—. ¿Sucede algo...?

—¿Ha visto a la señorita Amrei Morgenstelle? —preguntó Carlos, decidido a abandonar su papel pasivo.

—Sí, señor —se volvió de prisa y, de su armarito, extrajo el petitorio—. Ella misma me lo firmó hace muy poco, antes de las 8, en el puente superior, en el de ustedes —terminó, acentuando la última palabra.

—¿Puede indicarnos, exactamente, dónde fue? —insistió Carlos.

—¡Por descontado! —contestó Xavier, poniéndose en marcha, luego de guardar la hoja de papel. Caminaba a zancadas, como si el hecho de señalar el lugar donde la había visto por última vez, hubiese de contribuir a extirpar un pecado. Si se trataba de ella, la acción debía, cuando menos, lindar con el pecado.

A menudo, su paso y el de la comitiva molestaba a parejas que se besaban en los bancos o recovecos; si no lo hacían, por lo menos estaban en actitudes sospechosas. Su petitorio se tornaba urgente, y necesitaba un agregado que contemplara estas desvergüenzas. Carlos llegó a la conclusión de que las mujeres perdían los frenos incitadas por el romanticismo del viaje y el calor del trópico.

—¡Fue aquí! —exclamó Xavier, señalando el soporte del bote 6—. Desde aquella escalera por donde yo bajaba, la divisé apoyada en esta barandilla...

Calló. La linterna del oficial iluminaba la cadenita que, desenganchada en uno de los extremos, se balanceaba al ritmo del barco.

Nadie atinó a hablar. De improviso, el haz luminoso de la linterna se dirigió a la cara de Lillian, como si quien la empuñaba hubiere cedido a invencible curiosidad. Durante unos segundos, hasta que el autor se dio cuenta y la desvió, Lillian permaneció impávida, prietos los labios.

—Revise —dijo el Comandante al oficial más joven.

El oficial entró en el alargado recinto, semejante a una bandeja roja, que ocupaba el bote. La luz recorrió el collar de soga con flotadores de corcho, que servía para facilitar la subida de alguien caído al mar; luego, todos los rincones. El bote estaba abierto, sin la carpa, para orearlo. En el suelo, junto a una caja metálica, iluminó un bultito blanco. Cesó el cuchicheo mientras el oficial se inclinaba para levantarlo.

—Es un pedazo de estopa, olvidado por alguno de los marineros de limpieza.

—Tome nota el capataz de puente —ordenó el Comandante.

De nuevo, se produjo un silencio cuando el foco recorría la minúscula cornisa del reborde; más allá, la luz se diluía y, de vez en cuando, a favor del roldo, iluminaba las aristas de las olas.

—Señor Comandante, ¿sería usted tan amable como para entregarme la carta de mi hija? —preguntó Lillian, de improviso.

—No puedo, señora. La carta me está dirigida y debe servir como cabeza del sumario que será elevado al señor Juez de Instrucción Criminal.

—Está bien, señor Comandante —contestó Lillian, con dureza, y echó a andar sin la menor vacilación. Sus pasos sonaron en los peldaños de la escalera.

—Señor Capitán, yo... —comenzó Xavier, y se cortó aterrado; acababa de comprender.

—¿Decía, señor? —interrogó von Baerlepsch.

—Quería decir que la señorita Morgenstelle parecía demasiado tranquila como para... —dudó al elegir la palabra— tomar semejante resolución.

—Sin embargo, ya la había tomado —dijo, mostrando la carta que sacó del bolsillo interior—. Esto lo prueba. Según parece, usted ha sido la última persona que habló con ella, ¿no es así?

Xavier imaginó que todos lo señalaban con el dedo; llevó la mano izquierda al crucifijo y lo apretó entre el pulgar y el índice.

—Sólo me dijo: «¡Adiós, padre!». Sí, cometió el error de creerme sacerdote.

—¿Por qué motivo estaba usted con ella? —preguntó Carlos; le tenía fastidio a ese religioso ora untuoso, ora exaltado.

Xavier descubrió que lo miraban con suspicacia. Necesitaba recuperarse, más todavía, «defenderse atacando», como les había enseñado un profesor de escolástica.

—¿Desea saberlo por algún motivo especial? —repreguntó, con ese tono manso que, según el mismo profesor, lograba, a menudo, sacar de quicio al contrincante. ¿Por qué no había usado esa táctica con Amrei? ¿Por qué lo había turbado hasta confundirlo y trastornarlo?

—A todos nos interesa saberlo, señor —cortó el Comandante, con tono que no dejaba dudas sobre su animadversión.

—Ella misma se empeñó en firmar el manifiesto «Pro Cruzada de la Decencia», que tuve el honor de mostrarle en la camareta del último puente —terminó, casi con soberbia. Se arrepintió; Amrei podría argüir que, al mencionar innecesariamente la ubicación con ese tono, había faltado a la auténtica humildad.

—Oportunamente se servirá exponer todo, y en detalle, al señor Comisario General, quien levantará el sumario —terminó el Comandante, volviéndole las espaldas.

Lillian cerró la puerta de la *suite* con lentitud. Se dejó caer en la cama. La puerta de la salita permanecía cerrada; Amrei no estaba allí. Desde el instante en que el Comandante le mostró la carta, estuvo segura de que «lo había hecho». Se levantó y fue hasta la puerta de comunicación. Empuñó la manija y detuvo el movimiento; sólo faltaba una leve presión. Imaginó que Amrei no había escrito esa carta; que ella no le había hablado mirando hacia el edificio de «A Noite», hacia Joaquín. Sintió el impacto: Joaquín no la vería más, nunca más. Presionó con fuerza la manija y la puerta se abrió sin el menor ruido. Todo en el más perfecto orden. Nadie. Sin embargo, algo denso y etéreo escapaba de allí. Nunca más, Amrei cruzaría bajo ese dintel. Nunca más Joaquín... Un error, un espantoso error. Alguna vez, sí, lo había pensado, era su trampa, alguna vez, escaparía de Amrei para ver a Joaquín; aunque más no fuere, para verlo.

Corrió hasta la cama y se tendió de bruces. El error definitivo. Los *pupis* del teatro de títeres de Taormina se le habían sublevado. Tenía los ojos secos, ni una lágrima. ¿Lloraría por una mujer que le había quitado su único hombre? Sintió algo crujiente bajo la almohada; tendió la mano hacia la perilla del timbre, estallaría en contra de la camarera. Se contuvo, al realizar el movimiento, vio aparecer la parte inferior de una fotografía. De un manotón arrojó la almohada. Joaquín la miraba jactancioso; la miraba de esa manera que le cosquilleaba la piel y las entrañas.

Cuando cesó de mirarlo, vio el montoncito de sobres; al instante reconoció la letra. La mano de Joaquín trazando esas letras. Angustiosamente, buscó en el interior de cada sobre, hasta que en el fondo de uno encontró una hojilla arrugada. Le costó alisar el papel sobre la sábana, las manos le temblaban. Devoró lo que decía; jamás le había escrito o dicho algo parecido:

«No quiero cerrar esta carta, sin decirte otra vez que te necesito con todo el cuerpo y mi alma. No puedo vivir sin vos, “mocosita” querida. Miles de besos y no sólo en la cara. Tuyo. Joaquín».

—¡Joaquín! —gritó desesperada. El pelo caía sobre la hojilla y acariciaba las palabras. Muy lento, con espantosa premeditación, le encajaban bajo el pecho izquierdo uno de esos largos pinchos que había usado en su juventud para sujetar el sombrero. Ella solía enterrarlo en el centro de esas dos alas de codornices que semejava una pechuga; lo hundía con angustia y fruición.

Le faltaba el aire, pese a que las ventanas estaban abiertas. Con ambas manos, a manera de trágico ofertorio, tomó el montoncito de sobres, la fotografía y la hoja de papel. Las manos se le contrajeron como garras. La cara de Joaquín se resquebrajó, sus facciones se desequilibraron: uno de esos cuadros de Picasso que tanto gustaban a su marido. No podía respirar. Una tromba giró y destrozó algo en su cabeza, en sus malditos nervios, en sus músculos. Las palabras de la carta se desdibujaban, les caía

lluvia. Con asombro, llevó las manos a los ojos. Creyó estar llorando, pero esas lágrimas le brotaban de entre el cabello; un sudor frío que le corría por la frente y el entrecejo, y le mojaba la cuenca de los ojos resecos.

—¡Joaquín! —volvió a gritar, y se dejó caer. Se deslizó el cubrecama de raso de seda, las flores verdes y doradas corrieron junto a sus ojos en un jardín fantasmagórico. La alfombra le rozó la mejilla, como la barba de Joaquín, por la mañana y antes de afeitarse, en Taormina. Su cuerpo golpeó contra el suelo.

El barco dio tres grandes vueltas en espiral, ampliando el radio; era necesario mirar la estela o las estrellas para darse cuenta de la maniobra. Cuatro hombres esperaban con sus salvavidas, de los cuales pendía el recipiente de carburo que, al tocar el agua, desprendería luz y humo. Uno de los botes de babor estaba listo para ser bajado al mar, la tripulación alerta. Los reflectores iluminaban la ondulante superficie. Von Baerlepsch, ayudado por dos oficiales, revisaba las aguas con largavistas; sabía que era en vano. Si una de las hélices no la había destrozado, los tiburones pululaban en esa zona del Atlántico. Si no fuera por la histérica de su madre, todo habría pasado en silencio, como indicaba el reglamento. En estos casos, el alboroto de los pasajeros sólo servía para dificultar las maniobras. Al encenderse los reflectores, los había visto lanzarse a las bordas; ahora, cansados de escudriñar inútilmente, volvían a la rutina.

Carlos escuchó la voz de Nicole:

—¡Pobre Amrei!... Estaba dispuesta a llamar la atención de cualquier manera.

La risa de Nicole no encontró eco.

—Las mujeres tienen un concepto muy extraño de la publicidad... extrañísimo. —Le costó reconocer la voz de Lucio, que recuperando ese tono con que parecía retorcer y acariciar, al mismo tiempo, las palabras, agregó—: Si hubieras visto su traje de encaje blanco enteramente bordado en oro, ¡una de las pasiones de Coco Chanel!, y el collarcito de esmeraldas, de Cartier, hubieras dado un grito para... al menos, salvar el traje, *ma chère*...

—Entonces, ¿la vistes tirarse al mar...?, mi pequeño perverso...

Se produjo un corto silencio.

—No, y lo siento mucho, hubiera sido un espectáculo tan lleno de posibilidades para un escritor... No; la vi salir de la *suite*... Un ligero perfume a *Arpège* corrió por el pasillo; quizá, su único error, un perfume que se ha hecho demasiado común... ¿Sabes lo que ha dicho Coco sobre la moda, antes de seguir e «inventar» la imagen de la «divina» Garbo...? «*Ce que nous créons dans la mode doit être beau d'abord et devenir laid ensuite, ce qui cree l'art doit être laid d'abord et devenir ensuite beau*^[1]». ¿No crees que es lo más inteligente que ha dicho una mujer sobre el arte y la moda?

—¿Sería usted tan amable de traducirlo? —Carlos reconoció, al punto, la voz aguda y vulgar de «la» Riolvi.

—¡Oh, no señora! Si no lo ha entendido en francés, discúlpeme usted, pero es

muy probable que tampoco lo comprenda en castellano... Muy buenas noches.

Como, a veces, abandonaba en la Cámara su banca, para felicitar a un adversario que había estado brillante o singular, Carlos tuvo deseos de estrechar la mano, en un sonriente silencio, a ese petimetre insolente; pero se contuvo: la carta de «la» Riolvi crecería en forma peligrosa. Prefirió ceder al más humano de estar solo, un minuto aunque más no fuera, junto al bote N.º 6, ese lugar elegido por Amrei.

—Fue una egoísta —murmuró. Una mujer dispuesta a matarse, hubiera sido generoso que, antes, se entregara a quien era capaz de gustarla. Su voz sonaba semejante a la de Lucio; caminó de prisa, necesitaba borrarla con el sonido masculino de sus pasos en el puente desierto. Junto a la proa del bote vio una sombra arrodillada.

—¡Perdónala, Señor! ¡Perdónala porque... no sabía lo que hacía! En tu bondad infinita, perdona... ¡perdónanos! ¡Perdóname! —Xavier sintió que la voz se le ahogaba; abrió la boca con desesperación. Ningún sonido. Dios ya no podía escucharlo. El busto pesaba espantosamente sobre las piernas; se sentaba sobre los talones que se abrían y resbalaban sobre la plancha roja. Los músculos del cuello cedieron y su cabeza quedó pendiente sobre el pecho, como la del Crucificado.

—No, Dios mío, no... —susurró. Ya no sabía estar de rodillas ante su Dios. Quedamente, como si el barco le indicara la ruta, sus espaldas se apoyaron en el bote, la boca abierta, descuajada. Inmóvil, como esas viejas tallas indígenas que habían guardado en la sacristía.

Dominó el impulso de acercarse a ese hombre caído. Los caídos, los humillados, pertenecían también a su mundo, hacían posible su doctrina. Su repugnancia se diluyó un instante. Podría explicarle a ese hombre todo lo que debía ignorar de la vida, con ese tono que empleaba en la cátedra y que los alumnos recibían como una confirmación formal de la hondura de sus ideas. Como buen emotivo era blando y espontáneo. Dejaría al cura que se las arreglara como pudiera, para eso tenía entrada libre a la trastienda de Dios. La ironía era barata, como las que a veces usaba en los mitines de barrio. Se fastidió consigo por las veces que había aceptado hablar en una esquina ante cien botarates. Por vanidad no se estimaba lo suficiente.

Su entrada al gran salón hizo cesar la conversación, como si esperaran que les dirigiera la palabra; siempre sucedía igual. Estos silencios espectaculares lo tentaban irresistiblemente.

Desde el conjunto de señoras, sentadas bajo la «protección» de un gran panel de José María Sert, una escena de pesca bastante académica, Susana le hizo una amistosa señal con la mano, más amable que de costumbre, como si formara parte del espectáculo. Estaba seguro de que ella no le perdonaba, en la medida que la envanecía, esta aventura destinada a ser cuchicheada *ad libitum*.

Tristan Alves de Souza, dejando a su «secretaria» con Nicole y Lucio, se acercó al muy exclusivo «cantón de las señoras del panel de José María Sert», dispuesto a escucharlo. Pepa Osorio, adoptando la pose con que Van Dongen la había pintado,

por sugestión de sus muy queridas amigas la Condesa de Noailles y su hermana la Princesa de Chimay, paseó una medida y autoritaria sonrisa por el grupo, cruzó las piernas fornidas, y al apoyar el codo izquierdo sobre la rodilla, realizó una menuda inclinación de cabeza hacia Carlos, subrayada por el brillo de los brazaletes de brillantes; con un movimiento armonioso y displicente, las puntas de los dedos índice y mayor fueron a apoyarse sobre el rojo moño de la Legión de Honor, que Molyneux le había concedido usar, como único adorno, sobre el modelo de raso de seda gris.

—¡Es «bárbara», deliciosamente «bárbara»! —exclamó Lucio, que había seguido sus movimientos a la distancia.

—Exacto. Esos grandes y aterciopelados ojos negros no pueden negar las buenas gotas de sangre negra que les llegaron a la familia en tiempos de la Colonia... —agregó Nicole, con inocultable fastidio.

—Por supuesto, ¡es lo que hace fascinantes a todos los Osorios, a todos!

—¡Señores pasajeros! Les ruego que me concedan unos minutos —Carlos se volvió sorprendido hacia von Baerlepsch, quien ocupaba el centro de la sala—. Con el fin de calmar comprensibles inquietudes y evitar la difusión de rumores antojadizos, el Comandante del «Turingia» se ve obligado a informar que los hechos hasta ahora comprobados abonan, muy lamentablemente, la conjetura de que la señorita Amrei Morgenstelle, pasajera de primera clase de lujo, ha desaparecido del barco por su propia voluntad atrojándose al mar. Además, ha dejado una carta, dirigida a esta Comandancia, confirmando la resolución de atentar contra su propia vida. Este será el único comunicado a emitir sobre tan deplorable suceso. La Compañía armadora del «Turingia» espera que él no perturbará el recuerdo de esta nave, una de las más rápidas, elegantes y seguras entre las que surcan el Atlántico Sur. Como es obvio, el gran baile de gala y la elección de «Mis Turingia», quedan postergados hasta mañana. Muchas gracias, señores pasajeros.

El Comandante terminó la lectura con una profunda reverencia.

Virginia miró en derredor y contuvo el aplauso; no estaba bien que el Capitán, que había sido tan amable con ella, no fuera aplaudido luego de un discurso tan sentido. Por lo demás, era absurdo, se negaba a creer en la muerte de una muchacha hermosa, rica e inteligente, que cantaba tan bien y le había contestado con tanta amabilidad el saludo y la felicitación que le hizo, luego del bautismo. Si se había caído al mar, como ella demostró que sabía nadar muy bien en la piscina, bien pudiera ser que la hubiera salvado uno de esos barcos de carga que encontraban a cada momento. ¡Siempre hay una esperanza! Había escuchado tantas historias de naufragos salvados, incluido Jonás y su ballena... Si la Biblia era la historia de Dios, no terminaría de escribirse nunca, y en 1935, por más que dijeran que la juventud estaba perdida y podrida, siempre habría santos y milagros como antes. Todo dependía del cristal con que se miraran las cosas y las personas.

El maestresala, molesto por las informalidades y postergaciones en el servicio, dio unas palmadas y se abrieron las puertas del comedor profusamente engalanado. El

señor Comandante podría suspender el baile, pero no cambiar la comida de gala.

—¡Pero si era loca! No oíste lo que decían... ¡Vos no sabés cómo se las gastan en primera! —dijo Héctor, riendo.

Aunque no estaba de acuerdo, Graciela lo miró con dulzura.

—Sí, sé... Ya vi cómo te abrazaba la Reina del Mar cuando se tiraron todos en la pileta...

—¡Pero no sabés lo demás! Tiene manos largas la fea...

Graciela le tapó la boca con los dedos.

—La vi, es una cochina; pero Amrei no era así. Acordate como cantó...

—¡Oh!, esas son capaces de cantar hasta...

—¡Héctor! —cortó decidida; luego, bajó la voz—. Estoy segura de que se ha matado por amor... —hizo una pausa; lo miró tratando de llegar a lo más hondo de sus ojos—, porque yo sería capaz de hacer lo mismo si...

La miró con asombro y temor. Graciela giró con lentitud la cabeza; el viento de proa le alborotó el cabello, y la luna rojiza le iluminó las mejillas. Con estupor vio que las tenía mojadas con lágrimas. Cuando su Club había subido a primera división, tuvo ganas de saltar, de gritar, de llorar de alegría; cuando lo eligieron para el equipo internacional, las rodillas le flaquearon. Ahora, todo esto se le juntaba de golpe. Con desesperación, como si Graciela se le hubiera de deslizar entre los brazos y caer al mar, la apretó contra su cuerpo.

Separándolo con ternura, agregó:

—Vamos, Héctor, ya sabés que el cabeceo del barco... No viendo el mar, me parece que nos movemos menos.

Xavier se incorporó con dificultad, las piernas doloridas, acalambradas. En la sotana le habían quedado dos largas rodilleras húmedas, el ventecillo se la ajustaba entre las piernas como le sucedía a las mujeres. Se clavó las uñas en la palma de la mano aún no del todo cicatrizada. «El Maligno toma infinitas formas seductoras», había leído una vez en el Semanario Parroquial, cuando tenía 16 años. Tuvo vergüenza de haber levantado la voz cuando se dirigía a Dios. Los judíos gritaban y lloraban contra el muro de los lamentos; le habían contado que también lo hacían los italianos del sur, como parte de la desesperación y la muerte. En Castilla la Vieja, donde había muerto su madre, cuyos petates venía a recibir como hijo único, allá donde volvía por tres meses para que se le secaran en el cuerpo todas las larguezas de América, nada de esto sucedía. Era muda la sangre que les dolía. Todo pasaba en silencio; tenían las arrugas de la cara muy marcadas para que por ellas se escurrieran ocultas las lágrimas, sin descaro.

En el puente inmediato divisó la piscina y las canchas de tenis y de paleta señaladas con pintura blanca. El balanceo hacía cloquear el agua en el sostén del trampolín, en la escalerilla de hierro y en el reborde de mosaico. Nunca se había bañado en una piscina, le asombró pensarlo. Cuando muchacho, se había metido en el arroyuelo pedregoso de su aldea. Deseó desvestirse de prisa, tal había visto a los

rapazuelos, y, antes de tener tiempo para contenerse, zambullir y nadar, pero no sabía ni lo uno ni lo otro. Luego de cabecear, el barco se inclinaba a babor, y la pared del lado contrario de la piscina brillaba a la luz de la luna; acaramelada, como los moldes que su madre induía con azúcar derretida para preparar el flan del día de su cumpleaños. ¿Dónde habría aprendido a preparar tan costoso regalo?

¿Qué sensación experimentarían los ricos al bañarse ahí? Es fácil renunciar a las cosas que se ignoran. «Usted tendría que ponerse un bañador»... No tenía que repetir las palabras de Amrei. ¿Y, sin embargo, qué clase de pecado podría existir en lavarse todo el cuerpo si estaba permitido hacerlo con cara, manos y pies? ¿Acaso Santa Teresa no exigía limpieza a sus monjas?

—¡No, eso no fue todo! —exclamó. Al gritarle a Amrei «¡No soy sacerdote!», con ademán involuntario, copiado al cura de la aldea cuando escuchaba un juramento, había trazado el signo de la cruz—. La bendije cuando iba a matarse... y yo no puedo bendecir... ¿En caso extremo, no podía bautizar cualquier cristiano?

Aspiró profundamente; el cabeceo del barco le causaba tiernos movimientos de aquiescencia. Descendió al «Lido» solitario; el bar estaba cerrado. La gente de primera comía en sus iluminados y fastuosos salones... «Ponerse un bañador»... La había bendecido *in extremis*.

Ningún pasajero aparecería antes de dos horas; le bastarían unos minutos. Las manos comenzaron a moverse como si obraran independientes de su voluntad. Las veía desprender los botones de la sotana, quitarla y dejarla caer. Desprender los del pantalón y la camiseta; despojarlo de ellos. Eran unas manos ajenas. Cogieron el viejo rosario, regalo de su madre. La crucecita de bronce produjo un ruidillo metálico al tocar la escalera de la piscina. Descendió con solemnidad, en funciones de monaguillo.

El agua le fue subiendo por el cuerpo; no pudo evitar un gritito cuando le llegó al bajo vientre. Un anillo frío le recorrió el pecho; junto a la barbilla flotaron los tres escapularios que llevaba al cuello y, como si lo hubieran protegido, los pies tocaron el fondo.

Una alegría prodigiosa, brotada del tiritón, le recorrió el cuerpo. Principió a moverse, a brincar como había visto hacer a los perros, hasta que, de pronto, se detuvo. Quedó inmóvil un momento. Levantó los brazos; el agua acusaba la magrura del cuerpo, marcando coyunturas, músculos y huesos. Alzó las manos cuanto pudo. ¡Qué extraño color podía darles la luna! Hundió la cabeza hasta que sintió ansias de respirar y se irguió. Abrió los ojos y, entre sus dedos, vio claramente un cielo distinto, como Jesús en el río Jordán.

Henrich colgó cuidadosamente, en el armarito, la muda del uniforme que acaban de entregarle en la lavandería. En su nuevo dormitorio era un desconocido, pero, al fin, tenía una cucheta. El auxiliar de la Comisaría le había comunicado que, con la suspensión del baile, sucedía otro tanto con los servicios extraordinarios. El jefe de puente lo relevó, también, de toda obligación. Al pasar, divisó a Lucio en el comedor,

con un alto y azul gorro de cotillón sembrado de blancas estrellas; bebía el vino blanco a sorbitos. Como le sucedía a él mismo, Nicole, *Herr* Medina, *Herr* y *Frau* Ladho, y otro hombre joven que no conocía, estaban pendientes de sus palabras. Lucio cesó de hablar y permaneció impasible, socarrón, mientras los demás reían. Era capaz de burlarse de Amrei o de su *meine kleine*.

Sacó del cofrecito de madera el pañuelo de Amrei; lo había puesto ahí cuando vació los bolsillos del uniforme que llevó al lavadero. El perfume volvió a invadir la camareta; tuvo miedo, tendría que inventar una explicación aceptable. Cualquier cosa, menos devolver ese pañuelo. ¿Devolverlo a quién? La camarera le había contado que *Frau* Morgenstelle permanecía encerrada en la *suite*; el médico alemán le colocó una inyección para los nervios. Impávida, sin una lágrima. La camarera no salía del asombro, la propina de Amrei equivalía a casi dos años de su sueldo. Con la suya, él podría comprar una motocicleta, pero calló. Lucio tenía razón: era su secreto.

Guardó el pañuelo en el bolsillo del pantalón de fajina, siempre en el izquierdo; se ruborizó al pensar en el motivo, se imaginó que de nuevo se miraba en el espejo del *hall* central. Tomó el libro de *Grammaire Française* y el minúsculo diccionario, y salió; con ellos tendría pretexto para no hablar con sus antiguos o nuevos compañeros, Aunque ninguno de ellos le llevaban el apunte preocupados, como estaban, con la «Fiesta de los marineros». Hans, disfrazado de mujer, imitaba a una bailarina hindú; aunque los demás se descostillaran de risa a él le resultaba chocante. La fiesta tendría lugar un día después de la de tercera clase: se alegró, ese día le tocaba guardia. Le sorprendió comprobar que sólo se sentía cómodo en los puentes altos.

El sector de popa destinado a la tripulación estaba solitario. Entre los respiraderos, guinches, aparatos y rollos de cables, la luna marcaba rincones sombríos; eligió el menos accesible y se acurrucó en él. Llevó la mano al bolsillo y cuidadosamente sacó el pañuelo, temía arrugarlo. Con lentitud lo acercó a la nariz y aspiró suavemente. Amrei penetraba dentro de su pecho; una suerte de embriaguez deleitosa le incitó a cerrar los ojos. En Hamburgo, un estudiante universitario lo había invitado a tomar cerveza y bebieron hasta embriagarse; no quiso recordar lo demás. Apretó muy despacio el pañuelo contra los labios, le ardían y estaban resacos; los tocó con la pulpa de los dedos. Amrei lo besaba, de nuevo. Tenía que analizar, recuperar, clasificar todas las partes y etapas de ese beso de mujer, el primero. El pelo lacio, de un dorado más subido que sus charreteras y terminado en un rulo ancho y continuo, le acariciaba las mejillas. No se había atrevido a levantar las manos y abrazarla, pegarse a su cuerpo como tantas veces soñó; acaso fue por causa de esa bandeja de plata con el cable para Alves de Souza; más que entorpecer el movimiento le recordaba su condición.

Se estremeció al escuchar muy cerca ruidos y entrechocar de objetos metálicos. Oteó intimidado. Los ayudantes de la cocina de tercera vaciaban, por sobre la borda de planchas de acero, los grandes tachos de residuos. Las gaviotas marinas

aparecieron de improviso y revolotearon sobre la estela; algunas planeaban como si estuvieran inmóviles y suspendidas de un hilo, hasta que se dejaban caer tal si las hubiera alcanzado un tiro, pescaban algo y se alzaban en un vuelo rápido y oblicuo.

Se resistió, no quiso pensarlo, pero le fue imposible. Vio, una vez más, la imagen lo obsesionaba, el cuerpo de Amrei destrozado por la hélice de babor; la frente partida, la boca rasgada por una de las relucientes paletas de acero. Los tiburones con su panza blanca, sensual y repugnante a la vez, una gran mancha rojiza cambiando la tonalidad de mármol vetado del agua. Restos de trapos, de sedas, de encajes, de todas las cosas con que la mujeres ocultaban el cuerpo. Y en la misma estela los residuos abombados, malolientes de la cocina.

Guardó angustiado el pañuelo. Un grito de espanto y horror le subió con irresistible fuerza:

—¡Amrei!

Sólo escuchó el acompasado y poderoso girar de las hélices. Creyó estar leyendo, como si fueran luminosos, los grandes letreros fijados en la parte exterior de la popa, y escritos en alemán, inglés y castellano: «Cuidado con las hélices».

XIII

—¡Esto es bárbaro! ¡Una algarabía de *hall* de estación! ¿Vuestra Majestad cree que ya han votado los 238 electores de primera y los 350 de segunda?... —dijo Lucio, en tono burlón.

—Por lo menos, la mayoría de primera... A los otros les basta con que los hayan dejado subir para el baile —contestó Nicole, volviendo lentamente a su sitio.

—La democracia ateniense tenía un límite bastante aristocrático, y si ellos la inventaron así... —la lengua se le tornaba pesada. El Comandante había estado fastuoso; mozos y camareros no cesaban de aparecer, entre las parejas que bailaban, con las bandejas llenas de copas de *champagne*. No tenía la menor idea de cuántas habría bebido. Henrich con la urna, y un oficial como escolta de Nicole I, lo habían acompañado para recibir los votos de los que estaban sentados a las mesas; prácticamente, había bebido una copa en cada una de ellas.

«El padrecito zar bebía hasta con sus siervos en las grandes festividades», dijo Pepa Osorio. El Comandante sonrió, y Henrich bebió una copa bajo el patrocinio del «cantón José María Sert». Sonrió burlón; antes se había inclinado para secretarle a Pepa: «¿Te acuerdas de los brindis tan democráticos del padrecito zar?». Mientras Henrich, en posición militar bebía su copa, le había costado evitar que la sonrisa se le transformara en risotada. Por un antojo, por un capricho, Henrich brindaba con Pepa; más que eso, era como si ese chico, que él había descubierto grumete, bebiera con la Princesa de Chimay o la Duquesa de La Rochefoucauld. Los grandes ojos querendones de Pepa brillaron con algo de lúbrica nostalgia, y esta mirada había transformado a Henrich en un ser más valioso; como los perros de las estancias, le gustaba que los demás envidiaran su presa para tarasconearlos.

Forzando el movimiento que usaba Pepa, hizo una seña despótica a un mozo.

—Todas esas copas las dejas en esta mesa.

Tomó de un brazo a Henrich y, casi en el mismo tono, le ordenó:

—Deja la urna. Antes de comenzar el escrutinio, beberemos con nuestra amada Nicole, otra copa por el padrecito zar.

—¿No crees, *mon cher*, que exageras? ¿Estás perdiendo el equilibrio... social?

—¡Ah, *ma chère*, te encantaría verme borracho, pero nunca tendrás ese placer! Todas las cosas las hago mientras me producen placer... En cuanto corre peligro mi capacidad de gustar, freno en seco. Pero esta noche, después de haber oído tantas cosas tontas de este noventa por ciento de gente tranquila, normal, honrada y aburrida, como es de rigor, tendría ganas de hacer un escándalo que la conmoviera, como lo hizo Amrei... En lo restante del viaje viviremos de sus migajas.

—¡Vivirás tú, pero no yo! —lo interrumpió con rabia.

—¡Bebe! —Llevó la copa a los labios del botones, luego hizo otro tanto con Nicole—: Bebe, es preferible, mira lo que nos espera —repitió el mismo ademán a Inés Aranda, que rodeada de muchachos, aguardaba que la orquesta volviera a tocar.

Se acercó presurosa:

—¿Me necesitabas, Lucito? ¿Ya soy tu «Miss Turingia»?

—Aquí la tienes... Un ejemplar perfecto de la mayoría —levantó la mano de Inés hasta la altura de su boca, miró detalladamente a los muchachos que la habían rodeado, y se la besó—. Antes de comenzar el escrutinio, bebe una copa con Henrich, *cara bambina*, y tú otra, *meine kleine* —bebió con ambos—. ¿Verdad, Inés, que te gusta Henrich?

—¡Lucito! ¿Cómo puedes preguntar esas cosas? —exclamó, acentuando su tono aññado y mimoso.

—Para despertarte, mi querida. Estas son las cosas que es necesario preguntar a la gente: las cosas que le pican, que le cosquillean... —Se volvió de prisa; si no fuera vulgar, lo habría cazado de las trenzas de su disfraz de chino—: ¡Señor Comisario General, lo esperábamos para el escrutinio!

Henrich lo seguía con la mirada, sorprendido, como la primera vez que vio la grande, brillante y variable brújula del puesto de comando. Si Lucio dijera algo de Amrei, estaba seguro que descubriría cosas que ni siquiera imaginaba. Una bruma dorada y muy etérea debía estar llegando desde el mar.

El Comisario hizo una seña al director de orquesta. Un tamboreo; disminuyeron las luces y el vocerío, mientras dos reflectores iluminaban el estrado.

Carlos comprendió que Lucio venía a buscarlo; la mano de Susana se apoyó en su antebrazo.

—¡Nada podríamos hacer sin nuestro Neptuno! —exclamó Lucio.

—Igual pienso yo... pero no puedo permitir que el «cuarto poder» cometa un error. Yo no fui nada más que un forzado suplente de Neptuno, aquí está el verdadero: ¡el profesor Hollendorff! —Inició un aplauso cortés.

Lucio volvió acompañado por Hollendorff; se creyó perdido en un glaciar y acompañado por su perro San Bernardo.

Sonriente, como si en realidad la operación ya estuviera realizada, separó los votos en tres montones; del más voluminoso extrajo una de las boletas:

—Mis amigos: Como ustedes pueden ver, y sin la menor posibilidad de fraude, ha sido elegida «Miss Turingia»... ¡Inés Aranda!

Temblándole las rodillas, Inés subió al estrado, entre aplausos y exclamaciones.

—¡Majestad! —agregó, luego de conseguir silencio—. Os rogamos que proclaméis a la primera «Miss Turingia» americana. —Sin esperar que Nicole lo hiciera, le colocó una diadema de *strass*, y la besó en ambas mejillas, casi en la comisura de los labios. Se produjo un corto y expectante silencio. Se imaginó en el filo de la navaja. Estaba lanzado, pero se contuvo y enderezó con soberbia. Alcibíades ante Sócrates. Agregó—: Quienes deseen hacer lo mismo que yo, vale decir, besar a «Miss Turingia», pueden formar fila. Un beso, una copa de *champagne* y... para aquietar la imaginación, cada uno pondrá un billete de cinco pesos como mínimo, en esta urna y a beneficio de los «Huérfanos del Mar». Su Majestad vigilará

las intenciones...

Pepa se movió incómoda en la silla; había soportado reuniones de un tono «más agudo» en casa del príncipe Yousupoff, el matador de Rasputín, pero Lucio debía comprender que si necesitaba de su presencia tendría que rendirle más pleitesía. Era necesario recortarle las alas, un bien calculado golpe de tijera. Se incorporó.

—Pienso que estaremos más cómodos en la veranda del salón de música, o en el terrado del bar, ¿no crees Susana?

La orquesta inició la marcha de a bordo, mientras los hombres comenzaban, a su vez, el desfile ante «Miss Turingia».

Encabezando el «cantón de José María Sert», Pepa atravesó el salón a lo largo; le pareció que de nuevo se dirigía para recibir la Legión de Honor, por sus brillantes servicios como enfermera honoraria durante la Gran Guerra.

Al verla, Lucio retrocedió abriéndose paso con los codos; tenía que desaparecer de la primera fila. Henrich lo miraba sorprendido. ¡Le importaba un bledo! Cortó camino entre las mesas; las serpentinas que partían en dirección del estrado, le raspaban las mejillas; cortó varias entre los dedos de la mano derecha; llegó a tiempo para detenerse ante las hojas abiertas de la gran puerta de cristales biselados. Aunque Pepa simuló no verlo, le hizo una sonriente reverencia que alcanzaba para el rabillo de sus ojos, y se incorporó al grupo. Ella lo llamaría cuando estuviese perdonado o decididamente se aburriese. Susana eludió la mirada implorante de «la» Riolvi; el «horno de Pepa no estaba para bollos».

Alves de Souza, tomando por la cintura a su secretaria, se acercó al Comisario:

—Para bautizar a «Miss Turingia», cuando la noche siga su lógico curso, deseo que vacíen la piscina infantil y la llenen con *champagne* de «La Viuda»... Creo que ha llegado la oportunidad de cumplir ese viejo anhelo de la gente: «nadar en *champagne*»... Lo agrega a mi cuenta del bar. Disponga, Comisario.

Lucio miró el reloj. Desde el momento en que Pepa había desconcertado al solícito *maitre* pidiéndole vodka ruso, ya que no tenían más «Perrier-Jouet», el único *champagne* que ella podía beber —el *champagne* de la corte de Saint James, agregó Gómez Campero—, habían transcurrido 35 minutos. Pepa dirigió la conversación con real maestría, concediendo «entradas» de varios minutos al «ministro» y al «diputado» —en Francia los títulos se tornan vitalicios, aunque la función desaparezca, acotó para explicar «su manía en el tratamiento»—. Temas: política europea, teatro lírico, los *ballets* de su amigo Diaghilev y de su amiga Isadora Duncan. Estaba seguro de que sólo para él, pues nadie del grupo había leído a Marcel Proust, mencionó las cartas que «el hombre de los ojos de terciopelo o de gacela triste» escribió a Ana de Noailles. En ciertos momentos, se había mordido para no intervenir; ni una palabra escapó de su boca. 36 minutos. Ya no podrían tardar más; tendrían que venir a buscarlo. Le angustió pensar quienes formarían el grupo. ¡Si por lo menos vinieran los Ladho, a quienes descuidó toda la noche! O Alves de Souza, que soportaba discretamente su barniz internacional, pese a ser amigo de Mussolini.

¡Puercos fascistas!

Desde el vecino jardín de invierno escuchó la risa de Nicole, ¡ella sí que había bebido demasiado! La vocecilla de Inés, sólo faltaba Antonio Medina para hundirlo del todo.

—¡Pero si aquí está nuestro fugitivo!

Lucio simuló estar absorto escuchando a Pepa. La mujerona de Ladho prosiguió:

—¡Pepa, venimos a robarte a Lucio! —También ella había bebido.

Alves de Souza se adelantó acompañado del Comandante. Lucio respiró.

—¿Guzmán estaba con nosotros? ¡No puede ser, no hemos escuchado ni una palabra suya! —dijo Pepa, simulando la más desconcertante de las sorpresas.

—¿Cómo podía hablar, si estaba fascinado escuchándolos, en particular a ti, Pepa? Te envidio el que hayas conocido a Proust, y hasta tengo deseos de volver a tratarte de Usted, o de «señora», como al principio del viaje. Me siento a una distancia sideral...

—Yo le pido al ilustre «Cantón Sert» que nos ceda a Lucio. Necesitamos que nos invente un ritual aplicable al bautismo por inmersión, en *champagne*, de «Miss Turingia» —interrumpió Alves de Souza.

—¿El «Cantón Sert»? —Pepa graduó la risa en escala descendente, mientras paseaba la mirada por el grupo—. Por descontado se lo cedemos... ¡Sólo falta que digan de mí, que me dedico a raptar jóvenes! Personalmente, lamento no poder asistir a su versión francesa de los baños de Popea o de Paulina Borghese... pero ya son las dos y media de la mañana, y mis amigos saben que yo tengo la manía de leer una horita antes de dormirme... ¡Y hace añares que la conservo!

Imitándola en el ritmo, pero en tono quejoso, Lucio le dijo, mientras aparentaba resistirse a Nicole y a «Miss Turingia», que lo arrastraban de los brazos:

—¡Ay, Pepa, Pepa...! Bíblicamente me has vendido, no por un plato de lentejas sino por una piscina de *champagne*... ¡Mis amigos dirán que soy afrancesado!

Carlos se imaginó en el bullicioso cortejo. Una bacanal dionisiaca. ¿La echarían desnuda? La mano de Susana se posó de nuevo en su antebrazo. ¿Habría terminado por adivinar sus pensamientos? Toda una noche de sacrificio. Nadaría lo más cerca posible de ese cuerpo apetitoso y, de vez en cuando, un traguito de *champagne*. Política europea... ni una palabra de América Latina, de lo que podía crear una «conversación desagradable, fuera de tono». Contuvo la risa; los Ladho habían quedado como despojos de la bacanal; el «Cantón Sert» les servía de espejo, de conciencia. Tendrían que confesarse en el primer puerto. La de Ladho, con aire de esos toscos y encapuchados penitentes de Brujas, se acercó al piano y lo abrió.

—Ya que la Divina Providencia ha querido que viaje con nosotros un músico sensible como Ricardo Idaharoff, becario en Roma, les ruego que lo escuchemos en Vivaldi... vé a buscarlo Juan...

—Dejémoslo para mañana —dijo Pepa, incorporándose—. No creo que el ambiente sea muy adecuado... ni siquiera para el «Carnaval» de Schumann.

Lucio miró el gentío que rodeaba la pequeña y poco profunda piscina de los chicos. No se molestó en ocultar el fastidio que le producía; abundaban los disfraces de griegos y romanos improvisados con sábanas. Tenían que ser los de segunda. Reían y hasta gritaban. Con copas, vasos y jarritas sacaban *champagne* de la piscina —«El más ordinario que teníamos», le había cuchicheado el Comisario con aire de cómplice— bebían o se bautizaban mutuamente echándose en la cabeza. Sin el «Cantón Sert», le importaban un pito estos guarangos; no se molestaría en pensar nada para ellos, tenderos y comerciantes de barrio. Permaneció mudo, mientras Nicole y «Miss Turingia» ocupaban los tronos improvisados, con los mismos adornos utilizados dos días antes para el cruce de la Línea. Los alemanes no tenían imaginación, al menos los prusianos y los nazis. Alves de Souza le sonreía animándolo. Tras de sus labios gruesos y voluptuosos, divisó el edificio inmenso que en la avenida Rio Branco ocupaba uno de sus diarios y la estación de radio. Se inclinó hacia él —apenas le llegaba al hombro— y le dijo quedamente:

—La idea era sugestiva para un pequeño grupo de exquisitos, como sin duda usted la pensó, pero en este ambiente...

—Sí, comprendo, deplorable... —titubeó, borrando la sonrisa y sin poder ocultar el asombro.

Lucio pidió silencio con ambas manos; logrado, agregó, entre insolente y burlón, mientras jugueteaba con la melena y la diadema de Inés:

—La realización de una obra de arte no puede improvisarse... y una audiencia tan selecta no puede ser defraudada... —Nicole no era tan imbécil, comprendía. Sonreía irónica. La vio tender la mano hacia atrás; tomó de un brazo a Henrich y lo obligó a sentarse en la grada de su trono. Existía Henrich—. La mitología podía habernos sugerido incontables temas... Con colores botticellescos, hubiera imaginado a nuestra Venus surgiendo desnuda... sí desnuda —acentuó para hacer más visible la pausa inquieta que se había producido— pero... yo soy muy democrático y me dejo influir por la voluntad popular... —Tomó una jarrita, sacó *champagne* de la piscina y se la ofreció a Nicole—. Antes de comenzar, ruego a todas las jóvenes damas y *hetairas* griegas y romanas que rodeen la piscina acompañadas de sus respectivos *cavalier servant* —hizo una silenciosa reverencia, en tanto cumplían con su pedido—. ¡Bien! Ahora, Su Majestad, tiene la palabra y la acción.

—¡En nombre de Neptuno, de Lucius y de Zeus Alves de Souza, te bautizo «Miss Turingia»! —Con fastidio por ese cuerpo hermoso que le arrebatava las miradas, le derramó, de improviso, todo el contenido de la jarrita.

Inés soltó un chillido meloso. Lucio tomó la mano de Nicole, la apoyó sobre la espalda desnuda de «Miss Turingia» y dio un fuerte empujón. Entre risas y carcajadas, cayó casi de plano, y el *champagne* salpicó a quienes rodeaban la piscina. Casi fue innecesario el ademán de inteligencia a uno de los muchachos. Entre gritos y exclamaciones fueron cayendo en la piscina las *hetairas* y sus compañeros. Alves de Souza reía dichoso. El Comandante y el Comisario se retiraron. Henrich secaba con

el pañuelo las salpicaduras de su uniforme.

—En todo bautismo, las almas deben sorprenderse... —dijo a Nicole; luego, pasando la llave ostensiblemente, agregó—: Henrich... conozco ese perfume... *Arpège*, de Lanvin... Véte a mi cabina para limpiar y secar tu uniforme... Nicole, ¿sabes que Amrei, tu «admirada amiga», cuya desaparición has sentido tan «dolidamente», usaba *Arpège*? ¿Cuántas veces has pensado por qué se mató ella que lo tenía todo?...

XIV

Nicole se apoyó en el cerco del *chenil*; su perro la fastidiaba; había tomado la costumbre de aullar lastimeramente por las mañanas, cuando lo dejaba para contemplar el entrenamiento del equipo de basquet. Le interrumpía el espectáculo. Lo llevó hasta la borda; las patitas le temblaron sobre la madera lustrosa y resbaladiza. Se apretujaba contra sus senos, mirándola aterrorizado; tampoco la quería. A menudo, tenía deseos de reventarle esos ojos grandes, llorosos e implorantes o quemárselos con vitriolo. ¿Por qué las mujeres habían abandonado la venganza del vitriolo?

Pasado el gran baile, la aburrida «fiesta de los marineros», y la de tercera, a la cual no había asistido por solidaridad con Lucio, su reinado se diluía; Amrei había vuelto a la boca de todos. Descubrir los motivos era el zorro de la nueva cacería.

El perro se le arrió aun más; friolento y cobarde. Sólo un perro para apoyarse contra sus pechos. Le producía rabia su propia fealdad indecisa, sin carácter; cuando resolvió «aceptarla», preparó una lista de las mujeres feas cuya influencia había sido decisiva en la humanidad y se las ingeniaba para repetirla ante cada hombre que le atraía. Fue inútil.

Hizo un involuntario movimiento de fastidio; el perro le hundió una de las patitas en el descote; las ásperas callosidades y las uñas le rasparon la piel, entre los senos. Cerró los ojos. Las manos fuertes, nervudas, callosas de un marinero recogían un cable de amarre en Montevideo; le había detallado el cuerpo, el hinchar y relajarse de los músculos. No logró distinguir entre el temblor del perro y el suyo; furiosa le retiró la pata.

La alegría que le brotaba desde el estómago le humedeció los ojos: ¿y si lo arrojara al mar? ¡«Mickey» se ha tirado al mar! Forzosamente, la gente compararía esta caída con la de Amrei. Le costó callar un grito. Había encontrado la manera de ridiculizarla.

Los ojos del animal se agrandaban más por el miedo; temblaba hasta la punta de las orejitas. Lo sostenía por la hebilla del collar. Bastaría con que levantara su mano unos centímetros y le diera un empujón. Quizá necesitara el auxilio de la mano de Lucio.

Miró en derredor; en esa banda el sector de puente estaba casi vacío, nadie conocido al menos. La mañana gris amenazaba chubascos. Escuchó dos o tres ladriditos; después, una especie de ronroneo entremezclado con quejidos. Seis años de tenerlo en sus brazos y utilizarlo como calentapiés en la cama; hasta lo había hecho dormir entre sus pechos, como la cabeza de un hombre. Adivinaba sus pensamientos. Nunca más tocaría esa porción tibia de piel y carne; la única piel extraña y viviente que le pertenecía.

Levantó la mano con suavidad, los ojos clavados en el movimiento que realizaba, y dio un empujoncito. Un aullido agudo, casi un chillido femenino; el de «Miss Turingia» en la piscina de *champagne*. Se inclinó por sobre la borda. A toda la gente

le gustaba tirar cosas al mar y ver como desaparecían; se imaginaban más seguros. No vio nada, ni el más mínimo rastro entre las olas que levantaba la proa. O puede que fuera esa mancha negruzca que apareció en la cresta muy blanca.

—¡Mickey! ¡Mickey! —gritó con aullido semejante, y echó a correr hacia una de las escaleras. Tenía que encontrar a uno de los oficiales; al primer piloto que en el baile le había permitido estrecharse, pegarse a él. La gente de mar necesitaba mujeres; llegaba un momento en que todas las mujeres tenían lo mismo. Divisó un blanco uniforme y las hombreras con insignias doradas. Qué más daba no fuera el primer piloto; se arrojó en sus brazos gritando:

—¡Mickey! ¡Mi «Mickey» se ha suicidado, se tiró al mar!

El sorprendido oficial la rodeó con sus brazos. Ya no necesitaba representar, lo creía firmemente:

—¡Mickey!, ¡mi pobre perro, se tiró por la borda como Amrei Morgenstelle! ¡Mi pobre perro! —terminó con voz ahogada.

Lucio miró los espejos del *hall* principal; le pareció, por primera vez, que sus imágenes se repetían y entremezclaban en forma demasiado ostensible.

—¿Te llaman a declarar? —preguntó con frialdad, acercando el cigarrillo al encendedor que le ofrecían; tampoco apoyó el meñique en la mano de Henrich.

—Sí, me han llamado... —luego de dudar, agregó—: Sí, *Herr* Guzmán.

—Ya sabes que no tienes que mezclarme en nada, ¡en nada! —repitió duramente, para después volver al tono habitual—: Además, tú conoces lo que vale la palabra de un *groom* en oposición a la de un pasajero de primera... Von Baerlepsch odia la mentira... A mi pedido, Alves de Souza y su querida felicitaron al Comandante por tu «distinguido comportamiento» la noche de... bueno, tú sabes.

—Muchas gracias, *Herr* Guzmán —murmuró, avergonzado.

—Tienes que aprender, también, a no ruborizarte... Hay muchos espejos...

Despaciosamente, subió por la escalera hasta el puente de los deportes. Necesitaba finiquitar el *affaire* Morgenstelle; no perder tiempo en sutilezas sobre la culpa por acción u omisión. Si el tiempo mejoraba, pronto llegaría la hora de la piscina, la de la merienda, la del cóctel con Pepa en su Cantón, la del almuerzo y la siesta. Dormir desnudo entre el olor a nuevo, a cedro lustrado, de la cabina, el inesperado tintinear del vaso en el gollete del botellón, un suave y meloso crujido de la *boiserie* y el muy lejano ronroneo de los motores. El casco del barco rasgando una espesa tela italiana de seda azul marino. Pasando desnudo sobre un mar lleno de peces y monstruos, como sucedía entre los hombres.

Antonio Medina, horrorizado porque había aumentado dos kilos de peso, jugaba al *schuffle-board* con los Ladho y Alves de Souza, sin esa «secretaria demasiado privada» que no aceptaba Josefina, ¿cómo Ladho podría haber elegido a ese mujerón? La noche del baile, cargada de collares, parecía un caballo de trineo. Era simple: su primo el canciller.

—¡Pluga a la Divina Providencia otorgarnos buen tiempo para la revancha de esta

tarde! —exclamó Ladho.

—¡Pluga! —repitió Lucio—. ¡Siempre que Alves de Souza no nos haga llover *champagne!*...

—Con mucho gusto, Lucio; siempre que usted nos organice una fiesta digna de su fama.

Xavier dejó rodar su mirada por la sala del comando. Se repantigó en la butaca de cuero; no recordaba haber estado en un ambiente más cómodo y lujoso. Nunca había entrado en los salones de primera, ni siquiera en los de segunda; no podían echarle en cara que se aprovechaba de las franquicias que le consentían, nada más que por su hábito religioso. Miró por el ancho ventanal; después de un aguacero y varios chubascos, el sol de la mediatarde comenzaba a atravesar las nubes que se deshilachaban. El Comandante leía atentamente su declaración, ¡ojalá demorara un tanto más! Este momento se lo debía a Amrei. ¿Comenzaría así la molicie de los ricos? Amrei tendría que haberle dicho algo semejante a: «El primer milagro de Jesús fue convertir el agua en vino, para unas bodas, para una fiesta...». Ella tenía que haberlo visto postrado junto a su bote número 6. Cuando saliera, volvería a conversar con el botones Gerber sobre Amrei; le había caído muy simpático el alemancito; su madre había nacido en Mieres, de Asturias; su padre, que era contramaestre, se había enamorado de ella y se la llevó a Hamburgo. ¿Habría encontrado, por fin, un amigo? ¡Vaya a saber lo que le esperaría en España, donde los «rojos» habían quemado la casa Arzobispal de Oviedo! Jesús había entrado en Jerusalén, sabiendo lo que le aguardaba desde la eternidad. ¿Por qué habría de compararse con Jesús y no con el más humilde e ignorado de sus discípulos?

El Comandante dejó las tres hojas mecanografiadas sobre el escritorio; había hablado demasiado, quizá hubiese bastado con una cuartilla.

—Por mi parte, señor Comandante, he terminado el interrogatorio del pasajero Méndez —dijo el Comisario General.

—Creo que falta algo importante —dijo von Baerlepsch, golpeando el cristal del escritorio con el índice derecho—. Usted, señor Méndez, pretextó que se había acercado a la señorita Morgenstelle para hacerle firmar un petitorio, ¿dónde está, puesto que no lo he recibido?

No esperaba esa pregunta; quedó azorado, la vista fija en el retrato de Adolfo Hitler, que pendía en la pared, y le miraba entre cómico e imperioso por encima de la cabeza del Comandante.

—En mi armarito... Cambié de parecer luego de... lo sucedido.

—¿En la piscina, después del baño que nos confesó? —preguntó con ironía el Comisario.

El Comandante rio burlón.

—Es muy probable que sea así; Dios se sirve de los instrumentos más inesperados, señor Comisario General. Debo aclarar que siempre me he bañado cuando no había pasajeros, cuando no molestaba a quienes tenían derecho a hacerlo

—contestó sin la menor acritud. Las palabras pueden cumplir su misión sin necesidad de herir a quienes las escuchan.

—Ese petitorio es una pieza necesaria para el sumario. ¿Tendría inconveniente en ello?

Vaciló unos segundos; recorría de memoria las partes principales. Le sorprendió, ya no le parecía escrito por él.

—Al firmarlo, la señorita Morgenstelle me dijo que lo transformaba en un petitorio para mí... He principiado a comprender que así es. —La vista le quedó en el dedo del alemán, que se prolongaba en el reflejo del cristal; por un instante, perdió su rigidez autoritaria, luego, desapareció en el puño, con el cual dio un golpe seco.

—Bien, señor Méndez, guarde usted una copia y me entrega el original. ¡Eso es todo!

Era una carta de Amrei para él mismo. Las entrelíneas se llenaban, día a día, con palabras de ella. No podían quitársela. ¡Sí que podían! Era la fuerza del César que ansió desatar contra ella. Un último intento de rebelión; se puso en pie, su negra, alta y magra imagen se reflejaba en el mismo cristal que el puño del capitán. Contuvo el ruego, el capitán no cejaría. Le miró expresando lo que silenciaba. Se estrelló contra la adustez de esa cara que el cuero cabelludo afeitado diluía en límite impreciso, y que se continuaba en la del retrato, aunque los dos hombres se detestaran, en razón de la actitud de mando. Al César lo que es del César. El mando; Él había renunciado al mando. La dulzura y el amor, eran su gran rebelión. Inclino la cabeza atento al mecanismo del movimiento; en el cristal le pareció semejante a la cabeza exhausta... Cerró los ojos, no tenía que compararse...

—Así se hará, señor Comandante —dijo, volviéndose para salir.

Los hermosos muebles del salón comenzaban a desdibujarse, como los mástiles y las jarcias en días de niebla. De su cuerpo brotaba esa quejosa sirena que usaba el barco los días de niebla espesa. De nuevo, precisaba arrodillarse y rezar quedamente, en el rincón más oculto, donde no molestara el paso de nadie. Rezar, aún, ante el involuntariamente impúdico secretario del ministro. Abrió la puerta y salió. La mirada del hombre del retrato se le clavaba en la nuca.

En la antesala, muy erecto en su silla, Henrich Gerber esperaba su turno. Le tendió la mano, ocultándole los ojos. Un muchacho no tenía por qué ver los ojos húmedos de otro muchacho, ¿y si no, quién en el mundo? ¿Por qué el mundo del Galileo se le llenaba de ternura, como si estallara una rosa? Pondría la otra mejilla al Comandante y al hombre del retrato. Siempre habría en el mundo más mejillas que puños llenos de odio. Un destello de alamares y charreteras doradas y la mano que surgía de una manga muy blanca para sostenerlo con el simple contacto. Los dedos borrosos se desasían, se individualizaban. Abrió la portezuela y se encontró en un pasillo. Tuvo que ceder paso a una mujer.

Con decisión, y anteponiéndose a Henrich, Lillian entró en la sala del Comando.

—¡Señora Morgenstelle! Es un placer verla... ¿Ha cambiado usted de parecer? —

preguntó von Baerlepsch, sorprendido no sólo por la presencia, sino por el aire demacrado y ausente.

—Vengo a entregarle esto, que mi hija dejó para los «Huérfanos del Mar». También, a pedir una copia de la carta de ella, creo tengo derecho a poseerla —soltó, como si no hubiera escuchado la pregunta, mientras dejaba en el escritorio el pesado sobre con las joyas de Amrei.

Se hablaba a sí misma. Precisaba explicarse cómo Amrei había sido capaz de hacer, por el amor de Joaquín, algo que ella no se atrevía.

—Tiene usted, señora, un derecho perfecto; inmediatamente ordenaré que se haga una copia y se la enviaré a su departamento... ¿Puedo serle útil en algo más? —Recién, entonces, recordó el sobre—. Desearía, señora Morgenstelle, que este sobre fuera abierto en su senda y la del señor Comisario... para labrar el acta de rigor...

—No es necesario, señor Comandante. Si bien mi familia tuvo motivos para desconfiar del nacional socialismo, mi caso personal, y el suyo, señor de Baerlepsch, son distintos. Confío en su palabra. En cuanto a esa donación, como mi hija era menor de edad, yo la autorizaré legalmente. Muy buenas tardes, señores.

XV

El «Baile Africano», ambientación para la escala en Dakar, como podía leerse en el anuncio adornado con dibujos de tótems y máscaras senegalesas, que ocupaba el centro de la vitrina del *hall* de los salones, se había transformado en otro de los éxitos del Comisario General.

—Lo felicito, Guzmán... Espero que nuestra conferencia, mejor dicho, la de Gómez Campero, tenga un suceso semejante... —dijo Carlos, acercándosele. Había llegado el tiempo de estrechar amistad con el magnate brasileño y, para ello, tenía que «tragarse» a Lucio.

—Su conferencia, o por lo menos la presentación..., será un éxito; pero esto..., perdóneme Suárez Varela, es como una Cámara de Diputados, se necesitan representantes de todos los sectores... cosa muy difícil de armonizar.

—Si fuera un barco inglés, otra cosa hubiera sido. Ellos están más acostumbrados a los clubes, a los círculos cerrados... —dijo Alves de Souza.

Lucio lo miró sorprendido, luego sonrió amistosamente; repetía como suyo lo dicho por él, antes de la llegada de Suárez Varela. ¿Empezaba a aceptar su «colaboración literaria o social *ad honorem*»?

El Comisario miró la hora; la 1 de la madrugada. Sonriente subió a una de las esquinas del estrado que, en parte, ocupaba la orquesta, y, en lo restante, serviría de escenario. Hizo una leve inclinación de cabeza hacia el Comandante, refugiado en el «Cantón Sert»; acababa de recibir un cable designándolo delegado del Partido. El «von» Baerlepsch tendría que seguir muy cautamente las normas del *Führer*. Terminó la música de *jazz* y continuó el clásico tamborileo y sonar de trompas. Lucio creyó estar en un circo.

—Señores pasajeros —dijo el Comisario, cuando logró el relativo silencio que le era dable solicitar—. Antes de comenzar los números de *varietés*, extrema gentileza de distinguidos viajeros, y el *souper froid*, de acuerdo con el programa conocido, tengo la nobilísima misión de destacar un gesto de generosidad que en ustedes ha de tener digno eco, a no dudar, y de expresar un profundo agradecimiento. Helos aquí: Antes de tomar la triste resolución que todos hemos lamentado, la señorita Amrei Morgenstelle resolvió donar todas sus joyas a la «Asociación Pro-Huérfanos del Mar», actitud que fue rubricada por su señora madre. Las joyas que componen esta donación, han sido tasadas por el distinguido joyero señor Ricchiardi, que nos acompaña en este viaje, en una suma equivalente a 25 000 dólares —hizo una pausa para dar lugar a murmullos y exclamaciones, mientras extendía un papel para leerlo—. Hemos recibido este inalámbrico en contestación al que enviáramos nosotros: «Rogámosle agradecer públicamente nobilísimo gesto. Un pabellón llevará nombre Amrei Morgenstelle. *Stop*. Presidenta Huérfanos Mar».

Un aplauso elegante, discreto, acogió sus palabras; no tenía el entusiasmo deseado. Los argentinos, tan quisquillosos, pensarían que había pretendido darles una

lección; los uruguayos, tan politiqueros, que todo era invento de los nazis para sacarles plata, y que esas colectas irían a parar a manos de Hitler; los brasileños fantasiosos, que la suma no era tan gigantesca como para tamaño bombo y platillos. Por algo el Comandante le había cedido el «honor» de dar a conocer la noticia.

Virginia enjugó una lágrima; estaba por proponer que una comisión fuera a saludar a la señora Morgenstelle, a su departamento, cuando escuchó la voz de Nicole:

—En mi calidad de «Huérfana del Mar», por el suicidio de «Mickey», reclamo la parte que me corresponde: un collarcito, esa copia del que usaban las bellas del Renacimiento...

Se produjo un silencio desconcertante, como si nadie supiera qué actitud sería la elegante. Lucio soltó una medida exclamación irónica, que no ocultaba algo de admiración. La acción de Nicole al «suicidar» a su perro, era la más sutil y femenina que había conocido en su vida. Desde el «Cantón Sert» se escucharon exclamaciones y comentarios en voz baja, la mayoría en francés. Nicole descubrió que su sonrisa se transformaba en mueca; la borró. Si no había sobrepasado la medida del buen gusto, le faltaba posición social como para permitirse esos desplantes. Se lo hacían sentir.

Carlos interrumpió la conversación con Alves de Souza y ese *Mr. Clarck*, que había sido tan amable con Susana en el puerto; ¡debían existir los cacareados millones de los Morgenstelle! Joaquín no era tan dispendioso, menos con las mujeres...

—Señor Comandante, ¿sería usted tan amable de comunicar al Comisario que no recitaré el poema de Paul Éluard, como está anunciado en el programa? Dé como excusa que estoy afónica... o lo que a usted le parezca más atinado, von Baerlepsch... —cuchicheó Pepa Osorio, y el Comandante en persona fue a transmitir su mensaje. Cesó su nerviosidad y preocupación; había accedido a la proposición de Alves de Souza, por el placer de escucharse decir en francés; en París se había negado a grabar discos con poesías de Rimbaud y Verlaine, pero algún día sucumbiría al fascinante encanto de escuchar su voz cálida y rica de matices. También, y esto era simplemente absurdo, para deslumbrar a Lucio. Pero todas las cosas tenían su *measure*. Nicole había puesto de manifiesto la de esta noche, la del viaje, y hasta podía marcar al «Turingia»: «un barco donde Pepa Osorio no quiso “decir” a Éluard».

Al escuchar el anuncio, el maestresala debió comprender que se suspendían todos los números de *variété*. Apenas el becario en Roma había principiado con «Pastoral y Capricho», de Scarlatti, bajo la protección imponente de Josefina Ladho, de pie junto al piano, los mozos invadieron el salón con bandejas y mesillas rodantes; el ruido del servicio y las conversaciones cubrieron la música. El pianista se interrumpió. Los Ladho cerraron la tapa del piano con un golpe seco, que por un instante acalló el ruido.

—Ciertamente, señor Comisario, por la organización, ¡esta es una fiesta de tribu africana! —exclamó Josefina, fuera de sí.

El bullicio, que volvía a crecer entre las risas de la gente joven, cubrió las inhábiles excusas del Comisario. Jamás le había sucedido algo semejante, ni siquiera en la Línea de Oriente, con su pasaje tan heterogéneo.

Lucio se le acercó sonriente y sereno; la amistad de un Comisario General podía serle de extrema utilidad en ese «momento menos pensado» que pudiera meterlo en aprietos. «Hacete amigo del juez y no le des de qué quejarse, siempre es bueno tener palenque donde ir a rascarse». Lo tomó del brazo.

—Ordene a la orquesta que siga tocando bailables... ¡El «Danubio Azul»! Sí, un vals... Una sorpresa romántica siempre calma los nervios de cierta edad, y hace sonreír a los jóvenes...

El Comisario obedeció como un autómatas.

—En verdad, es lo único que sabe tocar su orquesta, mi querido amigo... —dijo, entre sonriente y protector, señalando con un movimiento de cabeza a Pepa Osorio, que comenzaba a bailar con el Comandante—. Tenga coraje, ¡es preciso para arrastrar semejante lanchón!, y saque a la de Ladho... A los postres, mi número le salvará la fiesta...

A poco, arrastrados por la cadencia melódica y el entusiasmo de la orquesta, los salones se poblaron de parejas. Lucio se imaginó una suerte de mago sudamericano. Hasta Susana accedió al feliz y nostálgico pedido de Carlos.

—¡Hacía dos años que no bailábamos! —exclamó, para agregar echando hacia atrás la cabeza—: ¡Como en nuestro viaje de bodas!... Pero nada de vueltas, querido... Despacio, para que de nuevo pueda sentirme una niña...

—Una niña entre mis brazos... ¿No te parece increíble, amor mío, el poder evocativo de la música... y un poquito de *champagne*?

—Hace tres años que no me llamabas... «amor mío...».

Un aplauso entusiasta, sostenido, y hasta un leve clamor como nacido en el recobrado fru-fru de las sedas, recorrió los salones. Lucio tuvo deseos de inclinarse en una reverencia muy medida y agradecer los aplausos. No eran para él. La gente se jactaba de no creer en los magos, les ponía otros nombres científicos. No lo aplaudían a él; se aplaudían por lo que habían recobrado o descubierto en sí mismos. Desde el parque divisaba, rodeando con un brazo el cuello de su primo, tenían 9 años, el baile en la gran terraza de la estancia de la abuela. Las graderías de mármol, los espigados faroles dieciochescos, las palmeras enanas. Luces, brillos, cristales; sedas y encajes perfumados, cintajos, preseas y ringorringos. Las *flûtes* de *champagne*, los criados presurosos, aquiescentes. Los milords, los breacks, los automóviles sedan y cabriolet. Los magnolieros. Los pianos, los violines, el ritmo cadencioso, alegre, dichoso, despreocupado. Las largas mesas, los manteles de hilo y encajes y randas, la platería. Fuentes, fuentes y fuentes con menudas montañas de manjares sucediéndose acompasadamente.

—¡No sé cómo agradecerle, Señor Guzmán!

—¡Ahora sí, *champagne*, mucho *champagne*! Es necesario que todos crean que

han soñado, hasta usted, señor Comisario...

—¿Y usted no bailó?

—Alguien tiene que permanecer despierto y lúcido para guiar a los que sueñan... Esta es la historia de la humanidad... Ahora nada más que *jazz*, ¡*jazz*! Y, de vez en cuando, un tango... nosotros podremos mirarlo en menos, pero nos disgusta que los extranjeros hagan lo mismo... piense que hasta un Papa tuvo que dar su fallo en favor de nuestro gran calumniado... Luego, vendrá mi número... ¿Qué puede hacerse con un animalito hermoso? Acaso, que los animales feos no se sientan despreciables. Consolar a la humanidad, mi querido amigo, justificarla. Desde el principio de los altares, siempre se ofrecieron en holocausto los seres hermosos...

La risa calculada de Lucio, como si descendiera en el tono formando parte de una escalinata de piedra muy primitiva, azteca, maya, micénica, lo inquietó; deseó apartarse, no sabía ni podía conversar con él.

—El misterio es uno de los nombres del miedo... —agregó Lucio, sonriente; desde el primer encuentro detestaba a ese nazi, que, en un «malhadado momento», podría tener su vida en sus manos de bruto impiadoso. Le palmeó las espaldas—. No se preocupe, su fiesta será memorable. Voy a preparar a la víctima propiciatoria... Si resulta mal, el oficiante cargará con la culpa... y no usted...

Salvo el pianista y la batería, lo restante de la orquesta abandonó el estrado. El Comisario, nervioso, se limitó a leer el programa: «Danza ritual senegalesa, creada por la señorita Inés Aranda, “Mis Turingia”. Coreografía y vestuario de Lucio Guzmán». Al descender, le sorprendió el silencio expectante, mechado de cuchicheos.

Se apagaron las luces del salón; bajo las rojiamarillas de dos reflectores, apareció Inés cubierta completamente por una capa negra, que sólo dejaba ver mínima parte de la cara. Un maquillaje azul en las cuencas de los ojos se extendía diluyéndose en las mejillas; los labios agrandados por el *rouge*. Permaneció hierática durante la introducción orquestal. La partitura la había tomado de un disco del «Museo del Hombre», de París, grabado en una tribu del Senegal. Lo guardaba como una joya: la gente joven adora las grabaciones extrañas; cada pez necesita su carnada.

Las pantorrillas le temblaban a la espera de la secreta señal de Lucio; algún día, en una fiesta en casa de sus parientes parisinos, repetiría este baile. Los franceses adoraban todo lo que fuera exótico. Sí, Lucio sacó el pañuelo de apariencias y lo llevó a la boca.

Dejó caer el manto de seda, mientras el baterista, en un *crescendo* acompañaba las exclamaciones de inquieto asombro. Su «vestuario» se reducía a tres guirnalda de plumas de avestruz: una en la cabeza, la otra sobre los senos y la tercera en las caderas. «Cuando noten lo demás, la gente ya habrá tenido tiempo de escandalizarse», le había dicho Lucio.

Volviendo el pañuelo al bolsillo del *smoking* blanco, se replegó sobre sí mismo. Los hombres lo envidiarían. Un mujeril suspiro de alivio y cortas exclamaciones; ya

se habían dado cuenta que, además, una malla color carne le cubría el cuerpo. Se sentirían deudoras para con él, arrepentidas: un crédito futuro para aprovechar. Todas sus acciones «podrían» tener una malla de inocencia. Una salva de aplausos como excusa.

—¡Lucito! ¡Lucito! ¿Qué significan esas rayas negras, rojas y verdes que tiene sobre la piel? —cuchicheó Virginia, extasiada.

Sus pechos enormes interceptaron su visión del escenario; sólo ella podía imaginar, tranquilamente, que estaba desnuda.

—Pintura tribal para la guerra, en una interpretación de Picasso —contestó, seguro de que sabría tanto como antes—. ¡Júrame que nunca sabrás quién es Picasso!

—Te juro, Lucito —contestó mecánicamente, sorprendida por los raros movimientos; algo tendría que haberle hecho mal a esa muchacha. ¡En primera se comían tantas cosas indigestas!

«¡Voluptuosidad, más voluptuosidad!», la había incitado Lucio, durante los ensayos. «Como si estuvieras en brazos de un negro...». Tuvo ganas de huir despavorida.

Los movimientos de caderas y los golpes de estómago, arrancaron nuevos aplausos masculinos.

Carlos dejó la masita de almendras que mordisqueaba, y bebió un sorbo de *champagne*, la mirada fija en ese cuerpo; se había adelantado hasta la gente que permanecía en pie, para escapar a la visual de Susana. Hubiera sido más apetitoso y menos complicado ese animalito sensual, que viajaba solo; pero ya se había puesto demasiado en evidencia por causa de Amrei.

Lucio alzó lentamente la mano derecha y, como si llamara a un mozo, hizo una castañeta. Los muchachos, los hombres jóvenes, habían comenzado a cercar el estrado; sonrió, si no fuera por la rítmica percusión del baterista, escucharía sus respiraciones. Luis Casel tomó asiento en el extremo de la tarima, cruzó ambas manos sobre una rodilla para hamacarse levemente, los ojos claros pendientes de ese cuerpo; tenía que haber cruzado las manos para no tenderlas instintivamente. Escuchó un fogonazo del fotógrafo de a bordo.

Las manos abiertas, acariciándose los muslos, con un palpar y repulsa al compás de la música, fue inclinándose hacia atrás intermitentemente y en la medida que apartaba los pies. Un arco que tenía como eje la temblorosa guirnalda de plumas de las caderas. Un nuevo aplauso más fuerte y sostenido. Otro fogonazo. Como para ocultar su sonrisa, Lucio levantó el vaso *de Ye Monks* que había dejado junto a una pata de la butaca; tintinearón los trocitos de hielo.

El piano y la batería iniciaron el ritmo de danza. Lucio eludió la mirada de Inés, que comenzaba a «recorrer el escenario con pasos de leopardo encelado». Luego «estremeciéndose dislocadamente, el despertar de la pubertad». Escuchó la risa nerviosa de Nicole; de nuevo, intentaba probar y dirigir el ambiente.

Carlos dejó la copa vacía en la bandeja de un mozo, que se había detenido a

contemplar el espectáculo; le parecía absurdo que un cuerpo tan armonioso de líneas y volúmenes, fuera capaz de vaivenes tan faltos de gracia y ritmo. A sus espaldas, escuchó risitas femeninas; el «Cantón Sert» acababa de inclinar el pulgar imperialmente hacia abajo.

—¡Es bárbaro! —susurró Pepa Osorio. Lucio había estado a punto de hacerle una trastada embarcándola en esta farsa... Aunque, en verdad, ella misma... De todas maneras, ¡a rienda corta! Esa risa guaranga, tenía que ser de «la» Riolvi. ¡Pobre Susana!... La política era el mayor riesgo social.

Susana la miró como si se excusara por esa risa. Por amiga que fuera, no podría aceptar esas razones políticas... Todavía si se tratara de la mujer de un presidente de la República. Susana volvió la vista hacia la nuca de Carlos; no necesitaba verle la cara para conocer sus expresiones.

Inés intentó el «giro etéreo de un ave del paraíso que cae herida»; el tablado resonó como si recibiera el impacto de una bolsa de trigo. El baterista cubrió las primeras carcajadas, mientras «Miss Turingia» giraba sobre sí misma revolcándose. «*Cara bambina*: ¿tú no has visto a la Pavlova muriendo como un cisne?». Se repetían las carcajadas dichas de las mujeres y las nerviosas y excitadas de los hombres. «Te cubres de nuevo con la capa para evitar a la tierra el duelo de tu muerte. Tres movimientos con las piernas, y quedas inerte».

Lucio inició, riendo, el aplauso; las tres pataditas finales habían sido «bárbaras», superior a las de cualquier ensayo. Los aplausos y la batería se entremezclaron. «¡Bravo!», gritó, volviéndose hacia la gente.

Entre el clamoreo y los aplausos, Inés se puso en pie, e inició la «serie de reverencias versallescas». La ovación subió de tono. Nunca olvidaría este viaje; quizás, había descubierto su real vocación.

Carlos se sorprendió al divisar a Lucio. No le cupo duda de que sólo había querido divertir cruelmente a los demás... ¿Acaso los que reían nerviosamente, para cubrir sus verdaderas reacciones, no obraban en modo semejante? También, podía haberla incitado a bailar para poner en ridículo a la más hermosa de las mujeres de a bordo...

Nicole se abrió camino y estrechó a Lucio en un fuerte abrazo.

—*Mon cher*, ¡me has devuelto mi reinado!... Por comparación con tu espectáculo, la muerte de mi pobre «Mickey» se ha convertido en una obra pía... —susurró, antes de darle un mordisquillo en el lóbulo de la oreja—. Te marco, mi divino perverso...

Sin darle tiempo de contestar, Antonio Medina lo arrancó de los brazos de Nicole para estrujarlo entre los suyos:

—¡Deliciosamente bárbaro! Te regalaré ese picaresco y faunesco broncecillo pompeyano...

—¡Gracias, querido, pero es falso!, y lo de esta noche, aunque te sorprenda, ha sido muy auténtico...

Temblorosa por la emoción, Inés se volvió hacia el baterista:

—¡Mi Álbum, Jimmy, por favor!

Apretándolo contra el pecho, se dirigió hacia «su descubridor», sonrió con arrobo. «Sí, señor periodista, un brillante colega suyo me descubrió... No, usted no lo conoce, es de la *Amérique Latine*...».

—¡Lucio! ¡Lucio! Yo cumplí con lo prometido, ahora te toca a vos... ¡Tenés que escribirme un pensamiento!

—Primero, está escrito, tengo que besarte en tu ignorado Huerto de los Olivos, para que te reconozcan, para que «todos» te reconozcan... —Al posar sus labios en la segunda mejilla, tan fresca, tan desprovista de caparazón, descubrió, ¿todavía era capaz de sorpresa?, que la garganta se le anudaba. ¡Ridículo! Carraspeó y bebió lo que restaba del vaso que había conservado en la mano. Los trocitos de hielo le tocaron los labios; algún día, sus labios estarían como esos trozos. Sonrió—. Dame tu Álbum, *cara bambina*...

Abrió la pluma fuente y, con su letra vertical, de trazos gruesos, sinuosos, armoniosamente llena de ganchos y curvas, escribió:

«Para mi amada estatua en movimiento, de su arrepentido Pigmalión.
Marzo, 1935».

—¡Gracias, Lucio! Después lo leeré; no quiero que la gente se me escape —dijo, tendiendo el grueso volumen al Comisario, quien se acercaba al grupo.

—Lucito... —comenzó Virginia, que había leído por encima del hombro.

—Ya sé... —contestó con aire escolar—: Pigmalión fue un escultor griego que se enamoró de una estatua suya y consiguió que Afrodita, Venus, le diera vida.

El Comisario firmó de prisa y, mientras los jóvenes se disputaban la firma del Álbum, se acercó a Lucio:

—¡Lo felicito! Me había asustado... Creí que iba a ser algo dramático y resultó graciosísimo.

—Nada de lo que yo hago, mi querido amigo, se parece a lo que realmente es. Recuérdelo siempre... —dijo con aire displicente, mientras su mirada recorría el salón. La detuvo en la puerta que comunicaba con el *hall*; le sorprendió no divisar a Henrich.

XVI

—Terminó el amarre, y ya comienzan a bajar, ¿qué decides? —preguntó Carlos, volviéndose hacia su mujer recostada en la cama.

El resplandor de la resolana entraba a través de las persianas cerradas. La silueta de su marido se recortaba neta; había engordado algo, pero casi era la misma.

—¡Dakar! —paladeó la palabra—. No, con este calor y después de almorzar tanto, prefiero una siestita... Me quedaré, luego, con Pepa y los Ladho... para ver los negritos zambullidores... —En realidad, tenía miedo de ver Dakar de distinta manera; comprobar cuánto había cambiado, en ambos, la forma de mirarla.

—Los negritos pescando monedas, no es un espectáculo que me atraiga, hasta me parece denigrante.

—¿No puedes dejar de mirar las cosas a través de tus doctrinas políticas? ¿Dejar de ver injusticias por todas partes?

—No, y tú, ¿puedes?

—Supongo que sí... los católicos somos comprensivos...

—Y cómodos. Ustedes han transformado a Jesús en un modelo cortado por... Paquin o esa Cocó Chanel —dijo, mirando hacia la escala.

—Puede ser... Y que resista todo eso prueba su grandeza... No discutamos más, sería inútil... ¿Qué miras?

—Espero que bajen los conocidos y los fastidiosos, para que no se me peguen... Si no veo Dakar contigo, prefiero verlo solo. —Era sincero; aunque si «Miss Turingia» bajara sola... O esa brasileñita tan pizpireta que comía cerca de ellos—. ¡Ah! ¡Quién entiende a las mujeres! Ahí bajan Inés Aranda y Lucio Guzmán. Con ese individuo tan... tan...

—¿Raro?... Piensa lo que sería el viaje sin él: ¡con Ladhos, Riolvís, Souzas, Camperos y *tutti quanti*! Tiene razón Pepa, dice que ustedes no tienen caridad ni comprensión y que por eso nunca lograrán justicia.

—¿Volvemos a empezar? Hoy tienes una digestión filosófica...

—Es posible —rio, remoloneando—. Las «*Tripes à la mode de Caen*», ¡llamarle así a nuestro pobre guiso de mondongo!, siempre me caen pesadas... Baja... ¡Ah!, no te olvides de tomar agua de Vichy...

—¿En la plaza de los grandes baobabs?

—Sí, junto a la tienducha de *souvenirs*...

Nicole hizo un último saludo con la mano al taxi en que se alejaba Lucio y otros pasajeros.

—Lucio siempre heroico y dispuesto a sacrificarse por las apariencias... ¡Mirá ese negrito! ¿No es una escultura? ¡Dame, dame más monedas! ¡Rápido!

—Sí, ¡parece un bronce etrusco! —contestó Antonio Medina, mientras con un gran pañuelo se enjugaba la transpiración y, con la otra mano, le tendía un puñado de monedas—. Tiene la piel patinada, barnizada...

Nicole alzó los brazos con desesperación. Tenía que mirarla. Los músculos del muchacho se marcaban inquietos, en acecho, como los de un potrillo que piafara. Haciendo bocina con las manos, gritó:

—*¡A vous, vous, le joli pantin!*

Ansiosa, calculó el movimiento. Había tirado muchas piedras cuando callejeaba con los muchachos. La moneda golpeó contra el bote pintado de rojo y azul.

—*¡Nos vio! ¡Tírale otra!* —exclamó Antonio.

Sonriente, el negrito levantó los brazos para zambullir.

—*¡Comprámelo, comprámelo!* —gritó riendo, luego arrojó la moneda con un suave movimiento, como para que rozara el agua. Se transformó en un pulido y vibrante arco de caoba; entró en el agua azul sin levantar una gota. Una daga en la vaina. Las piernas se multiplicaron en el cabrillar del sol. Sus movimientos se le escapaban, se tornaban misteriosos, envueltos en gasas palpitantes con los colores del arco iris. Se le detuvo la respiración, hasta que, de improviso, lo vio surgir con la gracia retozona de un delfín. La moneda de plata en la boca, tenía casi el color de sus labios—. *¡Comprámelo!* —susurró dolorosamente.

Carlos pasó cerca de ellos sin preocuparse, estaba seguro de que no lo verían. Entró a uno de los pasillos; lo llevaría directamente hasta el *hall* de ingreso. Cuando pisó el muelle respiró aliviado, aunque no era el mismo del viaje anterior. Con prisa se alejó de la feria y bazar que con artículos y «recuerdos» regionales habían improvisado los negros, con sus túnicas blancas, verdes o moradas, a lo largo del barco; todavía era posible que lo alcanzara la exclamación de un rezagado. Caminó entre buques de carga y grandes pilas de carbón, bordeó unos diques en construcción y salió del puerto. El centro de la ciudad estaba más lejos de lo imaginado. Levantó el panamá y enjugó la transpiración; bien podía haberse hecho reservar un taxi. Susana lo habría previsto, lógicamente. ¿Qué hacía perdido en ese suburbio?

Se dirigió hacia un grupo de casitas nuevas con jardín a la calle, el clásico barrio europeo. Más allá, comenzaba un médano de arena cuyas lomadas se perdían a lo lejos. Una muestra del desierto para los turistas. Caminó una treintena de metros por una calle lateral y desaparecieron las casas; se encontró entre tugurios, carpas y tiendas enterradas en la arena. Los chicos negros pululaban en una suciedad impresionante. El más decidido se le acercó para pedirle una moneda; debían ser las únicas palabras que conocía en francés. La dejó caer en una mano roñosa y pustulenta. Los restantes lo acosaron. Caminó rápido, hubiese corrido si no fuera por el temor de que lo viera alguno del barco o cualquier blanco.

Volvió a la calle de las casitas con jardín; la gavilla de chicos se detuvo antes, como si fuera el «límite» de a bordo. Al fin de cuentas, había obrado como Nicole y Medina, o peor que ellos: les había tirado monedas para escapar y no para verles hacer pruebas de destreza. Tenía los labios resecos, sobre todo, estaba fastidiado consigo mismo. Caminó con la esperanza de encontrar un taxi, que fuera o volviese del puerto; aunque estuviera ocupado por gente del barco, les rogaría que lo llevaran.

Pasaron dos negras jóvenes, limpiísimas y vestidas con vaporosos tules multicolores; la más joven lo saludó en francés, entre sonriente y apicarada. Le contestó sorprendido, y ella soltó esa risa atiplada de los negros. Se alejaban con rítmico y elástico andar de gacelas. La comparación de esos movimientos con los del baile de Inés, lo convenció de que Lucio no había sido tan injusto ni cruel.

En una toldería de tablas y latas de cinc, descubrió algo parecido a un despacho de bebidas; la suciedad le quitó el angustioso deseo de beber. De nuevo, y bajo el sol calcinante, quiso escapar. Un taxi surgió a sus espaldas y, como si lo adivinara, se detuvo a su vera; el chofer, un negro con fez rojo, le sonreía.

¿Y si siguiera a las negras y las invitara a subir? Nunca había tenido una piel de ese color contra la suya. ¿Dónde iría? ¿Y el chofer? ¿Y si algo le sucediera? Dos negras en una siesta en Dakar ¡era absurdo! ¡Nunca debía bajar solo en un puerto de escala!

A los diez minutos, descendía en medio del bazar improvisado junto al «Turingia»; compró el primer peine de marfil que le ofrecieron. Estaba seguro de que era falso, un hueso cualquiera, pero tenía que dejarse engañar para satisfacer su conciencia. Cuando Susana riera por causa del engaño, le contestaría que el Dakar de hoy era «falso», distinto al de ellos. Sólo él era distinto; desde antes de desembarcar ya no le importaban los baobabs, ni la mesilla, ni la botella de agua de Vichy. Al subir, dejó caer el peine en el agua.

Terminaba de secarse, luego del largo baño, cuando Susana entró; le bastó la expresión de él para comprender que no había estado en la plaza de los baobabs. Algo no le habría resultado; necesitaría tiempo para confesarlo.

—¡Te traigo la gran noticia! —Ya irían juntos al regreso—. ¡La Morgenstelle bajó, lo más tranquila, con los criminalistas alemanes!

—Hizo bien, la pobre infeliz... Casi no ha salido del camarote.

Cuando Susana abrió la boca, estaba seguro del sentido y tono de lo que diría.

—Siempre has sido demasiado... digamos «comprensivo», con esa familia.

—¿Sólo pueden ser «comprensivos» los católicos o insinúas algo? —contestó irónico.

—Dejemos lo primero por escolástico... En cuanto a lo segundo, ¿tienes motivos para creer que insinúo?

Prolongó la pausa; ella tenía que saberlo todo. Llegaba el momento de defenderse pareciendo audaz:

—Sí; todos saben que te he dado motivos.

—¿Confesión?

—Nunca te he engañado. Siempre, y en todos los casos, he terminado por decirte la verdad.

Sonriendo, Susana dudó un momento:

—Tienes un concepto muy sibilino de lo que es engañar... ¿Qué dirías si yo aplicara la misma teoría?

Lo dicho por su mujer era tan absurdo, tan anticriollo, que lo fastidió.

—¡Me parece ridículo! Lo que deseo confesarte es algo serio.

—Cálmate, otra vez seguiremos con tu singular teoría... ¿Cuál es la confesión?

Había sorteado el mal paso. Narró «la pura verdad». Al ajustarse el cinturón, tal si fuera un movimiento simbólico, contó lo del beso; de reojo notó que las manos de ella se crispaban en los brazos del sillón. Al oír lo del beso al chico muerto, no se pudo contener:

—Esas, siempre tienen una explicación para sus cochinadas.

—No fue una «cochinada», querida.

—Puntos de vista, querido... ¿Así que era cierto, Lillian los había visto? Ahora me explico lo que dijo aquí, y los chismes... y ciertos silencios, cuando yo llegaba al «Cantón»... Tendremos novedades en el sumario.

Dejó caer las guías de la corbata de moñito, que se estaba anudando.

—Supongo que no hablarás de esto. Si te lo cuento es... porque tenía un cargo de conciencia. El matrimonio no es cuestión de cama, únicamente.

—Aunque tampoco hay que olvidar eso...

De nuevo cayeron las guías.

—¡Caramba! Desde que subiste al barco estás hablando de una manera...

—En cambio, tú sigues con las mismas costumbres, resulta muy cómodo... Bueno, ¿cuál es tu cargo de conciencia? ¿Supongo que tu vanidad no te hará creer que se tiró al mar porque eras casado?

—Si sigues en ese tono, me veré...

—¡Ay, querido! —lo interrumpió decidida—. Ya sé donde vas... Tendré que pedirte perdón de rodillas porque se te ocurrió besar a una mujer.

Había llegado la oportunidad; sonriendo, se acercó y la besó en la mejilla.

—¡Querida! Nunca te hice arrodillar... ¡Qué va a pensar la gente! —terminó el nudo de la corbata; tenía que distraerla totalmente—. Querida: ¿dónde pusiste el chaleco gris perla? ¿No te parece que me quedaría bien con este traje?

Sin dejar de sonreír, aceptando las reglas del juego, Susana buscó en los cajones del placard, luego en el baúl-cabina. Cuando la vio cavilosa, preguntó:

—¿Y por qué se habrá suicidado?

—¡Hombre! Por lo que dice todo el mundo: al saber que su amante era también el de su madre...

—¿Y lo crees motivo suficiente, sobre todo cuando ambas se detestaban? ¿No piensas que quitarle el amante a una mujer que se detesta, es un motivo muy femenino para vivir y no para morir?

Susana se volvió con el chaleco en la mano. Se creyó en un palco de la Cámara, cuando su marido apabullaba a los contrarios. ¡La cara que pondría Pepa! Aunque ella tenía su teoría aun más... «picante»...

—Cuando uno posa de cínico termina exagerando...

—Cínico o simplemente veraz, ya ves que el famoso beso no tenía importancia.

La sensación de alivio se le transformó en despecho. Prefirió pensar que Susana había adoptado, a través de los años, su técnica de discusión. A veces, creía contemplarse en un espejo que lo feminizaba. Esto era, también, el matrimonio. Cambiaría el tema. Se olió las manos y tomó el frasco de agua de colonia.

—Es inútil, podemos ser muy antirracistas pero, pese a la ducha, no me puedo quitar la sensación de mugre, de olor a negro, catanga... —confesarlo, le pareció una concesión amable al «mundo de su mujer».

—A mí, en cambio, me parecieron adorables esos negritos, con todos los tonos del betún, que pescaban las monedas. ¡Hasta me hubiera gustado adoptar uno! —Le pareció una suerte de concesión al «mundo de su marido».

Unos treinta negros, con largas túnicas blancas y moradas, se acercaron al guinche que descendía la planchada de tercera al muelle. En conjunto, como resabio de las caravanas, la arrastraron hasta dejarla junto a los galpones. Un largo toque de sirena; Carlos se apoyó en la borda para sentir la trepidación. Los altoparlantes seguían repitiendo los nombres de los pasajeros que aún no se habían presentado en las comisarías a retirar sus pasaportes y devolver las tarjetas de desembarco. Entre los vendedores, que comenzaban a guardar su mercancía —horriblemente *cache*, según el «Cantón Sert»—, se detuvo un taxi. Inquietos y haciendo señas a quienes custodiaban la planchada de primera, la única que restaba, descendieron los Hollendorff, otro matrimonio alemán y, por fin, Lillian con un tótem de imitación caoba en los brazos.

No pudo quitar la vista de esa mujer madura, gastada, llena de «sucesos». Tenía, marcada en las facciones, esa posibilidad maligna que descubría en algunos retratos de la escuela flamenca.

Al subir por la planchada, Lillian descubrió a Carlos; no pudo escapar a su mirada. De nuevo, su cabeza se inclinaba y cubría la cara de Amrei, en la toldilla. Tenía que acceder al pedido del Comandante, deponer en el sumario y aclarar lo que su hija mencionaba en la copia de su carta, que llevaba en la cartera; lo de Carlos. Como desafío a toda esa gente que, ahora, después de la donación, la contemplaba con respetuosa curiosidad, quiso reír; hacer una broma a la señora Hollendorff sobre el falso peine de marfil que le habían vendido en la terraza de un café. Las mandíbulas se le apretaron como si, de nuevo, hubiera bebido con exceso. La noche anterior, durante la comida en el saloncito de su departamento, había tomado una botella de *champagne* ante la otra silla vacía: el puesto de Joaquín, en el cual Amrei se empeñaba en sentarse. Le leyó la carta, la interrogó; pero Amrei permanecía impasible. Joaquín era más pequeño que ella.

Al pasar junto a Carlos, volvió a mirarlo. Tenía la misma apostura de Joaquín, no podía negar que era «de la misma cría». Joaquín decía así. El profesor de español, que tuvo durante cinco años —tres con Amrei—, se horrorizaba de los modismos americanos; no le importaba; hablar en criollo era una manera de estar con Joaquín. Lo mismo habría sido para Amrei, ¿cómo pudo ser tan ciega?

Carlos desvió su mirada hacia el chofer del taxi, quien, luego de tender una alfombrita junto al coche, rezaba arrodillado y vuelto hacia la Meca, curvándose en profundas y repetidas reverencias. Intuyó que Lillian lo mezclaría, aun más, en la desagradable historia.

Con rapidez increíble, el aire se tornó fresco, casi frío. El cielo había perdido los tintes rojizos y la noche cayó de golpe. Se iluminaban los edificios perdidos entre los grandes y coposos gomeros azules. Los tres toques de sirena volvieron a estremecer el barco; esa exultante sensación que parecía volcarle hacia fuera las entrañas, no podía olvidarla desde la primera vez. Un barco era su sirena. Los ladrillos rojos de las construcciones de la islita que servía de fortaleza a la bahía, parecían negruzcos. Ni un canto, ni un baile había visto o escuchado entre esos seres cuya música hacía bailar al mundo blanco. Mustios, callados, como si ellos fueran los intrusos. En lo restante del viaje, redactaría una ponencia en contra del colonialismo, que haría vibrar al Congreso del Partido. Se volvió, deseoso de arengar a esa gente que, desde las bordas, contemplaba nada más que lo pintoresco. Sonrió con amargura. Si comenzara a hablar, todos encontrarían pretextos para alejarse; nadie tenía derecho a estropearles el viaje con «politiquerías».

Desde una de las mesas que el bar había desplegado sobre el puente, le llegaron sonoras carcajadas. Manson, Cortez y Clarck reían, sin duda, de uno de esos cuentos verdes que Cortez sabía contar con grada. Sería un cuento de negros.

En la cubierta y a popa, divisó a los cinco intelectuales y artistas. En un encuentro fugaz con Luciano Branco, autor y director teatral, le había prometido invitarlos a tomar una copa. ¡Maldición!, nuevamente los había olvidado. Los escritores eran los seres más susceptibles de la tierra; los traería a todos e invitaría al Comandante, aunque se fastidiara Lucio y su cotarro.

Como si lo hubiese adivinado, Lucio pasó con «Miss Turingia»; luego de saludarlo con insinuante sonrisa —tenía que saber lo de Amrei— ella le dijo:

—Tengo que hablar con usted, diputado. Quiero mostrarle algo que le interesará, supongo...

—¡Estoy a su entera disposición!

El cumplido le sonó a viejo. La miró alejarse contoneándose. Era una «yegua». Hubiera pagado por decirle uno de esos chistes que sueltan los muchachones en las esquinas populares de Buenos Aires. «¡Quién fuera horno para ese budín!». La negrita joven, la del atiplado saludo, volvía a caminar en su memoria. ¡Nada de memoria, realidad! Haría llevar una botella de Moët & Chandon a la cabina, igual que en el viaje de bodas. Su mujer merecía este homenaje, aunque fuera como excusa.

—¡Señor diputado! —repitió Henrich, tratando de lograr su atención—. El señor Comisario General le envía su correo llegado a Dakar por la línea Aero-Postal.

Un paquete de cartas y hasta algunos diarios. Dudó en mandarlo a la *suite*, pero un correo abundante prueba la importancia del destinatario. Dio una propina al

muchacho, y comenzó a revisar los sobres, en una mesa vecina a la de Cortez y su grupo. Abrió uno. Podría dejar olvidada esa cariñosa invitación del Presidente de Guatemala; varios la leerían antes de que volviera a sus manos. Tuvo ganas de arrugar y tirar al mar a la siguiente: un académico amigo le comunicaba que, aprovechando la ausencia de Gómez Campero, habían «bombeado» su candidatura; otro, que entre sus títulos poseía una elogiosa carta de los banqueros ingleses Baring Brothers, había triunfado en una elección entre gallos y medianoche. Creía que esta iba a ser la fundamental del correo, cuando reconoció la letra de Julio Galíndez, su amigo y miembro del Comité Directivo del Partido; para que se molestara en escribirle, algo malo debía suceder: también habían intentado «moverle el piso» a su candidatura a diputado. Cuando sus amigos insistieron, Riolvi comentó: «Bien. Completará la lista en representación de la frivolidad viajera». Cinco invitaciones para dar conferencias en otros tantos círculos culturales, le ofrecieron una especie de compensación. Del Comité Internacional, ni palabra. Se incorporó.

Asombrado se detuvo ante la vitrina de los anuncios. Un aviso destacado, señalaba, para dos días después, a las 5 p. m., la conferencia de Gómez Campero: «Una visita al Santo Padre, y el *status* internacional del Vaticano». Recorrió de prisa el afiche; su nombre no figuraba.

—¿Vio, señor diputado? ¡Lo conseguimos! Esta misma tarde, el ministro resolvió dar su prometida conferencia y se empeñó en que, de inmediato, se confeccionaran los afiches. Fue, él mismo, a la imprentita del barco —terminó feliz el Comisario.

—¿Lo resolvió a poco de recibir su correo aéreo?

—Sí, como él no bajó a tierra... —contestó, extrañado por la deducción.

Evidentemente, había recibido la misma noticia.

Al pasar por la biblioteca, dejó caer la carta del Presidente de Guatemala.

Lucio abandonó a Inés ante la puerta de la cabina; ya se había exhibido bastante. Al dirigirse a la suya, en el gran *hall*, se cruzó con el Comandante; su amable saludo lo convenció de que Henrich había callado. Al punto, deseó arriesgarse, tocar las brasas sin escaldarse.

—¿Y no me llamarán para interrogarme, en el Sumario, *Herr Kommandant*? Me interesaría sobremanera como periodista y escritor...

—No veo en qué puede usted, *Herr Guzmán*, estar ligado al *affaire Morgenstelle*... Lo reservaré para cualquier otra investigación más... ¿cómo diría yo?... «picaresca» que se suscitara...

—Dicho por usted, casi es un elogio... —alcanzó a decir mecánicamente, mientras el Comandante se alejaba, luego de una sonriente inclinación de cabeza. En lo sucesivo, debía preparar algo de más aliento para enfrentarse con este prusiano.

Abrió la puerta de la cabina. Sobre la cómoda, divisó tres cartas. Henrich y sus tres compañeros habían repartido la correspondencia... Bien podría habérsela entregado personalmente, aunque... Reconoció el membrete de la revista «Cúspide»; con nerviosidad, desgarró el sobre, y miró la firma de la corta esquila. ¡Era ella! ¡Lo

nombraba Secretario del Comité Intereuropeo de Colaboración! ¡Sus «divinos» golpes teatrales! Ladho tendría que enviarle a él sus «Correspondencias diplomáticas». Le tacharía ese epígrafe cursilón. Las leería, le prometería el oro y el moro, pero las dejaría dormir en el fondo de la carpeta, hasta que «pluguiera a la Divina Providencia» que los Ladho lo invitaran a pasar una temporada en Londres. ¡*London!* ¡El Derby de Epsom! El jaquet y la galera gris. ¡A cuántos de sus amigos haría rabiarse de envidia! La mitad de los hígados intelectuales de Buenos Aires quedarían destrozados. ¡Y los pelagatos de tercera!

Se tendió de espaldas en la cama. Por vía de la mujerona de Ladho y su pariente el Canciller, vendría «la carrera»; un puesto diplomático cualquiera. Le bastaba con que lo dejaran pisar el primer escalón, que le dieran el dedito. Dentro de seis meses, cuando ya se hartara de Medina, luego de viajar por España, Italia, Grecia, Suiza, Bélgica y, por supuesto, París, los Ladho, maduro el fruto, lo llamarían a Grosvenor Square. Besó la firma de la carta. ¡Era la mujer más inteligente de América, la única! Usaría el pañuelo de linón suizo en la manga del saco, como lo hacía ese agregado cultural de la embajada de los Soviets.

Con un salto, llegó al ropero embutido, ¡ah Serge Lifar!, y sacó el neceser; de un hermoso estuche de cuero extrajo con solemnidad el monóculo que había sido de su abuelo, un regalo de Eduardo VII. Con la cinta de seda se lo colgó al cuello. Estaba creando una ceremonia, resucitando un mundo. Un verdadero artista tenía que crear no sólo con su obra, sino con su persona; para esto hacía falta un talento que los necios y los cortos de imaginación no podían comprender. Desafiaría a la estulticia; su vida tenía que ser un continuado desafío; cuando le flaqueara esta necesidad esencial, habría envejecido. Fonéticamente, «estulticia» parecía surgida de dos cachetazos en las mejillas.

Ante el espejo, comenzó a ensayar el movimiento de ubicarlo en la cuenca ocular derecha; haría lo mismo todos los días y el tiempo necesario, hasta que el movimiento fuera totalmente espontáneo. No podía convertirse en la caricatura de un hombre que había sido amigo de uno de los reyes más elegantes de Inglaterra.

Sería una torpeza estrenarlo en la conferencia de Gómez Campero. Lo decidió: en el baile de despedida, la noche anterior al desembarco en Vigo.

Volvió el monóculo al estuche, lo dejó en el centro de la mesa de luz, y, con esa sonriente parsimonia que su abuelo empleaba en todas las cosas vulgares, comenzó a abrir otro de los sobres. Cesó el movimiento de las manos, atraído nuevamente por el apagado brillo de la cabritilla florentina del estuche. La auténtica generosidad estriba en dar motivos de crítica a los vulgares, única forma que ellos tienen de acercársenos. Con lentitud siguió abriendo la carta de su madre.

XVII

Ignacio Aráoz, con la máquina de escribir portátil en una mano y el portafolio bajo el brazo, abrió la puerta de la camareta. Quedó pasmado de asombro: el lego canturreaba una cancioncilla española, mientras escribía en la mesita volcable, a la luz del sol que entraba por el ojo de buey. Dejó los bártulos sobre su cama.

Xavier se incorporó, interrumpiendo su tarea.

—¡Buenos días! —exclamó ruborizándose—. ¿Necesita la mesa?... Veo que esta vez madrugó más que yo.

—Los viejos duermen poco... A las 6 ya estábamos contestando el correo que Gómez Campero recibió en Dakar, ¿y usted?... —calló, iba a preguntarle si se había enloquecido.

—¿Yo? Estaba copiando este petito... —se cortó, ¿qué pensaría el secretario del ministro?— esto, tengo que entregarlo al Comandante a las 8.

—Si quiere, le presto mi máquina...

—Gracias, pero no sé escribir en ella...

—Si no es muy largo, se lo copio yo.

Xavier lo miró como si lo descubriera.

—No, es una página nada más... y una sola firma —titubeó—: Pero no sé si usted...

Ignacio abrió la máquina y la colocó en la mesilla.

—¿Dos copias le bastan?

—Sí, sí... pero léala antes...

A medida que leía, Ignacio apretaba los carrillos. Su maldita costumbre de dejarse llevar por los impulsos. Gómez Campero reiría socarronamente.

—Nadie más leerá, ni firmará ese petitorio —dijo Xavier, inclinando la cabeza.

Ignacio colocó los papeles y comenzó a escribir de prisa; necesitaba terminar rápido. Xavier tomó asiento en su cama y permaneció inmóvil y silencioso. Temía que la máquina se detuviera, pero, sobre todo, que al terminar el secretario volviera a mirarlo como antes.

Ignacio terminó la copia y uniendo las hojas al original se las tendió.

—Muchas gracias —volvió a dudar; lo miró tratando de expresar la mayor franqueza, como si hablara con Henrich—. ¿Me cree?

—Por principio, yo creo en las personas... ¿Usted no?

Xavier tomó las hojas, separó el original, lo plegó cuidadosamente y lo guardó en el bolsillo interior de la sotana. No sabía qué contestarle. En silencio, puso las copias dentro de su carpeta en el roperito; cerró con llave y se volvió temeroso:

—Ahora sí... Antes... antes de eso que usted copió... Bueno, usted sabe cómo yo lo miraba —temeroso le tendió la mano—. Gracias, por todo, señor Aráoz.

Ignacio le estrechó la mano. Esa sombra negra dejaría de ser una arista más entre ese grupo de personas con el cual estaba obligado a convivir, sin tener nada en

común. Cuando aflojaba los frenos, llevaba las cosas a los extremos. Sonrió francamente:

—Esto no es nada... Esta mañana, cuando salí, tuve que taparlo con la sábana, no tanto por el frío que se levanta a esa hora, como por el espectáculo nada... púdico que ofrecía... y que, luego, da motivo a los chistes de ese andaluz pesado y charlatán. ¡No se ponga colorado, fue una simple autodefensa!

—¡Cómo, yo también!... Gracias, de nuevo —titubeó y salió trastabillando—. El Comandante me espera...

Caminó de prisa, casi trotaba. De improviso, se detuvo y echó a reír. ¡La cara que pondría el Teniente Cura si lo viera! Tendría que contárselo a Henrich; bueno, cuando fueran más amigos. ¿Lo habrían citado a la misma hora? Volvió al paso rápido, tenía que saber si Henrich estaba.

Al abrir la puerta de la antesala, respiró profundamente. Estaba en la misma silla y en igual posición, como la última vez que le había estrechado la mano. Se hubiera persignado de alegría, pero se limitó a dar las gracias a Dios. ¿Podía, uno, persignarse de alegría?

—¡Lo llamaron, también!

—Sí; para firmar la declaración, que han pasado en limpio...

Tomó asiento a su lado. Aún no salía de su extrañeza ante la rapidez con que había trabado amistad con Henrich. ¿Era eso la amistad? Nunca le había sucedido tal cosa, ni en el Seminario. ¿Y por qué Henrich le había contado *todo* lo sucedido, toda su declaración, luego que él hizo lo propio? Experimentó irrefrenables deseos de que volviera a narrarle, que ahondara detalles. Una exégesis, hubiera dicho su antiguo profesor; ¡pero el término se aplicaba especialmente a las Sagradas Escrituras! Se removió incómodo en su silla, y sólo atinó a preguntar, para eludir su ansiedad:

—¿Bajó en Dakar? —En los ojos de su amigo leyó que había soltado una tontería.

—No, rarísima vez nos dejan bajar en una escala...

—Yo, tampoco... Sólo me paseé entre el bazar... ¡Querían venderme de todo! Hasta uno de esos taburetes de cueros multicolores... Y los de tercera, compraban más cosas que los de primera. La gente es muy rara con el dinero...

Calló, estaba diciendo sandeces para escapar a lo que realmente pensaba. Henrich tendría que darse cuenta; se dejó llevar y exclamó:

—¿Y de qué manera lo besó la señorita Morgenstelle?

—Me besó en la boca... porque sí... ¿De qué manera?... No sé, era la primera vez que me besaba una mujer... —No le extrañó la pregunta; más aun, sentía algo totalmente opuesto a lo que experimentó ante el comentario de Lucio.

—¡La primera vez! —repitió con lánguido candor, mientras acariciaba maquinalmente la crucecita de bronce. De soslayo, vio que los ojos de Henrich tenían otra expresión, esperaban algo. Volvió a sentirse dichoso como el día de la Primera Comunión. No, la Primera Comunión sólo era una. Desvió la mirada hacia el Este, hacia el Oriente de los Reyes Magos; la costa africana había desaparecido tras un

horizonte neblinoso.

—¿Ha visto qué lindo es el amanecer en el mar? —De nuevo, preguntaba simplezas.

—No tengo mucho tiempo para mirarlo... —Algo semejante al despecho le brotaba de no sabía dónde, ¿acaso porque Xavier no seguía preguntándole sobre Amrei?

—Para mí, sólo eran las horas de mis devociones... Esto era antes... antes —al repetir la palabra, tuvo necesidad de mirarlo—. Aunque suene raro, somos parecidos en muchas cosas...

—¿A usted, también, lo besó? —exclamó sin darse cuenta—. Perdone, padre, olvidé que...

—Henrich, soy mucho menos que un sacerdote —la gente equivocada podía merecer ternura, en vez del fuego eterno—. No me creo digno de tener a Dios entre mis manos —dijo, como quien explica algo cotidiano. La garganta se le apretó: era la primera vez que confesaba por qué no se había ordenado; hasta entonces, era el secreto que lo unía al Amigo. Holgaban las palabras. Tuvo miedo de que los llamaran en cualquier momento—. ¿A qué hora tiene su descanso? Como hoy se termina el sumario...

—Desde las 3 hasta las 5 de la tarde, luego, por la noche, salvo imprevistos...

—Entonces, ¿podríamos encontrarnos en la cubierta, a popa, y conversar?

Se miraron sorprendidos de no sabían qué y volvieron al silencio.

Xavier preguntó, casi en secreto:

—¿Nunca se bañó en la piscina?

Se imaginó, otra vez, junto a la piscina llena de *champagne*, el uniforme salpicado, la llave... Cerró los ojos y remeció la cabeza. No debía mezclar las imágenes.

—No, me castigarían —dijo, con voz ahogada. Llevó la mano al bolsillo del pantalón, tocó el pañuelo y, luego, se acarició distraídamente la boca. Aspiró el perfume. Xavier lo miraba como si adivinara. Tuvo un impulso, de sacar el pañuelo, mostrárselo y contarle todo. Todo. La voz de Lucio volvía a doblarlo, hasta le pareció que se entremezclaba con la de Xavier:

—Yo me baño todos los días, desde... ¡A las 5 de la mañana! No hay nadie, y estoy aprendiendo a nadar... Sí, yo no sabía... ¿Entonces, nos vemos mañana a las 3 de la tarde?

Lo vio dudar. Ya no estaba sentado a su lado, si no a una tremenda y misteriosa distancia. Le tendió la mano para rescatarlo.

La puerta del Comando se abrió.

—¡Henrich Gerber!

Se incorporó de un brinco. Le estrechó la mano con fuerza; un contacto eléctrico.

—Sí, iré —dijo en voz baja.

Con angustia, la vista fija en la puerta cerrada, llevó la mano, una vez más, al

crucifijo. Era su primera cita con un ser humano.

Nicole, los labios reseco, murmuró con un mohín:

—¿No me vas a dar más detalles, Lucito?... ¡Qué malo eres!

La miró sonriente; le divertía verla reaccionar, como un teclado de órgano, ante cada una de sus palabras.

—Por supuesto... Los detalles son lo más importante en un cuerpo hermoso. Pero ¡qué curiosa es *ma chère Nicole!*... ¿Quieres los detalles? ¿Verdad que sí? —¿Y si le diera un chirlo en la mejilla, para mudar esa expresión ansiosa?—. ¡Las once! ¡Qué horror! Debo tomar un cóctel con los Ladho y su pianista; además, enseñarles la carta de «Cúspide». ¿Me perdonas, verdad? —preguntó, incorporándose—. No, tú te quedas... Ya llegará el momento de los «detalles»... Eres una ansiosa, *ma toute chère*; no sabes saborear, devoras... Te haré enviar un *Ye Monks*, a cuenta de Medina, desde luego... Haré que te lo traiga Henrich o, por lo menos, que reciba tu pedido... ¿O prefieres el negrito de Dakar?

Lo miró alejarse, mientras se removía en la transatlántica. Una serpiente en un tronco de árbol. Murmuró con rabia, luego de mojarse los labios:

—¡Maldito seas!

Alguien ocupó la silla que había abandonado Lucio; se volvió nerviosa.

—Sí, soy yo. Estuve esperando que Guzmán se alejara —dijo Lillian.

—Verdaderamente, es una sorpresa...

Lillian la miró con curiosidad. Esa mujer que dejaba traslucir todo, tenía que ser un animalito sucio.

—Sí, una sorpresa. Quiero saber cómo se «suicidó» su perro. Eso es todo.

Nicole se estremeció; quiso buscar el sentido de la pregunta en esos ojos fijos y tan claros que parecían vacíos.

—Eso lo sabe todo el mundo... —contestó intimidada.

—No. Todo el mundo sabe la versión absurda que usted contó. Yo quiero la verdad; la verdad como yo le conté lo de mi hija y Suárez Varela.

Nicole permaneció callada un momento. Los ojos huecos la horadaban. Tuvo miedo; era ridículo, pero tenía miedo de esa mujer cuyas manos se aferraban a los brazos de la silla como garras. Su voluntad se esfumó y narró lo sucedido.

—¿Y cómo la miró al caer?

—Supongo que... con terror.

—«Supongo» no, ¡la verdad!

—¡Sí, aterrorizado!

—Aterrorizado... —repitió Lillian, mirando hacia el mar. Recordaba los ojos del perro de esa mujer—. Con terror... Entonces, usted debe saber, *Fraülein Nicole*, que su perro no murió como Amrei. Buenos días tenga usted.

Nicole se llevó las manos a la boca para no gritar, mientras Lillian entraba en uno

de los corredores.

Carlos comprobó su reloj pulsera con el del *hall* principal: las 3 y 5 de la tarde. Habían adelantado los 15 minutos diarios. Si no se daba prisa, perdería el turno en la peluquería. Saludó a varias caras que le resultaban vistas y, por lo tanto, «saludables», según las normas no escritas de la vida social a bordo.

Al llegar al vestíbulo de popa, divisó a Lillian; a la corta o a la larga, el encuentro era inevitable. Aceleró el paso, la vista fija en la alfombra, como absorto en un problema. Cerca de la peluquería, escuchó la voz de ella a sus espaldas:

—Tengo necesidad de hablar con usted, a solas, en mi departamento.

—Lamento mucho... perdería mi turno en la peluquería. Hay tantos pasajeros y con esto de la conferencia...

—Un mil ciento sesenta y cinco pasajeros y sólo 238 de primera. En cuanto a la conferencia de beneficio, es mañana... y no creo que usted tenga mucho interés en asistir.

—Estoy de acuerdo, señora, con que no es necesario ser masoquista para ayudar a los «Huérfanos del Mar». Por otra parte, resulta verdaderamente ejemplar que usted se ocupe de ellos...

Impasible, Lillian contestó:

—Creo que soy la única persona en condiciones de juzgar mi conducta; créame que será con estricta justicia. En lo restante, supongo que no hará esperar demasiado a una señora, a una mujer en todo caso.

Lillian volvió sobre sus pasos, a los pocos se detuvo, como si aguardara una reacción, ante la vitrina de las noticias europeas, o latinoamericanas si ocurría algún «movimiento revolucionario». Ya era un diario europeo, según Joaquín. Nunca más leería noticias semejantes cerca de él, besándolo en el reflejo del cristal.

Carlos retribuyó con una cortés inclinación de cabeza la profunda del profesor Hollendorff, cuya melena seguía cayéndole hasta el cuello, y ocupó el sillón que le ofrecía el peluquero jefe. ¿Qué buscaría esta mujer?

—No hemos tenido un primer viaje muy agradable, ¿verdad, señor diputado?

—¿Cómo? —exclamó, sorprendido por la voz del peluquero.

—Sí, lo decía por lo de la *signorina* Morgenstelle.

—Usted debe estar muy al tanto, por aquí pasa todo el mundo.

—Sí, y todos hablan de lo mismo. Mi mujer está en la peluquería de señoras, así que por la noche intercambiamos las «historias». ¡Dios mío! Usted no puede imaginar cuántas versiones corren. Hasta algunos dicen que la carta es falsificada, y que la madre la empujó al mar para quedarse con el dinero que el padre le dejó a la chica. También dicen que Morgenstelle murió en un accidente bastante raro. ¡Son varios millones de francos suizos! Esto lo sospecha la señora de ese profesor que acaba de salir... ¡y ella conoce muy bien a la señora de Morgenstelle! Pero yo, yo puedo asegurarle, señor diputado, que la carta existe. —Bajó el tono hasta un susurro teatral —: ¡Hasta he oído una parte de ella!

—¿Usted sabe lo que dice?

—Yo voy todas las mañanas para afeitarse la cabeza del Comandante... Sólo escuché un párrafo. No puedo repetirlo; es algo así como un secreto profesional.

Carlos sonrió; el italiano sólo deseaba no parecer charlatán:

—Para un parlamentario, no hay secretos.

—Es verdad. Era una parte del sumario; se la leía el Comisario General al Comandante. Yo oí lo siguiente: «Es absurdo, le repito, que yo le escriba esto, pero ¿a quién lo haría si no? Es imposible matarse sin explicar la causa; salvo cuando se ha dejado de amar la vida, pero yo la amo apasionadamente. Esto, ni siquiera tengo derecho de decirlo a Joaquín. Ni siquiera sé cómo podría escribirle una carta sin que el horror paralizara mi mano. Si mi madre ha mentido, sólo ella será culpable de mi muerte. Eso es todo, señor Comandante». —Terminó casi sin aliento y como si recitara un papel. Era evidente que la había aprendido de memoria y la repetía a los clientes, a la pesca de mayor propina.

—¿Nada más?

—Nada. Ahí terminaba la carta.

—¿Y lo anterior?

—No lo oí. —Hizo una pausa. Carlos lo miraba por el espejo; aparentemente sumido en el corte, sonreía zumbón, en particular cuando agregó—: Como el señor es parlamentario, el Comandante no podrá oponerse a que conozca la totalidad de la carta.

—Desde luego —volvió a emplear el tono cortante; la idea bien valía pasar por alto la posible impertinencia. El peluquero se llamó a silencio. Nada más sutil que un cardenal o un peluquero italiano, se dijo y quedó sorprendido de la frase; le pareció redonda, aunque nunca había conocido a un cardenal. Con una sonrisa y a la hora del cognac la «colocaría» en una comida con diplomáticos franceses. Había olvidado lo de la carta; la frivolidad debía tener origen en la riqueza de la imaginación. «Una carta sin que el horror me paralizara»... ¿Qué podría ser lo horrible, si estar en brazos del amante de su madre carecía de importancia? Prefirió volver al tema de la conferencia; asistiría para demostrarle lo que era tener *clase*. Dejándole cara de atención, ocuparía su mente en otra cosa.

—¡Supongo que no irás! —exclamó Susana.

—¡Caramba! ¡No me va a comer!

—¿No te das cuenta de que esa mujer está medio loca?

—Puede ser, en cuanto la neurosis linda con la locura... Pero no es peligrosa.

—¡Ay, querido! Ustedes los hombres nunca aprenden nada de las mujeres. Te voy a demostrar que tengo razón.

La siguió hasta la toldilla, donde ya estaban dispuestas, en platea, las sillas de mimbre para la función de cine al aire libre. En la segunda fila, uno de los pocos y puntuales espectadores, estaba Hollendorff. Susana le narró lo sucedido.

—Por ningún motivo debe ir solo —contestó el profesor, famoso por su libro

sobre psicoanálisis criminal.

—¿Puede explicarme la razón? —preguntó Carlos, sorprendido.

Luego de una pausa, el criminalista agregó:

—Soy amigo de la señora Morgenstelle, no puedo decirle más.

XVIII

El programa del día estaba casi totalmente ocupado por el anuncio de la conferencia del «excelentísimo señor ministro», a las 5 p. m. Sólo quedaba espacio para cuatro líneas en letra menuda: a las 10 a. m., demostración gimnástica por el equipo de basquetbol. A las 10 y 15 p. m., final del campeonato de *bridge*, y carreras de caballitos.

—Y eso no es todo, mi querido diputado —dijo Nicole—. Anoche le pidió al Comandante que autorizara la presencia de un grupito de tripulantes libres de servicio para dar «un matiz más liberal al acto».

—Y quedaron en alinearlos al fondo del estrado, tras los sillones, con aire de escolta presidencial o real —continuó Carlos, burlón.

—¿Lo sabía usted?

—No, pero resulta fácil imaginarlo.

—Ustedes los políticos se entienden... ¿No viene a la demostración gimnástica?

—No, prefiero leer en mi reposera...

Arrellanado, se embebió en la lectura de *Edipo Rey* de Sófocles. Los clásicos siempre ayudan a olvidar los desencantos que producen los contemporáneos. Había sonreído, cuando el bibliotecario le dijo que era el primer autor griego que le pedían.

Lucio miró en derredor de la cancha de tenis; salvo el millonario brasileño y su querida, Ladho y su mujer, el grupo de los suecos con el pastor y su cría, Medina, Nicole, e, inexplicablemente, Virginia, lo restante de las tres hileras de sillas estaba ocupado por la juventud de primera y segunda clase. Bajo un sol borroso como un disco de plata, por causa de una tormenta de arena en el desierto africano, los integrantes del equipo evolucionaban como un cuerpo de *ballet*. Los oficiales repetían, con insistencia sospechosa, que había pocas probabilidades de que el viento alcanzara al barco.

Alves de Souza, apoyado en el respaldo de la silla de mimbre de Dulcina, le acariciaba el cuello, como si le masajeara la nuca, mientras miraba las piernas de las muchachas sentadas en la primera fila de en frente.

—Hermosos muchachos... —dijo Dulcina, girando apenas la cabeza. Tristan, sin contestar, retiró las manos.

Lucio sonrió ante los manejos. Se inclinó hacia Mico le y le preguntó en voz baja:

—¿Contemplando detalles, *ma chère*?

—No me molestes —susurró, sin dejar de mirar a Héctor Castillo. Esta vez había subido sin «su» Graciela. Imaginó que Héctor realizaba esos movimientos muy junto a ella y se estremeció. Lucio corrió lentamente las manos por el respaldo de la silla y comenzó a acariciarle el cuello; repetía burlonamente los movimientos de Alves de Souza. Nicole lo hubiese arañado; cerró los ojos un instante: las manos de Héctor. Tendría que arreglarse para invitarlo al «Baile de despedida». Abrió los ojos; Medina sonreía con Lucio, simuló no verlos. Como «Reina del Mar», pediría al Comandante

que invitara una delegación de tres muchachos del equipo, en «retribución de atenciones». Con suave movimiento se inclinó hacia adelante deshaciéndose de las manos de Lucio.

Virginia aceptó la taza de caldo que le ofrecía uno de los camareros. Si hiciera la milésima parte de los movimientos de esos muchachos, se sofocaría a morir. Una ola de ternura la invadió: Héctor bien podía ser su hijo; si hubiera tenido hijos no andaría rodando por el mundo. Había visto dos veces a su «hijo inventado» junto a Graciela; si se casaran, podría tener «nietos inventados». Un sorbito de caldo; lo hacían muy bien estos alemanes. Echó una mirada al mar. ¡Qué pena! Ya no quedaban peces voladores; había recogido uno que cayó sobre el puente y, de prisa, lo arrojó al agua. Desde el puente de segunda había saludado con la mano a Héctor y Graciela; ellos le contestaron sonrientes. ¡Eran dichosos! ¿Y si le pidiera al Comandante que los invitara para el baile, como la más linda parejita de tercera? En Vigo tenían que separarse los pobrecitos. El Comandante pensaría que era una gorda cargosa y que ya hacía bastante con dejarla andar por primera. Bien valía probar, total lo peor que podía sucederle es que el «pelón» le dijera «No».

Lucio simuló no ver a los Ladho; era la segunda vez que lo buscaban con la mirada para saludarlo. Les obligaría a que vinieran personalmente. ¡La cara que había puesto al leer la carta! Mucho tino con ellos. Se sonrió, sólo a Medina le había dicho aquello de la «caballeriza Ladho», refiriéndose a la cabina de ellos. Antonio era tan mudo como sus mamarrachos de bronce. Un aplauso entusiasta lo sacó de sus meditaciones.

Carlos divisó a Susana que, con un levísimo cojeo, se dirigía hacia el ascensor. El cambio de clima la había mejorado algo. Pasó junto a una mesa en la que unos chicos jugaban al *ping-pong*. La agilidad de esos movimientos lo avergonzó por causa de ella; cedió a la idea: algún día sentiría necesidad de abandonar a su mujer, de cambiarla. Se creyó un monstruo de egoísmo. Fue a reunirse con Susana en el solarío; mientras ella se acomodaba con su ayuda en la reposera, le dijo en tono de mimo y como para aliviar su conciencia:

—Antes, me hubieras dado un beso...

—¿Aquí, en público? —preguntó, extrañada.

—Ya no estamos en Buenos Aires...

Le cubrió las piernas con una manta.

—Ya «hemos» dado bastante que hablar... —había exagerado la reconvención amistosa; con sorpresa miró el libro que Carlos tenía en las manos—: *Edipo Rey*... ¿Buscas una explicación clásica a lo de Amrei?

Podía ser sincero y generoso confesándole que ni remotamente había pensado relacionar... ¡Debía ser la intuición femenina!

—Nada se te puede ocultar. ¡Adivinaste! —dijo, palmeándole la mano. Un hombre jamás podía ser totalmente sincero con su mujer.

—Claro, cuando Joaquín fue a Suiza, después del escándalo de esa «loca» que se

tiró por el balcón, conoció a los Morgenstelle, y se hizo muy «íntimo»... De eso han pasado unos veinte años, más o menos —dijo Susana.

—¡Sos prodigiosa! —soltó en broma. Regusto de repugnancia: ¿entonces había besado a una chica que se acostaba con su...? Borroneó en la mente la palabra padre.

—Fue Pepa la que ató cabos, y Lucrecia Aguilar sacó conclusiones. Yo me resisto a creer que estas cosas puedan suceder entre gentes como nosotros; eso está bien para el teatro griego...

—O para la gente primitiva del campo, los *chinos*, como les llaman tus amigas —comentó con irremediable despecho. No se le había ocurrido lo que a dos mujeres entre partidas de *bridge*. Se fastidió aun más. La «gente bien» simulaba ignorar que en el pueblo bajo eso no era raro. Estuvo a punto de perorar: «¡Todo es culpa de ese obscurantismo en que los ha mantenido nuestra aristocracia vacuna, para explotarlos mejor!», pero lo contuvo la sonrisa de Susana:

—«Mis amigas» son nuestras amigas y familiares, querido...

—Yo no tengo más familiares que mis correligionarios —contestó mecánicamente. La frase le sonó a clisé. No entendía por qué su mujer le hacía perder los estribos. Para abandonar el callejón sin salida, se repitió la frase que acababa de leer: «Yocasta se casaría con Edipo, su propio hijo, y con él engendraría cuatro hijos». Joaquín, Lillian y Amrei. Luego Amrei y Joaquín; entre ellos, partiquino entremetido, él mismo. Se puso en pie—. ¡Voy a ver al Comandante, necesito conocer esa carta!

—¿No sería mejor que vayas después, cuando estés más tranquilo? Hasta yo misma podría acompañarte, para dar a tu curiosidad un tono menos... particular, digamos. —Lo miró con aire entre maternal y de reconvención; para no herirlo más, agregó—: Déjame tomar un poquito de este sol aguado, mientras terminas de leer *Edipo*...

—Discúlpame, a veces me exalto, es mi profesión... No te debías haber casado con un político. —Sonrió con la mayor afabilidad posible y volvió a la lectura; le costaba concentrarse, los nombres de antes se le transformaban en los de ahora.

Al salir del comedor, luego del almuerzo, divisaron a Lillian en una de las antesalas por donde obligadamente debían pasar; sentada en uno de los sofás, leía una revista. No le cupo la menor duda de que lo estaba esperando, pues, desde la muerte de Amrei no bajaba al comedor.

—Ninguna oportunidad mejor, para que tenga lugar la entrevista que usted quiere —dijo Susana, acercándosele.

Impávida, Lillian contestó:

—En el jardín de invierno estaremos más tranquilos —y sin esperar asentimiento, salió. Tenían que seguirla. En el salón, casi totalmente cerrado por vitrales multicolores, escogió asiento ante una mesita casi oculta por una gran planta de filodendro.

Susana y Carlos la imitaron.

—Necesito que me prometa, señor Suárez Varela, que, cuando vuelva a Buenos Aires, le diré esto a Joaquín: «Que Amrei era muy feliz; que ha preferido morir siendo dichosa, antes de correr el riesgo de que le sucediera lo que a otras» —dudó un momento y añadió—: La gente no debe llorar a quienes se quitan la vida, a quienes nos abandonan voluntariamente.

—¿Y qué más, señora?

—Eso es todo.

—¡Pero señora, voy a tardar cuatro meses en regresar! Usted puede escribirle antes.

—No deseo escribir al señor Fernández Molina. Además, quiero que sea usted quien lleve el mensaje. Está bien cuatro meses, puede esperar —dijo, sin poder ocultar el rencor. A menudo, Joaquín había tardado más tiempo en contestar sus cartas, cuando le daba en gana contestarlas.

—Pero... ¿por qué debo ser yo? —la frase se le escapó en tono de rebelión.

Lillian abandonó la silla.

—Usted sabe por qué, señor —luego, temerosa de que se negara, añadió—: ¿Acaso no son parientes? Es lógico que él sepa los detalles por su intermedio.

Xavier calló, había narrado a Henrich menudos hechos de su vida; una confesión feliz, diferente a la que, torturándose para descubrir rastros de pecados, realizó en Santos y en la Parroquia. Los delfines brincaban enhebrando las crestas de las olas. ¿Era posible que el movimiento de un animal fuese tan alegre? Se transformaban en esos ángeles que, surgiendo de entre las nubes, orlaban a la Santísima Virgen en su estampa de Primera Comunión; salvo que estos ángeles marinos se le antojaban más graciosos. ¡Si pudiera dar esos saltos, botar de cresta en cresta, quebrar ese cristal deslumbrante de las gotas de agua que brillaba a la luz del sol! Y, sin embargo, los delfines rompían las redes de los pescadores, les comían los peces que habían cogido y causaban infinitos sinsabores... Infinitos... El Innombrable toma infinitas formas seductoras... Miró a Henrich, necesitaba su apoyo; tenía que atreverse a hablar, una vez más, sin pensar mal. Las manos se le hundieron entre el áspero cáñamo del montón de gruesas cuerdas. Probarse. Henrich debía ser infinitamente más puro que él... «infinitas formas seductoras»...

—¿Puedes explicarme cómo es la boca de una mujer? —La voz le había brotado áspera y cálida como ese cáñamo recalentado por el sol de la siesta.

Henrich lo miró sorprendido. Xavier mantenía los ojos gachos, hundidos en el hueco oscuro que producía la cuerda de amarre enrollada; no lo miraría, estaba cierto, hasta que él le respondiera, no sabía cómo sin asustarlo. Un niño metido en una sotana negra y la mano hundida en un nido de cuerdas. Tenía que hablarle, si no escaparía.

—¿Qué cómo es la boca de una mujer? —Aparentó la mayor naturalidad—: Bueno, mira, es como la boca de uno, salvo que no es de uno... Y en cuanto se te acerca, te empiezan a temblar las piernas, las rodillas y los labios... —sonrió alegre;

lentamente, movimiento del sextante que empleaban los oficiales para calcular la posición del barco, Xavier había levantado la mirada, pendía de sus labios.

—¡Con que todo ello!... —exclamó, mirándole a los ojos y en un hilillo de voz.

—Sí, sólo que recién te das cuenta de ello al rato de sucedido...

—¿Pero los labios son más tiernos, más suaves?

Xavier lo vio hesitar. ¿Sería capaz de mentirle, de inventar cosas? Respiró al escucharle:

—La verdad es que no puedo recordar... Fue como si se me hubiera quedado con un aliento que me salía...

—... del alma —completó Xavier, irreflexivamente. Se mordió el labio inferior, había mencionado aquello que siempre estaba en pugna con lo carnal.

—¡La hora de tu rosario! —casi gritó Henrich, mirando su reloj pulsera.

Xavier dio un brinco, nunca había llegado tarde. Arremangándose la sotana, corrió lo más rápido que pudo entre tantos obstáculos. Henrich le precedía, con saltos de delfín, señalándoselos. Los viejos se mirarían extrañados. La gente volvía a Dios cuando ya no tenía los labios suaves y pulposos. Estarían en semicírculo, con esa falsa cara de atención nacida de la costumbre. ¡Los «tibios en la fe»... los «tibios», los únicos que abofetearía para volverlos al «calor» de Dios!

Desde el puente de los salones y con una sonrisa irónica, Lucio vio pasar a Henrich y al lego. El pagano sentido de la estética debía continuar siendo el oculto enemigo de la Iglesia... Pero la Iglesia, como todas las religiones orientales, enseñaba a cerrar los labios... «Si tu boca guarda una verdad, mantenía cerrada», decía un proverbio persa.

Xavier se dejó ganar por la ira: ¿Por qué habrían de amar a Dios nada más que esos labios flácidos y descoloridos? Al entrar en los pasillos disminuyeron la marcha. La voz agitada de Henrich le volvió a la calma:

—¿Quieres que te acompañe a rezar?

—¿Eres católico?

Henrich dudó.

—Mi madre lo es... En todo caso, soy tu amigo, ¿verdad? ¿No podría ser lo mismo?

Con gesto despectivo, Gómez Campero arrojó en el canasto de papeles un laudatorio cablegrama de salutación del nuevo académico, y tomó asiento, acompañado del Comandante, en una salita cercana al gran salón de fiestas, lleno a desbordar; sonriente miró entrar a su secretario.

—Tenía usted razón, doctor, su «amigo muy querido», Suárez Varela, acaba de ocupar un sitial en el estrado, por indicación del Comisario General.

Acariciándose el corto bigote, Gómez Campero murmuró:

—Yo no le pagaré mucho, mocito, pero a mi lado aprenderá lo que es la vida, y esto no tiene precio. Si estuviéramos en la Grecia clásica, sería usted quien debería pagarme, como alumno... —Ignacio lo miró sorprendido y atrapado: «no daba

puntada sin nudo»; en verdad, tenía mucho que aprender de su manera de manejar la vida. Ahora, alzando imperceptiblemente las cejas, se volvía hacia el Comandante y, en voz alta, con ese tono imperioso del hombre de mundo acostumbrado a desempeñar funciones encumbradas, dijo—: ¿Ya está conectada la red de altavoces?

—Sí, señor ministro. Podrán escucharle en todo el barco. Fue una excelente idea de su secretario; así podemos conciliar sus inclinaciones liberales con la disciplina tan necesaria a bordo.

Con leve sonrisa de agradecimiento, levantó apenas la mano derecha en dirección a Ignacio. Un movimiento sobreentendido. Ignacio había obrado sin la menor insinuación de él, pero como resultado de la relación entre ambos. El ademán significaba que era eficiente como secretario privado, pero nada más.

A medida que se acercaba a la puerta de comunicación, Gómez Campero se erguía, tal si rejuveneciera y volviera a ser el más brillante orador de su generación. Recibió el aplauso con la apostura de una estatua. A poco, su voz, a veces entrecortada por la respiración fatigosa, resonaba en todo el navío. Ignacio quedó intimidado junto a la puerta, a la espera; interpretar una de sus miradas o el menor gesto era, al fin de cuentas, un homenaje.

Ante una de sus célebres agudezas, Carlos acompañó su sonrisa con un involuntario movimiento en la silla. Aún podía aprender algo de ese viejo; el tiempo estaba de parte suya, todavía no era su enemigo.

Desde su asiento en mitad del salón, Susana contempló a su marido; impudicamente, pues ya no tenía necesidad de ocultarle por coquetería esos movimientos, masajeó su codo. Dejó escapar un suspiro de desaliento; sin desearlo, se le transformó en sonrisa: la mirada de Carlos se deslizaba hacia «Miss Turingia». Cuando su marido hablaba, su vista podía pasearse por toda la sala, recorrer los detalles arquitectónicos o contar la gente, pero, cuando se detenía significaba que allí estaba la mujer más hermosa. En Europa volvería a repetirse lo del viaje de novios: mientras ella contemplaba los cuadros en el Museo del Louvre, él aprovechaba para mirar a otras mujeres. Al principio, había creído que no la amaba lo suficiente, luego, comprendió que era su manera de amar, que sólo ella le importaba de verdad. Se miró en uno de los espejos enmarcados en doradas guirnaldas rococó; había envejecido más que él por causa de esa maldita enfermedad. Volvió a mirarlo, como a un extraño; no entendía de dónde le brotaba esa impresión brillante y vital. Tuvo miedo. Algún día, la atadura se rompería como una tiza en el pizarrón de su colegio de la Santa Unión de los Sagrados Corazones. Quizá la Madre Superiora había tenido razón de despedirse casi horrorizada ante ese casamiento con un ateo. ¡Estaba tan enamorada! ¿Ahora no? En la medida que su enfermedad progresaba, se allegaba el fin: la sucesión de mujeres hermosas y jóvenes se detendría en una que fuera inteligente o astuta y maternal. Algo le obligó a escuchar; esa tierna intuición que tenía para todo lo que a Carlos se refiriera, le anunció que Gómez Campero citaría alguna obra o una frase, acaso para retribuir su presencia. Sonrió satisfecha.

—... pues, como afirma con su juvenil autoridad de maestro —que la maestría no sólo nace de los años—, mi distinguido colega el profesor Suárez Varela, quien un día no lejano ha de honrarnos sentándose en alguna de las Academias que presido...

Su marido debía sentirse feliz; ella también lo estaba. La vida de ambos se había afirmado con estos aplausos. Tuvo ganas de reír; pese a estar educada con las monjas, era una especie de «mujer pública», en la medida que su marido era un hombre público. Callaría esta fruslería; como revancha de su progresismo político, él era muy conservador en lo privado. Resultaba difícil vivir con hombres así; acaso no lanzara un suspiro del todo trágico el día que se rompiera la tiza.

Lucio miró atentamente al conferenciante. Si llegara a mencionarlo, estaría a un tris del síncope, pero nadie lo advertiría; la gente, necia, se quedaba en la superficie de sus movimientos afinados como un clavicémbalo. Miró a Ladho. Tendría que casarse. Tampoco resultaba fácil adquirir esa pose en la que el diplomático estaba sentado; sin embargo, le resultaba conocida. Estuvo a punto de golpearse la frente; cortó el ademán vulgar. Lo recordó en esa foto aparecida en un periódico y con un epígrafe que había leído sonriente: «En el flamante Club Albión, se reunieron, en su comida anual, quienes concurrieron a las clásicas universidades de Oxford y Cambridge. En una y otra se trata, ciertamente, de formar sabios, pero ambas se caracterizan, en esencia, por promover y acendrar *gentlemen*. Y de estos fue la comida que reunió a británicos con argentinos, como si nuestro país hubiera querido templar a algunos de sus hijos en lo mejor de una cultura sin arrestos; es decir, de hidalguía cabal». Sí, ya había gastado mucho tiempo en un anticonformismo estéril. Se casaría con la menor de Jas Dusburg; con hacerle un hijo cada diez meses, tendría el resto del tiempo para su placer.

—... porque, señores, no hay autarquía política sin autarquía económica... —La voz de Gómez Campero se elevó afirmativa.

Lucio se regodeó; poseería millones. La vida no era difícil. «Lucido acontecimiento social». Fotos en diarios y revistas. «Guzmán-Dusburg». ¡Caramba! «Dusburg-Guzmán». Páginas íntegras. Si pudieran convencer a la reina Amelia o a la infanta Eulalia para madrina o testigo del civil. Los Dusburg podían eso y mucho más. Un cheque para las «obras de beneficencia» de S. M. o de S. A. R., era lo habitual.

Una sostenida salva de aplausos lo sacó de la realidad, «su» realidad. Se adelantó de prisa, quería ser uno de los primeros en darle la mano al conferenciante. Antes de estrechársela, hizo una seña al fotógrafo. Un fogonazo. Cuando Gómez Campero hubiera muerto, podría decir que este había asistido a una conferencia suya y que lo felicitaba calurosamente.

—¡Qué impresionante! —exclamó Graciela, acercándose a Héctor. Se ganó bajo el arco que formaba su brazo tendido sobre los hombros de ella. Estaba segura. Sus

entrañas siguieron un cabezazo de la proa; el estómago se le agolpaba en la base del tórax.

—Me gustaría que fuera una tormenta terrible, así yo te puedo proteger —dijo Héctor, riendo, la mirada fija en la tibia cortina de tintes rojizos que comenzaba a envolver al «Turingia», que rítmicamente se inclinaba de proa a popa.

La tormenta de polvo africano los había alcanzado y cubría las aguas plumizas. Graciela recorrió mentalmente el camino que la separaba de la cabina, que compartía con su madre y otras diez mujeres. Hasta ahora, había logrado ocultar a Héctor las dos descomposturas por causa del mareo. Era horrible. Debía quedar espantosa inclinada en arcadas que terminaban por hacerle arrojar un líquido amarillento y verdoso; la angustia que le producía ese vómito, del estómago ya vacío, era tremenda. No podría recorrer esa distancia y sortear, además, todas esas máquinas y aparatos. Miró a Héctor; aún no se daba cuenta. No llegaría. La bomba comenzaba a accionar en su faringe. Palpó la piel tibia de Héctor bajo la remera de cuello muy abierto, que el viento le pegaba al cuerpo.

Héctor sintió el estremecimiento de Graciela. Estaba pálida; la luz del atardecer debía darle a sus facciones esa expresión de terror de un afiche cinematográfico. «El hundimiento del Mauretania». Debía tener miedo. La rodeó con sus brazos; la sentía debatirse. ¡Pobre amorcito! Estaba aterrorizada. La apretó contra su pecho. Entre el crujir del viento en los cables, lejano aullido de perros, casi gritó:

—¡No tengas miedo, mi amor! ¡Yo te voy a cuidar aunque llueva fuego o sangre!
—La frase le sonó ridícula; los muchachos del equipo se reírían de oírla. Ya se burlaban en el comedor. ¿Y los de la «barra»? Se jugaría por ella.

Graciela juntó los labios, los apretó con fuerza. Imposible decir una palabra; tendría que suceder. Héctor la sujetaba con fuerza y ella carecía de las suficientes para apartarse y correr, aunque fuera unos pasos más atrás, hasta la borda. Perdería el equilibrio y rodaría.

La proa dio un salto en el vacío y el bandazo posterior estremeció el barco. Una ola muy grande rompió y se deshizo como abanico de encajes; las fracciones quedaron crepitando a ambos costados. Las crestas hervían y el viento les arrancaba penachos de espuma tan fina que semejaba humo o vapor. Fascinado, Héctor seguía el espectáculo; vibraba y crujía a la par del buque; más aun, lo incitaba, los músculos alertas; le jugaba un partido. Graciela se estremecía; el mar se la quería robar. La rodeó con mayor fuerza y le apretó la cabeza contra su pecho. Una masa, un líquido tibio comenzó a correrle entre las tetillas, le acariciaba los músculos del torso. «Tiene la prodigiosa perfección de la estatuaria del gran siglo griego», le había dicho, marcándoselos con la punta de los dedos, ese periodista anteojado y cargoso. Graciela se le pegó, se sostenía en él. Sus movimientos, «espasmos», había consultado el diccionario, se volvían parecidos a los sexuales. Los músculos del estómago se le pusieron tensos. Los movimientos... los movimientos. Ya eran como la liberación final. La mujer que limpiaba la oficina había sido su «primera aventura».

El viento alejó el olor ácido que le cosquilleaba la nariz. Quiso olvidar ese líquido que le llegaba, ya debía abolsarse, hasta el cinturón del pantalón de brin blanco. La mujer de la oficina había dejado, casi junto a su pierna, el balde con agua sucia. De alguna manera, Graciela estaba siendo suya, poseía a «su amor». Angustiado, un estirón agotado para depositar el balón en el cesto, gritó:

—¡Amor mío!

Entre las inútiles y espantosas arcadas de Graciela, comenzó a llover. Sacó coraje para mirarla. Cuando estudiaba, ponía tangos en la radio, a sus espaldas. Algo rojizo mojaba la frente de Graciela y sus propias manos. Miedo, tanto miedo como perder su primer partido internacional. Cuando el amor se rompía debía estallar en chijetazos. También rojizas las enrolladas cadenas de las anclas. Solos en la proa, solos y más adelantados que cualquier otro pasajero. Llovía sangre. Sangre como, entre risotadas, comentaban los muchachos de la «barra», les ocurría a las mujeres cuando perdían la virginidad. La mujer de la oficina volcó el balde; el agua negruzca serpenteó entre las patas de los escritorios y las sillas; penetraba bajo todos los lugares donde se sentaban las mujeres.

—¡Amor mío! —gritó de nuevo, aferrándola.

XIX

—¿Pero qué va a pensar la gente, una mujer sola viajando con dos hombres en un auto a través de Europa? —preguntó Nicole, fingiendo coquetería, mientras bajaba la escalinata del *hall* principal.

—*Ma chère*, si nos conocen mucho, no pensarán demasiado mal de vos... ¿Y si no nos conocen, qué te puede importar? Además, a tus treinta y pico de años no hay que perder tiempo —contestó Lucio, encajándose el monóculo con ademán displicente.

—¡Querido, me haces imaginar en la *belle époque*! Confieso que te seguiré por causa de ese adorable monóculo.

Lucio simuló no ver a Henrich, quien, desde su puesto, lo miraba sorprendido. La admiración de la adolescencia había que conservarla con sucesivas sorpresas. Sonrió; le reservaba una sorpresa mayor: con Nicole y Medina, habían conseguido que el Comandante le autorizara, como una «cortesía mayestática», a bajar en Vigo para que los acompañara en los trámites aduaneros del automóvil. Ninguno había creído en la excusa; von Baerlepsch menos. Tener un *groom* tan solicitado redundaba en beneficio del barco; todo era cuestión de medida y buen gusto. El menor de los engranajes sirve a la maquinaria. En Hamburgo, ascendería a Henrich a *groom* principal.

Lucio echó una mirada interrogante; el gran salón y los vecinos bullían de gente en el «Baile Español de Despedida», pues habían dejado subir a los «selectos» de segunda. Era un buen campo de prueba para su monóculo; esperar hasta España o París era arriesgado; con un desganado movimiento en la cinta negra lo hizo caer de la órbita y lo recogió. Mientras golpeaba con el aro de oro y carey en la uña del pulgar izquierdo, la orquesta inició un pasodoble con *tempo* wagneriano o por lo menos militarizado. Estos nazis de porquería se empeñan en cambiar el ritmo de todas las cosas —se dijo fastidiado—. En «su» revista, los atacaría desde todos los ángulos. Transformaría a Henrich en un antinazi apasionado, en un dulce y romántico Sigfrido. Rescataría a Nietzsche de las fauces de Hitler. ¿Qué me habrá sucedido cuando regrese en este barco? En París, encontraría a los Dusburg, luego una semana en la casa de campo que ellos tenían en Monfort l'Amaury. No regresaría antes de, por lo menos, haberse comprometido. Desde Vigo enviaría una larga y romántica carta a Cecilia Dusburg, tipo quinta sinfonía de Beethoven. Les hacía falta un intelectual en la familia. ¡Adorables franceses, hasta nos han puesto de moda! No imaginan una mesa elegante sin un escritor de fama.

Al entrar en el salón, volvió a colocarse el monóculo. La mirada de Pepa Osorio sería la gran prueba, el salto de la muerte. Paseó la vista con aire indiferente. «El hermoso indiferente» de Watteau. Sin anteojos, a la distancia todo se esfumaba. ¡Qué le importaba la gente lejana! Se despediría de cinco o seis personas: la primera, Pepa Osorio, después Lucrecia Aguilar, las mujeres con aguijón, desde luego de los Suárez Varela y Gómez Campero; un apretón de manos, sin exageración, a Alves de Souza y

una leve inclinación de cabeza al mamarracho de su querida; ¡ah, la caballeriza de los Ladho!

—¡Lucito! ¿Qué te sucedió, mi querido? ¿Rompieste los anteojos? —exclamó Virginia, acercándosele azorada.

—Sólo una cosa puede vencerme en el mundo, mi Virginita querida, y es el candor... —le contestó, golpeándole cariñosamente la mejilla con el monóculo. Resulta imposible y hasta innecesario herir a los gordos. Alzó el mentón; en el movimiento de cabeza, tenía que mezclar al David, de Miguel Ángel, con el Juliano Médicis, de Benozzo Gozzoli, y una pizca de San Sebastián, del Sodoma. Caminó por la Galería de los Espejos, en el palacio de Versalles, rumbo al «Cantón Sert». Desde su infancia, le llegó el tamboreo en el Circo Medrano, de París: el salto de la muerte.

En una de las salitas laterales, Gómez Campero miró con fijeza a Mister Clarck. Ignacio comprendió que no debía retirarse, necesitaba un testigo.

—Como ustedes lo saben, se trata de una decisión importante y necesito algún tiempo para pensarla. Yo no puedo comprometer frívolamente toda una vida al servicio del país. A propósito, ¿le habló ya a Suárez Varela?

—Aún no, señor ministro. Simples sondeos... —contestó Clarck.

—Si él acepta, ello influiría sobre mi decisión.

Nicole quedó sola; Lucio la había dejado con un cariñoso apretón en el antebrazo, que pertenecería al futuro código de señales a lo largo de Europa. Héctor Castillo no había aceptado la invitación porque Graciela aún estaba descompuesta, pese a que el mar se había calmado. Miró con rabia las parejas de gente joven que bailaban el pasodoble. Se había puesto, voluntariamente, al margen de ese mundo. Extrañó el calor de «Mickey» en los brazos; por resentimiento era capaz de cualquier cosa. Un tango. Se quedaría sola en el mundo. La rabia se le transformó en angustia. Antonio Medina apareció a su lado, de improviso, como una tabla en un naufragio. Lo invitó a bailar el tango. Era un oso pesado, un oso de bronce, «de oro», que irremediamente le preguntaría:

—¿Qué me cuenta de la espantosa tormenta de ayer? —dijo Antonio.

Como un rimero, se alinearon todas las preguntas tontas que le haría a través de Europa. Tendría que pagar caro su asiento en el automóvil. ¿Y lo que pagaría el pobre Lucio?... Tuvo ganas de reír.

—¡Una tormenta adorable! Yo adoro todas las especies de tormentas...

¡Si en lugar de esos brazos sosos, que la rodeaban sin interés, estuvieran los de Héctor! ¡Lo haría! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Para la «Reina del Mar» era una obligación! Los de tercera se sentirían halagados. Podría elegir sin riesgos. Si Graciela estaba enferma... Sonrió; no le costaría mucho convencer a Lucio. ¡Merde! No había pensado en esos literatuchos de tercera que lo habían desairado. Miró objetivamente la nuca grasosa de su compañero de baile; tendría que hacerse acompañar por él. ¡Desde luego!, si no, ¿quién pagaría el *champagne*? Le haría beber bastante *champagne* a Héctor, más 20 años de edad y los días de «privación» a

bordo... Todo era posible: una novela rosa de Guy de Chantepleure. Buscó con la mirada al Comisario; bailaba con esa idiotita de «Miss Turingia». Se la encajaría a Lucio, con el código de señales convenidas, para que al Comisario no se le ocurriera llevarla también.

Carlos contemplaba a su mujer; estaba rejuvenecida y hasta hermosa con ese traje de seda gris y el collar de perlas heredado de la abuela. ¿Serían efectos de la noche posterior a la partida de Dakar? Había sido una noche inesperadamente deliciosa.

—¿En qué piensas? —preguntó Susana, aunque estaba segura de saberlo.

Inclinándose a la altura de la silla, aspirando su perfume, le susurró:

—En la noche de Dakar...

—Tontito —contestó, ruborizándose. Ese tono de voz todavía le cosquilleaba la piel.

La aparición de Nicole I, con su corona de reina, acompañada por el Comisario General y Medina, hizo que cesara el baile y la música en tercera clase.

—Señoras y señores: Su Majestad Nicole I, Reina del Mar, no ha querido abandonar sus dominios sin venir a saludar a sus amados súbditos, entre quienes se encuentran, quizás, los más selectos espíritus que viajan en el «Turingia» —el Comisario, hizo una inclinación de cabeza en dirección de la mesa a la cual estaban sentados los escritores y artistas—; porque no siempre el dinero está bien distribuido entre los hombres, salvando honrosas excepciones —saludó esta vez en dirección de Medina.

—¿Me permite, señor Comisario General? —interrumpió Nicole—. Vengo, también, y muy especialmente, a visitar a quienes por la fuerza del músculo al servicio de la inteligencia, han de otorgarnos honrosos triunfos. Me refiero a los notables integrantes del equipo de basquetbol. En uno de ellos, escogido al azar, quiero rendir el más femenino de todos los homenajes que puede rendir una reina, una reina que, por sobre todas las cosas, es una mujer.

Se dirigió hacia otra de las mesas que rodeaban la improvisada pista de baile, tendió la mano a Héctor y, haciéndolo incorporar, lo besó en ambas mejillas; hizo una señal a la orquesta y, entre aplausos y vivas de los asombrados pasajeros, lo sacó a bailar.

H. P. Carrara puso de lado el libro de Heidegger y exclamó con fastidio:

—Una de las imágenes de ese hedonismo nihilista que corroe los valores morales de Occidente.

El pintor Saúl Balbi sonrió burlescamente y, por debajo de la mesa, tomó la mano de su amiga.

Nicole se pegó, instintivamente, al cuerpo de Héctor.

—¿No cree, Héctor, que el tango es un «contacto» coreográfico y musical?

—Para mí, es un... baile y nada más, señorita Nicole —contestó intimidado y apartándose.

—Esta noche soy algo más, la Reina del Mar, y por eso puedo permitirme todos

los caprichos y deseos... —sonriente, agregó—: Por ejemplo, os ordeno que vengáis a tomar *champagne* en nuestra mesa.

A la tercera botella —el Comisario se había retirado a la segunda copa—, Nicole plantó a otro jugador del equipo y regresó nerviosa a la mesa. Medina empezaba a inquietarse, detestaba ponerse en evidencia sin ningún resultado positivo. Además, cualquiera podría alzarle el fruto de la noche, bastaría con que el entrenador regresara del baile de primera.

La fiesta languidecía; los que bajaban en Vigo debían terminar el equipaje, llenar la papelería aduanera o levantarse temprano. Héctor comenzaba a sentir pastosa la lengua, ya no le importaba lo que pudieran pensar sus compañeros, ni lo que pudiesen contar las otras mujeres de la cabina a Graciela o a su madre. Era la primera vez que tomaba tanto *champagne* francés.

Nicole se quitó la corona y la entregó a Medina, que acababa de pagar la cuenta.

—Abdico por amor, como Juana la Loca; te nombro regente... Perdóname, mi cardenal Cisneros, debo llevar a mi paje a tomar un poco de aire. Hasta mañana, Antonio. Gracias... Desde mañana me encantará ser «comprensiva»... y hasta cerrar los ojos...

Héctor creyó que, de nuevo, el barco cabeceaba por la tormenta. No podía ubicar la cara de esa mujer que se empeñaba en hacerle subir una escalera; por momentos se alargaba borroneada por la lluvia. La lluvia de sangre. La cara de Graciela. Entraban en una gruta sombría. Lo besaban; ahora Graciela besaba como una puta. El aire del puente, ¿en qué puente estaba?, hacía girar al barco; estarían buscando otro cadáver. Necesitaba apoyarse.

Ocultando la cabeza de Héctor, Nicole saludó en alemán al marinero de guardia en el «límite de clase». Les abrió paso. Estuvo tentada de abandonar al tambaleante y dedicarse al marinero de guardia. Sería inútil: la disciplina germánica; aunque detalle por detalle prefería al jugador de basquet. Ya en primera, se sintió más segura y protegida, cualquier escándalo había que acallararlo. «Eres una ansiosa, una devoradora», escuchó de nuevo a Lucio. Además, para qué cuidarse, ¡la pesca en el barco había sido tan insignificante! Antonio Medina, «pantalla» para el oso de oro. No bajaría del «Turingia» sin una noche «devoradora». ¿Qué podía perder?

Entre dos tabiques del «Lido» solitario, que formaban una especie de caseta muy obscura, ubicó una colchoneta. Despatarrado en una silla, Héctor la miraba riendo; cuando se emborrachaban, los hombres, hasta los más hermosos y viriles, tenían cara de estúpidos. Se tendió en el suelo, entre sus piernas, y hundió una mano en la botamanga del pantalón. Los músculos de la pantorrilla temblaron. Con la izquierda, levantó la otra botamanga. Acercó la mejilla; el vello áspero se la acarició. Besó ansiosamente. Abrazada a ambas piernas, hijos que nunca tendría, tironeó hasta que el cuerpo de Héctor se deslizó en la colchoneta. Lo recorrió con manos temblorosas, hasta soltar un quejido gozoso. ¡Qué maravilla! ¡Lo había soñado toda la vida! Los brazos de Héctor la encerraron; la abrazaban con furor. Por primera vez en la vida, la

sujetaban con deseo. Bajó las manos; tendría que ayudarlo o le destrozaría la ropa, su mejor traje de noche, ¡qué más daba, lo sacrificaría a su mejor noche! Desprendió con avidez. Las manos, los dedos, la piel ardorosa, tal cual debía ponerse en ese entrenamiento que había presenciado. Nada podría detenerla; haría lo que estaba haciendo aunque la enfocaran los reflectores y la contemplaran todos los pasajeros. ¡Qué le importaba lo que pudiera perder si en cambio ganaba este instante! Besó con desesperación todo ese cuerpo dorado que brillaba en la penumbra. Se prendió, por fin, a la boca de Héctor para no gritar. Se hundió entre sus piernas. La proa y el mar. La proa daba un brinco y hendía la mar. La destrozaban. No había necesidad de dos palabras: dolor y gozo. ¿Cómo podían ser tan potentes las piernas de un hombre? Ese muchacho de veinte años brincaba desnudo bajo el sol; brincaba dentro de ella. ¡Y Amrei, que debía saberlo, había elegido el mar, ya era mar! El motor del «Turingia» bramaba acompasadamente. Rugió a la par. Las leonas del Jardín Zoológico. Un estertor la sacudió. El motor del buque tendría que haberse detenido, ¡todos los motores de la tierra!

XX

Comenzaba a amanecer, Xavier miró hacia la costa lejana. No supo si el tiritón lo debía al fresco matinal o a divisar esa tierra, su tierra. Un resplandor rosado. En la otoñada, al lado de la lumbre donde se tostaban las castañas, y no había otra cosa que maíz, patatas y habas. Las mujerucas vestidas de percal negro y descolorido rondaban. Su madre.

Volvió la mirada hacia la piscina; si se decidía, sería la última vez. Tropezó; con asombro miró el bulto de un cuerpo humano tendido sobre una colchoneta y cubierto con otra. Por la chaqueta azul y el pantalón blanco, tenía que ser uno de los muchachos del equipo de basquetbol. Había conseguido, a cambio de lanzar unos tiros a la canasta con tal puntería que él mismo había sido el primer sorprendido, que dos de ellos vinieran, casi en chacota, a su rosario. Así los había aceptado; cuando vencieran «el respeto humano», y lo creyeran hombre como ellos, entrarían en el camino de Damasco.

Quitó la colchoneta que lo cubría y lo remeció de los hombros. El durmiente mostró la cara.

—¡Castillo!

Contuvo los deseos de gritar de pena, de abofetearlo o de tomarlo entre sus brazos. Era uno de «sus muchachos».

Torpemente, sacudiendo la cabeza, Héctor incorporó el torso apoyándose en los codos. Le costaba, no quería, reconocer esa cara que se inclinaba sobre la suya. Movié la lengua en la boca reseca. Tenía sed. De improviso, se puso en pie con un salto elástico:

—¡Usted!

—Sí, yo. ¿Y usted qué hace aquí? —Xavier se ruborizó, quiso volver la cara, al ver el pantalón y el calzoncillo desabotonados y el cinturón colgante. No era lo mismo que haber visto a Ignacio Aráoz, en su cama, al amanecer. La voluntad de pecar. Lo había divisado bailar con la Reina, con esa prostituta que había arrojado su perro al mar para que la gente lo comparara con Amrei. ¡Amrei, el perro de la prostituta, «su muchacho»! Volvía a sentirse caído junto al bote número 6. ¿Dónde estaba, ¡Dios mío!, la exacta medida en las acciones de los hombres, el justo límite donde él debía intervenir?

—Arréglese la ropa... Qué diría la gente si lo viera así —murmuró, casi en secreto. Su primer secreto con los hombres era un pecado, como les acaecía a los sacerdotes. ¿Dios lo arrastraba a su camino?

Le costó comprender que «el curita» se refería a su ropa. En el pantalón caído, se repitieron las imágenes borrosas de la noche. Se arregló de prisa, sin mirarse, sin mirarlo.

—¿Usted me va a denunciar al entrenador?

—No creo que denunciarlo sea mi obligación. Tampoco deseo saber por qué está

usted aquí y en ese estado... ¡Por lo menos, no quiero saberlo de su boca! —gritó casi. Volvió a su tono—: Lávese la cara en ese baño, el de las duchas para los bañistas —miró el reloj: las 5 y 25—. ¡Apresúrese! Aún no se ha levantado nadie.

Héctor puso la cabeza bajo el chorro de agua durante un largo momento. El cabello rubio le viboreaba brillando sobre la frente, las mejillas y la nuca; de tener tiempo, se hubiera arrojado desnudo a la piscina. Borró todo rastro. Se enjuagó la boca varias veces. Usó uno de los toallones que colgaban de las perchas. Sin poderse contener, soltó:

—¡Puerca mujer!

—¿Se cree, usted, digno de juzgar? ¡Dese prisa!

Al atravesar el «límite», Xavier dijo, tal si conversaran amistosamente:

—La gimnasia matinal es muy útil para un deportista, ¿no es así? —No mentía; luego pensó que la frase era inútil, el marinero no debía comprender el castellano.

—Sí... —no sabía qué tratamiento darle— padre Méndez... Muchas gracias...

—Más ajustado a verdad, sería que dijera «hermano»... o «el curita», como ustedes me llaman... Hasta luego, voy a proseguir mi caminata —terminó sonriente, haciendo una señal al marinero para que lo dejara pasar.

—Gracias por todo... —murmuró Héctor tras de la reja. Descendió con presteza. Los largos pasillos estaban solitarios. Sigilosamente entró en la camareta. Respiró aliviado; todos dormían. Acostado en la cucheta, comenzó a desvestirse; tenía ganas de golpear la cabeza contra el tabique hasta destrozársela.

Vigo se dibujaba entre montañas esfumadas por la niebla de la fría mañana de primavera. Carlos miró el reloj del Comando; antes de media hora Susana no estaría lista para bajar a tierra, o quizá 40 minutos; no tenía la noción del tiempo. El Comandante agregó:

—Por supuesto. Una vez cerrado el Sumario, nada será óbice para que le muestre la totalidad, allanándome a su condición de parlamentario. Lo he consultado inalámbicamente con los Armadores y hoy accedieron.

Carlos prefirió callar lo varias veces dicho de que ya no era diputado; ¡los alemanes eran tan formalistas! Serían capaces de consultar a Hamburgo nuevamente.

—¿Puedo contar, entonces, con que lo veré mañana?

—Antes de El Havre estará en sus manos.

Carlos echó una mirada hacia la gente de tercera apiñada cerca de la escala de proa; casi todos descenderían en ese único puerto de España que tocaban. Con su caja negra, el lego aparecía muy cerca de la planchada; debía estar contento de abandonar ese «antro de corrupción». Como si obedeciera a su mirada insistente, el lego se dio vuelta hacia la caseta del Comando y le dirigió un espontáneo saludo con la mano; lo asombró la cordialidad del movimiento y la desusada soltura. Le contestó de igual modo. Si estuvieran cerca, le habría dado un fuerte apretón de manos. ¿Sería porque lo había visto humillado o por esa especie de extraña atracción que se experimenta por el adversario, que nos ha hecho vivir intensamente algunos momentos?

Xavier volvió la mirada hacia donde estaban «sus muchachos». Se le humedecieron los ojos: tomados de la cintura Héctor y Graciela le repetían la despedida, las manos en alto. Con su mano derecha, disimuló una bendición; no tenía derecho de bendecirlos. La bendición para Amrei. Casi en formación, los muchachos del equipo habían venido a darle la mano al «curita»; entre ellos, había sido un muchacho más. ¡Y qué maravilla era ser un muchacho! ¿Por qué tardaba tanto Henrich, se habría arrepentido el Comisario General?

En el puente de los botes, Carlos divisó al grupo de artistas; habrían subido en corporación aprovechando que en los puertos cesaban los «límites de clase». Miraban hacia tierra; debían esperar visitantes o una comisión de bienvenida. Llevaban valijitas, portafolios o cajas de pintura. ¡Claro está, tenían que bajar en España! Olvidando al Comandante, corrió escalerillas abajo. Desde los tiempos de Grecia, y aún antes, habían pagado caro los políticos que ignoraban a los literatos. Los Luises de Francia y del resto del mundo, bien sabían lo que les había costado una agrupación de fabricantes de enciclopedias.

—No quiero que desembarquen sin haberles dado un apretón de manos, un «¡hasta muy pronto!» en París, a quienes representan lo mejor de la patria. Imaginé que seguían hasta Francia... Hubiera deseado pasar algunos momentos con ustedes, tener el privilegio de escucharlos hablar de lo que en realidad importa en la vida, pero con la enfermedad de mi pobre mujer... Y el penoso incidente ocurrido a bordo. Claro que en esto me vi envuelto incidentalmente; una relación de familia. Pero no era de Amrei, esta adolescente desgraciada y enamoradiza, que deseaba hablar con ustedes. ¡Sin embargo, qué personaje de novela si la hubieran conocido íntimamente! —sonrió y, dirigiéndose al que llevaba una caja de pintura, agregó—: En lugar de estas historias de mujeres, yo habría preferido preguntarles sobre el *cubismo*, esa «manera de ver» que impone en París nuestro joven maestro Picasso. Claro está que en esto soy un neófito y me costaría distinguir las diferencias profundas, me refiero a las técnicas, que separan a los *fauves* de los *postimpresionistas*. Los alumnos siempre reniegan de los maestros. Nadie, en nuestro país, se sabe tan seguro de sí como para confesar abiertamente quien fue su maestro; temen mostrar el rótulo antiguo de su ropa de segunda mano...

De pronto, como asomado a un abismo, tuvo la impresión de haber perdido el timón, su mujer le hubiera dado un tironcito de manga. Se prometió, si no escuchar, por lo menos no interrumpir, la perorata que comenzaba Carrara. El pintor los miraba con aire distraído y hasta aburrido.

Lucio sonrió irónicamente al divisar a Carlos y los «literatos de tercera». Le importaban un pito, ya tenía su mundo; algún día se verían obligados a reconocérselo. Se volvió hacia la bodega de popa; había desaparecido el piso del comedor de tercera formado por el entablamiento de la tapa. Sujeto entre dos «plumas» cuyos engranajes crujían, los cables tensos soportando el bastidor de acero donde posaban las ruedas, surgió el «Hispano Suiza», modelo *sport*.

—¡Encantador! ¡Bárbaro! —exclamó palmeando a Medina. Sintió que el lujoso automóvil era suyo; aunque resultaba excesivo ese brillo de paragolpes y faroles, demasiado nuevo rico—. Pero tendríamos que cambiarlo por un «Rolls-Royce», son más señoriles y nunca pasan de moda. ¿No te parece?

El auto se balanceó sobre sus cabezas. Medina lo miró apenado, hasta ese instante había creído que su auto no podría merecer objeción o crítica alguna.

—Sí, en verdad está envejeciendo... ya tiene cinco años. ¡Ay, si uno pudiera cambiarse todos los años, como un modelo de automóvil!

—¡Es más fácil de lo que imaginas, *mon pauvre vieux!* Te renuevas cambiando a quien te acompaña... La amistad no es otra cosa que un vestuario, ¡mientras más variado y abundante, mejor!

Calló entre furioso y asombrado. Por la planchada, bajaba Xavier con el cajón al hombro y ayudado por Henrich. ¡Ese ingrato ni siquiera se había despedido! Apretó los puños, volvería en el «Turingia», costara lo que costase, para hacerle pagar ese desaire. Una escena edificante para ser contemplada por Nicole: Henrich el Cirineo. La Iglesia tiene sus poderes secretos. Con el pulgar derecho, se persignó a la altura del corazón, tenía que borrar el chiste del lego y la Iglesia. La Iglesia no dejaba de producirle escozor, de inquietarlo física y espiritualmente. Los guinches posaron suavemente el coche en el muelle. Lo importante era saber elegir los enemigos.

Nicole avanzó sonriente, con su neceser de cuero de rusia y sus pieles. La miró con involuntaria admiración; quería descubrir en su cutis, en sus manos y hasta en las piernas, lo que le había contado Medina. ¿Sería cierto? Medina era un resonador, una placa de contacto entre ellos. Volvió a la expresión irónica. Cuando se hartara de ella, la «largaría» con un cheque del oso de bronce. Todo estaba acordado con medias palabras y enteras miradas, como entre «gente bien». «Una pantalla, un biombo chino de la época Ming, te costaría mucho más caro», le había dicho a Medina. El gordo era un canguro, un recipiente viviente de sus palabras y frases. Desde Vigo, sería el «canguro de bronce».

Nicole miró el auto, que abandonaba los carriles del bastidor entre la admiración de la gente. Tomaría asiento junto a Medina, Lucio atrás entre pieles y valijines. No pudo evitar un gesto de desaliento, acaso de cansancio o dolor físico. Precisaría el lugar del dolor ante Lucio, para observar su reacción. Los soportaría tres meses. Tenía que encontrar un viejo entre todas esas cartas «familiares» de presentación que llevaba, o no regresaría a la Argentina; prefería ser portera en París, o rodar por los cafetines de Marsella. ¡Y si Medina se decidiera por el «conformismo»! Lucio podría convencerlo: ambos entrarían, con vara alta, en el mundo de los Dusburg, y hasta en el de Pepa Osorio.

—¡Qué belleza de coche! —exclamó.

La expresión agradecida de Medina duró hasta que Lucio la cortó con un despectivo:

—¡*Ma chère!*, se ve que entiendes más de basquetbol que de automóviles... Ya

hemos decidido cambiarlo.

Sonrió feliz, Lucio estaba impaciente por saber. ¿Cuánto tiempo tardaría en contarle los «detalles» de la noche anterior?

—¿Cuánto darías, *mon cher*, por mis conocimientos?

—En estas condiciones, ¡nada! —contestó Lucio; tomándola de la barbilla, le hizo girar la cara.

Nicole vio a Héctor y Graciela abrazados. Tuvo ganas de correr, plantarse en frente de ellos y soltarles una carcajada. ¿Con qué fin? Una escena de cine mudo o de radionovela.

—En verdad, diputado —prosiguió Carrara—, *mutatis mutando*, para resumir, y ya que esta tendencia es *a way of civilization*, me hubiera gustado conocer más a fondo sus puntos de vista pictóricos. Hablar de esa sequedad amanerada, esa falta de *morbidezza*, de Juan Gris; de ese joven Matisse, que lleva la gracia del arabesco y del tono puro a una perfección rauda y feliz que exalta la vista, sin lograr escapar a *le malheur naturel de notre condition*. Y ya que ha mencionado a los *cubistas*, ¿no le parece que los menores de ellos oscilan entre una torpeza pastosa y una blanduzca nobleza? En el arte de nuestro tiempo, *töten ist eine Gestalt unseres wondernden Trauerns*: «matar es una forma de nuestro duelo vagabundo», como dijo el poeta.

—Muy aguda la hipótesis... —contestó Carlos, no muy seguro de haber ocultado su vacilación. De pronto, recordó haber recorrido a vuelo de pájaro un artículo de una revista francesa en la biblioteca; sonriendo intencionadamente agregó—: Creo haber leído...

Carrara le clavó la mirada.

—Sí, opiniones convergentes y adaptadas a un *imago mundi* occidental...

—Somos frutos de parecidas circunstancias sociológicas —dijo Carlos, respirando aliviado. Si no tenía un amigo, por lo menos había conseguido un cómplice que, a menudo, resulta más útil.

Luciano Branca los interrumpió con el anuncio de que subía la Comisión de Bienvenida. Se despidieron efusivamente; como quien quiere disimular la alegría de la separación. *Alea jacta est*, «La suerte está echada», se dijo, mientras caminaba en dirección de su cabina. A su generación le gustaban los latinajos, vestían la conversación; era la generación de los postizos. Carrara le mostraba, en cambio, que el esnobismo y la tilinguería no tenían época.

Graciela escuchó el nuevo llamado de su madre; le resultaba imposible abandonar las manos de Héctor que la sujetaban tanto como sus ojos. En dos semanas había vivido más que en lo anterior de su vida. Nada de lo que viera hasta que pasaran los tres meses para el reencuentro en Buenos Aires, podía importarle.

Héctor se había prometido ser fuerte, soportar el deseo de esos labios hasta el regreso. El sol tornaba más brillante el pastoso carmín. Aún tenía la cabeza pesada y confusa; la Reina se interponía otra vez. Quiso borrarla; inclinó la cabeza, como si siguiera una línea inexorable, y la besó.

—¡Graciela! —gritó la madre, asombrada y desde el pie de la planchada.

—¡Vaya, mujer! ¿No tienes otra cosa que mirar? —preguntó la abuela, que había venido desde Madrid para esperarlas—. ¡Cálmate! ¿No sabes, válgame Dios, que yo también conocí a tu padre en un barco? Somos mujeres de corazón flotante... Eso sí, déjame que les vuelva las espaldas... Aún no puedo ver una pareja besándose en una cubierta sin ponerme tontuela...

Graciela tuvo la sensación de que nuevamente estaban en la proa, que cada vez que Héctor la besara, sentiría el hedor del vómito. Se despegó de sus brazos y desesperada bajó la escalinata.

—¡Castillo! —gritó imperioso el entrenador.

Héctor se unió al grupo, cuando llegaban los representantes del Club que los llevaría a conocer la ciudad. Alcanzó a divisar a Graciela subiendo al taxi. Se estremeció; no se había dado vuelta para el último adiós.

—En verdad, ustedes tienen influencia —dijo Henrich, zumbón y respirando fatigado; prefería esa burla cariñosa a confesarle la intervención de Lucio y Nicole. Se había jurado no mencionar esos nombres ante Xavier.

—¿Y qué otra cosa creías tú? Apenas tuve tiempo de decirle al Comisario: «¿Podría bajar a tierra el botones Henrich Gerber?», miró una planilla y me zampó: «¡Sí, por tres horas!» —contestó en igual tono y dejándose caer en la ladera del cerro—. ¡Sí que es hermoso este paisaje, mi Dios!

El sol comenzaba a iluminar los viejos edificios escalonados en las montañas que rodeaban la bahía.

—¿Sabes, Xavier, que en el barro de esa bahía hay hundidos no sé cuántos galeones cargados con doblones de oro? ¡Oro a paladas!

La voz de su amigo le llegó remota. Un rayo de sol doraba las aguas azules. Ni él, ni Henrich, conocían la ciudad que ahora se extendía hacia abajo. En la feria de una plazuela cercana al puerto, cuyos árboles llenos de retortuños estaban brotando, compró esos percebes para que Henrich los probara; casi había olvidado su gusto. En busca de lugar apropiado para la merienda, habían subido por callejas estrechas, cortadas por alguna ancha donde corrían tranvías tan magros que semejaban piezas de dominó rodando de canto por la vía. Trepano, habían llegado a ese baldío, que terminaba ante un caserón de ventanas abiertas.

De vez en cuando, tal si la mujer se desplazara a favor de un quehacer, se escuchaba un canto alegre; y hasta llegaban a comprender una que otra palabra; pero lo hermoso era el ritmo y la carnadura de esa voz.

—Y ya que hablábamos del Comisario, ¿tú no podrías llegar a serlo? —dijo, desprendiéndose los primeros botones de la sotana.

—Todo puede ser con un poco de estudio y algo de recomendaciones... Yo hablo tres idiomas y, también, sé callar... —se cortó, y como si quisiera desvanecer las

palabras de Lucio, alisó con fuerza las hojas del diario que habían envuelto a los crustáceos y que les servirían de mantel—. ¿Y tú por qué no sigues de sacerdote? Serías más importante...

—Podría llegar a ordenarme, pero ya te lo dije, me falta merecerlo... Tendremos que pensarlo ambos —dijo, sacando del profundo bolsillo de la sotana la botella de vino blanco; Henrich había entrado solo, en una tasca, para comprarla, así el tabernero no se vería incitado a pensar mal. Mientras su amigo la descorchaba, añadió —: Nunca olvidaré esta merienda...

El canto de la mujer cubrió su voz.

—¡Porque tú llegues a cura y yo a comisario!

Cuando el botones colocó el gollete sobre los labios y echó atrás la cabeza para cumplir el brindis con desplante muchachil, Xavier imaginó que volvía a besar a Amrei. Cesó la voz de la mujer; los pensamientos se le quebrantaron como si estuvieran sincronizados con el canto. A su turno, tomó la botella; se proyectaba como un catalejo. Pausados y nítidos pasaron tres tragos por la garganta, le parecieron ásperos y ácidos. Al comer los percebes, le costaba vencer la sensación de que descoyuntaba falanges, falanginas y falangetas de los dedos y que chupaba y mordía los cartílagos y nervios rojimosados; a poco, el sabor recuperado le hizo olvidar estas imaginaciones. Henrich comía con cara de repulsión; le tendió la botella, el vino lo ayudaría.

Volvió el canto, le pareció más cercano. Rechazó la botella que le devolvía Henrich, ya era suficiente; no podía olvidar la escena bíblica de la borrachera del patriarca Noé. Ya no cabía duda de que la mujer estaba en esa pieza de blancas paredes, en una de las cuales aparecía, enmarcado por la ventana, un cuadro religioso coronado por una amarillenta palma bendita. El canto se mezcló a un sonido semejante al que produjera un palangón enlozado. Los brazos de la mujer aparecieron desnudos, mojados como los suyos en la piscina.

—¡Mira que par de pechos! —Henrich se cortó—: Perdona, olvidé que tú no debes mirar.

—Nadie me prohíbe que mire hacia la ventana —murmuró casi silabeando, mientras giraba la cabeza con solemnidad; con igual modo, levantó el ruedo de la sotana. Su amigo tenía que ver que él también usaba pantalones. La mujer debía estar desnuda. El canto tembló; el agua que se volcaba sobre el pecho debía estar más fresca de lo esperado. Había visto amamantar a su hermana menor; su madre tenía, entonces, unos pechos voluminosos, más que los de la mujer de la ventana; era una mujer de campo. Si no hubiese muerto, su hermana tendría pechos parecidos. En algunos cuadros, la Virgen aparecía amamantando al Niño con unos pechos irrisorios. Estos senos de la ventana podían ser los de una Virgen campirana. Miró, podía mirar. Tenía que demostrar a Henrich que podía mirar lo que él, sin pecar. Esto podía ser, también, la amistad. Tenía que demostrárselo a sí mismo. Tenía que demostrárselo a... Dudó. Desde los labios le brotó, casi en susurro:

—Amrei...

¿Por qué no habría de mirar esos pechos?; ¿acaso amamantar a un hijo no era uno de los cuadros más hermosos que podían pintarse o verse en la vida, ya fuere en la de Jesús o en la de los otros hombres? Henrich no había escuchado el nombre de Amrei. Miraba. Tenía la obligación de mirar de otra manera. Debía saber lo que era un seno. Con ellos su mujer habría de alimentarle a sus hijos.

Los pechos de la mujer se recortaron sobre la pared; la palma bendita parecía aureolarlos y protegerlos. Era justo que Henrich deseara tener hijos hasta con la mirada; que fuera cabalmente hombre; que su pantalón se encrespase en palpitante corcova en el debido sitio. Que cumpliera, en deseo, con el creced y multiplicaos. Que tendiera su cuerpo de músculos largos y tibios sobre el de esos pechos. Y que el sol les recorriera el cuerpo, porque si está hecho a imagen y semejanza de Dios no puede tener lugares sombríos o malditos.

—¿Y si Amrei?...

El canto volvió a surgir alegre y denso. Xavier se incorporó. Desde la bahía creyó distinguir el sonido grave de la sirena del «Turingia». ¿Cómo sería la voz de Dios? Nunca la escucharía, ¿había perdido la noción del pecado? Miró a Henrich con angustia; pronto estaría solo.

La popa del «Turingia», con el nombre en letras blancas y, más abajo, la mención del puerto de origen, *Hamburg*, se perdía en la bahía. La caja negra de nuevo le tocaba la pantorrilla, lo palmeaba incitándolo a sobreponerse. La mano de Henrich se desdibujaba agitando el casquete como si transmitiera con banderines de señales. Se arrepintió de no haberle rogado que le escribiera a menudo. El tren para Burgos saldría al día siguiente; nadie lo despediría. Nadie habría de recibirlo. Había creído que tener amigos era distraerse del único Amigo.

XXI

—¿La señora no va a almorzar? —preguntó el mozo, al retirar el carrito intacto, junto a la mesa tendida.

Lillian escuchó lejana la voz del camarero. No tenía por qué contestarle; si todo estaba así a las 3 de la tarde era porque todavía no deseaba almorzar. Como en una pantalla cinematográfica, una tras otra, las olas se reflejaban en el techo. El techo era cada vez más bajo. ¿Por qué usarían esa lima eléctrica para raspar la pintura herrumbrada en los tabiques de los pasillos exteriores? Le perforaba los oídos. Se quejaría a von Baerlepsch.

La camarera hizo señal de callar al mozo y salieron retirando el carrito con las viandas.

—La mesa déjela tendida... Puede venir... Alguien puede venir a comer en nuestra cabina. Yo no viajo sola.

Se apretó el grano que le había brotado sobre la ceja izquierda; Joaquín no se lo vería. El clic del pestillo. Christian amaba a la servidumbre porque nunca había tenido sirvientes. ¿El clic? Entonces habría cesado la lima. Tendría que agradecerle al capitán; no valía la pena, puesto que ahora el barco rolaba. Nunca había mecido la cuna de Amrei. ¿Nunca? Sí, cuando Christian vino a verla por primera vez. Era repugnante el cordón umbilical y, mucho más, la placenta. Karl había vomitado. Los ojos del perro de... ¡Amrei! Nicole. Nadie se había despedido de ella en Vigo, ni siquiera Nicole. Alguien vendría en El Havre.

Fijó los ojos en la esfera luminosa del reloj de viaje de Amrei. Lo acercó hasta escuchar el tictac. Minuto a minuto siguió el movimiento de la aguja más larga.

Las 3 y 30 de la tarde.

Las 4. El minuterero pasó rozándose sensualmente con el horario. Joaquín y ella en Taormina: las 4 y 22.

Las 5. Nunca más volvería a suceder. El minuterero y el horario tenían que unirse a las 5 y 22. Anhelante, tomó con la mano derecha el reloj. Las 5 y 20. Las 5 y 21. ¡Ya está! Golpeó una y otra vez la esfera contra la esquina de la cómoda. Saltaron los trozos de vidrio: peces voladores. Miró la esfera y gritó de alegría. Las dos agujas habían quedado juntas, incrustadas. Pegadas para siempre. Taormina. Cerró el estuche de cuero del reloj y lo guardó bajo la almohada. Joaquín para siempre, sin tiempo.

Desde Dakar, Carlos había notado que Clarck redoblaba sus atenciones para con él; en cuanto se acercaba al bar, aparecía como por arte de birlibirloque. ¿Por qué la palabra birlibirloque le traía recuerdos de infancia?

—¿Me permite invitarlo con un *whisky*?

—Desde luego, le permito —contestó Carlos. Al punto, sintió fastidio por ese

hombre. Con la burda untuosidad de sus movimientos, lo imaginó una especie de Maquiavelo adaptado por Hollywood; ese Hollywood del cinematógrafo que tenía el raro don de poner de manifiesto lo mínimo y lo inferior de toda grandeza. Aceptaría su compañía por media hora, a lo sumo, total ya sólo quedaban dos días hasta El Havre. Permanecería monosilábico, o, quizás, le soltara algunas frases punzantes. Se sentía libre y dichoso: en Vigo había bajado, también, «la» Riolvi, Alves de Souza y su corte. En cambio, Pepa Osorio, Ladho y su mujer habían quedado abandonados bajo el cuadro de José María Sert, era cuanto quedaba del «Cantón» salvo algunas de esas figuras de relleno que, cuando salen en una fotografía, todos se preguntan quienes son.

Como fondo de su pensamiento, Clarck seguía hablando continuamente.

—Hasta bajó parte del personal de servicio, que contratan en España porque resulta más barato. En todo piensan los hombres de capital... —dijo Carlos, siguiendo lo que pensaba y como para demostrar su poco interés por lo que le decían. El silencio sobrepasaba sus fuerzas; con ironía, agregó—: En todo, cuando se trata de estrujar al prójimo...

—Siempre bromista, señor diputado. ¡Todo lo contrario en la medida de lo posible ya que no somos una sociedad de beneficencia! Fíjese que el puesto de síndico de una gran compañía, como la General Stars, es eminentemente democrático: representa a 17 000 accionistas... Ya lo ve, casi tantos como los que usted representa en el parlamento de nuestra patria. Sí, no se asombre, he terminado por hacerme ciudadano. Ya lo dijo Santo Tomás: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón» —rio, mientras con un ademán contenía a Carlos—. Ya lo sé, es una cita que poco le interesa a usted, pero la tomé de la conferencia de nuestro amigo Gómez Campero, me pareció muy sibilina... A propósito, y entre nosotros, es casi seguro de que él acepte ser miembro del directorio. Ya lo ve, hemos llegado a la mejor forma para conciliar la intensiva explotación de las riquezas del país, con el respeto de ciertos mitos de orden emocional que algunos partidos se han esmerado en expandir... Si prefiriera ser asesor jurídico, tendría dos viajes anuales y 20 000 dólares por cada conferencia de nivel directivo; amén de un porcentaje de la ganancia que podría estimarse en 50 000 anuales... ¿Qué contesta a mi ofrecimiento?

—¿Qué ofrecimiento? —repreguntó Carlos, sorprendido.

—¡Caramba! —Echó una mirada al reloj—: Hace veinte minutos que le estoy ofreciendo el puesto de síndico o de asesor jurídico... o...

—¿Usted conoce, Mister Clarck, la doctrina de mi partido?

—Por descontado. Importa más conocer la doctrina del adversario que la propia, señor diputado.

—Usted sabe, perfectamente, que ya no soy diputado.

—Pero nosotros, mejor dicho todo el mundo, sabe perfectamente que volverá a ser diputado. No hay democracia sin oposición... Como Gómez Campero volverá a ser ministro. Tan seguro estamos de que adelanté mi visita a la Feria de Basilea y

Munich para viajar con ustedes... ¡Ah!, y con Cortez, que muy posiblemente llegue a ministro de Agricultura.

—¿Y «ustedes» creen que voy a aceptarles?

—No. «Nosotros» queremos que usted lo piense tranquilamente hasta su vuelta. Todo podría hacerse sin publicidad... Yo detesto la publicidad mal empleada.

Carlos sintió que la mano se le aferraba al vaso de cristal tallado. No sabía hasta qué punto deseaba arrojarle el resto del contenido a la cara; sería una actitud demasiado teatral en ese ambiente. Nada ilegal le había ofrecido; todo era perfectamente legal, ni el más leve roce con ningún artículo del Código Penal.

—Discúlpeme, mi mujer me espera. Buenas noches.

El contraste del aire helado en el puente, le produjo la impresión de que tenía la cara ardiendo. Rojo de rabia o vergüenza. Se apoyó contra la borda para no ver pasar a Cortez y Manson. ¡Ministro de Agricultura! ¡«Defensores de la nacionalidad»!, y, «muy panchos», eran abogados de *trusts* y *holdings* siempre en conflicto con el país. En todas las repúblicas latinoamericanas sucedía lo mismo. ¿Y en Europa? Luego, estaban a un paso de la cátedra universitaria; casamiento con una mujer de arraigo social, industrial o, en último caso, universitario o político; los hijos a un colegio inglés o de curas; un piso en el Barrio Norte y una casa en «Los Troncos», en Mar del Plata; el «Jockey Club» y el «Círculo de Armas». Estaba completo el *cursus honorum*, ya pertenecían a la clase gobernante.

En el comedor, al narrarle lo sucedido, Susana comentó distraídamente, como si hubiera recuperado la estancia de su padre y, desde la ancha galería, mirara hacia la llanura:

—Claro que esto significaría nuestra estabilidad económica...

—Querida, bien sabes que hemos elegido el camino difícil, la «puerta estrecha», ¿no dirías así? —Tendió la mano hasta alcanzar la de ella entre las copas de cristal y los cubiertos de plata.

—Sí, querido.

La miró con ternura, como cada vez que ella renunciaba a algo por su culpa; debían ser estos renunciamientos lo que en verdad los unía.

—¿Les pareció bien el *sole à la normande*? —preguntó el maestra sala.

—Exquisito —contestó Susana, en el mismo tono convencional.

¿Por qué sucedían esos instantes en que todo le parecía tan convencional?

Se ubicaron en la platea de la sala cinematográfica, pues hacía bastante frío para una función al aire libre. Con un tapado de chinchilla real sobre los hombros, la mujer de Clark, que casi nunca estaba con él, hasta el extremo de que muchos lo suponían soltero, vino a sentarse en la fila anterior a la de ellos. También se habría puesto ese collar y la pulsera de enormes brillantes y rubíes para deslumbrar y humillar a Susana. «Ablandamiento psicológico»; tenía que haberlo aprendido en alguno de esos manuales yanquis.

Susana pensó que sólo una princesa italiana podía lucir con elegancia joyas tan

pesadas y barrocas. Las mujeres sólo usamos joyas por causa de las otras mujeres, se dijo con fastidio. Tuvo miedo de que Carlos hubiese notado la expresión; cuando se apagaron las luces, buscó cariñosamente su mano.

Es evidente, está humillada. Tener dinero resultaba para muchos la condición necesaria para despreciarlo; le bastaría con lo necesario para no preocuparse por él. A menudo le angustiaba comprobar todo lo que se le escapaba de la vida, todo lo que nunca podría gozar. Ser fiel a sus ideas era una especie de santidad laica.

Pepa Osorio tomó asiento junto a Susana. Desde el punto de vista «social» era una compensación.

Amaneció frío y gris. El barco cabeceaba y rolaba arrítmicamente; el Golfo de Vizcaya cumplía con su fama, la mayoría del pasaje estaba mareada. Carlos continuó su caminata por el puente cubierto antes de acudir a la cita con el Comandante. En lo posible había que tener a raya a la gente de uniforme, hacerles comprender que sólo mandaban a los otros de uniforme. Ya no le importaba mucho averiguar el contenido de la carta.

Gimnástico, rebosando vida y poder, Clarck pasó a su lado; lo saludó como si ya hubiera aceptado el puesto. Le contestó de la misma manera; la sorpresa sería mayor.

Media hora después, von Baerlepsch le mostraba el sumario con aire de juez.

—Aquí, a fojas 4, tiene la carta. ¿Prefiere la traducción o puede leerla en el original?

—Prefiero la traducción, Comandante.

Von Baerlepsch tomó asiento en la butaca; la luz del escritorio iluminó la hoja con un destello dorado y verdoso, como había visto por primera vez el original bajo la mano de Amrei. Con voz grave leyó:

«—Señor Comandante del “Turingia”: Voy a cumplir con una dura resolución. Las cartas de los suicidas siempre me parecieron cursis e inútiles; ahora que me toca escribir una, comprendo que pueden tener como fin el que no duden los culpables. Y yo escribo esta carta para que a mi madre no le quepa la menor duda de que ella ha sido, por lo menos, la causante de mi muerte, si en verdad no es la culpable. Esto sólo ella lo puede dilucidar.

Se trata, señor Comandante, de una historia tan antigua como las mujeres: dos que luchan por el amor de un hombre. Haber ganado esta lucha me hizo muy dichosa, por lo que conseguía como primer amor de mi vida y porque hice bien a mi madre volviéndola a la realidad. Me veo obligada a hacerlo público, aunque me duela, para que ella no continúe tergiversando los hechos. A menudo he pensado que el amor y el odio son las dos caras de una misma moneda. Y yo no creo que mi madre me haya querido nunca; al principio fui un estorbo y, luego, le serví de instrumento. Por ello le dirijo esta carta a

usted, como a un juez desconocido.

Cuando a la salida de Río le confesé a mi madre que Joaquín vendría a buscarme a Basilea, ella me gritó que él era mi... No, esto ni siquiera me atrevo a escribirlo; ni sé si ella debía haberlo callado, supongo que no. Tampoco sé si ese horror es cierto. Si ella me ha mentado, es simplemente espantoso que una madre pueda mentir así. Voy a morir porque me niego a creer que una madre pueda cometer tal horror.

Debo una aclaración pública a C. S. V. y a su señora. La noche de la muerte del chico de tercera, S. V. me besó por motivos muy extraños y diferentes a los comunes, quizás porque en ese instante me vio totalmente desamparada. Mi madre, que nos espiaba, desparramó el hecho entre toda la gente del barco y por esto me veo obligada a mencionarlo aquí».

—¿Sería tan amable, Comandante, de interrumpir un momento y repetirme esas iniciales? —preguntó, haciendo lo posible por mantener la serenidad.

Dudó un momento antes de contestar:

—En el texto alemán, como usted puede verlo, su nombre figura completo. ¿Puedo seguir?

—Se lo ruego. —Le pareció que había marcado con exceso la palabra; le fijó la mirada entre las cejas, si levantaba la suya se daría cuenta de que no lo rehuía.

Seguían las palabras repetidas por el peluquero. Apenas las escuchó; experimentaba rabia contra Amrei y su madre, lo habían puesto en evidencia. Los alemanes carecían de tacto, ¡escribir eso en semejante carta!

—¿Desearía conocer algo más del sumario?

La voz del Comandante se le antojó algo zumbona.

—Sí, la declaración de la señora Morgenstelle —dijo con firmeza, tal si en realidad estuviera cumpliendo una función pública.

—Lamento, señor diputado, pero se negó a declarar. Todo quedará en manos de la justicia alemana. En cuanto a usted, no se le llamó a declarar por respeto a sus fueros. A más, la carta es suficientemente explícita al respecto.

—Sí, comprendo, aunque no creo que este sumario pueda tener trascendencia —dijo ocultando a medias la inquietud. Citado a declarar ante un tribunal alemán, exhortos y rogatorios, consulados y embajadas. Noticia de primera plana para los diarios de la tarde en Buenos Aires. El escándalo echaría por tierra su candidatura.

—Sin duda, así lo espero fervientemente. Nadie tendrá interés en remover un asunto de esta clase —agregó el Comandante.

—Por supuesto, un asunto de conciencia, nada más.

Miró a través del grueso cristal. El gris de las nubes se deshilachaba. Los andamios que en la vida ayudan a construir y subir también aferran: ya era demasiado importante como para besar a una muchacha. Por supuesto que estos andamios se apoyaban en otros, y todos se reunían para sostener el andamiaje común de la

sociedad. Cuando por egoísmo o comodidad alguno dejaba caer el andamio del vecino, y este arrastraba a otros, se producían esos escándalos que «hacían época» y saciaban el resentimiento de los más. Los diarios clamaban que todo estaba podrido, que era una de las formas sutiles de apaciguar las cosas y dar tiempo para levantar el nuevo andamiaje. Solidaridad social. Respiró. Puede que bastara con una palabra al embajador en Berlín, que había sido su compañero en la Facultad, para que no lo molestaran. Se estremeció: ¿Sucedería igual cuando él denunciara el negociado de la Corporación de Transportes?

Se encontró caminando por el *belvedere*; no recordaba cómo se había despedido del Comandante. No le preocupó, las acciones mecánicas las cumplía a maravilla. La cuestión era que el tribunal alemán no se... Recordó el retrato de Hitler en la Comandancia. ¡Un diputado de su Partido sería presa de importancia para la propaganda nazi! Se maldijo por haber elegido este barco alemán. Cerró los puños, en peores situaciones se había visto en las campañas electorales de su juventud. Sonrió deslumbrado: si Hitler lo atacaba haría de él una figura de relieve internacional.

—¡Cariucho! ¡Huy, que aire de preocupación!

Se volvió con presteza; sólo Virginia o Pepa podían llamarlo con ese diminutivo de la infancia, que Susana había tratado de desterrar por poco serio.

—Vení a sentarte un ratito al lado de una gorda... Yo sé todo lo del sumario porque el Comandante se lo contó a esa alemanota grandota, la *Frau* Hollendorff y ella me lo sopló a mí... Cosas de gordas... —rio feliz—. Yo también podría escribir una carta diciendo que me has besado, ¿y eso qué? —Miró en derredor—. Pero hay algo más importante: parece que Karl Morgenstelle era amigo de Goering, por esa locura de los cuadros que tenía, y que le dio mucha plata para Hitler... Así que ese Sumarito, que parece ser la obra maestra del «fon» —volvió a reír— ¡irá a parar al fondo de un pozo!

Cariñosamente, Carlos le revolvió el pelo cortado a la *garçonne*.

—¡Qué sería del mundo si no existieran las gordas!

—Y ahora te vas, Cariucho, porque con este zamarreo del barco estoy bastante mareadita... —terminó, cubriéndose con la manta en su transatlántica.

Volvió hacia el *belvedere*; a cada paso se le diluía su figura internacional atacada por Hitler. Se dejó caer en una reposera. Ya no cabía duda, Amrei debía ser la hija de Joaquín, salvo que la madre hubiese mentido para separarlos. Se incorporó como impelido por el horror de la suposición. Bajó uno de los cristales; el viento helado le obligó a subirlo de nuevo. Una ola se estrelló contra la proa y salpicó los tambores de las cadenas de las anclas. Analizó un instante la carta de Amrei, luego, como quien saca de foco unos prismáticos y desdibuja las imágenes, dejó que su inteligencia resbalara sobre las palabras horrorosas, que el cerebro funcionara sin necesidad de sacar conclusiones. El barco se deslizaba, ahora, por una tierra muy llana y sin límites, donde los alambrados eran como la costra exótica de una piel. El barco ya no existía. Una tierra cuyo paisaje estaba compuesto por tres cuartas partes de cielo. La

pampa.

Allí, las cosas sucedían en los cuerpos sin marcar los cerebros.

Xavier miró hacia la bahía de Vigo. Casi era una mentira lo dicho en el Obispado al adelantar el tren, que recién salía a las 6 y 45 de la tarde. Faltaban tres horas. Echó una última mirada hacia donde se había ido su amigo. Cargó al hombro su caja. No era tan pesada; le alegraba tener todas sus pertenencias en una simple caja, regalo de don Isidoro, el maestro carpintero de su puebluco. La había pintado de negro para que luciera más modesta, como de negro vestían sus coterráneos. Aspiró a pulmón lleno el aire de mar, sería el último hasta su pronta vuelta a Buenos Aires. Ya era un indiano.

Camino de la estación, anduvo por calles empinadas, sentándose de trecho en trecho para descansar. En lo alto de una calleja divisó una capilla. La calle subía en peldaños muy anchos y espaciados, como si fuera una gradería desproporcionada para el frente de la iglesita. Para muchos del barrio debía ser como la escala de Jacob; menos para los «rojos», aunque ninguno de ellos lo había molestado, ni siquiera mirado con ira. La escala de Dios. Miró el par de columnas que franqueaba el portal, parecían de juguete.

Hacia la mitad de la escala, pasó una mujer y se persignó devotamente en tanto amagaba una genuflexión. Era la escala de Dios. ¿Había perdido a su Dios ante los pechos de la mujer del altozano? ¿O ante Amrei? Las rodillas se le aflojaron y cayó hincado sobre las piedras alisadas durante centenares de años. Se arremangó la sotana, no quería estropearla; bastaba con que sus pantalones se rompieran o ludieran en la subida. Los zurciría pacientemente, en el fondo de la caja —la empujaba a su par, como si fuere otro ser que subiere arrodillado—, estaba ese huevo de madera regalo de su madre, un huevo desarmable que servía para zurcir las medias, y en cuyo interior se guardaban los útiles de costura. Algunas caras salían a las ventanas para mirarlo subir; eran caras hermosas. Mezcla de vergüenza y alegría, rastros del «respeto humano»: temía que la gente creyera que se jactaba de su piedad.

El cielo se tornaba cálido y dorado. A veces, el filo de un peldaño le golpeaba las canillas; entonces se daba cuenta de su posición. Lo restante del tiempo sólo veía a las columnas agrandarse y acercarse; pero la puerta de la casa de Dios permanecía cerrada. Recién la abrirían al mediar la tarde. La puerta de la casa de Dios debía estar cerrada para él; pero esto no le aterraba; lo esencial era llegar hasta ella y permanecer a la espera. Tenía toda la vida para esperar ante la puerta de Dios.

De improviso, se escuchó murmurar:

—Subo con mis feas rodillas, Dios mío, por todas las rodillas hermosas que no lo hacen.

¿Qué pensarían todas esas sombras que habían comenzado a acompañarlo? ¿Serían los «rojos»? Los «rojos» podrían herirlo por la espalda, crucificarlo en las

aspas de un molino. Un murmullo suave, el mar en calma, le acompañaba a sus espaldas. Le dolían las rodillas, debía tenerlas lastimadas. El murmullo era más claro, más distinto; acaso las palabras estaban dichas en una lengua más dulce, menos pedregosa que la castellana.

—Subo con mi cuerpo, Dios mío, en nombre de todos los cuerpos puros y hermosos, en nombre de los senos que amamantarán a los hijos que bautizaré en Tu nombre. Henrich. Te ruego que nos acojas.

Crecía el murmullo. Las palabras se volvían inteligibles, como las figuras del relieve adosado al frontón: la Anunciación. El Ángel anunciaba a la Virgen la buena nueva.

—... «y bendito sea el fruto de tu vientre»...

Escuchó las palabras de la Anunciación del Ángel. Le tembló el cuerpo; sus manos tocaban la puerta de madera tallada. Con lentitud, como si las rodillas ya no pudieran sostenerlo, se fue incorporando. Sobre su cabeza, el reloj de la capilla dio cuatro campanadas. La hora del rosario; volvió a hincarse. Terminó la primera parte del saludo del Ángel y la contestación brotó en coro a sus espaldas. Henrich. Tuvo miedo de volverse y encontrar las caras de los viejos del «Turingia». Reinició la salutación. La respuesta se elevó muy clara. Ya podía distinguir en qué parte estaban los hombres y en dónde las mujeres, como antaño dormían los peregrinos en las iglesias de la Edad Media. Henrich y la mujer de los pechos desnudos. Por fin, se volvió. La calle escalinata estaba plena de gente; miró las caras, eran hermosas. Hasta los viejos eran hermosos. Como si los pescadores y sus mujeres y sus hijos hubieran abandonado las barcas para traer en grandes cestas, redondas y playas, todos los peces y mariscos del mar. Rezó una vez más el saludo. La gente avanzó hacia él, lo seguían. Apoyó sus manos de peregrino en la puerta; cedió y fue abriéndose con lentitud. La puerta tenía el mismo color de su caja, esa caja donde guardaba todo lo que poseía en la tierra. Ya podría ser sacerdote. Quizás. Se miró las manos; entre esos dedos, sus palabras harían que naciera Dios. Sería retribuirle el Primer Ademán. Inclino la cabeza, los hombros, el torso, la cintura y apoyó la frente en las grandes y frescas losas. El hombre era un minúsculo interrogante.

TERCERA PARTE

—¡Por supuesto que «estimado» senador Suárez Varela! ¿Y qué es lo realmente verdadero en estos veintitantos años transcurridos? —preguntó monseñor Xavier Méndez, sonriendo.

—¡Oh, monseñor! Nosotros no tenemos respuestas tan dogmáticas o definitivas —exclamó Carlos, repantigándose—. Aunque ya sé que usted va a decirme que el marxismo es...

—No, senador. Esas cosas ya las hemos hablado toda una vida o casi, y cada uno ya jugó la suya. Se necesitaría mucha gracia de Dios para que un político saltara por sobre su orgullo.

Lillian los miró con desconfianza y se alejó unos pasos más.

—Tanta como necesitaría el diablo para saltar al otro credo. Aunque usted sabe que saltar cercos es un deporte político... Debe ser por eso que a ustedes les ponen sotanas... —sonrió, y lo contuvo con un ademán de excusa—: Ya lo sé, perdóneme, fue una gracia barata; pero yo quería hablar de otro salto. ¿Recuerda al doctor Ítalo Riolvi, que era secretario de mi Partido?

—¿No cree que es mucho pedirme? ¡Tan luego de su partido!

—¡Es que ahora debe ser del suyo! Es presidente de la General Stars de la Argentina.

—¿Y usted no entró en esa compañía?

Le pareció que en la pregunta del obispo había algo de ironía.

—Yo también tengo mi demonio, como diría usted. A veces, me dejo ir como un remero cansado y tengo envidia de Riolvi, de sus estancias, de su yate, de su avión, luego, vuelvo a remar fuerte, contra la corriente, y experimento una alegría que tiene sabor de juventud...

—Todos tenemos un demonio que, a menudo, se transforma en ángel —dudó un momento, luego sacó de su billetera un recorte de diario y se lo tendió—: Lea, mi amigo, lo escribió el cardenal Silva Henríquez, de Chile.

Carlos desplegó el papel y leyó: «En el año 2000 América Latina tendrá 600 millones de habitantes. Es un serio problema determinar cuál será entonces la ideología predominante en este continente. Creo que si las situaciones políticas y sociales siguen siendo las mismas como al presente, sin duda alguna, América Latina se tornará comunista».

Carlos lo miró sorprendido.

—Sin comentarios, senador. Ya ve que, sin saltar cercos, tampoco somos ciegos nosotros... —dijo Xavier, echando una mirada hacia el general Américo Viaggi, que dormitaba en una reposera cercana—. Supongamos que el caso Morgenstelle fuera lo realmente importante... —terminó con un suspiro de desaliento.

—Supongamos... —repitió Carlos. Tuvo necesidad de tender la mano y dar dos gol pechos de comprensión o amistad, en el antebrazo del obispo. Por el rabillo del

ojo divisó a Lillian; envejecida atrozmente, la piel se le había convertido en temblequeante masa de arrugas. Producía repulsión—. En este viaje, falta uno de los protagonistas...

—Sí, yo lo llamaba el «monstruo corruptor» o cosa parecida...

—Se casó con Celina Escalada, y por la Iglesia, desde luego.

—Desde luego, mi caro amigo. Nuestra misión no es la de tratar con santos sino con pecadores.

—Y ahora vive en la estancia, que para muchos es como tomar los hábitos... Tiene siete hijos. Una vez lo encontré en el jockey...

—¿En el Jockey Club, senador?

—A veces concurrimos para demostrar que somos gente tratable y educada.

—A nosotros también nos gusta demostrar esto en los salones... Como excusa, no olvide que «ellos», a menudo, necesitan más de nosotros que los obreros de mis sindicatos, que «mis muchachos»... Perdone la interrupción, aún me queda algo de fanático.

Carlos volvió a experimentar esa rara simpatía de hacía años, cuando el lego lo saludó al desembarcar en Vigo. El obispo había engordado algo, pero seguía siendo un hombre joven.

—No había querido ver antes a Joaquín... Cuando regresé de Europa, la campaña política, las elecciones... Además, el mensaje de esta señora era tan falso.

Ambos volvieron a mirarla.

—Luego, los golpes de fuerza, la eterna historia de nuestros países —prosiguió echando una mirada al general—. ¿Me permite que sea sincero?

El general Viaggi dio un respingo y, como si repitiera una frase largamente elaborada, soltó:

—¡No, mi señor senador! El ejército no abriga la creencia de que el poder político le corresponde de derecho, pues ello implicaría la usurpación del principio de soberanía popular, que es el principio básico de las instituciones. En la revolución, las fuerzas armadas han cumplido con su deber. Esto es motivo de orgullo que capto en mi esfera, pese a las ofensas y agravios que nos echan sobre los hombros, como si el triunfo de la civilidad y la libertad hubiera sido contra ellas. ¡No escapamos a las responsabilidades!

—Desde luego, embajador. La mía fue una acotación genérica —contestó Carlos sin salir del asombro por la inesperada interrupción.

Con calmos movimientos, el general les volvió la espalda.

—Le repetiré... —prosiguió, luego de acercarse más la silla al obispo—. ¿Me permite que sea sincero, al menos en lo único que podemos serlo, en «nuestro caso Morgenstelle»?

Xavier estuvo tentado de soltarle una ironía, pero él también había callado ante el general, pese a saber que ya le resultaría muy difícil llegar a arzobispo por causa de ciertas «fricciones», en defensa de sus asociaciones de empleadas; prefirió decir,

algo avergonzado:

—Veo que lo incito a la confesión...

—Exactamente como Freud... La verdad, es que temí verme envuelto en el escándalo. La situación del Partido era y es tan difícil...

Hubo un momento de silencio, que cortó la voz de Henrich en los altoparlantes:

—Y ahora, señoras y señores, muchas gracias en nombre de los «Huérfanos del Mar». ¡Siga la orquesta! ¡Recuerden que estamos pasando entre ondinas, sirenas y tritones!

Lillian se acercó a la cadenita que cerraba el paso hacia la lancha salvavidas número 6. Pese a las renovaciones y reformas sufridas por el barco en sus años de agitada vida, seguía ocupando el mismo lugar. La luz de un reflector la iluminó como si entrara a escena.

—Sí, falta Joaquín. Ya nunca volverán a repetirse las circunstancias de aquel día —dijo Carlos.

—¿Las circunstancias?

—Sí, recuerde que este barco jamás volverá a cruzar la Línea en este lugar. Hoy se quiebra la prolongación de este suceso en el tiempo.

Con la mirada perdida en la obscuridad, Xavier agregó en el mismo tono:

—Tiene razón; mientras este barco repetía su viaje, quedaba una suerte de esperanza absurda: creer que podíamos borrar las acciones que sucedieron por nuestras culpas, redimirlas al menos.

—¿Se siente culpable, monseñor?

—Si, senador, ya se lo dije; pero no hasta la desesperanza.

Lillian se miró las manos; el pellejo resquebrajado colgaba de las palmas. ¡Si Joaquín viera esas manos! «Por la compañía de vapores y la Embajada de Alemania he sabido todo. Te deseo que vivás muchos años para que podás comprender el monstruo de mujer que sos. Nunca más te escribiré ni te veré. Para vos, yo he muerto junto con Amrei. Joaquín». Esta era la última carta de él que habían abierto esas manos; con pena infinita, las llevó a la boca y las besó. Una a una, todas las cartas que había escrito a Joaquín le habían sido devueltas sin abrir; las a máquina, con la mención: «Abierta por error», en el sobre. Miró en derredor. En aquel último día de Taormina, había sido suya, también por última vez; pero él se había negado a toda posibilidad de que tuvieran un hijo. Un hijo de recuerdo. Un hijo en el cual pudiera besarlo. Se lo había rogado besándole los pies.

Al año de su regreso, había tenido a Amrei. Cuando nació, estaba segura de que la había concebido por causa de Joaquín. Era de Joaquín. Su marido había sido el instrumento, el objeto, nada más.

—¡Para él! ¡Para Joaquín! —exclamó casi en un chillido. Todo lo bueno y lo malo de su vida tenía por eje a Joaquín.

Sacó de la cartera un sobre ajado. Era la participación del casamiento de Joaquín; el sobre tenía letra de mujer. Lentamente lo arrugó, le pareció que formaba

parte de la piel de su mano. Lo dejó caer al mar. Volvió a tomar la cadenita; la pintura blanca estaba fresca.

La mirada de Carlos se cruzó con la de Xavier, luego dijo:

—Tuve la impresión de que la señora Morgenstelle había desprendido la cadena. Hay gente que ama las confesiones públicas y espectaculares... Si es que el público existe para ella...

—¡Senador! ¡Socorro! —gritó Xavier, señalando.

Lillian había entrado en el área donde, ya sin borda, se alzaban los soportes de la lancha. Al llegar al extremo, y casi fuera de la luz del reflector, se detuvo un instante. Adelantó una mano; acaso un último e instintivo movimiento de protección. Cayó transformada en un bulto de sedas y tules. La falda se alzó como en el girar de un antiguo vals.



ABELARDO ARIAS (Córdoba, Argentina, 10 de agosto de 1908 - Buenos Aires, Argentina, 27 de febrero de 1991).

Fue el quinto de los ocho hijos de una tradicional familia mendocina. Su padre — militar de carrera— cumplía funciones en distintos destinos del país y en uno de esos traslados se encontraba en Córdoba cuando su esposa da a luz antes de que la familia se radicara en San Rafael, luego en la capital mendocina y más tarde en Buenos Aires.

Abelardo se convierte en un estudiante precoz. Aprende a leer en su casa antes de ir a la escuela y en las aulas llamó la atención por sus conocimientos. Leía vorazmente. Realiza los primeros estudios en San Juan, más tarde asiste al Colegio Normal y finalmente completa sus estudios secundarios con los Hermanos Maristas.

En 1927 se radica en la Capital Federal. Inicia la carrera de Derecho que posteriormente abandonará para dedicarse a la literatura. En esos años, su vida se ve llena de dificultades económicas. Hace trabajos a pedido y trata de ingresar en algún diario. A través de un amigo presenta crónicas de viaje en las editoriales pero todas son rechazadas. Desilusionado acude al diario *La Razón* para ocupar un puesto vacante. Fracasa. Como última jugada, antes de regresar a Mendoza, inventa una crónica titulada *Paráfrasis en un poema-Partenón* y la lleva al diario *La Nación*. Dos semanas después lo llaman y le comunican que se incorpora como redactor en el suplemento literario del diario. En ese medio trabajará hasta su muerte.

En 1942 Arias publica la novela *Álamos talados*, con la cual obtiene el Primer Premio

Municipal de Buenos Aires, el Premio de la Comisión Nacional de Cultura y, en Mendoza, el premio Agustín Álvarez. Cinco años después lanza la novela *La vara de fuego* que continúa el desarrollo autobiográfico de Alberto, protagonista de *Álamos talados*. Mientras esta narra una experiencia infantil dentro del ámbito campesino que da el contorno propio, *La vara de fuego* concreta las repetidas confrontaciones de un adolescente hondamente sensual que busca una realidad amorosa.

Transcurre el año 1952 y viaja por Francia, Suiza e Italia. Estudia literatura contemporánea en París como becario del gobierno francés. A su regreso reúne una serie de crónicas de viajes en forma de diario que titula *París-Roma, de lo visto y lo tocado*. En 1955 vuelve a Europa, pasa por Francia, Suiza e Italia. En medio de esta travesía se mete de lleno con su notable novela: *El gran cobarde* publicada en 1956.

Ya en 1957 decide regresar a Europa, su espíritu de viaje indomable no lo deja fijo en ningún lugar. Recorre Francia, Suiza, Italia y Bélgica y publica su segundo libro de relato de viaje: *Viaje latino*. Realiza su primer viaje a Grecia y embriagado por la mística helénica nace la idea de escribir sobre el Minotauro. Publica *De la torre de fuego a la niña encantada* (itinerario argentino).

A principio de junio de 1959, se concluyó la película de *Álamos talados* en colores y cinemascopio rodada íntegramente en Mendoza. Fue producida y dirigida por Catrano Catrani y el guión realizado por Abelardo Arias y Antonio Di Benedetto.

Publica en 1962 *Ubicación de la escultura argentina en el siglo xx* (ensayo). Trabajo que recibe el Primer Premio Municipal de Ensayo y el Premio Palas Atenea del Instituto Argentino de Cultura Helénica.

En 1963 da a conocer *Los vecinos* su parábola radioteatral. Publica en 1964 *Límite de clase* una novela por la que obtiene el Premio del Fondo Nacional de las Artes y el Primer Premio Municipal de Prosa. Es condecorado por el gobierno de Italia con la Medaglia Culturale.

En 1966 publica *Minotauroamor*, por la que recibe el Premio Nacional de Literatura. El análisis del discurso en *Minotauroamor* de Abelardo Arias, permite al lector acceder a una serie de conceptos acerca del hombre y de las realidades que le conciernen: el amor, la amistad, la belleza, el arte, el poder, entre otros.

En 1967 publica *Grecia en los ojos y en las manos*.

En 1968 nos sorprende con *La viña estéril*. Como bien expresa Marta Castellano, en la novela «*La Viña Estéril*» (1968), del escritor mendocino Abelardo Arias, se verifica un interesante proceso de elaboración del discurso narrativo, a partir de la recurrencia de un procedimiento que se basa en el juego con las distintas dimensiones temporales; este fenómeno da indicios de una cosmovisión particular que se relaciona con una mentalidad mítica, y se condice con la clave religiosa del texto.

En 1969 publica *Viajes por mi sangre* (itinerario argentino). Orden del Mérito, en el grado de Caballero Oficial, otorgada por el gobierno de Italia.

En 1971 gana el Premio Nacional de Literatura, el Premio del Rotary Club, el Premio Libro del Año y la Pluma de Plata del PEN Club con la obra *Polvo y espanto*. La novela fue llevada al cine en 1987, por el realizador Anibal Unset, con la actuación de Héctor Alterio y Rodolfo Ranni en los roles protagónicos.

En 1973 publica *De tales cuales* (novela).

En 1974 escribe *Intensión de Buenos Aires*, itinerario argentino.

En 1975 publica su diario de viaje *Talón de Perro*. Recorre Francia e Italia.

En 1976 publica *Antonio Sibelino, escultor* (trabajo de investigación y crítica), y *Aquí Fronteras* (novela). Recibe el Gran Premio Fundación Dupuytren.

En 1979 publica la novela *Inconfidencia (El Aleijaidinho)*.

Recibe la Orden de la Inconfidencia, otorgada por el Estado de Minas Gerais, Brasil.

En 1981 comienza a trabajar sobre su libro *Él, Juan Facundo*, obra que le llevará ocho años de elaboración debido a que se encontraba enfermo.

En 1988 le es otorgado el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Se concretan numerosos homenajes con motivo de sus 80 años.

En 1991 fallece en Buenos Aires el 27 de febrero. Siguiendo los deseos del escritor, sus cenizas son arrojadas al Río Diamante.

En 1995 la editorial Galerna publica *Él, Juan Facundo*, su novela póstuma.

Notas

[1] Lo que creamos en la moda debe ser por supuesto hermoso y luego convertirse en feo; lo creado por el arte, feo primeramente y luego convertirse en hermoso. <<